

WARHAMMER
40,000

DAN ABNETT

SOMBRIAS
BATALLAS
EN UN
MUNDO
OSCURO

DOBLE AGUILA



COMBATES AEREO A ALTAS VELOCIDADES EN LOS MUNDOS
DEVASTADOS EN LA CRUZADA DE LOS MUNDOS

Lectulandia

Cuando los pilotos de combate de élite de la 20.^a de Phantine llegan al mundo atribulado de Enothis, saben que este es un momento desesperado. Las fuerzas del Caos se están acercando y su empuje final bien podría acabar con toda la vida humana del planeta. Miles de refugiados huyen de los ejércitos oscuros y el infame piloto del caos Khrel Kas Obarkon siempre está en los cielos en busca de más presas...

Y todo eso recae en los hombres y mujeres del cuerpo de cazas Phantine. ¿Podrán contener el avance del caos hasta que lleguen los refuerzos? ¿Podrán en los giros terroríficos y virajes a velocidades supersónicas del combate aéreo derrotar a un enemigo poseído por demonios?

Lectulandia

Dan Abnett

Doble Águila

ePub r1.0

epublector 03.12.13



Título original: *Double Eagle*

Dan Abnett, 2004

Traducción: pinefil, 2000

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Los hombres fuertes han conquistado la tierra, los hombres más osados han conquistado el espacio, Entre la tierra y el espacio se encuentra el cielo, y sólo los hombres más valientes pueden conquistarlo.

**Mencionado en la escuela de pilotos de
Hessenville,
en *Phantine.***

Le doy el dominio del aire. Depende de usted conservarlo.

**Despacho del Señor de la Guerra
Macaroth
al almirante Ornoff, 773.M41**

Teníamos aviones. Nosotros los pilotábamos. Tenían aviones. Hubo algunos disparos y fueron derribados. Todo lo que importaba, en realidad, era que seguía volando en el final de la misma.

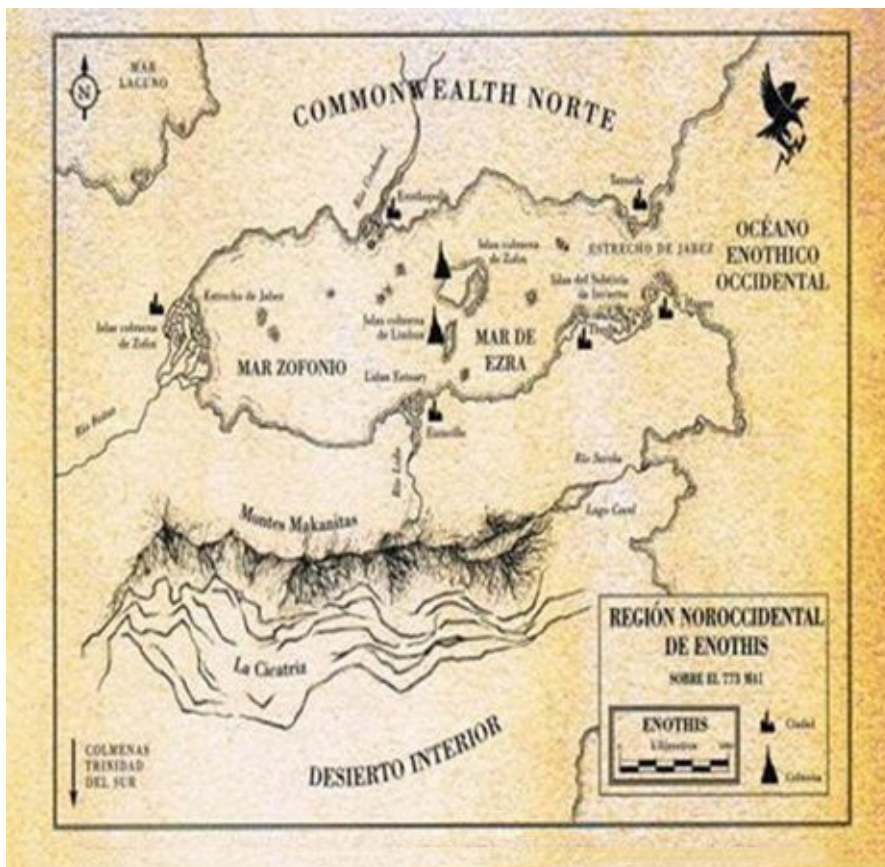
**MAYOR AUGUST KAMINSKY
(73 derribos)
Seis semanas antes de su muerte en
812.M41**

Tengo la intención de salir de esta con vida aunque sea lo último que haga.

**Comandante Bree Jagdea,
en Ouranberg**

OBJETIVO: DEFENDER THEDA

AÑO IMPERIAL 773.M41
DÍA 252 A 260





DÍA 252

En ruta sobrevolando la formación montañosa de las makanites, las cimas de la montañas estaban blancas por la nieve acumulada, Serpenteantes nubes blancas flotaban en el aire helado a tres mil metros más abajo.

El caza líder era sólo una mota brillante con forma de cruz en el aire. Inicio un viraje de diez grados dirección noroeste. Darrow inclinó el mando. Enseguida el horizonte giró hacia arriba y el mundo se movió a su alrededor. Lentamente, muy lentamente. Oyó un golpe y lo ignoró.

Al menos el indicador de inclinación parecía que funcionaba. A medida que daba la vuelta y se estabilizaba el eje, Darrow se inclinó y golpeo el indicador de combustible. Indicaba que estaba lleno, pero no podía ser, llevaba volando unos cuarenta y ocho minutos.

Se quitó un guante y volvió a golpear el indicador una vez más con sus dedos. Estaba seguro que el guante forrado había amortiguado sus golpes. El indicador continuaba indicando que estaba lleno.

Vio como rápidamente como la mano se ponía de un tono azulado, su volvió a poner el guante, se sentía cómodo con su traje de vuelo aislado, pero en la cabina la temperatura de de menos ocho grados. Estaba todo tan silencioso, si no fuera por los ruidos del motor, Darrow alzó la vista, para mantener su exploración visual. Sólo el cielo. El sol lo deslumbraba, el Caza Tres estaba cerca, observo su silueta detrás de una nube.

El altímetro indicaba seis mil metros.

Una voz salió del comunicador.

—¡Caza Líder a Caza Tres! Un pase hacia el oeste y nos volvemos a casa. Mantengan la formación cerrada.

Hicieron otro cambio de rumbo. El paisaje cambio con su nuevo rumbo, Darrow vio destellos frágiles de luces a lo lejos. Fuego de artillería en las cimas de las montañas.

Oyó los golpes de nuevo, Sonaba como si alguien estuviera en cuclillas detrás del marco de su asiento blindado, golpeando el motor con un martillo. Los motores a veces hacían este ruido, pero se estaba poniendo nervioso.

Encendió el comunicador.

—¡Caza Tres a Caza Líder! ¡Creo que tengo problemas mecánicos!

Súbitamente un fuerte impacto, hizo que se estremeciera el aparato, y perdiera el control. El comunicador chilló como un cerdo apuñalado.

El mundo al revés.

—¡Oh, Dios-Emperador! ¡Oh, mierda! ¡Dios-Emperador! —oía como gritaban por el comunicador. Darrow se dio cuenta de que era su propia voz. La fuerza de la gravedad lo tenía aprisionado en su asiento. Su K4T Wolfcub estaba entrando en

barrena.

Luz y oscuridad, el cielo y la tierra, y otra vez, y otra vez. Darrow contuvo las náuseas. Por su comunicador solo se escuchaba una charla frenética.

—¡Caza Cuatro, Caza Cuatro!

Darrow recuperó el control de algún modo. Había perdido por lo menos mil metros. Se enderezó y miró a su alrededor con la vana esperanza de ver a alguien amigable.

Entonces gritó: involuntariamente cuando algo pasó cerca de su morro.

Era un trozo de su fuselaje, una de sus alas se había desprendido parcialmente en una cascada de placas y piezas metálicas. Las llamas fueron aspiradas por el motor y formaron una cola hacia abajo, como un cometa, dejaba un rastro de humo a su paso.

Darrow se sentía como si fuera a echar las tripas y el vomito se formaba en su interior. El miedo impregnaba la pequeña cabina de mando.

Otro trozo de fuselaje metálico se desprendido e impacto en el mamparo.

Con un movimiento rápido, observo que era otro pieza de la ala se desprendía.

—¡CAZA CUATRO rompa y ascienda, están por encima de ti!

Darrow se inclinó el mando hacia la derecha. El mundo se movió otra vez. Inclinó el morro hacia arriba y aceleró con fuerza. El Wolfcub se resistió y ascendió, oyó los golpes de nuevo.

—¡Por el Trono de terral! —Había pensado que el pájaro tenía problemas mecánicos, pero no era así. Sino que simplemente eran impactos de proyectiles.

Darrow se inclinó hacia delante y para mejorar su línea de visión. El fuselaje de su ala derecha estaba agujereado, le estaban disparando.

Empujó el mando hacia adelante para agarrar un poco de empuje, y fue ganando altitud lentamente.

El cielo del amanecer estaba lleno de humo. La formación cerrada del la ala de vuelo se había roto y que se estaban dispersando a través del cielo. Darrow no podía ni siquiera ver a los murciélagos.

No, eso no era cierto. Se inclinó cuando vio un murciélago persiguiendo al Caza Cinco, y activó sus sistemas de armamento.

Se dio la vuelta y se dirigió para interceptarlo. Con gran precisión se colocó en la cola del murciélago, antes de descansar su pulgar sobre el gatillo que activa los cañones instalados en el morro.

El murciélago bailaba locamente a través de la retícula de cristal de la mirilla. Se negaba a ser un objetivo fácil.

Darrow maldijo y comenzó a pronunciar una oración al Dios-Emperador de la Humanidad. Movié el mando de mando, cabeceo, balanceo, tratando de corregirse, pero cuanto más lo intentaba, más el murciélago se deslizaba por la mira hacia un lado u otro.

Hubo un destello de humo un poco más adelante, y de repente el Wolfcub de Darrow viajaba a través de una película de lluvia horizontal de color negro.

No era lluvia. Sino combustible. Luego los desechos. Piezas de metal, trozos del motor, jirones del fuselaje. Darrow lanzó otro grito de sorpresa, cuando el combustible desparramo en el cristal de la carlinga, perdiendo su visión frontal. Escuchaba el impacto de los restos de golpear su fuselaje. Parecía que El murciélago había derribado al caza Cinco y Darrow estaba volando a través de la corriente de desechos. Cualquier pedazo grande de escombros podía perforar el fuselaje y lo mataría con tanta efectividad como proyectiles de cañones.

Darrow tiro del mando e inclinó el morro. La luz volvió cuando salió de la estela de humo, y el combustible fluía por el cristal de su cabina. Se deslizaba en líneas temblorosas, lentas y pegajosas, como la sangre.

Casi de inmediato, tuvo que tirar rápidamente del mando para evitar el impactar con otro aparato. Oyó un estrangulado grito en el comunicador.

El pequeño interceptor de color verde oscuro llenó su línea de visión por un segundo y luego se fue por encima. Le pareció de era el Caza Líder.

Su maniobra violenta había sido demasiado brutal. Los viejos motores de los Wolfcub tenía la mala costumbre apagarse si el flujo de aire caía con demasiada brusquedad, Se puso boca abajo y aceleró tan fuerte como se atrevió.

Dos aparatos pasaron muy cerca de su posición, tan rápidos que no tuvo tiempo para determinar su tipo.

—¡Caza Líder! ¡Caza Líder! —grito Darrow. Se dirigió hacia los dos aparatos para poder identificarlos. Y el sol lo cegó por un segundo. Cuando se recuperó observo que uno de los aparatos era un Wolfcub dañado, estaba descendiendo lentamente, trazando en el cielo una estela de humo.

Vio al murciélago claramente a continuación. A sus dos, a quinientos metros, intentando meterme en la cola del avión probablemente dañado. Por primera vez en sus cuatro semanas de operaciones de vuelo, Darrow tenía en la mira a un enemigo difícil de alcanzar. Lo reconoció como un Hell Razor Interceptor, la flor y nata de la fuerza aérea del archienemigo. En los escritos de informativos de las habitaciones, los describían como asesinos de color rojo como la sangre o negro mate, pero este era blanco perla, como el alabastro. La cabina de mando estaba pintada de negro, como la oscura cuenca de un ojo en un cráneo pulido.

Darrow había esperado sentir miedo, pero en su lugar estaba emocionado por la adrenalina. Se inclinó hacia adelante, y presiono el acelerador, acercándose al murciélago por sus cinco. No parecía haberlo visto. Le estaba ganando la cola, sin prisa, al Wolfcub dañado. Presiono el gatillo y los cañones automáticos cobraron vida. La ráfaga fallo por muy poco.

Estaba a unos trescientos metros. Darrow rápidamente calculó su ángulo de

desviación, y calculó que serían unos cinco grados. ¡Dios-Emperador! Era suyo...

Pulsó el gatillo y el Wolfcub se estremeció ligeramente cuando los cañones dispararon. Oía y sentía el golpeteo de las recamaras de los cañones, El murciélago inicio un descenso. Había desperdiciado su oportunidad en un instante.

—¡Tenía de haberlo destruido! No desprendía ninguna estela de humo. El único humo que podía ver lo desprendía el Wolfcub dañado.

Se dio la vuelta. Primera regla de combate aéreo: apuntar y disparar. Nunca descuidar tu espalda. Parecía que el murciélago enemigo lo había olvidado.

Inclino su ala de estribor, buscando por las cimas de más montañas rastros del impacto. Nada.

Darrow se estabilizó.

Y ahí estaba. Justo a su lado...

Él lanzó un grito de asombro. El murciélago estaba a una distancia de unos pocos metros, viajando en paralelo con él. No había ni una marca en el fuselaje blanco.

¡Estaba jugando con él!

El pánico se adueño del piloto cadete Enric Darrow. Sabía que su Wolfcub no podía correr más rápido que el Hell Razor. Instintivamente presiono sus frenos, esperando que la maniobra repentina, hiciera que el Hell Razor lo sobrepasara.

Por un momento, se desvaneció. Luego regresó, en su otro lado, utilizando también los frenos. Darrow blasfemo. Los Hell Razor eran aparatos con vectores de empuje. Estaba tan cerca que lo que podía ver las boquillas de chorro de los motores en el vientre bajo las alas en forma cuchilla.

Darrow se negó a aceptar que lo superaba, se negó a admitir que estaba a punto de morir. Movi6 el mando de mando, hacia la derecha y inicio el descenso más profundo que se atrevió a ejecutar. Más profundo, y las alas del Wolfcub de habrían desprendido de su fuselaje.

El mundo se precipitó hacia arriba, llenando su visión. Oyó el motor rugiendo. Vio como las cimas de las montañas se le acercaban. Sus montañas. Su mundo. El mundo se había jurado salvar.

Detrás de él, el aparato enemigo, blanco perla sin gran esfuerzo lo siguió.

A veces en este amanecer perfecto, por ejemplo August Kaminsky se divertía jugando a un juego privado. El juego lo llamaba «fingir que no hay una guerra».

Era relativamente fácil en algunos aspectos. Era tranquilo, y el frío de la noche daba paso a la salida del sol y observo la ciudad. Desde donde estaba sentado, podía ver la amplia bahía, nebulosa por la niebla de la mañana, y el mar más allá de ella, de color gris azulado, brillante. La ciudad de Theda —una mezcla de pálidas torres de hormigón, apartamentos de poca altura y rascacielos— era tranquila y silenciosa, construida a lo ancho de un promontorio con una pintoresca arquitectura anticuada, como lo había hecho durante siglos. Las aves marinas le estropearon sus pensamientos de paz y tranquilidad, porque les envidiaba sus alas y su libertad, pero aún así, en estos tiempos, fue fácil para poder jugar al juego.

Kaminsky no era nativo de Theda (había nacido, hacia cuarenta y dos años, a tres mil kilómetros de la ciudad hacia el norte, en la gran colmena de Enothopolis en el alejada costa del Mar Zophonian), pero ya se sentía como si fuera un nativo. Theda era más pequeña que la gran colmena, pero más bonita, una ciudad del Litoral, con su universidad y escuelas, era famosa por sus centros de enseñanza, era más antigua que la gran colmena, el casco antiguo llevaba en pie mas trescientos años, cuando los tecnócratas iniciaron los primeros pilares de la gran colmena en la Península diamantinas, Theda era una de las primeras ciudades de Enothis.

Kaminsky le gustaba Theda parte debido a su brillante pasado, sobre todo porque llevaba viviendo en la ciudad seis años. La había llegado a conocerlo bien: sus restaurantes, sus Pabellones costeros y muelles, sus bibliotecas y museos. Era el lugar que siempre había anhelado vivir.

—¿Estás ahí, Conductor?

La voz lo devolvió a la realidad, se levanto del asiento de cuero gastado del transporte y miró hacia afuera. Pincheon, el adepto del Munitorum, estaba muy serio, tres ayudantes se tambalearon a lo largo de su paso como pilotos novatos. La larga túnica de Pincheon se agito detrás de él y sus botas estaban levantando el polvo de la tierra seca. Su voz era muy aguda, como los gritos de las aves marinas.

A Kaminsky no le gustaba mucho Pincheon. Su juego se terminó inmediatamente. La llamada de su superior, le había hecho bajar su línea de visión hacia suelo. Y nadie podía fingir que no había una guerra estando Pincheon cerca.

Kaminsky abrió la puerta de la cabina y se bajó para reunirse con su superior. Se había levantado a las cinco a la espera de órdenes, tomando cafeína de una taza y comiendo una ración del ejército.

—¡Señor! —dijo, mientras saludaba. No tenía que hacerlo. Ya que Pincheon no tenía rango militar, pero eran viejos hábitos, como el propio Kaminsky, Pincheon tenía la placa de datos en sus manos. Levanto la vista hacia arriba y miro a Kaminsky,

y al transporte sucio detrás de él.

—¿Conductor Kaminsky, A? ¿Vehículo 167?

—Como usted bien lo sabe, señor —dijo Kaminsky.

Pincheon realizado una inspección en una de las casillas en su lista de candidatos. Y marco la de apto para circular.

—¿A las 05:00 le dieron los cupones de sesenta litros para combustible de grado dos y lleno el depósito antes de reunirse conmigo?

Kaminsky asintió.

Pincheon anoto su respuesta en su placa de datos.

—¿Tiene los cupones?

Kaminsky cogió la hoja de papel del bolsillo de su chaqueta, la alisó, y se la entregó a su superior.

Pincheon lo estudio.

—¿Sesenta punto cero-cero-tres litros?

Kaminsky se encogió de hombros.

—Los surtidores no son realmente exactos, señor. Me detuve cuando indicaban sesenta, pero las últimas gotas...

—Debe tener cuidado. Hay que ser preciso —dijo rotundamente Pincheon. Uno de sus ayudantes asintió con la cabeza.

—¿Alguna vez ha llenado el depósito un vehículo? —dijo Kaminsky a la ligera.

—¡Por supuesto que no!

—Bueno, si lo hubiera hecho, sabría lo difícil que es conseguir que llenar el depósito con la cantidad exacta.

—¿No me culpe por su inexactitud, conductor? —farfulló Pincheon—. ¡Los recursos esenciales tales como el combustible debe ser gestionado y racionado al milímetro! ¡Esa es la tarea más importante del Munitorum! Hay una guerra en curso, ¿no se da cuenta?

—Si, lo he escuchado por ahí.

Pincheon no le hizo caso y miró al ayudante asintiendo.

—¿Cuál es cero-cero-tres de un litro de grado dos a un costo base?

El ayudante hizo un cálculo rápido en su placa de bolsillo.

—Redondeando hacia abajo, diez créditos y medio, señor.

—Redondea hacia arriba. Y se lo deduces de la siguiente nómina del conductor Kaminsky.

—¡Registrado señor!

Pincheon se giro hacia Kaminsky.

—Transporte urgente de personal. Dentro de treinta minutos tiene que estar en el Hotel Imperial. ¿Sabe cómo llegar al hotel?

—Sé dónde está —respondió Kaminsky.

—Bueno, llévelos hasta el punto de reunión en la MAB Sur. ¿Lo has entendido? Bien. Firme aquí.

—¿Son pilotos? ¿Pilotos de la Armada por fin? —preguntó Kaminsky mientras firmaba.

Pincheon resopló.

—No es que yo lo diga. Pero hay una guerra.

—¿Cree que no lo sé, señor? —le respondió Kaminsky.

Al tomar de nuevo la placa Pincheon levanto la cabeza y miró a la cara Kaminsky por primera vez. Lo que vio le hizo estremecerse.

—¡Adelante, conductor! —dijo, y se alejó rápidamente.

Kaminsky se subió a su maltratado transporte y encendió el motor. Tosió y un humo negro salió a borbotones de los tubos de escape verticales. Levanto el freno de mano, después de hacer rodar las diez ruedas cuesta abajo por la suave pendiente de rocamiento y condujo a lo largo de la vía de servicio. Siguiendo la valla que rodeaba el recinto. Paso al lado de cisternas de combustible, con el suelo negro y embarrado por los residuos de promethium, hangares blindados, los talleres de reparación con el ruido reverberante de las herramientas, trenes eléctricos para el transporte de municiones estacionados vacíos en los archenes.

Las pistas de aterrizaje con enormes grietas en el rocamiento, y los enormes bombarderos de ocho motores en sus hangares con parte de su fuselaje desmontados para su mantenimiento, unos bombarderos en picado de la clase Shrike, con un pequeño ejército de mecánicos y armeros trabajando en ellos.

Más allá de las pistas, frente al mar, estaban las lanzaderas de despegue de los Wolfcubs, cinco Wolfcubs estaban estacionados, para su uso inmediato, de color verde botella con rayas grises, eran pequeños monoplazas, y alas muy cortas, sus motores están en la parte de atrás del fuselaje, y con un potente cañón automático en la parte frontal del morro.

Kaminsky sabía cómo se sentían los pilotos al volar en ellos. Sabía como era acelerar en las lanzaderas para el despegue, la sensación del estomago en el momento del despegue, hacia el cielo azul, el olor frío de la carlinga, el olor de caucho y acero, promethium nitroso. La sensación de estar en el aire, vivo... ¡Dios-Emperador!, como lo echo de menos.

Tuvo que frenar de golpe, para dejar parar a un tren cargado de municiones, y miro por el espejo retrovisor, y pudo observar su rostro.

Más que nada, más que incluso la pista de aterrizaje de aviones de combate preparándose, la visión de sí mismo recordó August Kaminsky que su juego era sólo fingir.

No se podía escapar de la guerra.

No podía dormir en parte por los nervios, por la perspectiva de una nueva guerra a la que sobrevivir, pero su reloj biológico seguía corriendo, y para él era tarde.

Eran las seis, en despertador de su mesita de noche, se dio por vencido y se levantó. Hacía frío y no había amanecido todavía. En las habitaciones adyacentes, los demás hombres de la tripulación estaban durmiendo, Él podría oír los ronquidos, especialmente el estruendo volcánico de artillero Judd. El Munitorum los había alojado en una pensión en Kazergat Canal, y que habían ocupada a finales de la anterior tarde, dejaron a sus pertrechos en un montón en el pasillo, cuando reclamaron ansiosamente sus habitaciones. Todos eran hombres jóvenes y enseguida habían abierto las botellas de alcohol y se pusieron a la tarea de emborracharse para poder dormir mejor después del largo viaje. Pero al final no le había ayudado mucho, las dos o tres copas de más.

Él y los otros oficiales de vuelo habían escogido las mejores habitaciones. Había tenido que pedir un decepcionado Orsone que se buscara otra. ¡Buscar otra habitación! Le había dicho el joven artillero de cola, para la habitación no era un trofeo. La alfombra había desaparecido hacía tiempo y el yeso se desmorona, había planchas de plástico clavadas en las ventanas en vez de cortinas. Manchas de humedad cubrían el techo. Había tiempo que el olor de limpio, se había desvaneció. Eso es lo que años de la guerra hacían a un lugar. Desde luego hacían lo mismo con los hombres, después de todo. La anciana que regentaba la pensión le había dicho que no habría agua caliente hasta que después de la ocho, y él no había venido desde muchos parsecs para ducharse con agua fría. Se vistió, botas, pantalones, chaleco polar y finalmente se colocó su cazadora de vuelo, Y sus dedos se encontró la insignia cosida en las partes gruesas de la prenda, la barras de capitán, la insignia de escuadrón, en la que había una inscripción que decía: *Oscar Viltry*. Al final la dejó a un lado y optó por una chaqueta de cuero marrón más anónima.

El pasillo estaba a oscuras. En el piso superior, los miembros de la tripulación del tormento del infierno estaban durmiendo, con las tripulaciones de *Trono del Terra* y el *Hacedor de Viudas* en el piso de abajo, sin importar las normas que los obligaban a dormir en los bajos. Los otros seis equipos de ala imperial XXI Halo de la Fuerza Aérea fueron metidos en otra pensión en la calle. Viltry activó el globo de luz. La luz era tenue, pero suficiente para iluminar su camino por la crujiente escalera. En el recibidor, solo había libros antiguos apilados en la repisa de la chimenea. La esperanza de encontrar una hora o dos de distracción se hizo añicos.

Al final decidió salir a la calle. Hacía frío y tranquila, excepto por el gorgoteo del canal. Una furgoneta retumbó por el otro lado del canal, sus faros cubiertos con la capucha de acuerdo con los procedimientos de apagón, caminó unos pasos, dándose cuenta de las protuberancias, regularmente espaciadas, donde se encontraban antes

las farolas, habían sido retiradas de la avenida por la guerra. Trató de imaginar el lugar en tiempo de paz. Elegantes farolas de cristal, el ronroneo de las embarcaciones eléctricas en el Gran Canal, prósperos ciudadanos imperiales dirigiéndose a sus trabajos, deteniéndose a saludar y hablar, comiendo en las tabernas, que en estos momentos estaban cerradas con tablas. No había demasiados estudiantes. Los documentos de información decían que Theda era una ciudad universitaria.

La verdad, se dio cuenta, de que sabía muy poco sobre Enothis. Muy poco, aparte de estas tres cosas: es un mundo orgulloso Imperial, y es estratégicamente vital para esta zona de los Mundos Sabbat; y él, y miles de otros pilotos como él, se habían desplazado hacia el planeta, en muy poco tiempo para salvarlo de la destrucción.

Se dio cuenta de repente de los otros peatones, vestidos con ropas oscuras, todos corriendo en la misma dirección. Oyó el repiqueo de la campana de la capilla tocando las siete, la llamada a la oración. Viltry los siguió, cruzando un puente sobre el canal.

En el momento en que llegó a la capilla Ministorum al otro lado de la orilla, el servicio de la madrugada ya había comenzado. Se quedó por un momento afuera, escuchando los cantos de los ciudadanos. Por encima de él, la fachada de color gris claro había un relieve que mostraba la figura del Dios-Emperador mirando hacia abajo a toda la humanidad. Viltry se sintió avergonzado. Inclino la cabeza. Cuando, ocho años antes, había jurado dar su vida al servicio del Dios-Emperador, no se había dado cuenta de lo increíblemente difícil que sería. Siempre había querido ser un aviador, por supuesto. La Topografía inusual de Phantine los inculcaba con ese instinto a todos sus hijos. Pero el costo ha sido muy grande. Dos años antes, durante el asalto final para liberar a su planeta de origen de las garras del Archienemigo, estuvo luchando junto las fuerzas Imperiales de la Cruzada del Señor de la Guerra Macaroth, había estado a punto de morir dos veces. Una vez por el viento toxico, y después, como un prisionero de la vil Señor de la Guerra Sagittar Slaith en Ouranberg.

En los dos años transcurridos desde entonces, Viltry no podía dejar de pensar en que debería haber muerto hace tiempo. Estaba viviendo de tiempo prestado. Su tutor en la scholam le había inculcado el concepto de la rueda del destino. Le había dicho que cuando la mano del Emperador giraba hacia la derecha, tarde o temprano tendría que virar hacia la izquierda para mantener el equilibrio. Lo que el Emperador te cedida tarde o temprano sería devuelto al Emperador. Una vida salvada por la gracia del Emperador, solo lo era temporalmente.

La suya había sido salvado dos veces. Había un ajuste de cuentas que se tenía que saldar. Y allí estaba él, en otro mundo, cargado con el deber de luchar para salvarlo. El ajuste de cuentas se saldaría aquí, estaba seguro de ello. La rueda del destino tenía que equilibrarse. La gracia del Emperador lo había salvado dos veces para que

podiera vivir lo suficiente para ver a su mundo salvado. Ahora él estaba luchando para salvar el mundo de otras personas. Esto, sin duda, sería la única manera de equilibrar las cuentas.

La tripulación del escuadrón de *G para Greta* había visto muchas penurias en todas sus acciones, estaba seguro de eso. Sabían que estaban volando en un aparato condenado. Condenado por él, maldito por él. Había perdido una tripulación de más durante sus misiones, y debería haber muerto con ellos. Ahora la rueda del destino acabaría con otra tripulación en sus esfuerzos para igualar la cuenta.

Había pedido un traslado, se lo denegaron. Pidió una misión de instrucción, que se la habían denegado también.

—¡Usted es un oficial de vuelo excelente, Viltry! —le había dicho Ornoff—. ¡Deja de pensar en tonterías! ¡Necesitamos que todos los hijos de puta con experiencia de combate que podamos conseguir! Enothis necesita pilotos con la voluntad más dura que una roca. Nuestras fuerzas de tierra están en retirada por culpa de las legiones de Sek. Pero se inicia una sangrienta guerra aérea, recuerda mis palabras. Solicitud denegada. El transporte de la Armada sale de la órbita mañana a las 06:00.

Viltry miró la imagen del Dios-Emperador, vio como aparecían sombras en los rasgos con el amanecer. Parecía desaprobarlo, con el ceño fruncido por sus dudas, plenamente consciente de la cobardía en su corazón.

—¡Lo siento! —dijo, en voz alta.

Una mujer en un abrigo negro largo, llegaba tarde al servicio, miró a su alrededor con la mirada. Se encogió de hombros, tímidamente, y sostuvo la puerta de la capilla abierta para que pudiera entrar.

La luz, y un coro de triunfo dedicado al Trono Dorado de la Tierra, los ilumina a ambos. Ella le sonrió.

Él la siguió y cerró la pesada puerta detrás de él.

Era bueno. Atrevido. El joven, muy probablemente estaba desesperado por vivir. ¿No lo estaban todos?

El piloto Khrel Kas Obarkon, El oficial al mando del Quinto de Echelon, que era una anarca, que había jurado lealtad a Sek, pensaba que le gustaría tener más hombres como ese joven piloto este entre sus oficiales, para el enfrentamiento que se esperaba. El chico pilotaba, como se suele decir, enseñando las garras. Obarkon no sabía que esos pequeños aparatos enemigos pudieran hacer la maniobra con la que lo había sorprendido el joven piloto.

Admitió que era una lástima tenerlo que derribarlo.

Su habilidad lo había salvado de ser derribado, Obarkon acometió con su Hell Razor un descenso más pronunciado aun, ajustando el recorte, parecía un cuchillo cortando el aire a rodajas, Su cabina solo está iluminado por las luces parpadeantes de sus instrumentos, que se reflejaba en sus negros guanteletes que cubrían sus manos. Con su descenso, el Wolfcub era una señal de color naranja brillante en su pantalla del auspex.

¿Cómo podía hacerlo? Habilidad de piloto o suerte. El joven piloto tendría poco de lo primero, y montones de lo último. El descenso balístico estaba poniendo el fuselaje del avión enemigo al límite. Un único error más en el descenso, le despojaría de las alas o se le apagaría motor.

Debajo de la visera oscura del casco que le cubría todo la cabeza, Obarkon sonrió. Su rostro, que muy poca gente había visto, era un tejido canoso de refuerzos de fibra y poli-tejido. Sus ojos eran augméticos, vinculados directamente a las armas del avión de guerra por conexiones a la columna vertebral.

A trescientos metros, el Wolfcub comenzó a recuperarse del descenso, con intención de evitar a las cimas irregulares de las montañas, parecía que el motor del avión aun funcionaba.

Otra sorpresa. Otra muestra de habilidad admirable. O suerte.

Obarkon inclinó su mando y dio un impulso a los propulsores de motor, sacándolo del descenso balístico, burlándose de las luchas laboriosas del avión más pequeño. Lo tenía en su punto de mira hacia unos dos minutos. El buscador de objetivos le comunicaba una y otra vez.

Atención...

Objetivo encontrado.

Objetivo encontrado.

Objetivo encontrado.

¿Por qué no lo había derribado?

¡Quiero ver lo que tienes!, pensó Obarkon.

El Wolfcub giró en torno a una cima, dejando la cruz de su sombra a través del

parpadeo iluminado por el sol en la nieve, luego inclinó sus alas para colocarse en dirección en torno a otro risco. Obarkon mantuvo su Hell Razor casi al mismo nivel de ejecución, rasgando el aire como un misil térmico hambriento. El Wolfcub todavía estaba en su punto de mira.

De pronto, en torno al siguiente pico, desapareció. Obarkon frunció el ceño y dio media vuelta, suponiendo que el muchacho atrevido se había finalmente estrellado en una pared de la montaña.

Por primera vez en casi tres minutos, el buscador de objetivos le decía, objetivo perdido... objetivo perdido... objetivo perdido...

No estaba muerto. Allí estaba. El pequeñajo. De alguna manera se había desplazado en torno al pico de la montaña y estaba girando por donde había venido, con intención de dispararle con todo lo que tuviese.

Obarkon levantó sus brillantes guanteletes negros del mando y aplaudió. Muy bien hecho.

Una nota de advertencia sonó y Obarkon soltó una maldición. Estaba en reserva en estos momentos, casi en el Umbral de combustible crítico. Eso significaba que no tenía más de dos minutos para terminar antes de que tuviera que regresar a la base. Más que eso, no lo haría en la base de Echelon en Natrab.

—El juego tiene que terminar, ¡ahora! —Se dijo entre los dientes con los labios agrietados. El Hell Razor ascendió hacia delante de modo fluido, con la misma seguridad de un tiburón acechando a su presa. ¡Reactivar!, le gritó a los sistemas automáticos. Tenía cinco derribos ya, otro día siendo otra vez un as, pero este joven sería un buen sexto derribo. Había perdido demasiado tiempo con juegos.

El objetivo perseguido. El Wolfcub hacia virajes anchos y se mantenía bajo, para mantener la torsión en línea máxima entre sí mismo y el cazador.

Objetivo denegado...

Objetivo denegado...

Objetivo denegado...

Obarkon maldijo en el nombre de su dios. El pequeño bastardo se desvanecía. ¡Por la piel de sus dientes! ¡Por las garras! Había tenido demasiada gracia. Ahora el enemigo estaba burlando de él.

Se puso a tiro parcialmente, que perdió otra vez cuanto el fugitivo Wolfcub se acercó peligrosamente en torno a un risco. Los dos pasaron tan cerca de la nieve que provocaron una gran avalancha.

Otra parcial. Obarkon disparó. Trazadores deslumbrantes escalonándose alejándose de su avión y cortaban el frío aire hacia la cima de la montaña.

Otra vez, otro parcial, otra ráfaga inútil. Obarkon frenético disparaba alrededor del Wolfcub, mientras aceleraba para acercarse más al Wolfcub.

El riesgo valió la pena.

Objetivo a tiro.

Objetivo a tiro.

Objetivo a tiro.

—¡Buenas noches! —murmuró—, ya estoy cansado del juego, con el pulgar en el gatillo.

El Fuego de cañón lleno el aire de proyectiles delante de él. Obarkon sintió una vibración y una pequeña pantalla repentina le dijo que había sido impactado en un ala. Con el sol en su cola, un segundo Wolfcub se dirigía a por él. Por su cola, su morro estaba iluminado con fognazos. Sólo una mirada le dijo que el piloto el segundo Wolfcub era un experto. ¡Se había expuesto a ser derribado por un idiota! Un hombre menos capaz que el chico se había animado a perseguirlo. Se iba a venir muy poco profunda, tambaleándose desesperadamente. Se había precipitado al dispararle.

Pero aun así, estaba detrás de él y disparando como un loco.

La advertencia sonó de nuevo, impaciente. Había alcanzado el Umbral crítico de combustible.

Ya había tenido suficiente. Obarkon aceleró con los postquemadores del reactor e inicio un ascenso casi vertical, sacándolo de la refriega. El segundo Wolfcub pasó por debajo de él mientras subía, desconcertado por su salida repentina.

Obarkon subió hacia arriba, ganando altitud y velocidad. Volvió su amado Hell Razor hacia el sur.

Esta refriega aérea sólo el comienzo. Ya habría otro día.

Kaminsky hizo un buen recorrido por los sectores norte y llegó a las afueras del Hotel Imperial, y llegó dentro del tiempo que Pincheon le había asignado para el trabajo. El único problema sólo había sido leve por culpa de una cola de los camiones de mercancías que estaban haciendo cola para conseguir una plaza en la Placa Congress en el mercadillo que se hacía entre semana. En estos días, Le parecía a Kaminsky, que el casco antiguo no se levantaba hasta las ocho de la mañana, como si tuviera miedo de lo que podría pasar en las horas oscuras de la noche. Se dio la vuelta por la estructura de hierro forjado del toldo del hotel, en silencio se preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que la estructura fuera desmontada para convertirse en metal de guerra, y miró a su alrededor. No había nadie, a excepción de un antiguo portero viejo, dormitando en una silla plegable en medio de un cargamento de media docena de desactivados servidores, y un grupo de amas de casa fumando cigarrillos de iho juntas en la puerta de servicio en el otro lado del edificio.

Kaminsky estaba a punto de bajar del transporte, cuando la puerta de entrada del hotel se abrió, y una multitud de figuras oscuras salió con determinación hacia él.

Eran pilotos. Lo sabía por la arrogancia a la forma de caminar ellos, pero no eran nativos del planeta, ya que no llevaban los abrigos negros y grises y armaduras vuelo de los aviadores armada. Había al menos una docena, vestidos con trajes de vuelo acolchados y abrigos de cuero marrón, llevaban los pertrechos libremente sobre sus hombros. Eran inusualmente altos y bien proporcionados individuos, delgados y con el pelo negro uniforme, donde la media de Enothian era robusto y bajito. Y no eran todos hombres. Al menos tres de ellos incluyendo, al parecer, la oficial que los guiaba hacia el transporte, eran mujeres.

Kaminsky se bajó y caminó alrededor de la parte posterior del transporte y bajo la puerta trasera. Asintió con la cabeza, y saludo al primero de los recién llegados, tratando de conseguir un aspecto decente en la insignia en la manga de la chaqueta, pero el joven no se digno a echarle una segunda mirada y simplemente izó en su bolsa y subió después de ella.

Sólo la mujer se detuvo. Tenía unos ojos fríos, y una mandíbula delgada. Su pelo negro estaba demasiado a corto, para sus gustos.

—¿El transporte a Theda MAB Sur? —le preguntó a Kaminsky. Hablaba con un acento nasal fuera del planeta que sonaba bastante extraño.

—¡Sí! Para la estación de dispersión.

—Tengo el grado de comandante —le corrigió, arrastrando su figura esbelta hacia el transporte—. ¡Adelante!

Kaminsky esperó a que el último ellos subiera y cerró la puerta. Y regresó cojeando al asiento del conductor y arranco el motor.

Phantine. Eso es lo que llevaba grabado en el emblema de plata que la mujer

llevaba en el hombro. XX Phantine, con un águila de dos cabezas que agarraban a unos rayos con sus garras.

Kaminsky había sido un estudioso de la historia de la aviación desde la infancia y, aunque había oído hablar de un mundo llamado Phantine, no recordaba una ala de vuelo de ese mundo.

Él los condujo a través de la ciudad y hacia el sur hacia la base. En la calle Scholastae, un par de Cyclons de la colación se acercaron a unos 500 metros, giraban hacia el norte, para iniciar las operaciones de aterrizaje. Kaminsky levantó la vista para verlos pasar.

En el espejo retrovisor, vio los pilotos en la parte posterior que hacían lo mismo.

El servicio había terminado, y los fieles desfilaban hacia la salida, y solamente se detenían a encender velas en el devotamente en el santuario. Velas para los perdidos, o los que pronto los podrían ser.

Como de costumbre, como hacía cada mañana, Beqa Mayer encendió tres: uno para ella, una para su hermano, Eido, y otra para quien lo pueda necesitar.

Estaba cansada. El turno de noche en la fábrica había realmente duro para ella. Había sido una lucha para no dormirse, bajo el atento escrutinio de los encargados de la planta. Si hubiera sido más cálida, seguramente se habría dormido. Pero su delgado abrigo: un abrigo de verano de segunda mano, ni siquiera estaba forrado. Tal vez el próximo mes, con sus próximos salarios y lo que ella pudiese ahorrar, ella sería capaz de comprar una chaqueta térmica o algo mejor en un hospicio del Munitorum. Cuando se volvió de encender la vela, se golpeó contra alguien que estaba esperando su turno para encender una vela. Era el hombre que había visto por la puerta de la iglesia en su camino. Alto, de pelo oscuro, un hombre de otro planeta. Tenía una cara triste. Iba vestido como un soldado, y tenía ese olor de aceite y combustible.

—¡Discúlpeme! —dijeron a la vez. Ella asintió con la cabeza, pero mantuvo una distancia mientras se dirigía a la salida. Había estado hablando con él la primera vez que lo había visto. Un extraño, tal vez con la psicosis de batalla. Ese era el tipo de problemas que no necesitaba.

De hecho, lo único que necesitaba era descansar. Podía estar en casa en un cuarto de hora, y podría dormir unas tres horas. Antes de que tuviese que levantarse y vestirse para su trabajo en el muelle. Y Cuando terminara, tendría una hora para dormir la siesta antes del turno de noche en la fábrica.

Salió corriendo por la puerta del templo en una calle fría, luz del día brillaba ahora, y se dirigió a su domicilio totalmente agotada.

—¡Caza Dos, estás dejando una estela de humo oscuro!

Era la voz ansiosa del Caza Líder que salía del comunicador. No hubo respuesta inmediata del Caza Dos. Darrow se incorporó en su asiento y escudriñó su entorno a la luz de la mañana. Las llanuras de matorral y pasto de la península desde una distancia de dos mil metros hacia abajo, eran vasta gama de grises, blancos sin brillo y verdes moteados.

Abajo, a sus cuatro, estaban los Cazas Ocho y Once, con el Caza Líder volando a su estribor. Seis aviones. Los Cazas siete y Doce estaban dañados y habían tenido que dirigirse directamente a la base. Seis aviones eran todo lo que quedaba de su ala. Habían dejado a todos las demás como piras en llamas que cubrían las cumbres nevadas de la Cordillera Makanite.

Y podían haber sido solamente cinco. Darrow sabía que seguramente había estado a punto de haber sido abatido por el asesino blanco, que parecía el oficial de los murciélagos enemigos. El mayor Heckel, el Caza Líder, continuaba insistiendo para que Darrow le respondiera. Heckel sonaba extraordinariamente preocupado, Darrow simplemente podía estar asustado o muerte en la persecución frenética. Pero probablemente estaría conmoción y el dolor de responsabilidad. Habían muerto hoy muchos cadetes. Uno de los días negros del escuadrón. Y había habido tantos en los últimos meses. Darrow se preguntó cómo los oficiales podían superar tantas pérdidas.

El Caza Líder estaba realizando un esfuerzo por reunir a los pocos aviones que le quedaban, y que le informaran de su situación de daños, combustible y munición restante.

Heckel solo tenía tres años más que Darrow y se había ganado su rango a través de la promoción acelerada causada por las pérdidas severas.

—¡Caza Dos, Responda! Incluso a través del comunicador distorsionado, el tono en la voz de Heckel era claro como el día.

—¡Caza Líder, estoy bien! —mintió Darrow. De su fuselaje salía un estela de humo negro, y estaba perdiendo altitud y velocidad. ¿Qué era? ¿Refrigerante? ¿Combustión lenta eléctrica? ¿Otra eventualidad letal en la que no habían pensado aún pensado?

¿Cuánto tiempo tenía? Miro su propio mapa y hizo los cálculos faltaban cuarenta y seis minutos para llegar a Theda MAB Norte. El medidor de combustible de Darrow todavía estaba en completo, pero por los cálculo de Heckel, ninguno de ellos debería tener más que cincuenta minutos. En especial, Darrow, que con sus acrobacias aéreas excesivas debería tener muy poco combustible.

—Escuadrón... —la voz Heckel llegó por el comunicador. Hizo una pausa, como si estuviera frenéticamente tratando de tomar una decisión—, vamos a desviarnos a Theda Sur. Eso debería reducir quince, tal vez veinte minutos el tiempo de vuelo.

Confirmen y aliénense en mí cola.

Darrow confirmo y escuchó a los otros a hacer lo mismo. Era una buena decisión. Operaciones prefería tener seis Wolfcubs de vuelta en el MAB sur que ninguno.

Darrow había cambiado los canales del comunicador y oyó las conversaciones entre Heckel y operaciones y como este autorizaba el cambio de base.

Entonces el golpeteo empezó de nuevo.

Estaba a punto de llamar cuando Caza Ocho comenzó a chillar desde su comunicador.

—¡Caza Dos! ¡Atención Caza Dos!

Darrow estiró el cuello y observo su alrededor. Su Wolfcub dañado se estaba inclinando suavemente hacia abajo lejos de la formación. Su rastro de humo era más denso y oscuro ahora. Se veía pesado y lento, como si soportara una gravedad superior a la de los otros aviones.

—¡Caza Dos, responde! —oyó como le llamaba el Caza Líder—. Caza Dos, ¡responde!

Un crujido débil. ¡No creo que pueda aguantar!

—¡Caza Dos!, ¡por el amor del Trono, Edry! Cadete Edry... estabiliza tu avión ahora antes de que pierdas demasiada altura.

Nada. El Wolfcub era sólo un punto al final de una línea de humo muy por detrás y por debajo de ellas ahora.

—¡Edry! Cadete Edry. Vamos, Edry. ¡Sal de ahí!

Darrow se esforzó por ver. Con sus depósitos de combustible tan bajo, ninguno de ellos podía arriesgarse a dar marcha atrás.

—Vamos, ¡Edry! ¡Vamos!

En el momento de salió de la carretera, se había unido en convoy con otros tres. Esperando su turno en la garita de entrada, para ser inspeccionado por centinelas del PDF con aspecto de cansados.

La Comandante Bree Jagdea se levantó del duro asiento del transporte y miró a su alrededor. La base aérea de Theda Sur cubría una superficie de más de veinte kilómetros cuadrados de terreno al suroeste de la propia ciudad. Podía oler la costa a unos pocos kilómetros al norte.

Grandes defensas rodeaban el perímetro de base. Las zanjas y diques, vallas electrificadas y líneas de estacas, nidos blindados para las baterías Hydra, silos de misiles.

Había un hueco en el perímetro de la pista, ocupado en esa hora por camiones militares y vehículos que se desplazan en ambos sentidos trasportando armas, y un delgado anillo interior de las baterías antiaéreas, En la parte sur del base estaban los hangares y las grandes estructura de los arsenales de hormigón y roca, hacia el norte estaba el mando de operaciones y los puntales rígidos y pilares de las torres de comunicaciones, y los sistemas del auspex.

Una red de pistas de aterrizaje cruzadas cubría la zona interior principal, las pistas primarias suficientemente grandes para gestionar los grandes bombarderos a motor en los que volaron los pilotos de la coalición.

Jagdea vio a algunos estacionados en un Hangar distante. Magogs grandes, viejos y feos. Habían utilizado parecidos en su mundo natal en Phantine durante la ofensiva final, desesperados por conseguir algo en el aire que pudiera volar y luchar. Aquí eran los pilares del bombardeo estándar. No es de extrañar que en Enothis tuviera escasez de pilotos.

Por suerte la mayoría de los aviones locales seria sido reubicados para dejar espacio en la base para los recién llegados.

Jagdea y su tripulación había llegado en la oscuridad de la noche anterior. Este era su primer vistazo de la base. Serviría para formarse una opinión.

Cuadrillas de trabajadores de la Munitorum ya estaban trabajando haciendo las modificaciones necesarias en la base. Los obreros estaban acabando lo hangares necesarios para los nuevos aviones que tendrían que llegar, y en un solar estaban comenzando retirar una de las pistas antiguas para hacer bunkers de estacionamiento adicionales. Los aviones recién llegados, más de setenta de ellos ya, eran formas oscuras bajo los hangares provisionales hacia el este. Había una gran confusión de actividad enormes generadores, excavadoras, operarios utilizando taladradoras, servidores, levantando todo por el paisaje interior del perímetro de la base.

Jagdea miró el cronómetro atado alrededor de la manga de su traje de vuelo. Llegaban justo a tiempo. Su transporte se salió de la pista y entro en el perímetro,

hacia la más cercana estructura de los enormes. Hangares.

—¡Arriba y salgan del transporte! —les ordenó a sus once pilotos bajo su mando comenzaron a recoger sus pertrechos cuanto el transporte se detuvo.

Jagdea bajó de un salto e inspiró profundamente.

—¡Aquí estamos! —murmuró a Milán Blansher, su número dos. Blansher era un veterano canoso de unos cuarenta años, su carrera de veintidós años lo convertía en el mejor piloto del escuadrón.

Hablaba poco, pero ella confiaba en él con su vida. Estaba inusualmente pálido, ojos distantes para un nativo de Phantine y lucía un bigote gris grueso, en parte para darse a sí mismo un aire de paternal, y sobre todo para ayudar a ocultar la cicatriz en la cara de su fosa nasal derecha, abajo a través de ambos labios, hasta la punta de la barbilla.

—¡Otra vez lo mismo de siempre! —murmuró, y alzó su equipo al hombro. Y se encaramó hacia abajo con los otros. Van Tull, Espere, Larice Asche con el pelo recogido se había retirado para dar paso a los forasteros, una de las alas de Cyclons se habían quedado en el hangar.

—¿Puede venir Marquall? —le preguntó Jagdea. Se volvió y asintió con la cabeza.

—¡Sí, comandante! —Marquall era el más joven aviador en Umbra con cuatro años, y el único sin experiencia de combate operacional. Todos los demás habían visto al menos algún tipo de acción durante la liberación de Phantine. Marquall todavía estaba en el programa acelerado en Hessenville durante las hostilidades. Estaba ansioso y, Jagdea lo creía, razonablemente dotado, pero sólo el tiempo demostraría realmente su valía. Tenía la mirada clásica de un barón de Phantine, y una sonrisa con los dientes blancos, de que la gente encontraba encantadora o de engreído.

El escuadrón de Vuelo Umbra se alejó a través de la plataforma hacia el hangar, seguido por otro grupo de aviadores que salían de un segundo transporte. Jagdea echó un vistazo de nuevo a al conductor del transporte. En la cabina, el conductor Munitorum asintió brevemente con ella. Ella podía ver claramente cómo la mitad de su rostro era cubierto de cicatrices de quemaduras, como si los pétalos de una rosa hubieran sido estampados en su cara.

Todo fueron bajando Del Ruth, Clovin, Marquall el muchacho, Waldon, siempre silbando alguna melodía, Zemic y con su grupo de amuletos, Cordiale, Ranfre. Casi todos ellos se hicieron los supersticiosos cuando tocaron el suelo.

Vander Marquall. Observa a través del parabrisas. Vio a tres aparatos de la fuerza aérea de Enothian preparándose para su despegue. Eran los poderosos, bimotor Deltaform, conocidos como Interceptores Cyclons. Sus enormes motores de pistón se encendieron expulsando nubes de humo blanco por las salidas de aire. Se sacudía con

impaciencia observo como el personal de tierra retiraban los vehículos hacia un lado. Marquall podía ver a la tripulación de dos hombres en la cabina a través del cristal, realizando las comprobaciones de última hora.

La mayoría, entro en el enorme hangar. El aire interior era frío y húmedo, con un fuerte olor de promethium. El espacio interior había sido despejado, a excepción de un Shrike solitario bajo lonas en una esquina, y una hilera de placas blindadas sujetadas con cajas de municiones vacías se había plantado a lo largo de la pared oeste.

Un soporte gráfico y un visualizador holográfico se habían instalado en el escenario.

Un grupo de más de una veintena de pilotos ya estaba esperando en el interior. Estaban cerca del escenario, las bolsas de sus pertrechos a sus pies. Al igual que los hombres que habían venido en el segundo transporte, que eran pilotos de la Armada, llevaban una armadura gris vuelo y abrigos negros. Algunos de ellos lucían ojos augméticos. Saludaron a sus colegas del segundo camión, pero ambos grupos miraban dubitativos al Phantine cuanto entraron, y se quedaron al margen de ellos en grupos segregados. Jagdea los identificó casualmente como Umbra Vuelo. Dejaron caer sus macutos y se hizo un corrillo. Los pilotos de la Armada no dejaban de mirarlos a su manera. Jagdea conocía el escuadrón de Phantine era inusual, y que se los diferencian de los habituales pilotos imperiales. Lo que indudablemente significaría una rivalidad y un orden jerárquico, que ella aceptaba.

Eran bestias de aspecto rudo, robustos y fornidos, de piel pálida y pelo recortado. La mayoría de sus trajes de vuelo estaban reforzados con planchas metálicas o capas de cota de malla, y sus pesados abrigos cuero a menudo se recortan. Muchos tenían feas cicatrices faciales. Varios exhibían medallas y otras bandas de honor.

—¡La 63.º Ala de Combate Imperial! —susurró Blansher discretamente al oído—. Los perros solares como les gustaba llamarse. Creo que el hombre grande con los galones de comandante de vuelo, es Leksander Godel. Cuarenta derribos en el último recuento.

—Sí, he oído hablar de él —respondió ella a la ligera.

—El otro grupo creo que son los Raptors 409.º —dijo Blansher—. Ese hombre de allí es el líder de la ala Ortho Blaguer.

—¿El mismo?

—Si, el mismo. Ciento diez derribos. Mire, nos está observando.

—Entonces vamos a otra parte —dijo Jagdea y se alejó.

—¡Orbis en tus seis! —gritó de repente en voz alta, el oficial piloto Zemmic su voz hizo eco alrededor del hangar. Descendiendo de otro transporte llegaron una docena de pilotos más de Phantine se dirigieron hacia el hangar. Jagdea sintió un alivio inmediato al ver caras conocidas. Orbis vuelo, compañeros y amigos. A la

cabeza de ellos paseaban su comandante, Hayyes Wilhem.

Las dos alas se agrupan y se saludaron.

—¡Estoy contento de que se unan a nosotros! —sonrió mientras cogía a Jagdea Hayyes de la mano.

—¡Nosotros también estamos contentos! —respondió Hayyes—. ¡Confío en que todavía hay algunos murciélagos volando para nuestros cazas!

Un silencio cayó de repente. Un último grupo de aviadores de la Armada, todos hombres, acababa de entrar en el hangar, en una entrada tardía que parecía Jagdea calculadamente teatral. Sólo había ocho de ellos.

Sus blindados trajes de vuelo eran de color negro mate y las chaquetas de gamuza en la nube blanca. No llevaban insignias o marcas de rango de ningún tipo, excepto la placa Imperial Aquila en sus cuellos.

—¡Mierda! —dijo Jagdea.

—¡Los Apóstoles! —susurró Ruth.

Los Apóstoles, ciertamente. El ala célebre de los ases, la más elitista. Jagdea se preguntaba cuál era Quint, as de ases. ¿El alto, era Seekan o Harlsson? ¿Cuál era Suhr?

No había tiempo para hacer presentaciones. Escoltado por una docena de ayudantes y oficiales tácticos, una imponente figura con el uniforme de un almirante de la armada entró y subió al escenario. Ornoff se presentó a sí mismo.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

—¡Pilotos! —comenzó, con voz suave, pero con mucha autoridad—. En la tarde de ayer las 18:00 horas, me reuní con el Señor de la Guerra Hummel en Enothopolis. El ministro, como ustedes deben saber, ha organizado la guerra aquí en Enothis durante los últimos nueve meses, en el nombre del Señor de la Guerra Macaroth y el Dios-Emperador de todos nosotros.

—¡El Emperador protege! —dijo uno de los Apóstoles con elegancia, y todo el mundo se hizo eco del entusiasmo de las palabras.

Ornoff asintió apreciativamente.

—¡Espero que lo haga, capitán Getteringg! Mientras tanto, tendremos que hacer lo que mejor sabemos. Y según las órdenes formales que me fueron entregadas por el Señor de la Guerra al ministro Humel, y a las 18:30 horas exactamente, el ministro me entregó formalmente el mando del escenario de Enothis.

Un espontáneo aplauso estalló en el suelo del hangar.

Por ahora, la guerra se ha concentrado en tierra en Enothis. Ahora comienza una nueva etapa la guerra aérea.

Mayor Frans Scalter miró al copiloto junto a él en lado derecho de la estrecha carlinga del Cyclon, tiene un pulgar hacia arriba, luego se volvió y para que el personal de tierra lo viera.

Se ajustó la máscara.

—Operaciones, Operaciones. Soy el Buscador Uno. Vuelo Buscador está listo para despegue. En espera de permiso.

Scalter tenía la mano en la palanca del freno de la rueda.

—Operaciones a Buscador Uno. Diríjase hacia el exterior. La pista principal está abierta. Que tenga un vuelo tranquilo y que el Emperador lo proteja.

—Gracias, Operaciones. Vuelo Buscador, dirigiéndose hacia la pista.

Scalter libero el freno, y oprimió suavemente el acelerador. El avión bimotor comenzó a deslizarse hacia el exterior, hacia la pista principal. El personal de tierra se habían apartado, el combinado rugido de los seis motores resonaron dentro del hangar.

Scalter se colocó en la posición inicial de despegue, e hizo la comprobación final. A su lado, Artone abrió los radiadores e hizo la mezcla de combustible un poco más potente para el despegue.

—¡Iniciando despegue! —anunció Scalter.

Artone de pronto levantó una mano.

—¿Qué?

—¡Bandera Roja! —dijo Artone urgentemente, señalando hacia la pista.

—¡Por el Trono! ¿Y ahora qué? —gruñó Scalter—. Operaciones, soy Buscador Uno. Tenemos una bandera roja. ¡Por favor confirmen bandera roja!

Hubo una pausa. A continuación, por el comunicador recibió la respuesta.

—¡Confirmación negativa!, Vuelo Buscador. Aborte despegue y manténgase a la espera. Repito, aborte y manténgase a la espera.

—¿Qué demonios está pasando? —exigió Scalter.

—¡Aparatos dañados! —respondió el comunicador—. ¡Aparatos dañados entrantes...!

Podían ver como se aproximaba al suelo, un poco confundido por la escasa luz del amanecer. Los caminos fueron apareciendo. Los golpes en la zona del motor era constantes. El Mayor Heckel pidió que se le informaran de la carga de combustible de cada Wolfcub. Todos eran miserablemente bajos. Darrow no podía responder ya que no le funcionaba el indicador de combustible. Dieciséis caza había comenzado a dejar una estela de humo. En los últimos diez minutos, un piloto informó de una rápida caída de presión hidráulica. Caza Dieciséis había recibido al menos dos impactos en el fuselaje durante la pelea por las montañas.

Ala de cazas, soy el Caza Líder. Dieciséis y Dos tienen prioridad en el aterrizaje. Que se coloquen en posición y el resto los seguiremos en cuanto que están abajo. Confirmad.

Darrow estiró los hombros contra el arnés. Heckel quería Dieciséis abajo antes de que se estrellara y quería que Darrow aterrizase lo más rápido porque lo más probable que volara en sin combustible.

Después, del Caza Dieciséis, pensó Darrow, permitiendo que el Wolfcub entrara con razón después que él. La estela de humo del Wolfcub era de color blanco claro, entonces, como un teletipo. Los golpes se volvieron aún más insistentes. Darrow comenzó su aproximación.

—¡Sus alas de combate! —dijo Ornoff—, son de las cinco primeras en llegar a las bases que se están acondicionando lo largo de la costa sur. En las próximas setenta y dos horas, un total de cincuenta y ocho alas de la Armada Imperial... y sus afiliados... —añadió, con un guiño a la Phantine—, se desplegará en los aeropuertos a lo largo de todo el Litoral. Cuarenta y dos alas de combate, dieciséis alas de bombarderos. Ustedes van a apoyar a los escuadrones locales. Ustedes serán la primera línea en el aire.

»Los incondicionales fuerzas nativas que quedan, permítanme recordarles, han estado luchando en este escenario duramente estos meses, y tendrán un papel de apoyo. Si el Dios Emperador quiere, esto puede permitir un tiempo precioso para reparaciones, reacondicionamiento, y descanso.

Se dio la vuelta hacia la pizarra detrás de él.

—No hace falta que le diga que se familiaricen con la topografía, el uso del canal, y la ubicación de las bases. Los códigos de cifrado se deben de cambiar diariamente. El archienemigo está escuchando —Ornoff se detuvo y deslizó su mano abierta hacia la pizarra pensativo—. La situación aquí es grave.

»Las Fuerzas del Señor de la Guerra Humel, hábilmente apoyadas por los ejércitos de la FDP, casi tuvieron éxito en la derrota del archienemigo de este mundo. Sin embargo, en los últimos dos meses, la fortuna se ha invertido desastrosamente. El archienemigo, cuya única plaza fuerte era el sur de Trinidad se ha reabastecido con gran fuerza como parte de la contraofensiva lanzada el año pasado a través del Grupo Khan. Las fuerzas al mando del Señor de la Guerra estaban retirándose acosados hacia el norte a través del desierto del Interior. Esta es la región, aquí —señalando con el dedo en el mapa de la pizarra—. Algunos ya han llegado a la cordillera de las Makanite, y están luchando por los puestos de montaña, por esta zona —señalándola con el dedo—. Nuestra tarea es ayudar a que muchos de ellos lleguen a la seguridad de la Costa Zophonian tantos como sean posible. Debemos proporcionales cobertura aérea global a las columnas blindadas e infantería en retirada Eso significa negar el espacio aéreo al enemigo, y hostigar a sus fuerzas de tierra con ataques aéreos. Enothis sólo se salvará si conseguimos que un gran número de las fuerzas de tierra aliadas puedan llegar a la costa sanos y a salvo. Allí, con reabastecimiento y descanso, se podrá iniciar, un contra-ataque para hacer frente a la invasión del archienemigo.

Ornoff volvió para mirar a todos ellos.

—Hay que esperar que haya salidas durante todo el día. Un completo plan estratégico se ejecutará tan pronto como todas las alas están presentes, momento en el que su alas podrían ser reasignadas a otras bases. Mientras tanto, ustedes van a volar en misiones a discreción de operaciones para iniciar la cobertura hasta que estemos a

pleno rendimiento.

Ornoff levantó una mano e hizo una seña a uno de sus ayudantes que entraron en el hangar con él en el escenario, un hombre mayor con el uniforme de oficial de vuelo de la coalición.

—He invitado a comandante Parrwood a la reunión para que les informe sobre las peculiaridades del clima y el terreno. Antes de que inicie el informe ¿alguna pregunta?

Godel, comandante de vuelo de los perros solares, levantó una mano enguantada.

—¿Con que nos vamos a encontrar, almirante?

—El enemigo tiene superioridad aérea —respondió secamente Ornoff—. Cazas de la clase Hell Razor y Locust, cazabombarderos de la clase Tormentor y Hell Tallons.

»El archienemigo está volando en un gran número de aparatos de fabricación local. También hay informes de bombarderos pesados, de un tipo aún por determinar. Muchas de sus incursiones muestran un alcance extendido, lo que puede indicar bases de abastecimiento en el desierto.

—¿Cuándo estarán las bases costeras dentro de en su alcance operativo? —preguntó uno de los Apóstoles.

—A menos que lo impidan, Mayor Suhr, al ritmo actual de progreso, las alas del archienemigo tendrán suficiente alcance para atacar las bases costeras, dentro del mes. Esa es una eventualidad que deben impedir.

—Confíe en nosotros, somos los mejores —dijo Suhr, Hubo un general murmullo de aprobación.

—Ahora, si el comandante Parrwood es tan amable.

Las palabras de Ornoff fueron interrumpidas cuando una sirena empezó a sonar en el exterior. En un momento, fue coreada por otras. Un gemido profundo y ominoso se oía por toda la base.

Los aviadores se miraron. Ornoff miró a sus ayudantes y se apresuró a bajar del escenario, en dirección a las puertas del hangar. Todo el mundo le siguió.

Hacia el exterior, a la luz del sol, se agruparon en la plataforma de rocamiento, escudriñando el cielo cristalino.

Las luces habían sido encendidas a lo largo de la pista principal, y los vehículos de emergencia salían de sus cobertizos a lo largo del perímetro norte.

—¡Alguien está en problemas! —murmuró Blansher.

—¡Allí! —dijo uno de los pilotos de la armada, señalando hacia el sur, dos pequeños puntos. Jagdea oyó el lejano, ruido de reactores.

—¡Están cerca! —dijo Larice. Los puntos se estaban aproximando, pero dos estaban ya en el punto de aproximación, podía ver la luz del sol reflejándose en el fuselaje. El avión de color verde oscuro, un reactor monoplaça, arrastraba una estela

de humo detrás de él.

—¡No es bueno! —dijo Jagdea, mirando.

—¡Si va a aterrizar, esperemos que le funcione en tren de aterrizaje! —dijo Marquall a su lado.

La estela de humo que expulsaba el Caza Dieciséis, era cada vez más gruesa. Darrow tuvo que ajustar la altura para no tener que volar a ciegas a través de humo. Caza Dieciséis estaba volando bajo, y obligaba a Darrow a aterrizar después de él.

Hubiera preferido un enfoque más bajo, ya que había un viento cruzado leve.

De acuerdo con el indicador de velocidad, estaba peligrosamente cerca de parada crítica.

—¡Vamos, Caza Dieciséis! —maldijo—. ¡Vamos! Aterriza el aparato.

—¡Creo que... creo que mi tren de aterrizaje no se ha desplegado! —oyó Darrow a través del comunicador.

—¡La palanca está atascada! ¡Creo que...!

Una alarma de combustible sonó en la cabina de Darrow. Aunque el indicador todavía indicaba lleno.

—¡Tengo que aterrizar ahora! —gritó.

—¡Está bien, está bien! La palanca ya ha cedido. En tren de aterrizaje se estaba desplegando.

Así como los motores del Cyclon se apagaron, Scalter abrió la ventana deslizante de la cabina y asomó la cabeza, buscando en el cielo.

—¡Operaciones! —gritó él, pero luego se dio cuenta de que al meter la cabeza por la ventana se desconectó el cable del micro, volvió entrar a la cabina buscando el enchufe del micro en el panel del comunicador.

—¡Maldita sea! —gritó, luchando por el interior y golpeándose la cabeza.

—¡Maldita sea! —No encontraba el extremo del cable.

—¡Lo tengo! —exclamó Artone, colocándolo en el enchufe.

—¡Operaciones! El Wolfcub se dirige hacia la pista con el tren de aterrizaje sin desplegar.

—¡Despeje la pista, Buscador! —respondieron desde Operaciones.

Scalter se quitó el arnés, abrió la escotilla lateral y saltó al suelo. Artone también era rápido y salió por la otra escotilla lateral.

Scalter corrió por el terraplén hacia la pista principal, agitando los brazos. Con unas bengalas rojas había cogido de la cabina. El Wolfcub era realmente pequeño. Estaba dañado y dejaba una estela de humo. El ruido de su motor ahogaba todos los demás ruidos.

Su tren de aterrizaje no se había desplegado correctamente, y aun estaba dentro del fuselaje.

—¡Arriba! —gritó Scalder. Tropezó y cayó sobre su rostro mientras Artone lo abordaba y lo llevara al arcén de la pista.

El Wolfcub estaba a punto de tocar tierra, no muy lejos de donde estaban, empezó a caer la cola, para asentarse sobre el tren de aterrizaje que no estaba allí.

La parte inferior de la cola golpeó primero. Hubo un chillido abrasivo. Fragmentos de metal y arena volaron por todas partes a causa de la fricción. Inmediatamente, la cola volvió a subir, saltando y lanzando el Wolfcub hacia abajo directamente impactando en el suelo con su morro. El interceptor se hizo trizas, El ala de babor se arrugó y salió volando. El motor en llamas aplastó a la carlinga, y explotó. Al poco rato el poco combustible que quedaba se desparramó en llamas a lo largo de la pista de aterrizaje.

En lo alto a sus seis, Darrow miró con incredulidad. Acababa de bajar su tren de aterrizaje y añadió más resistencia haciendo que disminuyera su velocidad aún más. No había ninguna pista más, sólo un lago de fuego y una masa de escombros enmarañados.

Darrow tocó en suelo en pleno empuje de emergencia y su Wolfcub se sacudió y luchó, cansado de volar. Tiró del mando.

Se elevó lo suficiente, escombros del caza cuatro estaban a unos escasos metros, convertidos en una enorme bola de fuego. El fuselaje de Darrow se ennegreció por el

hollín. Había humo por todas partes. Vio bailar las llamas a lo largo de sus alas.

—¡Solicito una pista secundaria! —gritó.

—¡El resto de pista está despejada! —oyó a través del comunicador. Él no se estrellaría. Ahora no. Ahora no. El mando era como de plomo.

Las luces rojas se encendieron a través de su panel de instrumentos. Sintió una sacudida. El motor se había apagado. Ya había agotado el combustible, no podía hacer nada.

El Wolfcub toco tierra con demasiada velocidad. El tren de aterrizaje sobrevivió al primer impacto, pero no al segundo. Se desintegró dispersando pedazos metálicos y caucho desgarrado, por toda la pista. El tercer rebote impacto en el fuselaje, inmediatamente una cascada de chispas procedentes de la brutal fricción, lleno el aire. Grandes fragmentos del fuselaje se desprendían, un ala se doblo como si fuera de papel. Darrow gritó, con los brazos protegiéndose la cara, sacudiéndose como una perla en una lata.

Llegaron corriendo desde todas las direcciones, desde los silos, desde el hangar principal. Camiones de emergencias, con sus sirenas a todo volumen, que levantaban el polvo y las piedras mientras corrían a través de la pista principal.

Jagdea y Blansher fueron de los primeros pilotos en para llegar a los restos del accidente.

—¡Aléjense! ¡Regresen! —gritaba el personal de tierra detrás de ellos.

—¡Sáquenlo, ya! —gritaba Jagdea, chocando contra la barrera de brazos extendidos del personal de emergencias.

La cubierta de la carlinga del Wolfcub se desprendió, y el piloto se arrastró hacia fuera. Su avión estaba casi de costado, apoyándose en una ala rota rodeado por los escombros. El piloto se tambaleó hacia ellos, sacudiendo la cabeza, cuando los equipos de emergencia corrieron hacia los restos con extintores de espuma retardante.

El rostro de la joven estaba negro por el hollín. Cuando se quitó la máscara de vuelo, la parte inferior de la cara estaba rosada y limpia. Parpadeó y vio a Jagdea y Blansher.

—¡Mierda! —dijo.

—¡Buen aterrizaje! —dijo Blansher, ofreciendo un brazo para que pudiera apoyarse. El piloto se dejó caer pesadamente, temblando.

—¡Bueno... el aterrizaje...! —tosió—. ¡Los he hecho mejores!



DÍA 253

La Furia de Parduá estaba muerto. Su planta de energía había sido dañada y aguantó durante los últimos cien kilómetros, y los indicadores del refrigerante indicaban que estaban sin refrigerante. El conductor que llevaba veinte años conduciéndolo logró colocarlo fuera de la pista principal antes de que el motor pronunciara su último estertor, y ahora el venerable tanque de batalla del tipo Conqueror se apago convirtiéndose en un trozo de chatarra.

La arena fina y seca ya estaba relleno de huecos, bajo sus sesenta y dos toneladas ya estaba enterrado de arena, hasta los ejes en el lado de babor.

Le Guin dio una vuelta alrededor del tanque, sintiendo el calor que irradiaba su casco de metal en su rostro. No había ningún ruido de herramientas y uno de los regimientos auxiliares técnicos apareció por la escotilla trasera, con la cara roja y brillante por el esfuerzo.

—¿Y bien? —preguntó Le Guin.

—Esta seco de refrigerante y el bloque del cilindro principal esta fusionado. Recorrieron demasiada distancia, y la arena está en todas partes.

Le Guin asintió.

—Quite cualquier cosa aprovechable y los suministros. Municiones, baterías, radio, toda el agua o combustible en los depósitos de reserva. Amontónalo fuera y transfíralo a los transportes. ¡Que sea rápido, soldado!

—¡Si, capitán!

Le Guin miró a su alrededor el teniente Klodas, comandante de la *Furia*. Su conductor, cargadores y artilleros estaba cerca formando un grupo lamentable, respetuosos, las manos en posición de oración, como dolientes en un funeral.

Le Guin vio que Klodas estaba tratando el vano esfuerzo de no llorar.

—¡No malgaste agua, por favor, Klodas! —dijo Le Guin—. ¡Tenemos un largo camino por recorrer todavía!

Klodas asintió. Le Guin se sentía mal por haber sido tan duro con el joven oficial. La pérdida de un tanque, como Le Guin bien sabía, era como perder a su mejor amigo, hermano, padre y perro fiel en todo una sola vez. Los tripulantes de tanques vivían en su máquina, luchaban con él, y normalmente era también su tumba, Se lo debían todo, confiaban y conocían todas sus debilidades. Y dejarlo por muerto al lado de una pista del desierto.

—¡Parecía... un crimen!

Además, no eran simples piezas de tecnología militar, estos tanques no tenían precio. Muy pocos de las unidades originales permanecían en servicio activo. Los grandes mundos forja estaban fabricando simplemente copias de los originales, lo más rápido que podían, muchos de los secretos tecnológicos estaban siendo olvidados, o nunca habían sido registradas. Le Guin sabía, con una amarga

certidumbre prácticamente, que muy pocos mundos-forja eran ahora capaces de crear el cañón especial L/D cazatanques con el que se equipaba a los conquistadores.

El Furia de Pardia era uno de los más antiguos ejemplos de la octava generación de Lemman Russ, mantenido cuidadosamente y reparado durante veintitrés siglos. Incluso en su lamentable estado actual, merecía ser recuperado y transportado para su reparación total, y si no fuera posible, para piezas de recambio.

Pero eso no iba a suceder. No había tiempo, no había recursos y si todos ellos se quedaban allí mucho más tiempo, nadie quedaría con vida.

Le Guin miró hacia atrás por el sendero. En el resplandor del sol, una columna de hombres y máquinas se desplegaba a través del camino, borroso por el calor y el polvo. Cada diez segundo, otro tanque o vehículo pasaba gruñendo, levantando arena. Los ojos de Le Guin estaban en una posición permanente de entrecerrar los ojos. La columna en retirada, lo que podía ver, y sólo era una centésima parte de ella abriéndose camino desesperadamente por toda la tierra de ondulantes dunas del noroeste.

Ese era el destino del Señor de la Guerra Humel que casi llegó a las puertas de la colmena Trinity Enothis, antes de ser rechazado por el increíble ferocidad de las fuerzas del archienemigo.

Los restos de *La Furia de Pardia*, le parecieron al capitán Le Guin un símbolo apropiado para esa desastrosa retirada: una gran bestia, orgullosa en otra época, golpeado hasta la extinción por el enemigo y ahora solamente restos que se oxidarían en las arenas donde sólo futuros arqueólogos, podrían exponer sus huesos secos de nuevo.

Le Guin miró hacia el norte, mirando la estela de polvo de los vehículos que habían pasado por delante. Los hombres caminaban arrastrándose junto a las máquinas, sedientos de agua como los vehículos sedientos de petróleo. Algunos montaban en los guardabarros o a horcajadas sobre la parte superior. Cada pocos kilómetros algo necesita ser reparado. La furia no era el primer blindado que tenía que ser abandonado en el borde de la carretera. La ruta de huida de la colmena Trinity estaba indicada con los cadáveres de máquinas que habían muerto en el camino.

Y el archienemigo no dejaba de hostigarlos durante la larga marcha.

Klodos hizo señas a un vehículo semioruga, y su tripulación se bajo del vehículo para formar una cadena humana para cargar lo que era recuperable del Conqueror.

—¡No tarden demasiado! —dijo Le Guin.

Le Guin regresó a su propio vehículo, secándose la frente con una mano que retiro negra por el sudor y el polvo. Mientras caminaba, miró hacia el cielo implacable. ¿Por dónde vendría el próximo ataque? ¿Lo más seguro que viniera del cielo? Los informes decían que las fuerzas terrestres enemigas habían empezando a perseguirlos.

El *Zona de Muerte* se detuvo a esperar a su comandante. Mientras subía, acarició su flanco, aunque el metal calentado por el sol le quemó la mano. El *Zona de Muerte* era un tanque de asalto de tipo Exterminator, su chasis tenía el patrón básico como el de los conquistadores más pesado. Sus cañones automáticos montados en torreta, producían un campo increíblemente salvaje de potencia de fuego rápida. El tanque estaba cubierto de polvo rojo, sin embargo, estaba raspado hasta la base de metal cromado en muchos lugares. Su nombre estaba pintado en el mantelete de la torreta, y su regimiento al 8.º Pardus blindado, estaba grabado por encima de los faldones blindados al lado de una doble águila imperial.

Le Guin trepó por las cajas de repuestos colocados en la cubierta trasera y saltó a la torreta. Matredes, su artillero, le estaba esperando en la escotilla superior.

—¡Nos vamos, Ya!

—¡Si! —contestó Le Guin.

Matredes gritó a Emdeen, el conductor, y aceleró el motor VI2. Se tambaleó hacia adelante, con movimientos estrepitosos, y se unió a la larga fila.

El *Línea de la Muerte*, hacia poco que era el vehículo de Le Guin y, aunque trató de conseguir el mando de un vehículo más poderoso. Durante la mayor parte de su carrera, Le Guin había sido un destructor de tanques literalmente, comandante del tanque asesino, *Dura Venganza*. Treinta y cuatro tanques destruidos, hasta que el *Dura Venganza* había caído bajo el fuego enemigo en el mundo santuario de Hagia, hacia tres años. Le Guin podía haber caído con su vehículo, pero su vida había sido salvada por la acción desinteresada de un explorador de infantería llamado Mkoll, del los Primeros de Taniht.

A su regreso a la sede del regimiento, le habían asignado a Le Guin, El *Zona de Muerte*. Había querido otro Destroyer, naturalmente, donde sus habilidades y formación, hubiesen sido mejor aprovechados, pero no había ningún otro vehículo disponible.

En las raras ocasiones en que surgía otro para ser transferido o reasignado eran de construcción antigua, por lo general un casco con rodamientos reacondicionados pésimamente, un motor de fresar y algunos fuegos artificiales inútiles en lugar del precioso cañón especialista L/D.

Y Así, disimulando su decepción, Le Guin se había convertido en el oficial de un tanque de asalto, montado en su nuevo vehículo en esta condenada campaña de Enothian. Liderada por el Señor de la Guerra Humel.

En las circunstancias actuales, la causa de su decepción parecía ridículamente insignificante, que no se le hubieran asignado el vehículo que quería. Si tan sólo fuera eso lo peor que tuviese que lidiar en estos momentos.

Todo lo que importaba en ese momento era lo que iba a llegar primero: el desierto o el enemigo.

Incluso con los compartimientos internos de filtros sellados, era como estar en un horno.

Le Guin no se atrevía a utilizar el intercambiador de aire por temor a agotar el combustible aún más. Matredes estaba estudiando los mapas a la luz de una bombilla roja encima de la cabeza, y parecía que les estaba diciendo algo. Le Guin se colocó los auriculares y encendió el comunicador interno.

—¿Me escuchas? Otros cuarenta kilómetros, y deberíamos estar llegando a un terreno más abierto... karst. Es el inicio de la garganta de un valle.

Le Guin asintió. La garganta, y las montañas próximas, solo representan a la segunda y tercera parte de las grandes cordilleras que las columnas en retirada tendrían que superar para llegar a territorio seguro. El desierto era sólo el comienzo. Pero llegar a la garganta le daba un poco de esperanza.

Le Guin hizo cerrar la escotilla y se sentó, a observando por el periscopio Matredes estaba sentado a su lado. La *Línea de la muerte* viajaba en el cuarto anterior de la columna en retirada. Según rumores sin confirmar, algunos de los elementos imperiales habían llegado ya a los puestos de la cordillera Makaanite, a las puertas de la seguridad. Según otros rumores, las unidades rápidas enemigas de asalto había llegado allí, ocupándolos para impedirlos los accesos.

Echó un vistazo a través de la mira, tratando de apoyarse contra la sacudida de la máquina. Con la dificultad provocada por la bruma del calor y polvo girando. Ahora le parecía que a lo lejos. Una delgada línea azul-blanco. Las montañas, ¿o un espejismo de la luz del día?

Por el comunicador escuchaba algo que no entendió bien. Un momento más tarde, no era necesario, qué se lo repitieran. Sombras parpadeantes en el plano cenital al norte, y oyó la ráfaga de postcombustión por encima del rugido del motor de tanque.

Dos formas de color rojo oscuro brillante en el cielo, moviéndose tan rápido como flechas, volando a poca altura por encima de la columna. Vio destellos, surtidores de arena, y luego escucho las vibraciones de las municiones al detonar. A un kilómetro de distancia, algo explotó y comenzó a manchar el cielo con una gruesa estela de humo negro aceitoso.

—¡Alarma! ¡Alarma! —gritó por el comunicador. Las Armas torreta de la *Línea de la Muerte* estaban ya colocadas a elevación máxima, pero no tenía sentido desperdiciar munición en este rango. A lo lejos, vio los destellos entrecortados de los proyectiles trazadores de los Hydra.

Dos murciélagos más se acercaban, usando la larga estela de polvo del convoy de como una guía para alinearse en sus objetivos. Matredes estaba girando la torreta, pero Le Guin hizo una negación con la cabeza. Un camión de transporte, tres vehículos por delante de ellos saltó en el aire en una erupción brillante de llamas, y esparciendo escombros ardiendo en todas direcciones.

Los vehículos delante de ellos se desviaron para evitar el amasijo de metal ardiendo, cuerpos quemados, algunos desnudos, despojados de la ropa por la onda expansiva.

Otro camión de tropas, estaba girando para evitar los restos, golpeó contra una duna suave y se quedó clavado en la arena, sacudiéndose violentamente, para destrabarse, las ruedas se fueron hundiéndose más profundamente, por el exceso de revoluciones del motor. Los soldados de infantería en la parte de atrás saltaron con palas y cadenas.

—¡Para el motor! ¡Y coloca la cadena! —gritó Le Guin a Matredes, que trepó hacia la escotilla con Mergson, uno de los artilleros.

—¡Colocad la cadena! —gritó Le Guin a los hombres en tierra. Matredes y el artillero sacó una gran cadena las alforjas de estribor. Tenían que ser rápidos. Los aviones de combate del enemigo habitualmente arrojaban sus cargas en la cabeza de la columna para que esta redujera la velocidad. A continuación, se deleitaban ametrallando a la columna estática.

—¡Vamos!

Una estela de humo de un misil tierra aire, mas delante, un poco de fuego salvaje de armas de pequeño calibre. Algún idiota lo intento inútilmente con un arma antitanques.

—¿Dónde estaban? Las fuerzas aéreas imperiales, Cuando un sangriento infierno se desato en la columna imperial.

Un Hell Tallon paso volando a muy poco altura, sacudió el tanque con se estela de turbulencias que provocaba. En unos quinientos metros por delante de ellos, todo estaba envuelto por el diluvio de proyectiles, números fuegos empezaron a arder cuanto los vehículos comenzaron a explotar por los impactos de los proyectiles, algo grande estallo en una gran explosión, posiblemente un tanque.

—¡Vamos, Matredes! —gritó Le Guin. La mayoría de los soldados se había tirado al suelo cuando el murciélago se acercó, pero los hombres de Le Guin habían conseguido coger la cadena y estaban enganchándola en el parachoques del camión.

—¡Engánchala, antes de que el conductor lo hunda más! —gritó Le Guin a Matredes, indicando al conductor del camión, un adepto del Munitorum que seguía intentando salir de la arena, acelerando y hundiendo aun mas las ruedas.

—¿Emdeen? —gritó Le Guin a su conductor—. ¡Arranca lentamente, sin tirones, o vas a partir el camión en dos!

—¡Entendido, capitán! —gritó Emdeen desde abajo—. ¡Quince barras, y enciendo el motor!

—¡Quince barras! —Le Guin se rió a pesar de la situación. En el regimiento pardus se bordaba una barra dorada en el cuello del uniforme por cada año de servicio cumplido. Emdeen le había recordado a su capitán que era un veterano de quince

años y no necesita que le dijeran cómo remolcar un camión con éxito.

Le Guin solo tenía trece barras.

Su risa se detuvo cuando vio al murciélago siguiente. Con el morro inclinado, de color rojo como una herida abierta. De la clase Tormentor dedujo Le Guin. O tal vez un Hell Tallon. No importaba. Él sabía de tanques. Para el bien podría haber sido un maldito duendecillo, que todavía tenía ganas de destruir.

Los proyectiles del cañón del murciélago, barrieron todo lo que encontraron a lo largo del camino, con la misma precisión que una prensa de cinta industrial. Un vehículo blindado que llevaba la insignia polvorienta del Enothian PDF se partió en dos como una cáscara de huevo y rodó sobre su costado. Las explosiones de la munición almacenada en su interior, destrozaron la parte frontal de un camión cisterna lleno de agua.

Entonces los proyectiles cayeron cerca de ellos. Media docena de los soldados del camión averiado fueron derribados, sus cuerpos fueron arrojados a un lado, o por el aire, volando en pedazos. El aire se llenó de polvo y la suciedad. Le Guin perdió de vista Matredes, pero vio claramente como Mergson había sido alcanzado.

Por debajo de la cintura de Mergson, solo quedaban trozos de carne desgarrada.

—¡No! —gritó Le Guin mientras se dejaba caer por el hueco de torreta, para protegerse con el blindaje superior del *Zona de Muerte*.

El murciélago la ráfaga del murciélago ya había pasado, pero antes dejarse caer, Le Guin había visto un segundo murciélago detrás de él.

Raging, tomó los controles de los cañones gemelos de la torre principal, tiró de la palanca del cargador automático y comenzaron a disparar. No podía ver nada a través de la visión periscópica, ciertamente no a un objetivo. ¿Era un desperdicio de municiones?

—¡Deja de desperdiciar municiones! —gritó Le Guin.

Llevaban en ruta aproximadamente una hora. Veinte mil metros de aire limpio por encima de las heladas montañas. Sin nubes y con una línea de visión muy clara de cuarenta kilómetros a más.

Atado a su uniforme de vuelo y respirando de la mezcla de aire a través de la máscara, Viltry levantó la vista de su cabina sombreada. Merodeando en el reino luminoso del cielo, por delante y por encima, el *Fuego del Infierno* estaba navegando sin problemas, dejando largas y rectas, estelas blancas de condensación detrás de él.

La luz del sol se reflejaba en su pulida de aleación plateada del fuselaje.

Estaba casi serenamente tranquilo aparte del ruido de fondo de los cuatro motores del *G para Greta*.

De acuerdo con el auspex, no había nada en el aire excepto su formación de seis bombarderos en cien kilómetros.

Viltry chasqueó por intercomunicación.

—¡Fuerza Gee, confirmado!

Fuerza Gee era otro apodo de la tripulación *G para Greta*. Orsone lo había acuñado.

—¡Bombardero, sí!

—¡Morro, sí!

—¡Cola, si!

—¡Torreta, sí!

Lacombe, El navegante de Viltry, miró alrededor de su superior e hizo con el meñique y el pulgar una «O» con su mano enguantada.

—¿Estamos muy lejos? —preguntó Viltry al navegante.

—Para llegar hasta el punto de encuentro, señor. Tenemos que hacer un viraje de diez grados y más adelante otro viraje de cinco.

—¿Cómo se llama el objetivo?

—¡La garganta del Irax! Creo que el nombre es de una especie local de herbívoro alpino que...

—Gracias, Lacombe. La guerra en primer lugar, la historia después.

—¡Señor!

Viltry cambió de canal.

—¡Vuelo Halo, soy el Líder Halo! Preparados para un cambio de ruta. ¡Diez grados a mi señal... tres, dos, uno... giren!

Los bombarderos tácticos iniciaron el viraje. *G para Greta*, bienvenido al infierno, el trono de terral, y el considérate muerto. La formación de bombarderos era normalmente de una docena de aparatos. Pero para esta salida solamente eran seis, y los seis se habían sido elegidos por sorteo, Así la otra mitad tendría tiempo para reestructurarse.

Normalmente Viltry era el segundo al mando, Wassimir Kyrklan era Halo Uno, al ser oficial superior, pero esta vez se había quedado en tierra. A sí que para esta misión Viltry sería Halo Dos.

Los agudos ojos del navegante estaban puestos entre el auspex y lo que podía ver a través de la mirilla de bombardero.

—En busca de el punto de referencia. Yacob, La referencia era la entrada de la garganta.

Un minuto más.

—¡Vamos, Lacombe!

—¡Ahí está! Doce kilómetros y acercándose. Tenemos que perder otros dos mil ahora. Antes de que el viento lateral nos empuje y nos desvié, para que podamos entrar en la garganta.

Viltry asintió con la cabeza.

—¡Halo vuelo, doce kilómetros para el objetivo. Desacelerad a las tres, y estad pendientes del viento de costado!

—¡Halo Dos entendido! ¡Siguiendo sus indicaciones!

Un Lightning explorador de la armada 1267a había hecho la misma ruta al amanecer, un pictograma se identificó un conjunto de la columna imperial y unidades de artillería hasta la mitad del paso, con unidades blindadas del archienemigo hostigándolos en su retirada. Al parecer, un escuadrón local los había localizado el día anterior, poco antes de ser derribados en su mayoría por la cobertura aérea enemiga.

—Halo Dos, artilleros vigilad el cielo —dijo Viltry.

El auspex estaba escaneando en estos momentos, pero su vida podía depender de los ojos de los artilleros.

—¡Cerca del objetivo señor!

En la bodega de bombas debajo de Viltry, Judd armo suavemente la carga, y luego se apartó en previsión de que se abriera la trampilla para soltar su carga.

La cima del Pico Harapiento Yacob se alzaba delante de ellos, la nieve apelmazada recubría la cima. Viltry podía ver la entrada de la garganta en estos momentos. Su corazón empezó a latir más rápido. Iba a ser muy justo.

—¡Halo dos, prepárense! —Trató de mantener su voz calmada, mientras les informaba de las coordenadas de entrada—. ¡El Emperador protege!

Todos los aparatos repitieron.

—¡El Emperador protege!

Tres... dos... uno...

Los seis Marauders, iniciaron una formación en línea, siguiendo a la *Fuerza Gee*, mientras se balanceaban bajo la sacudida del viento lateral, que los sacudía brutalmente. Entonces, en unos momentos, las paredes del cañón estaban tan cerca

que en cualquier momento los pilotos esperaban ver chispas por fricción cuando las puntas de las alas rozasen las paredes de roca, Pero el abismo comenzó a ensancharse. Se amplió a ciento cinco de metros o más. Viltry piso el acelerador, dejando caer el aparato a cincuenta metros de altura Mayhem, justo detrás de la Fuerza Gee, Kyrklan sonrió. Una altitud de cincuenta metros, en un Marauder a la velocidad de 400 kilómetros por hora, encajonados entre dos paredes de granito. Sólo Oskar Viltry tenía el valor para hacer semejante locura.

Kyrklan llevaba pilotando Marauders un sólo un año menos que Viltry, y durante los últimos seis habían sido Viltry el segundo al mando, y lo seguiría en cualquier lugar. En opinión de Kyrklan, nadie sabía cómo pilotar un Marauder como Viltry lo estaba haciendo en estos momentos. Era una cosa visceral, puro nervio. Como si hubiera nacido para ello. Cuando Viltry fue derribado, y se le declaró como desaparecido, Kyrklan no había llorado solo por su amigo, sino por las futuras generaciones de pilotos de Phantine por venir.

Nunca volvería ver a Viltry pilotar, nunca más aprendería de Viltry. El hecho de ocupar el sitio de Viltry, no le sirvió a Kyrklan de consuelo. Había tenido que llevar el ala en la incursión en Ouranberg. Viltry habría hecho mejor trabajo. Ahora el capitán estaba de vuelta y todo saldría a la perfección.

Kyrklan se quitó su máscara de la cara.

—Cálmate, ¿todo está bien? —se rió por el comunicador.

—¿Puedes repetir, no hemos entendió tu mensaje? —dijo Halo Dos por el comunicador.

—¡Nada, Halo Dos! Vamos bien.

En la cabina de mando de Halo dos, Viltry se estremeció. Dentro de sus guanteletes blindados, sus nudillos estaban blancos. Pensando si le tocaría pagar la deuda o sería aplazada a la siguiente incursión.

—¡Objetivo en la mira! —gritó judd.

En estos momentos estaban sobrevolando a muy poca altitud una columna blindada, de más de 200 vehículos encerrados en la garganta. Más adelante, las baterías móviles y cañones pesados estaban a golpeando el aire con sus descargas.

—¡No puedo...! —empezó a decir Viltry con las manos temblando en el mando.

—¿Capitán? —preguntó Lacombe, observándolo con su mirada.

—¡Por el Trono! ¡Tengo que hacerlo! ¡Tengo de hacerlo! —Viltry se sacudió y gritó a su micrófono—. ¡Descarga a discreción ahora! ¡Ahora Judd! ¡Freídllos!

Naxol, en la torreta de proa, abrió fuego, iniciando una descarga de proyectiles desde el morro del avión hacia las posiciones enemigas en tierra.

—¡Preparados para la descarga! —Informó Judd. *Fuerza Gee* levantó de repente la trampilla del vientre y la gravedad hizo el resto.

Descargaron una oleada de fuego en las posiciones enemigas, a continuación

Mayhem, el siguiente en la formación, descargó su tormenta de fuego, seguido en rápida sucesión por las descargas de los otros cuatro Marauders que quedaban de la formación.

Para entonces, *G para Greta* estaba saliendo de la garganta. Aspirando de nuevo después de haberse quedado aplastados en los arneses de sus asientos por la gravedad extrema, por el rápido ascenso. La tripulación comenzó a vitorearlo.

Nivelándose al cabo de cinco kilómetros sobre las cumbres, Viltry se hundió sobre los controles por un momento, respirando con dificultad.

—¡Los freímos! ¡Freímos a los bastardos! —la voz estaba chillando era Gaize, el artillero de la torreta.

—¡Cállate! ¡Cállate! —gritó Viltry—. ¡Cállate por el amor de Trono! ¡Y continúa con la exploración visual ahora o no vamos a llegar a casa! ¿Me oyes? ¡No más celebraciones hasta llegar a la base!

El cielo estaba vacío, pero el oficial piloto Vander Marquall no estaba mirándolo. Estaba mirando a su aparato.

El Thunderbolt I-XXI se asentó sobre sus ruedas en un revestimiento anti-explosión en el lado este de la Theda Sur. Era una bestia fuerte, de catorce toneladas de peso muerto, sin combustible, con un grupo de cañones acoplados en el morro y con las alas desplegadas a tenía la forma de una flecha, tenía motores turbofan dobles. El pabellón fue montado cerca del hangar.

Estaba pintado de gris mate, con las marcas del XX Phantine en su cola y en el morro. Sus expuestos conductos del motor eran de un brillante cobre.

Racklae, el mecánico jefe de Marquall, miró hacia arriba desde debajo de una de las cajas de armas.

—¡Lo dejare, como nuevo, lo prometo! —dijo.

Marquall sonrió. Racklae estaban terminando de pintar en el morro, el águila estilizada de Phantine, agarrando un rayo dentado, con el nombre *Doble Águila* escrito debajo del rayo entre comillas.

Marquall se dio cuenta de que alguien se acercaba por detrás. Se dio la vuelta y se puso rígido por la sorpresa.

Era el capitán Gettering Guis de los Apóstoles, con su uniforme de vuelo blanco brillante como las rayos del sol del mediodía.

—¡Señor! —dijo Marquall.

Gettering tranquilamente sacó uno de sus guanteletes de cota de malla y lo uso para darle un guantazo en la cara de Marquall, con tanta fuerza que el joven se cayó de rodillas.

Aturdido, con la cara marcada por el guantelete, Marquall levantó la vista.

Guis Gettering estaba caminando de regreso a su Hangar.

—¡Qué...! —jadeó Marquall, levantándose con la ayuda de su mecánico—. ¿Qué demonios ha pasado?

Cuando Darrow finalmente regresó a su puesto, parecía que el lugar había sido abandonado. Estuvo de pie durante unos minutos en el patio iluminado por el sol y miró al otro lado del perímetro principal. A un kilómetro de distancia, en la parte occidental de la zona, pudo ver filas de grandes aparatos bajo cubiertos por telas de camuflaje. Eran Marauders. Darrow apenas podía distinguir las cuadrillas de operarios que estaban trabajando en los caza-bombarderos pesados. A su norte, las cuadrillas Munitorum estaban desmantelando seis de las doce lanzaderas de lanzamiento utilizadas por los Wolfcubs. Mucha Actividad, pero lejos de donde estaba.

El complejo de operaciones y cuarteles detrás de él estaba abandonado y vacío. Vagaba por las escaleras principales y en la penumbra fresca de la sala principal. Darrow llevaba un viejo mono prestado. Su ropa había sido destruida en el accidente. Se las había arreglado para recuperar en buen estado sus botas de aviador, y su pesado abrigo de vuelo, aunque una de las mangas del abrigo había sido desgarrada.

Se había negado a permitir a los médicos que la tiraran.

Habían insistido en mantenerlo en enfermería Theda Sur durante la noche para observación, sin importar que estuviera claro para cualquiera que estaba bien, aparte de algunos rasguños y moretones. Por la mañana, se había visto obligado a esperar, con impaciencia nerviosa, para llenar los formularios y prestar la declaración del incidente. Sólo entonces después de acabar con su declaración se despejó y se metió en el primer transporte disponible para Theda norte.

Tan sólo quería volver, a entrar en la rutina de nuevo y olvidar el horrible día anterior.

Nadie parecía querer que lo hiciera. Las formas, los controles médicos, las declaraciones del incidente. Incluso el conductor del transporte que lo había traído de Theda Sur parecía un enfermo. La cara del hombre era un desastre de tejido cicatricial rosado.

El vestíbulo de entrada estaba vacío. Nadie recorría el largo suelo de baldosas de madera pulida. Caminó más allá de los grabados dorados con letras de honor en las paredes, uno para cada escuadrón Enothian, incluso del propio, el 34.º. Era una antigua costumbre para todos los pilotos para saludar el retrato del anciano Comandante Tenthis Belks, ya que se tenía que honrar el pasado. Darrow no se sentía con ganas hacer saludos.

No había nadie en la oficina, o detrás del escritorio de recepción. Darrow se dirigió a la sala de reuniones, pero no había nadie. El aire olía a cerveza, cafeína y a humo rancio. Un tablero circular de regicidio, con las piezas colocadas de una partida sin terminar, se sentó en una de las pequeñas mesas, Darrow volvió a salir al pasillo y se dirigió a la capilla del edificio. En la pared, junto a la doble puerta colgaba una

pizarra los nombres de los muertos y desaparecidos estaban escritos para el servicio de la mañana. Se detuvo un momento y miró a la lista escrita allí. Los cadetes muertos del ala de Vuelo. La lista era condenadamente larga. Habría sido más corta escribiendo solo los cinco supervivientes.

Abrió la puerta y observó la capilla. Estaba tranquila y muy oscuras, salvo por la luz del día, que entraba en varios colores a través de los vitrales del extremo. Había un olor a madera y cera para los suelos, y también a flores. Alguien estaba sentado en la parte delantera, en el final del primer banco. Darrow no podía ver quién era, y se sentía reacio a molestar.

Saliendo de la capilla, Darrow se dio cuenta por primera vez de los mensajes impresos clavados en el panel de la pared de la oficina.

Empezó a leer.

El Mayor Heckel salió de la capilla y se acercó.

—¿Darrow?

—¿Qué... qué es esto? —murmuró Darrow. Heckel podía oír el tono de enojo en la voz del cadete de piloto.

—¿Sabe lo que está aquí escrito? —preguntó.

—¿Se encuentra bien cadete Darrow? —le preguntó Heckel.

—¿Qué quiere decir esto? —replicó Darrow, señalando al tablero.

La Cara Heckel estaba pálida, y pareció encogerse tímidamente hacia Darrow.

—¡Es cómo funcionan las cosas! ¡Darrow! —contestó con amargura.

—¿Eads ha firmado esto?

—¡Fue su decisión!

—¿Está aquí?

—¡Sí. Sí, lo está!

—¡Quiero verlo!

Heckel se mordió el labio inferior y asintió.

—Vamos.

El mayor abrió la marcha por las escaleras hacia los despachos de operaciones principales. Sus botas resonaban en la dura madera. Heckel parecía tener la necesidad de hablar con su superior también.

—¡Todo el mundo ha sido licenciado! —dijo, casi alegremente—. A partir de esta mañana. Todo el mundo... Bueno, una noticia como esta. Hubo una especie de reunión. Y ya que estábamos a punto de salir para dar paso a los imperiales, bueno, me pareció lo mejor, por lo que Comandante Eads...

Darrow no estaba escuchando. La puerta de la sala de operaciones principal estaba abierta, y vio a personal que no conocía con uniformes de la Armada Imperial, que se giraron para mirar hacia él cuanto entro.

Llegaron a la oficina exterior del comandante y entraron sin molestarse en saludar

a los oficiales de la armada.

Darrow lamentó el mal gesto. La mano del comandante estaba temblando. Realmente temblando. La oficina exterior estaba vacía. Las mesas habían sido limpiadas, y cajas de transporte marcadas con la insignia águila estaban apiladas en el centro del suelo gastado. Heckel llamó suavemente a la puerta. Le respondió un gruñido.

Entraron, el despacho estaba totalmente a oscuras.

—¡Señor...! —comenzó Heckel.

—¿Qué? Oh, mis disculpas. —Hubo un clic, y las persianas de acero de las ventanas se levantaron para dejar que la luz del día pasara—. A veces, no me doy cuenta —dijo Eads.

La luz que entraba revelaba al Comandante del aire Gelwyn Eads, detrás de su escritorio de madera colocado enfrente de la ventana principal. Las paredes de la oficina estaban cubiertas de holografías del escuadrón, fotos de grupo, retratos, imágenes individuales piloto de Wolfcubs y Cyclons, las escenas alegres de la base formales y cenas, un cuadro de Eads con Belks envejecido. Una andrajosa bandera de la CEI estaba suspendida en un lugar de honor sobre la chimenea.

Eads estaba clasificando informes y gráficos y colocándolos en las cajas alrededor de la mesa. Era un enjuto hombre de unos sesenta años, con el pelo gris cortado muy corto, con gafas redondas oscuras le cubrían sus ojos.

—¡Pónganse cómodo! —dijo—. Eres tú, Heckel, ¿me equivoco?

Eads era ciego desde hace diecinueve años. Se había negado a los ojos augméticos. Tenía un enchufe dérmico detrás de la oreja izquierda que le permitía conectar con los sistemas de operaciones durante las incursiones, pero que era la única compensación que tenía para su discapacidad, ahora le permitía identificar y ordenar los informes de datos utilizando el código de lector que había sobre el escritorio.

—¡Lo soy, señor! —dijo Heckel—. ¡Y el cadete piloto Darrow!

Ambos saludaron con formalidad especial. Hace mucho tiempo, Eads había decidido que los hombres probablemente no se molestaban en saludarlo correctamente porque no podía ver, y había adoptado la expresión de «¿y eso es un saludo?» a las personas que los visitaban. Como consecuencia de ello, todo el mundo le saludaba con más cuidado y exactitud de lo que harían con los funcionarios videntes.

—¿Y eso es un saludo? —dijo Eads, y sonrió—. ¡Pónganse cómodos! Hola, Darrow, ¿está usted recuperado?

—¡Si comandante!

—Es bueno saberlo. Estoy haciendo las maletas para marcharme. Supongo que tendría estar agradecido por su visita, sino me sentiría incómodo.

Eads se levantó, se desenchufó del lector de códigos, y caminó alrededor de la mesa utilizando un bastón sensor que usaban los invidentes, rematado con el escudo de Enothian en plata gastada, que temblaba en su mano si detectaba que estaba demasiado cerca de algún obstáculo. Casi no lo necesitaba en su propia oficina, él sabía perfectamente la colocación de todos los muebles y objetos. Eads se acercó a la chimenea y tocó el borde de la antigua bandera. Luego señaló hacia algunas de las holografías enmarcadas.

—Compañía 751 cena de invierno. Wesner parece particularmente molesto en esa foto, ¿verdad? Su corbata es terriblemente desigual. Ese es... es Jahun Nockwist, de pie al lado de su Magog, con sus mecánicos. Barwel viejo y grasiento y su tripulación, el Emperador los bendiga. No, este es Humming Bird, mi primer Wolfcub. Mi Viejo Wolfcub con el que fui derribado en el Mar de Esdras después de la revuelta del 42. Me imagino que todavía está allá abajo, en el fondo, cubierto de arrecifes.

Se volvió hacia ellos.

—¿Estoy acertado?

—¡Sí, comandante! —dijo Heckel—. ¡Lo está!

Eads asintió.

—¡Lo sé porque recuerdo que yo las coloque! —Cogió una de las imágenes de la pared, la sopesó en la mano, y luego la llevó a la mesa. Y la colocó en una de las cajas. *No creo que las vuelva a colgar en mi nueva oficina, dondequiera que este. No voy a ser capaz de verlas. Quiero decir, recuerdo cómo se veían. Bien podría clavar marcos vacíos, sería lo mismo.*

Eads se quedó inmóvil por un momento, absorto en sus pensamientos. Luego se quitó las gafas oscuras.

—¡Me imagino que está pendiente de reasignación, Darrow!

—Sí, señor. Estoy decepcionado por decirlo de alguna manera.

—Estoy seguro de que los estas, cadete. Personalmente también estoy muy decepcionado. Pero no voy a cambiar de opinión. Con las pérdidas de ayer, apenas hemos conseguido recambios suficientes para mantener a veinte aparatos de la 34.^a volando, y eso es con los pilotos compartiendo aparatos entre salida. Hay que ajustar los números. Algunos pilotos se mantendrán en activó. Los cadetes que tengan más horas de vuelos y experiencia serán reasignados a otras unidades. Los otros cadetes se quedaran pendientes de reasignación por el momento.

»Los pilotos experimentados tienen prioridad, Darrow. Lo siento. Su ala de vuelo era una sección de cadetes. Y perdóname por explicártelo sin rodeos, Heckel, hay muy pocos aviones. Darrow, posiblemente serás reasignado a tareas de tierra, y probablemente regresarás al campo Zophos de Enothopolis o a la reserva.

—Es sólo la forma en que se tiene que trabajar.

—¡Sí, señor! —dijo Darrow con los dientes apretados.

—Estar en la Reserva no es tan malo, Darrow —agregó Eads—. Se mantendrá bastante ocupado, el trabajo es gratificante. Y si las cosas salen bien, podría estar volando de nuevo antes de que finalice el año.

Darrow asintió.

—¿Darrow?

—¡Sí, señor! Yo... —asentí con la cabeza—. Señor...

—Asentir con la cabeza no funciona conmigo, cadete.

—¡Lo siento, señor!

Eads regresó a su mesa y se sentó.

—Le diré algo —dijo—. Sólo tienes que bajar su pecho, Darrow.

—¿Señor?

—Di lo que piensas.

Darrow miró Heckel. El rostro del comandante parecía más pálido que antes, y sus manos estaban claramente temblando. Pero él se encogió de hombros y dio el visto bueno a Darrow.

Darrow se aclaró la garganta.

—Sé que sólo he estado en ruta solo cuatro semanas. Soy un cadete. Y ayer fue un... un ...

Miró a Heckel. Heckel frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—De todos modos, creo que puedo volar, comandante. Quiero decir, puedo volar bien. Casi no he tenido la oportunidad, y me odio a mi mismo por perder el aparato. Pero ayer, realmente me sentí... Había un murciélago y ...

—¿Continúe, Darrow?

Darrow se sentía estúpido incluso tratando de decir.

—No importa, señor.

Eads se inclinó hacia delante y levantó un informe de datos de la pila a su izquierda. Lo puso delante de él.

—Su modestia le honra, cadete. Tengo el informe de Heckel aquí. Es... ¿Cómo decirlo? Resplandeciente, ¿no es así, mayor?

—Es sólo la verdad, señor —dijo Heckel.

—Usted tomó el mando con instinto, de forma brillante. El mayor le alaba en términos muy claros. Joder, si te hubiera visto volar la forma en que lo ha descrito, le estaría haciendo un elogio.

—¿Usted dijo eso? —murmuró Darrow.

Heckel se quedó mirando el suelo.

—Sólo informe de lo que vi, cadete.

—Por lo tanto, ¡bien hecho! —dijo Eads.

Darrow parpadeó.

—Señor... Si me he ganado elogios por ejemplo... Si he demostrado lo que puedo hacer... ¿por qué me va asignar a la reserva?

—Es mi decisión, Darrow. No vaya a culpar a Heckel por ello. Su recomendación se tendrá en cuenta en el futuro. Pero hay un pequeño problema ...

—¿Señor?

—Era su primer combate. Lo has hecho bien, para ser su primer combate. Los novatos suelen morir en esas situaciones. Los que sobreviven se creen por encima de su peso. Y casi siempre, está la cuestión de la suerte. Saliste gloriosamente en la incursión, Darrow, pero eso no hace una carrera. Decidí enviarte a la reserva por esa razón.

—¿Comandante?

—¡La suerte!, cadete. Creo que ayer agoto toda una vida de suerte. La utilizó toda en una pelea de perros. Si te mantengo activó, morirás en la próxima incursión.

Darrow no sabía qué decir, parpadeó. Tenía la boca seca.

—Entonces, ¿he contestado sus dudas? —preguntó Eads.

—¡Señor! —dijeron ambos, y salieron del despacho.

Cuando estuvieron bajando las escaleras Heckel le dijo.

—Lo siento.

Darrow se volvió hacia él.

—¡Dios-Emperador! No lo sienta, señor —dijo—. Usted no tenía por que hacer el informe. ¡Gracias!

—Yo sólo escribí lo que vi, Darrow. Tienes una habilidad para pilotar fantástica.

—Me salvo la vida, señor. Me tenía. ¡Me ha salvado la vida!

Heckel vaciló.

—Hice lo que pude —dijo.

—Gracias —dijo Darrow.

Darrow siguió por las escaleras y se dirigió por el pasillo más allá de la capilla. Sólo entonces se dio cuenta de la mancha en la pizarra, el servicio de honor. Los nombres de los caídos. En la parte inferior de la lista habían escrito un nombre en tiza y más tarde lo borraron.

Era el suyo.

El guante de cota de malla de aviador golpeó en el escritorio como un si estuviera hecho de plomo.

—¡Me lo han prestado en el almacén! —dijo Bree Jagdea—. Así que, ¿quieres explicarse o debo romperle la cara con el guante?

El oficial al mando de los Apóstoles, Etz Seekan, miró el guante por un momento. Sus dedos bien cuidados tamborilearon con destreza en el borde de la mesa.

—¿Quiere sentarse? —dijo en voz baja. Él era un hombre hermoso, perfectamente constituido, con brillantes ojos azules y una cautivadora sonrisa. Su pelo oscuro estaba peinado magníficamente, de un modo moleestamente relajado y encantador. Levantó la vista hacia Jagdea. Una parte de ella quería aplastarle la cara, con el guante. Sólo la imagen de Ornoff en la presentación de cargos la detenía. Pero no creo que eso la llevara a ninguna parte—. ¿Por qué no te sientas?

Hizo un gesto hacia el sillón frente a su escritorio.

—¡Prefiero estar de pie! —replicó Jagdea.

Seekan se encogió de hombros.

—Voy a servirme una copa de joiliq. ¿Quiere una copa de joilig?

—¡No quiero tomarme un copa con usted!

Seekan se encogió de hombros y se levantó. Se acercó al armario y se sirvió una medida muy pequeña de licor en un vaso.

—¡He oído hablar de ti! —dijo.

Jagdea se puso rígida. *¿Qué demonios significa eso?* Una parte de ella quería decirle, *también he oído hablar de usted, de todos ustedes... todos los Apóstoles. Los mejores pilotos de la armada occidental. Quint, el as de ases, Gettering, Suhr... y Seekan. El oficial al mando de de los Apóstoles, Seekan, reconocido por su liderazgo y tácticas. Amado por sus hombres. Seekan, el Héroe Imperial.*

Se mordió el labio en su lugar.

—¿Porque ese interés en mi? —dijo Jagdea.

—¡No estoy interesado particularmente en usted! —dijo Seekan. Pensó en eso por un segundo y luego frunció el ceño—. ¡Por el Trono!, no fue mi intención ofenderla. Me refiero a la Phantine. El único regimiento de la Guardia Imperial que son pilotos. Debido a la naturaleza de su mundo natal, ¿no es cierto?

—¡Si, es cierto!

—Todos los pilotos estar bajo el mando de la Armada Imperial, excepto los suyos —dijo Seekan asintiendo. Levantó su copa y añadió—. Eso nos convierte en aliados.

—¡Supongo!

Seekan sonrió.

—Y usted valora a las mujeres pilotos tanto como los hombres. Las mujeres son pocas en la Armada. Y su regimiento cuenta con un elevado número de mujeres

piloto.

—No hay tierra viable en Phantine —dijo Jagdea—. Todo el mundo aprende a volar, hombres y las mujeres. Nuestra capacidad se dice que es intuitiva y excepcional.

—Lo mismo se dice de los Apóstoles.

—No hay razón para celebrar sus propias virtudes. La reputación de los Apóstoles es lo suficientemente clara.

—¡Gracias!

—Así que... ¿Me gustaría explicar por qué su hombre golpeó a mi piloto con un guantelete de esa manera?

—Porque estaba enfadado.

—¿Enfadado?

—¿Seguro que no te gustaría estar sentada, comandante?

—¡Responda a la pregunta maldita sea!

—El Capitán Guis Gettering... con sesenta y dos derribos. Su aparato se llama *Doble Águila*. Se ofendió que su piloto le pusiera ese nombre a su avión.

—¿Por eso golpeo a mi piloto?

—¿Qué más puedo decir? —Seekan se encogió de hombros.

—Mi piloto cambiará el nombre de su avión. No pretendía ofender a nadie. A cambio, le sugiero a su capitán Gettering envié una disculpa escrita y formal a Marquall. Entonces el asunto, podría resolverse sin más complicaciones.

—¡A sido un placer! —dijo Seekan. Jagdea se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿Comandante? —gritó Seekan. Se detuvo en la puerta y miró hacia atrás—. ¡Buen vuelo! —le dijo.

No fue un buen comienzo para su primera salida oficial. Un día brillante y prometedor se había vuelto amargo en el tiempo que había tardado en despegar y llegar los diez mil metros, con una pésima visibilidad por las nubes y un viento lateral aún más horrible. Estaban recorriendo el ancho valle del río Lida hacia las montañas.

Jagdea normalmente disfrutaba pilotando su Thunderbolt, de la clase cero-dos, pero hoy lo notaba áspero y pesado.

Demasiado tiempo en un contenedor de retención de un transporte de la Marina, suponía Jagdea. Los equipos de mantenimiento tendrían que haber hecho todo lo posible para mantener los sistemas en estado óptimo, pero no había ningún sustituto para el buen mantenimiento que volar regularmente.

Antes de ser trasladados a Theda MAB Sur, todos los Thunderbolts del ala de vuelo Umbra, habían estado fuera de uso durante tres meses y medio.

Por otra parte, se preguntó, a lo mejor era imaginaciones suyas. El Thunderbolt no era lo único que no había volado en tres meses y medio. Jagdea se sentía torpe e inepta. Incluso había hecho un mal despegue. Habían tenido simuladores en la compañía, por supuesto, las sesiones periódicas para mantenerse con buenos reflejos, pero no era el mismo.

La observación presumiblemente honesta de Seekan de desearle buen vuelo ahora le parecía una maldición.

Volaban en equipos compuestos de cuatro aparatos. Junto a ella estaban Van Tull, Espere y Marquall. Blansher estaba al mando de la segunda unidad de cuatro a unos cuarenta kilómetros detrás de ellos, y el tercero Larice, en una patrulla de ancho sobre el Litoral. Esencialmente, El ala de vuelo Umbra se había dividido en tres alas de Interceptores independiente. Ese era el tamaño óptimo para la caza o el trabajo de rutina de intercepción oportunista. Si hay más de tres o cuatro Thunderbolts tratando de compartir el mismo trozo de cielo, llaman demasiado la atención.

De todos modos, esto ya no era una cacería. Ya que un fuerte viento lateral entorpecía a los pilotos y aparatos en el ritmo de las cosas. Umbra había sido tradicionalmente un ala ligera, pero después de la liberación de Phantine, habían sido equipados con los Thunderbolts más rápidos y ágiles, y tardaron en acostumbrarse durante la breve guerra aérea en Urdesh Menor. A veces Jagdea recordaba con nostalgia los Lightning ligeros, las subidas de adrenalina emocionantes de sus ascensos y sus descensos. El Thunderbolt era casi la mitad de ágil y, a velocidades más bajas, en ascenso sobre todo, se sentía como si apenas tuviera la fuerza de levantar su fuselaje blindado. Pero era fuerte y robusto, y podría resistir un gran castigo. Tenía más espacio en la carlinga, y un morro lleno de potentes armas. Y eso le parecía bien a Jagdea. En estos momentos adoraba a su Thunderbolt. Era fuerte, indomable y sensible.

Excepto en días como hoy. Comprobó el depósito de combustible. Aproximadamente una tercera del combustible se había consumido y no habían optado por tanques de reserva. La resistencia al viento aumentaba el consumo de combustible.

Encendió el comunicador.

—¡Umbra Líder de la ala Cuatro-Uno! ¿Me reciben?

—¡Umbra Tres, Cuatro-A! Le recibo.

—¡Umbra Cinco, voy a estar bien una vez que me acuerde de los controles!

—¡Entendido, Cinco. Conozco la sensación! —respondió Jagdea.

—¡Umbra Ocho! La recibo. ¡Todo bien por aquí!

La voz de Marquall todavía sonaba triste. El malentendido con Gettering lo tenía preocupado lo último que quería un novato en su primer día era que uno de los Apóstoles te abofeteara la cara con un guante. Había tratado de quitar la inscripción *Doble Águila* de su morro, como no tenía tiempo se limitó a pasarle por encima un poco de pintura de imprimación. Pero Jagdea sabía que estaba deprimido.

—Vamos a cambiar la formación de vuelo —dijo—. Ocho, usted se colocara en punto, Cinco y el cambio de tres más. Yo me quedo con el gancho.

Todos respondieron con un: «¡recibido!». Una pequeña maniobra para conseguir que flexionaran sus cerebros Jagdea con esto pretendía que Marquall cogiera un poco de confianza colocándolo en la cabeza de la formación.

—¡Atentos!... tres, dos, uno... ejecuten la nueva formación.

Cuatro unidades se colocaron en formación de línea, con un aparato adelantado y otros dos que le flanquean por detrás en cada lado. El cuarto, o *suspensor*, flanqueaba alternativamente uno u otro de los aparatos de flanqueo formando una asimétrica V. Fue una excelente ejecución de cambio de formación, cada piloto cubierto por sus compañeros, Un aparato era capaz de pasar de un lado a otro según sea necesario. En la actualidad, Jagdea estaba en ese punto.

Estaba a estribor, a las cinco de Marquall. Volando como el *suspensor*. De libro de texto. Lo primero que había salido bien todo el día.

—¡Buen trabajo! Muy hábil. Vamos a quedarnos en la formación por un rato.

El tiempo estaba mejorando. Tenían unas pocas nubes, y manchas oscuras del valle cultivable Lida aparecieron debajo de ellos, podían distinguir los sistemas de riego y balsas hidropónicas.

—¿Líder de vuelo? —Era Van Tull.

—Contacto en el auspex. Tengo en el auspex ocho o nueve contactos por debajo de nosotros a los doce kilómetros, al sur.

Efectivamente, el auspex de Jagdea mostraba siete contactos, moviéndose hacia el norte-este en virtud de tres mil metros. En vez de los ocho o nueve años, pero podían ser falsos retornos por las condiciones meteorológicas.

—¡Umbrá Cuatro-Uno a control de operaciones! ¡Me reciben, operaciones!

—¡Recepción,! ¡Umbrá Cuatro-Uno Líder!

—¡Envió coordenadas del auspex. Posibles enemigos, confirmen!

—¡Hay aparatos amigos en la zona!

—¡Cuatro-Uno Líder! ¡No hay constancia de aparatos amigos por la zona!

Entendido, Operaciones. Vamos a echarle un vistazo. Jagdea se movió en su asiento, y ajustado la mezcla de aire para que fuera más rica en oxígeno.

Voy a echar un vistazo. Ese era el trabajo del suspensor, que tenía que desprenderse para hacer barridos. Esperad aquí, vienen en torno a tres puntos del sur. No había tiempo para cambiar la formación de nuevo, lo que significaba que Marquall iba a quedarse en el punto. ¿Una buena idea? Sin tiempo ni para preocuparse por ello.

—Umbrá Ocho, le confirmo en el punto. Preparados para apoyarlo si lo necesita.

—¡Recibido! Cuatro-Uno Líder.

Por fin. Un toque de emoción en la voz del muchacho. Bueno. Además, Van Tull estaba justo al lado, sólido y confiable. Y era un piloto consumado.

Jagdea activó los sistemas de postcombustión y sintió el delicioso empuje de la gravedad, y comenzó a acortar distancias, a la izquierda de la trío en forma de V. Su velocidad de dos mil kilómetros por hora para interceptar a los objetivos. Lo suficiente rápido para acortar distancias.

A cinco kilómetros y acercándose. Cuatro.

El cielo estaba de pronto más despejado, La brecha enorme del valle verde de Lida estaba extendió por debajo de ella, y por primera vez pudo ver la línea brumosa de la cordillera de Makanites.

Tres kilómetros. Allí estaban. Por debajo de ella todavía, pero acercándose a un ritmo alarmante debido a que volaban hacia ella, a la misma velocidad que ellos. Nueve aparatos. Agrupados en una formación compacta.

A dos kilómetros, identificó su fuselaje. Cyclons. Un ala de vuelo de Cyclons, de Enothian PDF. Con los fuselajes pintados de un deslumbrante gris.

—¿Qué demonios estaban haciendo aquí? ¿Por qué iban tan rápido?

El instinto hizo que los colocara en la mirilla de sus armas principales.

—¡Cyclons desconocidos! ¡Soy Umbrá Cuatro-Uno Líder! —empezó a decir a través del comunicador de su máscara.

Pero se detuvo. Uno de los Cyclons de un extremo se tambaleó y explotó. La bola de fuego fue breve y rica en combustible y envió estelas de humo blanco girando a través del aire claro. Los restos en llamas entraron en barrena hacia el suelo.

Algo carmesí y paso volando por encima de los restos tan rápido que tardó unos momentos en darse cuenta de lo que era.

—¡MURCIÉLAGOS! ¡Murciélagos! ¡Murciélagos! —gritó por el comunicador.

Habían querido celebrarlo. Por supuesto que tenían que celebrarlo. La primera misión en un nuevo escenario, pero para Viltry no le encontraba el sentido a la celebración. Les había costado mucho llegar a la base. En la última media hora, el nivel de combustible era muy bajo, con las armas casi sin munición. Estaban tan expuestos, tan vulnerables. Operaciones insistía que la fuerza aérea del enemigo aun no tenían el alcance para llegar al Litoral y en la recta final, Viltry la había pasado sudando y nervioso, tenía la sensación de que algo iba a venir de la nada y los derribaría.

Hasta que no vio la base Theda Norte. No se tranquilizo, solamente se tranquilizo, cuanto aterrizo y pudo bajar del aparato, y observar como el resto de aparatos iban aterrizando detrás de él, solo entonces pudo respirar tranquilo, todos estaban vivos y a salvo, pero la deuda seguía sin ser finiquitada.

Judd y los chicos se habían dirigido directamente a una taberna cerca de los hangares. Salieron de sus aparatos contentos eufóricos, despojándose rápidamente de sus equipamientos de vuelo.

—Me reuniré con la tripulación más tarde —les dijo Viltry—. Papeleo.

Se había dado la más larga ducha en la historia del Imperio del Hombre, de pie en silencio y desnudo bajo el agua tibia, luego se cambio con el uniforme de repuesto. Y se puso su abrigo de cuero marrón. Sus manos todavía estaban temblando.

La tripulación se había ido. Viltry encontró un transporte que estaba haciendo una ruta hacia el centro de la ciudad para recoger un equipo de la Armada. Y lo dejó cerca de un viejo templo que hacia esquina con el mercado de pescado.

No había nadie alrededor. Viltry caminó hacia el norte, lejos de las calles oscuras y tapiadas de la ciudad hacia la costa. Podía oler el mar.

No tenía ni idea de dónde estaba. Bueno ya preguntaría a alguien para regresar a la pensión.

El paseo marítimo fue una verdadera sorpresa. Dobló una esquina de la calle húmeda y de repente se encontró azotado por el viento. Delante de él, más allá de una barandilla de hierro, una muralla reforzada y un bordillo estrecho de playa gris, estaba el propio mar. No había nadie a la vista, excepto un camión que gimió al pasar. Cruzó la calle y se acercó a la barandilla. El mar le fascinaba. No había mares en Phantine. El sol se deslizaba y el cielo era de color amarillo. El agua parecía interminable indolente y el lento silbido en un ritmo lánguido contra la playa crujiente, pero más allá de eso, la forma de una extensión sinuosa de rodadura bronce, que se extendía hacia el vago horizonte.

Tres largos muelles, de hierro forjado pintados de blanco, se internaban desde la explanada hasta el agua. Aunque descoloridos y desgastados, Viltry se dio cuenta de que había sido una vez palacios de placer. Había arcadas cerradas, salas de baile, carteles publicitarios. Caminó por la playa un poco más hasta que llegó al arco de

entrada del muelle más cercano. La pizarra se había apoyado contra la verja de hierro. Palacio de los refrescos. Servicio de mesa, vistas al mar, decía la pizarra.

Le gusto el anunció. Eso es lo que haría.

Con cautela, caminó bajo el arco de hierro, por el muelle. El sonido del mar era mucho más fuerte ahora. Podía ver el aumento de la misma entre las tablas bajo sus pies. Le hizo sentirse mareado y emocionado, y esas cosas ayudaron a ocultar el núcleo del miedo que llevaba en su corazón.

La cafetería estaba en el extremo del muelle. Todo lo demás estaba cerrado y abandonado. Mientras se acercaba, era capaz de oler la cafeína y el azúcar. Viltry nunca había estado tan fuera lejos de tierra firme. Nunca había estado tan cerca de un océano.

La cafetería era enorme, un superviviente, tal vez, de los días de gloria pasados, cuando los buscadores de placer venían al paseo marítimo llenos de Theda y venían en busca de vistas al mar y refrescos. Mesas de forma redonda dentro del gran circuito de mamparos. Algunas de ellas estaban ocupadas: los ancianos y las mujeres en grupos hablando entre dientes, un par de soldados de la FDP con aspecto cansado y demacrado. La música sonaba desde la zona de la cocina. Un hermoso vals de Tracia.

Viltry tomó asiento en una mesa de la ventana y contempló el mar un poco más.

—¿Qué va a tomar?

Levantó la vista. Una chica del vestido azul a rayas y un delantal había aparecido de la nada. Examinó la carta de la mesa de a toda prisa.

—¡A... una taza de cafeína!

—¿Algo para comer?

Él todavía estaba estudiando la carta. Muy pocas cosas tenían sentido.

—¡Jamón ahumado sa...!

—No hay jamón —dijo la camarera—. ¡Lo siento!

—Tengo hambre —se dio cuenta de Viltry.

—El lorix es bueno. Con pan.

—Entonces eso es lo que quiero.

Ella desapareció. Volvió a mirar el mar. Gris, inmenso. Nunca había visto los océanos de esa manera.

El tiempo estaba empeorando.

La chica volvió con una bandeja. Dejo una taza de cafeína, un recipiente con azúcar, y un plato con rebanadas de pan y un plato de algo. Se sirvió la cafeína cuando ella se retiró, luego examinó la carne. Olía sabrosa, muy agradable, pero no estaba seguro de lo que era. O cómo se comía. Pero no le pareció que fuera salada y demasiado sustanciosa para su gusto. Se la tragó un trozo de todos modos, pero dejó el resto. El pan estaba bien.

—Hay un tío divertido en la mesa dieciséis —comentó Letrice—. De otro mundo, diría yo.

Beqa miró y dejó de limpiar el mostrador.

—Se terminó mi turno.

—Tengo una cita —sonrió Letrice—. Fancy piloto del PDF. Su nombre es Edry. ¡Y es guapo!

—¡Que te diviertas! No hagas nada que yo no haría.

—No, gracias. Sería muy aburrido —se rió Letrice, y comenzó a quitarse el delantal.

Beqa despejó algunas mesas y luego se acercó a la mesa de la ventana.

El soldado de otro mundo con cara triste que había visto en el templo el día anterior. El que había estado hablando para sí mismo.

Esperaba que se mantuviera estable. Su turno se acercaba a su fin, y eso le daría un poco más de un hora de tomar una siesta antes del turno de noche.

—¿Está todo bien, señor? —preguntó.

—Sí, sí. Está bien. —No levantó la vista, pero su expresión era tan triste.

—¿El lorix? ¿No es de su agrado? —preguntó, colocando el plato sin comer en su bandeja.

Levantó la mirada y luego dijo:

—¡Um! No, estoy seguro de que estuviera bien. Era pescado, ¿verdad?

—Marisco.

Asintió con la cabeza.

—Me temo que... nunca he comido pescado antes. O marisco, sea lo que sea. Tiene un sabor... diferente.

—¿Nunca he comido pescado?

—Yo... quiero decir, En mi mundo... No hay océanos, verá ...

—Oh. Por lo tanto, ¿aun debe de tener hambre?

—¡No! Me comí el pan. Estoy bien.

—Bueno, está bien —dijo ella, y comenzó a retirar la mesa.

Seguía sentado mirando el mar cuando terminó su turno. Y el sol se había puesto. El mar estaba tan oscuro como el petróleo.

Le pidió otra taza de cafeína, y se la bebió mientras miraba las aguas ondulantes estrellarse contra la costa.

Jagdea se dio vuelta y se dirigió directamente hacia ellos. Seis Locust, los aparatos más ligeros y más ágiles de la Archienemigo, todos pintados de carmesí o malva, estaban pisándoles los talloles a la formación de Cyclon.

Estaban por todos lados. A su izquierda, vio que otro ciclón explotaba, y dejando una estela de humo alquitranado, y entro en barrena hacia el suelo.

Dos Locust pasaron por debajo de ella, y un tercero, tuvo que frenar pasando por encima en otro Cyclon. Por los pelos, Pipper parpadeo.

Jagdea colocó el pulgar en el gatillo del los cañones.

El aparato se sacudió cuando los cañones láser gemelos acoplados la morro comenzaron a disparar.

Brillantes ráfagas de láser salieron de su aparato, atravesando el cielo hacia el murciélago. Y impactaron, El avión enemigo se tambaleó hacia un lado, y luego comenzó a dejar una estela de humo blanco, mientras entraba en barrena.

—Uno menos —gruñó Jagdea en su máscara—. ¡Cuatro-Uno Líder inicio persecución! ¡Repito, inicio persecución!

Se escucho una respuesta de Marquall, pero el sentido de lo que dijo se perdió mientras aceleraba de nuevo, para aumentar su velocidad de viraje, taponándole los oídos por el incremento de la fuerza de gravedad, impidiéndole entender la respuesta de Marquall.

Vio a los dos últimos Cyclons supervivientes, siguiendo a un Locust blanco. Los tres estarían en su radio de acción en menos de un segundo.

Ninguno de Umbra llevaba misiles guiados aire-aire en esta salida, Jagdea tendría que depender totalmente de su puntería.

Empujó el morro hacia el lado derecho, empujando la pesada máquina. El horizonte giró locamente. Un Cyclon pasó por debajo de ella, emitiendo una estela de humo marrón esporádicamente. El Locust blanco se había retirado ya de su visión, pero había otro, escarlata como la sangre, girando en dirección al aparato de Enothian dañado.

Hizo otro descenso profundo, la gravedad presionaba la máscara contra su cara. Tendría al Locust en un momento. Entonces el Locust inicio un descenso balístico, y su instinto reacciono haciendo lo mismo para compensar. Era una locura lo que estaba haciendo seguir al Locust sin importarle nada más.

Algo golpeo su fuselaje, porque de repente empezó a desprender humo negro y pedazos del fuselaje del ala impactaron en la cabina. El Locust desapareció, entonces lo volvió a ver. Alejándose hacia el este. ¿Iba hacia abajo? No hubo manera de confirmarlo. Y pensó en la vieja regla, sobre todo: no se quede en un solo objetivo.

Ella se dio la vuelta otra vez e inicio un ascenso de poca profundidad que la deslizó entre dos los Cyclons. Su auspex comenzó a pitar. Se dio la vuelta, estirando

la cabeza por encima del hombro izquierdo, luego el derecho. ¿Dónde diablos estaba? Hubo de repente impactos que dejaron marcas de quemaduras en su ala de babor.

Inició un viraje y otra vez se ladeó hacia fuera y encendió los inyectores de los motores por lo que casi perdió el control del aparato cuanto aceleró bruscamente.

El Locust estaba a su derecha, disparándole. Vio las marcas pintadas en el fuselaje de unos huesos blancos.

A Tres mil metros sobre ella, Marquall estaba mirando hacia abajo a los aparatos a través de la capa de nubes por debajo. Van Tull y Espere se colocaron a su lado.

—¡Apuntar y disparar! —instruyó Marquall. Dios-Emperador, había esperado toda su vida para decirlo de verdad.

—¡Entendido, Ocho! —respondió Van Tull con calma.

—¡Sólo tiene que decirnos cuándo! —añadió Espere.

—¡A mi señal... tres, dos... uno, ya!

Los tres Thunderbolts cogieron velocidad al iniciar lo que se conocía como Intercepción en descenso. Marquall podría ver a Jagdea y dos de los murciélagos. Las otras máquinas eran aparatos locales. Estaba acercándose a ellos de modo muy rápido...

¡Las armas! Trono de la Tierra, casi se había olvidado de activarlas con la emoción. Apretó el interruptor del panel de control. Había un murciélago, que serpentea por su izquierda debajo de su ala. Seguramente, habían visto a los tres Thunderbolts cayendo hacia ellos. ¿A quién le importaba?

Lo tenía en el blanco, y apretó el gatillo. Su máquina se sacudió con la descarga. Marquall blasfemo en voz alta. Había tenido la intención de seleccionar el cañón automático, pero se había equivocado, había vaciado la mitad de la energía del cañón láser de una sola vez y ni siquiera había impactado en nada.

Excepto... Allá, un Cyclon. Cayendo envuelto en llamas. Marquall parpadeó con fuerza. ¡Mierda, no! ¡Por favor, díganme que no lo he derribado yo! ¡Por favor!

—¡Ocho! ¿Tienes problemas técnicos? ¿Marquall? —la voz de Van Tull explotó en los altavoces.

Marquall despertó de golpe. Sólo había estado mirando el Cyclon por un segundo o dos, era más que suficiente. Su inmersión le había llevado más allá de la capa de pelea. Un desgraciado rebasamiento.

—¡Estoy bien, estoy bien! —gritó e instintivamente cogió con fuerza el mando. Era un error de novato. Iba demasiado rápido, para frenar toda la velocidad que había obtenido del descenso que había conseguido el aparato. Luchó por ascender de nuevo. Su velocidad se reducía a paso de tortuga.

—¡Estúpido! ¡Idiota! —exclamó en voz alta.

—¿Ocho? ¿Repita?

—¡Estoy bien! —gritó, balanceándose en una curva amplia, curvándose hacia

atrás perdiendo un poco de velocidad. Casi al mismo tiempo, un murciélago pasó por delante de él. Con un sobresalto, disparó salvajemente.

Una advertencia sonó. Cargador vacío. Acababa de hacerlo de nuevo. No había seleccionado el cañón automático, y ahora su principal arma, el cañón láser, estaba descargado. Los treinta disparos perdidos en dos ráfagas inútiles.

Jagdea había visto como sus tres hombres se incorporaban en la lucha. El aparato de Van Tull pasó a través de sus dos, y salpicó al experto Locust blanco. El murciélago se convirtió en una bola de fuego, y el Thunderbolt de Van Tull pasó por entre las llamas. El fuego y los escombros fueron succionados por su estela, en un extraño efecto. Esperó e hizo un viraje, hacia su objetivo elegido en el último momento el murciélago viró también y salió de su vista. Cuidadosamente, viró y luego se lanzó la izquierda persiguiendo a otro murciélago.

Jagdea no estaba muy seguro de lo que estaba pasando con Marquall. El chico había llegado como el culo, y descargó una ráfaga exagerada con el cañón láser. ¿Nervios por su primer combate? Quizás. Tal vez también explicaba por qué había se dejado caer y luego había hecho la peor recuperación de un descenso que había visto fuera de la escuela de vuelo.

Quería romper e ir a cubrirlo, pero el Locust estaba de vuelta a por ella.

—¡Cuatro-Uno Líder de Umbral Cinco!

—¡Esperar! Cubrir a Marquall, ¡por el amor del Trono!

—¡Estoy en ello!

Espere maniobra su Thunderbolt hacia Umbral Ocho.

—Ocho, soy Cinco ¿Estás bien?

—Sí, estoy... bien.

—¡Ocho! ¿Tienes un mal funcionamiento del sistema de armas?

—¡Negativo!

—Acabas de disparar al cielo, utilizando toda la carga de la batería.

—Negativo, negativo. Estoy bien.

Espere negó con la cabeza. Estaba muy tenso. Muy tenso, y no se trataba sólo de un malfuncionamiento del sistema de armas. Espere aun no se había adaptado bien con los Thunderbolts. Con el cambio había perdido a su viejo Lightning, y sintió una tristeza de la que no podía explicar. En la sala de reuniones, los demás se sentaban a su alrededor, alabando sus aparatos, y hablando de ellos como si fueran amantes, o esposas. Espere no tenía esos sentimientos por su Thunderbolt. Su aparato de la serie Nueve-Nueve. Era una máquina antigua y veterana, con el mejor mantenimiento que se podía esperar de las cuadrillas de mecánicos. Espere no sabía si era por los Thunderbolts en general o que no estaba a gusto, con su aparato en particular. Estaba luchando con el todo el tiempo, luchando para que hiciera las más simples maniobras. Había llegado a detestar la perspectiva de una salida.

En un Imperio donde diligentemente las cuidadas máquinas de guerra son a menudo diez, doce, quince veces mayores que sus pilotos o controladores, había un montón de historias de aviones particulares o tanques que llevaban un gafe. Máquinas malditas, que fustigaban a sus usuarios hasta que ellos mismas fueran destruidos. La serie Nueve-Nueve tenía una larga y desigual historia. Seis pilotos muertos o mutilado a los mandos, dos malos aterrizajes, tres remontajes fallidos. Espere le había preguntado una vez a Racklae, el mecánico jefe, si la serie Nueve-Nueve tenía algún gafe. Racklae se había reído, con una risa no del todo tranquilizadora, y dijo que no. A la mañana siguiente, había habido un accidente al repostar. Un joven mecánico había muerto en un incendio dejando la piel de sus manos fusionada con el fuselaje de un Nueve-Nueve.

Trató de no pensar en ello, a pesar de que había hecho cuatro derribos, con el tiempo que llevaba en el Thunderbolt aun no había realizado ninguno. Y era lo normal volver a la base, con agujeros de disparos para remendar.

Espere se colocó su aparato al lado del aparato de Marquall. Espere era un experto piloto. Sabía cómo ayudar a sus compañeros. Por eso Jagdea le había ordenado que ayudase a Marquall, y es que lo que haría. Pero Marquall estaba alarmado. En el panel de control había una señal de caída en la presión de lubricación. ¿Qué estaba pasando? ¿Había recibido un impacto sin que lo supiera?

Tenía ayudarlo a concentrarse, necesitaba ayuda.

Miró al aparato de su lado y vio a Marquall asentir con la cabeza con entusiasmo, su pulgar había arriba. La luz del sol se reflejó en el fuselaje.

La luz del sol se reflejaba en algo más.

—¡Rompe! ¡Rompe! ¡Rompe! —gritó Espere. Los dos Thunderbolts se separaron con violencia. Evitando por los pelos la lluvia de proyectiles que cayó sobre el espacio que ocupaban hacia un segundo. El control de daños de Espere comenzó a pitar.

—¿Ocho? ¿Dónde estás? —gritó Espere, luchando con el mando cuando intentaba enderezar el aparato.

—¡No lo puedo ver! ¡No lo puedo ver!

Espere podía ver lo suficientemente bien. Marquall estaba por encima y hacia la derecha, parecía que había perdido el control del aparato. Espere enderezó el aparato y comenzó a subir.

—¡Ocho, tienes que recuperar el control!

Silencio. El peso de la gravedad impedía que el chico pudiera responder.

¡Mierda! Allí estaba otra vez el murciélago, inclinándose desde el este, con los cañones disparando. El Thunderbolt de Marquall se estremeció, por los impactos, pero Marquall no reacciona, parecía que estaba inconsciente.

Espere dio la vuelta con un violento viraje y el aparato comenzó a crujir por lo violenta de la maniobra. Y se colocó en la cola del Locust. No se lo perdonaría nunca

si dejaba morir a Marquall en su primer combate.

Espere disparó con los cañones automáticos. Una ráfaga de proyectiles bien dirigida. El Locust tembló al ser impactado en un lateral, y inicio un descenso sin control.

Entonces, de la nada, apareció otro murciélago, que venía en línea recta. Espere dio un brusco viraje y se acercó al aparato de Marquall, usando su aparato para protegerlo, y con punta de su morro hacia el atacante.

Marquall vio lo que estaba sucediendo a su alrededor un segundo demasiado tarde. El aparato de Espere se sacudió violentamente. Piezas del fuselaje, parte del timón, parte de un conducto del motor, se desprendieron, pero de momento parecía que aguantaba el castigo.

El Locust paso por debajo de ellos como un cometa, a una velocidad de más de 500 kilómetros por hora.

—¡Umbra Cinco! ¡Umbra Cinco! ¿Estás bien?

Umbra Cinco se tambaleó y empezó a dejar una estela de humo gris.

—¿Umbra Cinco?

—¡Estoy bien! —respondió la voz de Espere.

Espere había sido herida, Jagdea estaba bastante seguro de ello.

Movió su cuello de un lado a otro, esperando ver al murciélago.

¿Dónde estaba ahora? No había manera de saberlo. Espere estaba muy dañada.

Y pronto el murciélago volvería a reclamar su derribo.

Se detuvo cuando el auspex de colisión del monitor de repente pito.

Un ciclón estaba volando por delante de su trayectoria.

Jagdea movió el mando hacia adelante para evitarlo, pero Espere entró en la turbulencia de los turbofans del Cyclon. Entrando el Thunderbolt en barrena. El suelo se acercaba cada vez más cerca, la vegetación del valle de Lida, las parcelas cuadradas. Salir de este del descenso incontrolado sería muy difícil.

Para salir de esta, tendría que soportar tres o cuatro veces la fuerza de la gravedad. Eso era posible, siempre que el piloto estuviera preparado para ello. Tensó su torso y las piernas, lo recomendado para maniobra y tiró del mando.

Ya pesaba alrededor de mil kilos por el efecto de la gravedad, sintiendo su corazón y pulmones presionados sobre su diafragma. Manchas en frente de sus ojos. El comienzo de la visión de túnel. La posición adoptada le ayudó a mantener la sangre en la cabeza para que no se desmayara.

Ella se estabilizó a los cincuenta metros del suelo, siguió en línea recta a través de los canales agrícolas. Tuvo que virar para evitar una torre de una estación de bombeo, y luego viro nuevamente a la izquierda. Su estela arranco láminas metálicas de la torre por la fuerza de su estela. Un murciélago apareció de pronto a sus seis.

Accionó los frenos, su arnés se rompió por la tensión. El murciélago la sobrepaso

pasando por su derecha de ella, empezó a virar y a ascender sorprendido por la maniobra de Espere.

Activa sus armas y disparó tres ráfagas con el cañón láser. El Locust continuó con su trayectoria, aparentemente ileso, pero de repente perdió en control para estrellarse en el medio de una balsa de cultivo hidropónico, el impacto formo una ola de agua que salpico los límites del campo.

Jagdea que estaba por encima, vio como una columna de humo se elevaba de las tierras de cultivo.

—¿Espere estas con nosotros? —gritó Van Tull.

—¡Cuatro-A! —contestó ella—. Umbra Cinco, ¿estás bien?

—¡Bien! —respondió Espere.

Los Locusts restantes habían huido. Jagdea ordeno dar la vuelta para escoltar al resto de los Cyclons a la base. Había hecho dos derribos, con otro probable, alcanzando la cifra de diecinueve. Van Tull sumaba otro más, a sus diez. Mas los derribos de Espere.

No estaba mal pensó Jagdea.

Operaciones había izado las banderas azules y bengalas encendidas servían de guía para la pista. El día se desvanecía en el cielo, La Sección de Larice ya había llegado a la base a la hora prevista y Blansher había aterrizado unos quince minutos por delante de ellos. Cuando Jagdea aterrizo, vio los impresionantes aparatos de color de marfil de los Apóstoles, preparándose para una salida. Todas las alas de la armada disponibles se encontraban en el aire en alguna parte o estaban regresando.

—¡Deben tenerlo en cuenta al programar las salidas! —dijo desde el comunicador del aparato mientras era remolcada hacia el hangar. Contrariamente a lo que se ha dicho en las sesiones informativas el archienemigo tiene alcance más allá de los Makanites. Había enviado este mensaje cuatro veces ya, con apenas un acuse de recibo. Los murciélagos habían sobrepasado las montañas. Tenían mucho menos tiempo del que Ornoff había imaginado.

—¡Operaciones. Por favor reconozca mi señal!

—¡Recibido, Líder Umbral! ¡Se ha enviado su información a estrategia para analizar!

Marquall aterrizo, temblando aun por la emoción y el placer. De haber sobrevivido, pero por el Dios-Emperador, de que había metido la pata.

El aparato de Van Tull aun estaba en el aire, disminuyendo su velocidad para un aterrizaje en descenso vertical.

Espere había aterrizado ya y se encontraba ya en la plataforma del hangar.

Haciendo caso omiso de Racklae y de los mecánicos, Marquall saltó de su Thunderbolt y corrió hacia el aparato de Espere.

Disminuyó se velocidad mientras se aproximaba. El fuselaje había sufrido grandes daños, El blindaje estaba doblado y perforado por enormes agujeros, y grandes quemaduras negras, salpicaban la cola y el borde del ala.

Un montador estaba corriendo hacia el aparato, pero Marquall lo empujó a un lado y se subió al ala, y abrió el mamparo de la cabina.

—¿Espere? ¿Estás bien?

Pers Espere lo miró. El blindaje de la cabina estaba astillado. Cada línea de la mampara se había agrietado. Su brazo izquierdo estaba destrozado, El derecho era una masa fundida, pegado por el calor de los proyectiles. El lado izquierdo de la cara estaba con graves quemaduras.

—¡Estoy bien! —dijo Espere.



DÍA 254

Kaminsky no tenía que levantarse hasta las seis, pero los aparatos le estaban perturbando su sueño. Había aprendido a dormir con los ruidos de aterrizajes y despegues, con el alboroto que había estado sucediendo cada noche durante los últimos nueve meses.

Lo que le molestaba el sueño ahora eran los ruidos de los aparatos nuevos que la armada había traído con ellos: los estridentes gemidos y rugidos de la expectoración de vector de empuje yendo y viniendo. No estaba acostumbrado a los nuevos ruidos y cuanto dormía aun no había aprendido a ignorarlos.

—Y por el trono, que estaban ocupados. Kaminsky había contado al menos tres despegues desde la caída de la noche, y también había sido un infierno de ruido alrededor de la medianoche, que él estaba seguro que era una nueva ala que llegaba para su incorporación.

Las cosas estaban al rojo vivo. Kaminsky había oído rumores por un amigo de un amigo en el parque móvil, que conocía a un chico, que había conseguido hablar con un instalador de la armada. Los rumores de que ya había habido algunos combates al este de las montañas. Incluso decían que habían derribado enemigos sobre al valle de Lida.

Otra persona dijo que habían visto a los murciélagos a través de la Península. Esa probablemente no era verdad. Kaminsky esperaba que así fuera, porque si era cierto, significaba que estaban realmente cerca del final. Pero el rumor del valle de Lida, podía ser posible. Y era bastante malo. Los murciélagos habían conseguido tenerlo su alcance. Tal vez incluso las tan laureadas alas de la armada Imperial no los podrían parar en estos momentos.

Pero por la actividad nocturna, no se lo iban a poner fácil al archienemigo. Kaminsky salió de su litera del dormitorio de Munitorum y caminó por el pasillo débilmente iluminado. Los cinco chicos que estaban de guardia a la espera de cualquier emergencia estaban durmiendo en sillas. El rugido de los aviones no los había despertado. Todos ellos siempre habían sido conductores del Munitorum. Eran ajenos a los cambios sutiles en el ruido de los aviones que sobrevolaban la base.

Kaminsky se sirvió un poco de cafeína del recipiente que había encima de la estufa, y salió al patio que había delante del garaje. El aire era frío y la noche aún más negra. Varios tecnosacerdotes estaban trabajando en un camión de carga, iluminando la esquina del patio con el resplandor trémulo de sus soldados y quemadores de incienso.

Sorbiendo su bebida, Kaminsky paseaba por la lanzadera hasta que llegó a la pista principal. Las bengalas que guiaban el camino se acababan de encender, llenando la noche con una luz verde ondulante. Gracias a esto, pudo ver una fila de Thunderbolts encorvados bajo las mallas de tiendas de campaña en el oeste. Su suposición había

sido correcta. No habían estado allí el día anterior. Un ala recién llegada. Más refuerzos.

Una ráfaga de ruidos se podía escuchar desde el sur, y se volvió a ver otra ala que regresaba de una salida. Thunderbolts también. Le gustaba el aspecto de esas bestias grandes y se preguntó cómo se sentiría al pilotarlas. Los doce aparatos frenaron su velocidad, siguiendo el camino de guía, y convirtieron su tasa de avance en un suave flotar, ya que ajustaron sus chorros de vectores y se instalaban en sus cuadernos designados. El aullido monstruoso, combinada de sus motores hizo que su diafragma temblara.

—¡Buenos días, chicos! —les gritó, en voz alta—. ¿Muchos derribos?

Podía recordar el zumbido de regresar a la base, Con las armas sin munición, las emociones de sobrevivir a un combate, todavía le daban espasmos en el estómago.

Cuando el ruido de los poderosos turbomotores comenzaba a desvanecerse, Kaminsky se volvió, de pronto al escuchar voces audibles de nuevo en el patio. Caminó de vuelta, y vio al señor Pincheon conversando con un piloto de la armada. Pincheon parecía nervioso, la cual nunca era bueno para nadie. Vio a Kaminsky acercarse y le gritó.

—¡Necesito un conductor!

—¡Listo y dispuesto, señor! —respondió Kaminsky. A pesar de que no debía presentarse para el encargo, sabía que no podría dormir más. Y le apetecía un poco de distracción. Además, no quería que Pincheon entrara en la sala de reuniones de la sección y encontrara a todos los conductores de guardia dormidos. Los pobres bastardos tendrían turnos de penalización hasta fin del mundo. Lo cual, por supuesto, según los rumores, estaría solamente a unos pocos de días de ocurrir...

—¡Bien, servirá! —dijo Pincheon.

—Bien. Transporte urgente. Necesario que vaya el casco antiguo y regrese. ¡Rellene este formulario!

Kaminsky cogió la placa de datos y escribió su número de trabajador y los detalles. Escribió tan rápido y limpiamente como su mano se lo permitía.

—Tengo que ir a un bar que se llama la Hidra —dijo el piloto de la armada—. ¿Sabe donde esta?

Kaminsky levantó la vista al oír el sonido de la voz, y vio con sorpresa que el piloto era una mujer. Era la mujer cuya unidad había transportado dos días antes.

—¡Sí... perdóname, comandante! ¡Se donde esta!

—¡Bien! —dijo. Asintió con la cabeza dando las gracias a Pincheon y se puso a caminar junto a Kaminsky, que ya se dirigía a su transporte.

—¿Quiere viajar en la cabina? —le preguntó.

—¡Si! ¡Gracias!

Le abrió la puerta de la cabina para que subiera. Luego se dio la vuelta hacia el

lado del conductor, subió, y encendió el motor.

Salió del garaje, y condujo por la pista auxiliar que había al lado de la pista principal para salir del perímetro, incorporándose después a la vacía carretera que iba a la ciudad. Ella no dijo nada, sólo contemplaba las luces del cielo.

Se sentía extraño por tener pasajeros en la cabina. Por lo general llevaba a los pasajeros, alojados en la parte posterior. La cabina era su espacio privado. Se sentía avergonzado de repente por los papeles desordenados, y los vasos de café vacíos y por su mano artificial.

Pero habría sido grosero, decirle que montara en la parte trasera.

A la larga, incómodo, se aclaró la garganta y dijo:

—¿A La Hydra, me dijo?

—Sí. En Voldney.

Lo habría reconocido del otro día. O sólo era otro conductor del Munitorum. Se sintió estúpido por pensarlo. ¿Con una cara como la suya?

La idea le hizo sonreír. De repente, se preocupaba por su aspecto.

—¿Pasa algo, conductor? —preguntó.

—¡No, comandante! —dijo—. Voy a tener que esperarla en el Hydra, ¿para llevarla de regreso a la base?

—¡Si, solamente serán cinco minutos!

—¡Entonces no va para ninguna celebración!

—¡No! ¿Por qué?

—Oh, ya sabe. Un piloto, de regreso de una misión, con ganas de descansar. La Hydra es muy popular entre los pilotos, por lo que he oído.

Tenía ganas de preguntarle para que iba al Hydra. Pero se contuvo. No era de su incumbencia. No sería uno de ellos nunca más. Ahora solamente era un conductor del Munitorum.

Como si presintiera su curiosidad, repentinamente dijo:

—¡Estoy buscando una FTR!

—¡Ah, entiendo! —dijo sonriendo. Se sentía halagado de que se molestase en decírselo. No dijo nada más hasta que llegaron a las puertas del Hydra.

—¡Espera aquí! —le dijo mientras bajaba de la cabina.

Transcurrieron cinco minutos. Un trío de soldados borrachos con el uniforme de la coalición salieron tambaleándose del bar, cometiendo un error a andar por la carretera cantando. Estaba oscuro. Sólo las luces de su camioneta, y el rotulo de neón del bar, y unas pocas ventanas todavía iluminadas que daban a la estrecha calle.

La vio salir sola. Miraba hacia arriba y abajo de la calle, molesta. Cruzó la calle por el lado del conductor y se acercó a su ventanilla.

—¿No está?

—No. ¿Hay algún otro lugar que conozca?

—¡Suba! Hay pocos bares abiertos a estas horas.

Condujo a través de la Plaza Gillehal, y, como no había nadie alrededor, tomó un atajo por un rampa a la calle Zagerhanz. Engranajes del camión chirriaron mientras subía por la empinada rampa.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Hay un par de lugares aquí. El Solsticio de Invierno y el Lullabye. Están a menudo abiertos a estas horas.

Ella asintió con la cabeza.

—¿A qué hora salió?

—¡Aproximadamente a las 22:00 de ayer!

—¿Y no quiere hacer esto oficial?

—¡No!

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—¡Jagdea! —dijo, de mala gana.

La espero fuera en el Solsticio de Invierno y el Lullabye, pero ella regreso de ambos sola.

—¡Tengo una última idea! ¡Hay un lugar en el Gran Canal!

Condujo el camión a lo largo de las calles estrechas del casco antiguo. Sólo había un leve indicio de amanecer en el aire. Cuando llegaron al lugar, apagó el motor y bajó con ella.

—¡Se puede quedar con el transporte!

Kaminsky negó con la cabeza.

—En realidad no, Comandante Jagdea. Me necesita para entrar.

—¿Por qué?

—No es un bar. A Las mujeres sólo se les permite entrar si van acompañadas por clientes masculinos.

Ella lo miró fijamente.

—¡Es cierto! —dijo—. ¡Tal vez... tal vez por eso su FTR este dentro!

Juntos, caminaron hasta una puerta de hierro con bisagras, y subieron los tres peldaños que las separaban de la calle.

Kaminsky llamó a la puerta y abrió la puerta.

El vigilante de la puerta. Era un matón enorme. Los miró de arriba abajo, y luego los dejó pasar.

El antro estaba casi vacío. Algunas sillas ya estaban encima de las mesas. Media docena de pilotos de las FDP, todos hombres, estaban jugando a las cartas en torno a una mesa del rincón. Una camarera estaba bostezando sirviéndoles otra botella de joiliq. Dos pilotos de la armada compartían un reservado, discutiendo en un tono elevado acerca de algo. Y los pocos otros clientes estaban sentados solos en la barra, o jugando con las máquinas sus últimas monedas.

—¿Está aquí? —Susurró Kaminsky.

—¡Allí esta! ¡En la barra!

Había un joven que estaba sentado en la barra lateral. Un tipo guapo, Kaminsky se dio cuenta. Dejo el pensamiento a un lado. Cualquiera de los bastardos de la habitación era guapo comparado con él.

Pero aún así, este joven era especialmente guapo. Moreno, de tez blanca, alto... claramente de la mismo patrón genético que había producido a la Comandante Jagdea sorprendente.

Estaba muy borracho. Un camarero cansado estaba limpiando un vaso y mirando con horrible fascinación como intentaba encontrar su boca con un vaso. Se equivoco, y vertió el licor en su frente, y luego por la barra.

Señalo el vaso con el dedo índice.

—¡Otra!

El camarero sacudió la cabeza.

—¡Otra! Es todo lo que pido.

—¡No! —dijo con contundencia el camarero.

—Es hora de ir a casa, Marquall —dijo Jagdea.

Marquall la miró, parpadeó y sacudió la cabeza.

—Sí viene conmigo a la base ahora, nos olvidaremos de esto.

—¡No. No. No, no. Estoy acabado!

—Estás borracho, pero no estás acabado. Vamos. Tengo un transporte.

Marquall miro a los ojos de Espere y de repente grito.

—Esta en la enfermería por mi culpa. ¡No volverá a volar jamás!

—No, no lo hará. Pero no fue por tu culpa.

—Conseguí hacerle daño.

—No, no lo hiciste.

—Sí, conseguí hacerle daño. Yo lo hice. Cometí un error.

—Tal vez lo hiciste, Marquall. Tal vez no lo hiciste. Nadie te está echando la culpa de lo que pasó.

—Derribe a un Cyclon, también.

—¿Qué?

Marquall hizo un movimiento con las manos encogiéndose.

—¡Derribe a un Cyclon!

—No, Marquall. Vimos pictografías del combate. El Ciclón fue derribado por un murciélago. No fuiste tú.

—¿De verdad?

—¡Si! No fuiste tu. ¡Levántate! Nos vamos ahora.

—Espere... —murmuró Marquall negando con la cabeza.

Jagdea dio un paso hacia él y le puso la mano sobre su brazo.

—Eso es todo, Marquall. Basta con la autocompasión. ¡Mueve el culo en posición vertical y sígame! Vine a buscarte cuanto me di cuenta de que no estabas. Hasta el momento, es extraoficial —miró a Kaminsky—. ¿No va dar parte, no?

Kaminsky se encogió de hombros.

—¡Por supuesto que no!

Ella sacudió Marquall.

—¿Ves lo que estoy haciendo por ti? Es extraoficial. No te denunciare al Comisariado. Podría perder mi mando por no hacer un informe de FTR. No has regresado y llevas cuatro horas de retraso. Los comisarios disparan por esto. Me dispararan a mí también. No te atrevas a permitir que la Phantine, tenga un parte por deserción y desobediencia. Estamos volando con la maldita Armada. Ahora, levántate, Marquall. No me defraudes. ¡Te necesito!

—Yo también te necesito... —dijo mirándola, parpadeando para enfocar.

—¡Perdí un piloto de ayer. Que me aspen si pierdo dos!

Ella tiró de su brazo, y luchó para levantarlo. Kaminsky se estremeció cuando el niño Y se cayó de su asiento rompiendo un vaso. La Comandante Jagdea lo volvió a coger de nuevo, e intentaba levantarlo.

—¡Ya es suficiente! —gritó el barman. El matón de la puerta se estaba acercando.

—¡No pasa nada! —dijo Kaminsky, levantando la mano. Se acercó Jagdea y la empujó a un lado. Y Luego puso un pie sobre al muchacho.

—Yo también fui piloto —dijo.

—¿Qué? —gorgoteó Marquall.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Jagdea.

—No se preocupe —dijo Kaminsky—. Déjame hablar con el muchacho.

—¡No quiero problemas!

Bajó la mirada hacia el muchacho.

—¿Eres un piloto? ¿Tienes la oportunidad de volar? Te diré lo que eres... un pedazo de mierda.

—¿Qué?

—¡Pedazo de mierda! ¡No me gustas! Tienes un mal día, ¿y esto es lo que haces? ¿Puedes volar? ¿Puedes volar?

—¡Si! ¡Puedo volar!

—¿Por qué no lo haces entonces? —gritó Kaminsky.

—¡Yo... no lo sé...!

Kaminsky metió la mano bajo la chaqueta y sacó su pistola de servicio. La dejó caer sobre el estomago del chico. El peso le dejo sin aliento.

—¿Sabes utilizarla?

—¿Qué?

—Úsala. ¡Ahora!

—¿Qué?

—¡Que utilice la maldita pistola, para volarte el cerebro! Sera más rápido que beber hasta la muerte. ¡Haznos un favor a todos!

Marquall se quedó mirando el arma en el vientre como si se tratara de un mutante venenoso.

—¿A qué estás esperando? ¿Eh? ¡Tienes la oportunidad de volar, hijo de puta! ¡Tienes la oportunidad de volar! ¡Solía volar también! Pero me derribaron. ¿Ves esto? ¿Mi cara? ¿Mi mano? Dicen que nunca podre volar de nuevo. No estoy en condiciones de volar. ¡Yo daría cualquier cosa por ser tú! ¡Cualquier cosa! Así que coge esa maldita pistola y acaba con tanta estupidez.

—¡Mierda...! —dijo Marquall—. ¡No se puede decir que a mí...!

—¡No, no puede! —dijo Jagdea, de rodillas junto a él—. ¡Ahora nos vamos casa y voy a salir contigo!

—¡A casa! —asintió Marquall, cerrando los ojos.

Jagdea arrojó la pistola de servicio de vuelta a Kaminsky. La pudo atrapar con su mano buena.

—Es tuya, creo. —Entonces cogió a Marquall por los hombro y lo llevó fuera de del bar.

Ya estaba sentada en el espacio de atrás del camión cuando Kaminsky salió.

—Conduce, por favor —dijo con firmeza.

Kaminsky entro en la cabina. Solo de nuevo, y encendió el motor.

Treinta mil metros, ni una nube en el cielo, sólo veinticuatro gigantes plateados que dejaban estelas blancas de vapor a través de la nada.

Viltry sentía mucho más a gusto con esta incursión temprana, la segunda salida de la ala de vuelo Halo. Se preguntó por el elevado número de aparatos pero no le preocupaba: Halo estaba en formación con sus Marauders con el 2212.º de la armada, que también pilotaban Marauders, a cinco mil metros por encima de ellos, volando por una cubierta superior. Había un ala de Thunderbolts en cubierta de escolta, que intervendrían en su ayuda en caso de un ataque.

Por el motivo que fuera, estaba más relajado. Se sentía bien y sensible. Tal vez era los efectos calmantes de una larga tarde que pasó mirando el mar.

La luz del sol llenaba la cabina con un dorado esmalte, y el mundo parecía casi en silencio. A esta altura, los motores eran un latido sordo.

Los sonidos más fuertes eran el silbido de la mezcla de oxígeno que salía de su máscara. Se imaginó que esta serenidad era como estar en las profundidades del mar.

Lacombe le pasó un fajo de cartas de navegación protegidas con tapas de plástico. Echo otro vistazo a los datos de reconocimiento. A las 17:00 horas del día anterior, se había confirmado (gracias, a la acción de la ala de Phantine liderada por Jagdea, El Emperador los bendiga) que el enemigo tenía un rango de alcance superior más allá de los límites de la cordillera. Eso significaba que casi con toda seguridad que había algunas bases aéreas avanzadas en el interior del desierto, tal vez incluso lanzaderas móviles terrestres, más al norte de lo que había previsto operaciones. Reconocimiento aéreo había avistado unas pocas fuentes de calor durante la noche, y ahora su formación que estaba guardia y nueve aparatos mas de otra formación, estaban en esta peligrosa incursión. Si el enemigo tenía bases aéreas en el norte del desierto, tenían que destruirlas, o el espectáculo habría terminado antes de empezar.

Ya habían sobrevolado una media docena de posibles objetivos, pero todos resultaron ser fuerzas terrestres Imperiales en retirada.

A partir de esta altitud, Viltry disfrutaba de una impresionante panorámica del desierto, intratable y vasto. Era terreno irregular, semejante al papel de lija gastada. Más hacia el oeste, a cientos de kilómetros de distancia, podía distinguir los márgenes de una enorme grieta en el desierto que la geología antigua había creado con la creación del continente, probablemente en la misma época se habían levantado las Mekanites. Volar en esa región se decía que era difícil, sobre todo en los niveles inferiores. A causa de ráfagas de viento salvajes e impredecibles.

De acuerdo con la información de reconocimiento, ahora estaban a unos cincuenta kilómetros antes de llegar a una de las fuentes de calor con más posibilidades, ya que se detecto un calor de alta densidad y magnetismo procedía de un mar de dunas llamado Plato del Sand.

Había un Marauder de la armada. A unos veinte kilómetros por delante de ellos.

No llevaba su habitual carga de bombas para permanecer ligero y rápido, equipado con auspex potenciados y amplificado, para que hiciera el trabajo de explorador.

Viltry esperaba pacientemente noticias del Marauder mas adelantado. Tenía un buen presentimiento sobre el próximo objetivo.

Entonces vio a los murciélagos.

Era la cosa más sorprendente. Era como si nadie más los hubiera visto. Nadie había dado la alarma de su llegada, era una formación de nueve aparatos, eran Hell Razors la mayoría carmesíes, acuchillando el aire a gran velocidad, mientras se acercaban al flanco de su formación.

—¡Murciélagos! ¡Murciélagos! ¡A las nueve y acercándose! —gritó Viltry. Oyó la torreta principal de encima y la de detrás de él zumbando cuando se encararon hacia los murciélagos. El comunicador de repente se lleno de voces.

Greta se sacudió suavemente, arriba en la torreta superior, Gaize comenzó a disparar los bólteres pesados gemelos. Viltry vio las ráfagas de trazadoras dirigiéndose hacia su izquierda. Los Hell Razors rompieron formación, ¿por qué diablos no disparaba la otra torreta?

—¡Disciplina de comunicación! —gritó Viltry, tratando de calmar los gritos agitados de su tripulación.

—¡Exploración visual! ¡Concentrad el fuego! Estamos en una formación, por lo que no habrá ráfagas indiscriminadas. Elijan objetivos. Y no los pierdan de vista.

Estaba volando en formaciones de diamante. Efectivamente, eso significaba que cada aparato cubría a los aparatos colindantes, y cada diamante cubría a los diamantes contiguos a su formación. Así desplegado, con las torretas pesadas, los Marauders formaron efectivamente una fortificación volante, técnicamente, imposible de penetrar.

Pero los Hell Razors eran temibles enemigos por su agilidad, El Marauder al mando, llamado *Cerca de Terra*, estaba al mando de la formación. Viltry podía oír al comandante de la *Terra*, un hombre llamado Egsor, ladrando órdenes para mantener la formación.

Viltry tenía su mirada a su estribor. Los murciélagos se habían dispersado por esa zona, y la lógica le decía que era por donde regresarían. Saltó en su arnés cuando dos rayos de energía impactaron en la punta del ala de estribor, el *Greta* se sacudió por los impactos.

—¿Dónde diablo están los escoltas? —grito.

—¡Seis! ¡Seis! ¡Seis en punto! —era Orsone el artillero de cola, y su gritos se hicieron eco en los artilleros de cola de las otros aparatos. Los murciélagos habían barrido a lo ancho y venían por detrás pasa su segunda pasada.

—¡Los veo! —gritó Orsone por el comunicador, y Viltry sintió el estremecimiento de la torreta de cola al disparar. Un momento más tarde sintió a la torreta superior, que se había encarado para hacer frente a la amenaza que venía de atrás, sintió la fuerte descarga de los bólteres gemelos y tubo que maniobrar para compensar las sacudidas que producían entre las dos torreras, y Viltry era un experto piloto y no tuvo complicaciones en mantener a su aparato equilibrado.

A continuación, los murciélagos se precipitaron a por los Marauders. La torreta de cola dejó de disparar, ya que los murciélagos habían cruzado su línea de tiro, pero la torreta superior continuó disparando mientras giraba, pronto se unió la torreta del frontal, cuando los murciélagos sobrepasaron al *Greta*, por lo que parecía no habían elegido a su Marauder como objetivo, concentrándose en otros aparatos.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —exclamó Viltry. Los murciélagos estaban a tres kilómetros y fuera de rango de las armas del Marauder. Solo podía ver sus llamaradas del motor, ya que rompieron la formación, desparramando como en un ventilador.

¡Maldita sea!, pensó Viltry. *Ahora van a estar haciendo pases individuales.*

Se oyeron gritos por el comunicador. Viltry miró a su alrededor con desesperación, y vio a un Marauder de la formación adyacente como se salía de la formación. Parecía como si sus motores no pudieron mantener su peso en el aire. Una estela de humo negro comenzó a salir de un motor, luego las llamas envolvieron el motor rápidamente. Los murciélagos se habían anotado un Marauder dañado en su segunda pasada.

Parecía que tenía otros daños, ya que el Marauder dañado inició un descenso más pronunciado.

—¡Usen los paracaídas! ¡Salgan del aparato! —escuchó como Egsor gritaba órdenes a la tripulación distante.

El descenso del Marauder repente se detuvo y estalló. Su carga de bombas estalló en una gran nube de fuego en el cielo claro, convirtiéndose al instante en un torbellino de chatarra. La parte principal del morro continuó descendiendo, ardiendo como una cometa, hacia el desierto.

—¡Aquí vienen! —exclamó Naxol. Al menos, el artillero del morro había demostrado el acierto de mantener la exploración visual, en lugar de observar el final del Marauder.

Tres Hell Razors iniciaron un ataque frontal. Sus armas estaban disparando y dejando una lengua de fuego en sus cañones automáticos, Naxol y Gaize abrieron fuego también, concentrando las dos torretas en el murciélago más cercano que iba sin duda a por ellos. El murciélago al verse en un fuego cruzado intentó desviarse, pero Gaize se había anticipado a la desviación. Y el murciélago fue impactado por una larga ráfaga de los bólteres pesados acoplados. Y este se deshizo en una lluvia de

fragmentos de metal y fuego, sus alas delanteras se separaron del fuselaje, observo con pánico como una de las alas desprendidas se acercaba peligrosamente hacia ellos. Después de unos segundos conteniendo la respiración, volvió a respirar al pasar el ala a unos pocos metros del morro del aparato sin causar ningún daños al fuselaje, Y dio gracias al Emperador por su intervención.

—¡Buena puntería, Gaize! —gritó por el comunicador.

Y no era el único. Otro de los Marauders también había derribado otro Hell Razor que iniciaba un descenso sin control, y otro Hell Razor estaba abandonando el combate dejando tras de sí una estela de humo negro.

Pero no había terminado todavía. Otro Marauder había sido dañado y se había alejado de la formación, incapaz de mantener el ritmo. Y el *Disparo Asesino* había recibido daños importantes en el fuselaje, pero aun estaba en la formación. Los murciélagos se reagruparon y el auspex mostraba que había otra ala enemiga acercándose. Allá en el cielo occidental, Viltry vio un destello como un rayo.

Le temblaban las manos otra vez. La rueda del Destino. La rueda del Destino. Estaba cada vez más cerca.

Había un parloteo ruidoso, las corrientes de personal inundaban la estación esperando a los transportes. Todos llevaban sus mochilas o cajas donde llevaban sus pertrechos. Bromeaban con el soleado día, lanzando bromas y pullas a su alrededor.

Era una máscara, una fachada. Darrow lo sabía. Dentro de unas horas, estos hombres serían enviados a posiciones lejanas, posiblemente a través del mar. Las amistades se romperían, compañeros se separaron para siempre. Ya en la explanada, centenares de hombres de la armada silenciosos Esperaban en torno a los transportes que los acababan de traer, listos para hacerse cargo de las instalaciones tan pronto como los hombres de la unidad de la coalición se marchasen. Darrow los miró. Algunos estaban bromeando, disfrutando del sol. Muchos los observaban, con miradas planas, poco amistosas. Como diciendo, que si hubieran luchado por vuestro mundo correctamente, no tendríamos que estar aquí.

Es por eso que los compañeros y amigos de Darrow estaban riendo y bromeando. No querían mirar a los imperiales de la armada, revoloteando como buitres sobre un cadáver.

Darrow tenía ganas de dejar caer su mochila y devolverles las miradas y gritarles: *¡Hijos de puta arrogantes! ¿Pensáis que queremos esto? ¿Pensáis que os estamos agradecidos por ocupar nuestro lugar? Peleamos por Enothis, nos hemos desangrado y muerto. Para que ahora vengáis a terminar lo que hemos empezado para llevaros la gloria.*

—¡Darrow! ¡Darrow!

Se dio la vuelta. Mayor Heckel había aparecido en las escaleras de la estación, saludándolo con la mano. Se abrió camino a través de la masa de personal para llegar hasta él.

—¡Enhorabuena! —dijo.

—¿Qué?

—Tengo las ordenes de su destino.

Un músculo debajo del ojo izquierdo de Heckel se arqueó ligeramente.

—¡Ah, sí! Qué suerte tengo.

Heckel hizo una risita aguda. Su ojo estaba arqueado otra vez.

Heckel metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre. Con el Nombre de Darrow impreso en la solapa. Darrow se dio cuenta que la mano de Heckel temblaba mientras le daba el impreso.

—¡Esto es tuyo!

Darrow rasgó el sobre.

Eads lo había sellado.

—Creo que lo impresionaste. Aun no es oficial como tal, pero dice que espera que lo sea.

—Es una orden de incorporación a la armada de efecto inmediato. —Darrow sonrió. Ya no estaba en la reserva, eso significaba que se quedaría a Theda, y ser parte de la lucha.

—¡Gracias! —dijo.

—¡Solo soy el mensajero! —dijo Heckel.

—¡Me ha hecho el hombre más feliz del mundo! —dijo Darrow entre lágrimas.

Heckel se encogió de hombros, pero estaba sonriendo. Luego su expresión se volvió seria.

—Sólo entre tú y yo, Darrow. El enemigo ha logrado llegar hasta al valle de Lida ayer... La armada decidió que necesita pilotos locales que estuvieran familiarizados con la topografía. Así que desde operación consultaron con Eads. Me dijo que querían unos pocos pilotos para que ayudasen a la armada. Les sugirió unos cuantos de los que habían sido trasladados a la reserva.

—¡Gracias, señor. Realmente le aprecio!

Heckel asintió.

—Sólo hago mi trabajo, Darrow.

Darrow dejó su mochila y saludó a su antiguo oficial.

—Darrow —dijo Heckel. Su rostro tenía una expresión extraña y melancólica—. Lo siento.

—¿Qué?

—Por los cadetes que murieron, eran mi responsabilidad.

—Hizo todo lo que pudo, señor.

Heckel respiró profundamente.

—Lo sé, Darrow. Y eso es lo que me da miedo. Heckel le dio unas palmaditas en el brazo y se alejó hacia los transportes.

—Es gafe, ¿no? —dijo Milan Blansher.

—¿Quién es gafe? —preguntó Hemmen, el mecánico jefe. A la sombra del gran hangar, su equipo estaba trabajando en la rehabilitación del Thunderbolt de Espere.

—¡Él! —dijo Jagdea, señalando la aparato dañado—. ¿Es de la serie Nueve-Nueve?

—¡No se qué contestarle! —respondió Hemmen sacudiendo la cabeza.

Jagdea negó con la cabeza y se dirigió con Blansher fuera del hangar. Los alrededores estaban despejados de aparatos aparte de Umbra, y un ala de interceptores de la coalición para su mantenimiento.

—¿Espero? —preguntó Blansher.

—Olvídelo. Va a estar en recuperación durante meses. E incluso con implantes augméticos, dudo que pueda volver a volar.

—¿Así que me falta un hombre?

—Sí. Pregunté si había reservas de la armada de guerra, pero me respondieron que todos los pilotos estaban asignados. A menos que haya de repente un aparato derribado, y el piloto se recupere, o que un aparato regrese muy dañado. Dios-Emperador, este frente de batalla es muy extenso. Cada hombre, cada avión, están asignados. Creo que esto podría ser una gran...

—¿Qué quieres decir?

—La batalla decisiva. El archienemigo de la Cruzada ha conseguido atraparnos, en un frente sobre-extendido. Están atacando aquí y en Herodor. Estas son las últimas noticias. Si cualquiera de los dos planetas cae, la línea de suministros de la Cruzada se cortara. Buenas noches, Señor de la Guerra Macaroth. Buenas noches para nosotros, y para la Cruzada buenas noches también. Si nuestra línea se rompe aquí, solo saldremos de esta en una bolsa para cadáveres.

—¿Será mejor que le echas pelotas en esto? —dijo Blansher.

Ella sonrió.

—¡Habla por ti mismo!

—¿Cómo está Marquall?

Ella se encogió de hombros.

—¡Todavía tratando de levantar las plantas de los pies de la ducha fría! Pensé en enviarlo a la enfermería para que lo desintoxiquen, pero luego pensé que podrían avisar al comisariado y además la resaca que tendrá es la manera del Emperador de hacernos recordar nuestros excesos con la bebida.

—¿Se culpa por Espere?

—Si, se culpa por ello.

—¿Debería? —preguntó Blansher.

Jagdea encogió de hombros. Su respuesta fue ahogada por completo por una

escuadra de aparatos que en ese momento estaba aterrizando.

—Dilo de nuevo —dijo Blansher.

—Marquall voló como una virgen y Espere lo estaba cubriendo. Así que, sí... debería. Pero también es un piloto decente. Ya lo sé. Lo necesitamos, y lo necesitamos de vuelta seguro, y aprendiendo de sus errores.

—¡Todavía no sé cómo conseguiste que volviera! —dijo Blansher.

—¡No importa! Tuve ayuda. No es la clase de ayuda que yo quería, pero... Bueno, funcionó.

Blansher se encogió de hombros.

—Te lo contare algún día —sonrió Jagdea.

—Estaré por aquí hasta las 18:30 —dijo Blansher.

—Se estaba preparando una incursión con solo cuatro aparatos a las 21:40. Voy a estar abajo con Marquall para ver si se despeja y está en condiciones de volar.

—¡Buen vuelo! —dijo, y corrió a ver a su equipo.

Me gustaría que la gente dejara de desearme ¡buen vuelo!

La noche había llegado temprano y una oscuridad había caído sobre el mar. Parecía que se preparaba una tormenta. Operaciones había informado de tormentas durante toda la semana, y ahora con un manto oscuro y difuso en el oeste. La cafetería se había vaciado por completo. Envió a casa a Letrice y cerró temprano. Con el cambio podría dormir unas horas extras.

Estaba cerrando la puerta de la cafetería, cuando un hombre apareció. Había un fuerte viento que venía de la playa, así que no le había oído subir.

—¡Oh! —exclamó, saltando asustada. Era el piloto de cara triste que nunca había probado el marisco. Estaba acurrucado en un abrigo de cuero pesado.

—¿Está cerrado? —preguntó.

—Sí —dijo ella—. ¡Lo siento! No había nadie en la cafetería y hemos cerrado más temprano de lo normal. No me gustaba el aspecto del tiempo, supongo.

Levantó la vista hacia el cielo, como si él no lo hubiese notado. Las primeras gotas de lluvia estaban cayendo.

—Entiendo —dijo—. Di un paseo decente por lo menos. Buenas tardes.

—¡Espera! —le gritó Beqa sacudió la cabeza. Era demasiado buena para su propio bien—. ¿Tienes hambre? ¿No es así?

—¡Un poco! —admitió.

Ella abrió la puerta.

—¡Vamos! Te voy a hacer algo.

—Pero estabas cerrando.

—Puedo abrir de nuevo.

Lo hizo entrar y lo sentó en la mesa que había elegido el día anterior mientras iba hacia detrás del mostrador, para encender el calentador de agua y comenzó a buscar a través de los contenedores de la despensa. Viltry se dio cuenta de que no había cambiado el letrero de la ventana. La cafetería seguía cerrada para los demás.

—¡Esto es muy amable de tu parte! —gritó.

—No es ningún problema. ¿No le gusta el pescado, verdad?

—Realmente no lo sé.

—Estás de suerte. Hoy tenemos un poco de jamón salado.

La tormenta se acercaba, oscureciendo el cielo. Beqa encendió las lámparas de aceite de la cafetería. La lluvia empezó a tamborilear y con fuerza contra las ventanas y las claraboyas, corriendo por ellas en torrentes por lo que parecería que estaban derriéndose. El muelle entero crujía suavemente con la agitación del mar.

Nunca había estado en el muelle durante una tormenta. Se sentía desconcertada, y una parte de ella deseaba, simplemente haber sido firme y cerrar el café e irse a su casa. Se sentía expuesta y vulnerable, sola en medio de los elementos turbulentos. Era como montar a bordo de alguna embarcación frágil dentro de un remolino.

No sabía por qué se había molestado en volver abrir el café.

Cuando le trajo su comida y bebida, se sentó con él.

—¿Eres piloto?

—Sí —contestó, mientras se metía un trozo de comida en la boca—. Esto es realmente muy bueno, no me había dado cuenta de lo hambriento que estaba.

—¿De la armada imperial?

Sacudió la cabeza y se limpió los labios con una servilleta.

—¡Algo así, supongo! Regimiento de la guardia Imperial aéreo de Phantine. Mi nombre es Viltry. Oskar Viltry.

—Beqa Maye. —Le tendió la mano y se la estrechó con amabilidad.

—Gracias por su hospitalidad, Beqa Mayer. Y por el acto de bondad hacia un extraño a su mundo.

—Sabiendo que has venido aquí a arriesgar tu vida para luchar por mi mundo, me parece que un plato de jamón y el pan es lo menos que puedo hacer.

Dejó de comer y de repente frunció el ceño.

—¡Yo... yo te conozco de algún lado! ¿No?

—Estuve aquí ayer.

—No, en otro lugar.

—En el templo, al amanecer. Me abriste la puerta con educación.

—¡Sí, eso es! —Una ráfaga de viento especialmente fuerte sacudió las ventanas y lanzo la lluvia contra el cristal con un vigor renovado.

—¿Supongo que este lugar es seguro en caso de tormenta? —se preguntó Viltry.

—¡Creo que estamos a salvo! —respondió ella.

Tardo una hora antes de que la tormenta amainara lo suficiente para que pudieran a salir hacia la ciudad, durante esa hora, charlaron, sobre nada en concreto, como si simplemente se dejaran llevar por la conversación, que la soledad tenía reprimida en sus interiores. Viltry se contentaba sólo con escuchar. Su día había sido terrible: La salvaje pelea en el aire, el pánico y el miedo. Los murciélagos los habían hostigado tanto tiempo, que se habían visto obligados a deshacerse de sus cargas útiles, para ahorrar combustible, para poder llegar a la base. Sin ningún objetivo destruido. Sin poder confirmar donde estaba la base enemiga. Ya que no pudieron acercarse a la fuente calor. Halo no había perdido a nadie, pero cinco de sus aparatos habían sido dañados, y varios miembros de la tripulación del disparó asesino resultaron heridos, no habían podido hacer más que un triste rastreo, descartando algunas fuentes de calor. Tres bombarderos del ala de Egsor, y dos Thunderbolt de la escolta no habían regresado a la base.

Algunos pilotos trataban de escapar de la presión del combate con la bebida, o escapadas hedonistas, otros hablando sobre lo que le había ocurrido en la sala de la

tripulación que nadie escuchaba. Normalmente era la forma que usaba Viltry. En estos días, tenía miedo de que si empezaba a hablar, no sería capaz de parar.

Pero escuchando la conversación de Beqa Mayer le alivió. Era como un antídoto a la tensión del combate. Lo que le dio una nueva perspectiva, le recordó que el universo no era simplemente esperar a que la rueda del destino giraba para equilibrarse. Su vida era evidentemente difícil. Estaba obligada a trabajar dos turnos: aquí durante el día y durante la noche en la manufactura de municiones. Estaba preocupada por la curso de la guerra. Los alimentos frescos eran cada vez más difíciles de conseguir. ¿Y si no llegaba la cafeína se vería obligada a cerrar? Tenía un hermano llamado Eido, quien estaba sirviendo en el ejército de tierra. No había sabido nada de él desde hace más de tres meses, desde los combates a las puertas de las colmenas Trinidad. Estaba convencida que algún día regresaría a casa. Y encendía una vela por él todos los días.

—En realidad enciendo tres: una para Gart, otra para Eido y otra para quien más lo necesita.

Viltry sonrió.

—¡Perdón! ¿Quién es Gart?

—¡Mi esposo! Era un oficial piloto de la coalición. Fue derribado en el desierto antes de que terminara el invierno pasado.

—Lo siento. ¿Esta en la lista de desaparecidos?

Asintió con la cabeza.

—Puedo asegurar que mi hermano está vivo, porque yo no he tenido las pruebas de lo contrario. Pero Gart ¡está muerto! El Estado me dio una pensión de viudedad, pero los fondos para pensiones se agotaron por el esfuerzo de guerra. De ahí que tenga dos puestos de trabajo.

Viltry se dio cuenta de que la lluvia había amainado. Y ella iba a llegar tarde a su turno en la fábrica si no aprovechaba la pausa.

Le ayudo a cerrar las puertas de la cafetería, y se apresuraron por el paseo marítimo húmedo hacia la ciudad, donde las luces de la noche se encendían.



DÍA 255

—Tendré que corroborar, la orden de traslado —dijo el guardia de la armada a Darrow bajo el pórtico. El guardia miró la orden de traslado de Darrow y asintió con la cabeza.

Desde el exterior, Control de Operaciones podía perfectamente haberse confundido por una capilla construida en el Ministorum de estilo adornado temprano. Pero las agujas eran mucho más altas y los remates eran de cobre realmente eran antenas, y donde tendría que haber vidrieras, había gruesas persianas de acero. Operaciones estaba instalado en el extremo norte de la zona de campo, rodeada en tres de sus lados por bosques de torres de comunicaciones, y de auspex, donde el suelo se cocía por el electromagnetismo y el aire olía a ozono.

En el interior, un atrio abovedado iluminado por las pantallas de los cogitadores controlados por los hombres y las mujeres con los uniformes oscuros de la armada y del Departamento Tacticus se apresuraban de aquí para allá.

Anuncios en los altavoces que llamaban para las rotaciones. Darrow seguido las señales de la pared, y se dirigió hacia una escalera que conducía bajo tierra. La mayor parte de control de operaciones estaba enterrado en profundos bunkers bajo tierra.

Abajo hacia frío y el aire estaba húmedo y reciclado. Se estremeció y deseó haber traído la chaqueta de vuelo. A pesar del remiendo apresurado que había hecho para reparar la manga dañada.

Había una serie de puertas blindadas y otro puesto de control, donde tuvo que esperar en fila bajo los atentos ojos de los tres guardias fornidos mientras que un servidor del Munitorium comprobó sus documentos, realizó una prueba biométrica y le expidieron un pase de seguridad.

Para sorpresa de Darrow, Eads le estaba esperando en la escotilla principal.

—¡Preparado para lo que haga falta, señor! —dijo Darrow, saludando.

—¿Eso es un saludo? —dijo Eads—. ¡Bienvenido a Operaciones, Darrow! Quédate cerca de mí hoy vas a aprender cómo funcionan las cosas. No tenga miedo de hacer preguntas, hay mucho que aprender. Si necesito que te calles, ¡yo te lo diré!!

—¡Si, señor!

Eads se volvió y usó su bastón sensor para trazar un camino hacia la cámara. Darrow lo acompañó.

—Aquí abajo ya no eres un cadete piloto, sino un controlador asistente de vuelo menor.

Darrow estaba a punto de hacer una pregunta, pero Eads extendió la mano y le apretó la muñeca, que interpretó como que no hablara y entraron en la cámara.

Darrow miró a su alrededor. Operaciones Centrales era una gran rotonda de tres pisos de profundidad. Había dos hileras de consolas alrededor de las paredes, la parte superior era accesible por una pasarela de hierro. Estas estaciones de consolas estaban

atendidas por los operadores de la armada, algunos de los cuales eran servidores conectados directamente a la conexión de interfaz de las pantallas. Por encima de ellos se encontraba una plataforma de observación donde los oficiales superiores se reunían para la toma de decisiones. En el centro de la cámara había la principal pantalla holográfica, que proyecta una animación de un mapa táctico de seis metros en el aire. Por alrededor de la pantalla había un anillo de pizarras de cristal semi-opaco en las que un operador de aspecto severo escribía en cada pizarra, con un lápiz en una mano y una goma de borrar en la otra.

Todo el personal en activó estaba de pie o sentado en silencio, con la cabeza ligeramente inclinada.

Un sacerdote de la armada, imponente con su túnica azul, estaba entonando un rito de bendición sobre la estación. Mientras hablaba, una mano en el pecho, la otra escondida detrás de su espalda, Tecnosacerdotes se movían alrededor de la habitación, estaban atareados con la unción de los paneles y ofrecerían agua bendita en pequeños recipientes de oro a todo aquel personal que necesita una bendición personal. A Darrow también se le ofrecieron la bendición, igual que a los empleados de alto rango.

—¡Que este día sea rentable y exitoso! —dijo el sacerdote—. Que la fuerza de voluntad y la claridad de visión que es la bendición del Emperador que es el más alto y glorioso, el que es el Dios-Emperador de toda la Humanidad, les acompañe en su trabajo el día de hoy. Que su gloria sea eterna, y su faro de iluminación brille para todos nosotros en la oscuridad. Por el Trono Dorado y eterno, que se haga la voluntad del Emperador.

El sacerdote hizo la señal del águila sobre el pecho, y todo el mundo hizo lo mismo.

—Turno de día comienza, 255, 773.M41 —anunció el oficial de guardia poniéndose en pie y agradeciendo al sacerdote la bendición.

A la vez, la actividad se reanuda. Un repentino ruido de voces estallo en la sala, hábiles manos tecleando en sus consolas. Eads hizo una seña a Darrow para que lo siguiera.

Como controlador de vuelo, la estación de Eads era una de las consolas de control primarios. Darrow le ayudo con el asiento de respaldo alto y guardó el bastón sensor de Eads apoyado en la silla.

—El enchufe cortical principal y el enlace lector de tecnología, por favor —dijo Eads. Darrow miró a su alrededor, y desabrochó los dos conductores de un soporte en un lado de la consola para entregárselos. Eads leyó las marcas de identificación que había en los enchufes con las yemas de sus dedos, luego se inserto la clavija cortical en la toma dérmica detrás de la oreja izquierda. El otro terminal, se lo enchufo en una segunda toma dérmica bajo la línea del pelo en la base de su cráneo. Eads se

estremeció ligeramente a medida que comenzó a recibir datos.

La consola cobro vida inmediatamente. La pantalla se iluminó con un holograma y comenzó a girar. Mostrando un menú de desplazamiento de datos en apretadas filas. Darrow sabía que Eads estaba viendo todo esto en su mente. Eads comenzaron a revisar los detalles.

Darrow miró a su alrededor otra vez. Cada uno de los controladores de vuelo contaba con la presencia de al menos un ayudante. Todos los controladores tenían problemas de visión, aunque uno tenía voluminosos ojos augméticos, pero muchos habían mejorado su visión con enlaces corticales.

—El micrófono, por favor —dijo Eads.

Darrow lo desenganchó, y ayudó a Eads a colocarlo alrededor de la oreja para que estuviera bien colocado.

—Soy Eads 7513 —dijo Eads en voz baja—. ¡Ahora estoy en la estación! —le llegó un murmullo de respuestas.

Sus dedos comenzaron a deslizarse sobre el teclado. Los datos en la pantalla se alteraron. La clavija cortical simulaba una versión de la consola en la cabeza de Eads para que pudiera utilizarlo.

—¡Parte Climático, por favor! —dijo Eads al enlace. Una imagen 3D floreció a través de la holografía. Cambios tácticos... y las operaciones de cuadrante. Más, más superposiciones. Líneas amarillas mostraban pistas de aeronaves, líneas rojas punteadas las secuencias de la misión, guiñando runas verdes posicionando los aparatos.

—Hay un auricular de repuesto por si quieres escuchar —comentó Eads.

Darrow se lo colocó sin pensar. Lo que escuchó era un disparate de voces humanas y voces de máquinas, transmisiones digitales y códigos binarios y atmosféricos.

—Utiliza el dial para seleccionar los canales —señalando el dial Eads—. Sera abrumador al principio, pero aprenderás a diferenciar y buscar lo que necesites.

Se les asignó el control de vuelo de combate de dos unidades: Vuelos Umbra Cuatro-Uno y Cuatro-Dos. Los parámetros de la misión, aparecieron en la pantalla.

De repente nervioso, Darrow leyó los detalles, tratando de no perderse nada. Dos unidades de interceptación, cuatro aparatos en cada ala. En ruta por toda la península a la caza de intrusos. Tiempo de de despegue, 08:15.

Miró el cronómetro de bronce montada sobre la parte superior de la consola. Indicaban las 08:14.

—¡Correas listas! —gritó Racklae, apenas audible por encima del aullido creciente de los reactores.

Marquall asintió. Racklae le hizo una señal con una mano con un dedo y el pulgar formando una «O», y ordenó al personal de tierra que se apartasen.

Se retiró la última de las mangueras de combustible, y el camión cisterna se separó.

Situado al lado de la cabina, Racklae se tocó las orejas y la boca.

Marquall asintió de nuevo. Comprobó el comunicador.

—¡Probando, probando! —dijo—. Umbra Ocho, Umbra Ocho. Soy Marquall.

—Umbra Ocho, le recibimos bien. ¿Está todo bien, Marquall?

—¡Sí, señor! Las luces están en verde, repito verde. Listo para despegue.

—Inicie últimas comprobaciones.

Marquall hizo la señal de la águila, luego miró a Racklae y este le levantó el pulgar. El mecánico sonrió, y le saludó. Cerro el mamparo de la cabina. Inmediatamente, el sonido cambió. El gemido de los motores le embotada, pero paso pronto, cambiando a una caja de resonancia de ultrasónicas vibraciones.

Marquall comprobó el cierre del mamparo, y luego hizo un gesto casi como un cumplido al mecánico.

Racklae lo vio, y asintió y bajó de un salto y corrió hacia una zona segura.

—¡Umbra Ocho. Comprobado y listo!

—¡Recibido, Ocho!

—¡Umbra Diez, listo!

—¡Umbra Siete, últimas comprobaciones!

—Manteneos en espera —dijo Jagdea—. ¡Cuatro Dos despegará primero!

Hubo un gorjeo de voces a través del comunicador, y luego una ráfaga gemidos que era ruidoso incluso con la protección de los cascos. Por despegue de los cuatro Thunderbolts cercanos, se izaron a sí mismos verticalmente en el aire. El espacio debajo de cada uno de ellos se inundó por el calor de los motores de empuje. De Blansher, Larice, Cordiale y Ranfre; Umbra Dos: Cuatro, Once y Doce respectivamente.

El piloto más experimentado Blansher, comenzó a subir y desplazándose había adelante con sus vectores de empuje suavemente se dio la vuelta. Con la formación ordenada, se elevaron, ganando velocidad. Cuando colocaron sus vectores horizontalmente aceleraron ganando altura.

—Operaciones, soy el líder de Cuatro-Uno —dijo Jagdea—. ¡Permiso para el despegue!

—Cuatro-Uno Líder, aquí operaciones. Está despejado para un despegue inmediato. ¡Buena caza!

—¡Cuatro-Uno líder! ¡Iniciando despegue!

Marquall presiono el acelerador y sintió la fuerza del aparato, como si estuviera enfadado. Aceleró más y sintió el temblor suave cuando el tren de aterrizaje se despegaba del suelo. Aunque se gastaba más combustible. Marquall lo prefería a las catapultas. Odiaba a los lanzamientos desde catapultas. Él estaba agradecido de que no las hubiesen colocado en Theda.

Miró a su alrededor, compensando su aceleración. A su izquierda, Umbra Diez inició también su despegue. Marquall casi podía oír a Zemic agitando su rosario de amuletos de la buena suerte. A su derecha, Jagdea despegó en vertical, y Clovin, los dos se encontraba por debajo de ella a cuarenta metros de altura, en perfecta armonía.

—¡No os precipitéis! —advirtió la voz Jagdea. Blansher inicio el ascenso más lentamente, hacia adelante.

—¡Esperar...!

Cincuenta metros.

—¡Inicien avance horizontal! —ordenó Jagdea.

Su máquina rugió hacia adelante, atravesando la base a cincuenta metros de altitud, los vectores fueron violentamente recolocados a nivel de vuelo.

Se alejaron del suelo, viendo como los edificios de la base empequeñecían, cuanto vio el perímetro despejado que rodeaba el perímetro de la base ya había alcanzado los 600 kilómetro y empezó a ascender.

—Cuatro-Uno Líder, espacio aéreo despejado. Inicien ascenso hasta los cinco mil. Dirección suroeste, diez-ocho-cuatro.

—Diez y ocho y cuatro —respondió Operaciones—. ¡Buen despegue! Cuando regresen tendrán que pedir disculpas a nuestros tímpanos.

—¡Recibido, Operaciones! Esta es la forma en que hacemos las cosas de donde vengo.

—¡Entendido! ¿Qué más se hace de dónde vienen?

—¡Tenemos la costumbre de derribar murciélagos!

—¡Recibido! Es bueno saberlo. Suban a nueve mil y giren hacia el sur-oeste. Once-ocho-cinco.

—¡Once-ocho-cinco! Entendido Cuatro-Uno.

—¡Cuatro-Uno, Siete le seguimos!

—¡Cuatro-Uno, Diez detrás de ti, a babor! ¡Un Día agradable para él!

—¡Tan claro como una campana, Zemic! ¡Cuento con tus amuletos de la suerte!

Marquall ajustó la máscara.

—¡Cuatro-Uno, Ocho a tu derecha!

—¡Quédate cerca, Marquall! Esto va a ser coser y cantar. —O lo sería. Iba a asegurarse de que lo fuera.

La había cagado en su primera salida de combate. Aún podía ver a Espere,

sentada en su cabina, con la sangre en todas partes. La imagen estaba en sus sueños y sus pensamientos de vigilia.

Pero Jagdea no había renunciado a él. No podía hacer esto. Era de Phantine. Él no iba a meter la pata por segunda vez.

Los servidores esclavos lo llevaron a la cubierta de proa de la Aerie en su bruñida litera. Su aparato blanco perla se colocó en su base de lanzamiento por debajo de él, La luz desierto brillo por sus líneas austeras.

Los servidores le gritaban una letanía a la providencia y al hambre de sangre.

El piloto guerrero Khrel Kas Obarkon sonrió. La litera se detuvo. Obarkon desconectó los pesados tubos de oro que vinculaban su cuerpo al soporte vital de la litera y se deslizó hacia abajo.

Apartó la cortina de seda y salió a la terraza quemada por el sol. Alto, delgado, revestido de la garganta a los pies con una negra armadura, levantó sus brazos de araña, y los esclavos cayeron a sus rodillas.

El sol todavía estaba bajo en el cielo, y la plataforma debajo de sus pies se sacudía ligeramente.

Obarkon agitó una mano esquelética y uno de los servidores fue corriendo con su altavoz. Gravado y decorado para que pareciera una campana formada de oro sólido, montada en un soporte de bronce. Obarkon se apoderó del un cable colgante y lo conectado a su toma de la laringe.

—¡Quinto de Echelon! —Su voz corrompida digitalmente Resonó a lo largo de las cubiertas superior e inferior—. Ustedes sirven a un Anarca, y han jurado lealtad a Sek. Escuchen atentamente lo que les voy a decir.

A lo largo de las cubiertas pulidas de la compañía, los pilotos guerreros del Quinto de Echelon dejaron a un lado sus aparatos y escucharon con atención, mientras los servidores se retiraban hacia los lados.

—¿Quién llenara el cielo con sangre?

—¡Nosotros! —contestaron los pilotos guerreros.

—¿Quién ara una matanza?

—¡Nosotros! —gritaron.

—¿Quién va a sembrar la tierra con la sangre del enemigo?

—¡Nosotros!

—¡A sus aparatos!

Los guerreros pilotos agrupados alrededor de sus murciélagos, gritaron de alegría y fanatismo. Obarkon arranco el cable del altavoz y se acercó a su Hell Razor modificado. Insistió en hacerlo, incluso a pesar de que podía durar menos de diez minutos de vida sin el equipo de apoyo vital. Fue un gran demostración de fuerza personal que la tripulación admiró.

Los servidores le ayudaron a entrar en la cabina y lo conectaron a los sistemas automatizados que lo vinculaban al Hell Razor. Respiró más fácilmente una vez los augméticos del Hell Razor se hiciera cargo del mantenimiento de su vida.

Una vez que los implantes de la columna vertebral se conectaron. Los sistemas cobraron vida, los datos pasaron por sus ojos augméticos, los datos de combustible, la carga útil y la energía. Sus ojos vieron a través del sistema de armas en estos momentos.

La mampara de la carlinga se cerro, encerrándolo en la oscuridad.

—¡Fuera! —ordenó. Los sirvientes que quedaban se apartaron rápidamente.

—¡Despeguen! —ordenó.

La catapulta lo empujó brutalmente. Y el Hell Razor blanco perla fue despedido del habitáculo de cubierta hacia el cielo. Sólo su armadura impidió a Obarkon de ser aplastado en su asiento.

Detrás de él, como flechas de un arco, veinte aparatos más se pusieron en marcha en el aire del desierto. Algunos eran de color carmesí, algunos malva y unos pocos plateados con algo de negro.

Formaron con su líder mientras giraban hacia al oeste, hacia las montañas. Obarkon cambió a sus relés traseros y vio la *Natrab Aerie* alejarse detrás de él. Un leviatán, de exactamente un kilómetro de largo, erizado de armas, cabalgando a través del mar de dunas con sus cien ruedas de un diámetro de cinco metros.

—¡Echelon! —dijo, ajustando su comunicador—. ¡Vamos a matar!

—¡Llegas temprano! —dijo Beqa.

Viltry se encogió de hombros.

—La salida ha sido cancelada. Demasiadas reparaciones. Tal vez esta tarde, si terminan.

—¿Vas a desayunar?

—Si insistes.

—Tengo huevos, ¿has probado antes los huevos? ¿No?

—¿Huevos de pescado?

—¡No, no son huevos de pescado!

—Entonces, sí.

—Coge asiento —dijo.

Viltry se acercó a su mesa favorita. La cafetería estaba bastante concurrida. Ancianos desayunando, y grupos de trabajadores de las fábricas persiguiendo una comida caliente después de su turno de noche.

Afuera, el cielo estaba libre de nubes y pálido, un fuerte viento alejaba las nubes. El mar estaba oscuro y de mal humor.

Un buen día para volar.

—¿Lo conoces? —preguntó Letrice, dubitativa.

—¿Quién?

—Al piloto con cara triste.

—Sí —dijo Beqa, girando la sartén—. Y está bien.

Se recibió la llamada de Operaciones hacia unos veinte minutos, terminando con el tranquilo vuelo que llevaba en ese momento Jagdea. Necesitaban apoyo urgente. De acuerdo con operaciones, el problema estaba a menos de quince kilómetros al sur de ellos. Jagdea inmediatamente les dio instrucciones de hacer virar al máximo y abandonar el valle. Llamó a los cuatro aparatos de Blansher como apoyo. Su unidad estaba en patrulla de barrido a cuarenta kilómetros al norte.

Marquall trataba de mantenerse en la formación. Estaba alrededor de los cuatro mil metros en estos momentos, y a una velocidad de 200 kilómetros por hora. El mundo era un torrente que pasaba. Sobrevolaban estaciones agrícolas, entonces una ciudad pequeña, luego una larga serie de ruinosas plantas químicas. La cuenca del río se tiñó de color rosa y marrón por la contaminación de las fábricas.

Delante de ellos, un amplio penacho de humo negro se elevaba hacia el cielo.

Tenía la boca seca.

—¡Activen las armas! —gritó Jagdea.

Marquall hábilmente activó y seleccionó sus armas primarias. No habría errores esta vez.

Iban en auxilio de una ala compuesta por seis transportes superpesados de la Armada, de la serie Onero-pattern, con una escolta de seis Lightnings. Que realizaban una misión de reabastecimiento aéreo mediante paracaídas a las desesperadas fuerzas de tierra en retirada por el desierto. Llenos de promethium y aceites de motor, los seis transportes pesados, eran un blanco fácil.

EL ala de vuelo Umbra se encontró en lo que parecía un frenesí de destrucción. Un transporte ya estaba derribado, después de haber engullido un kilómetro cuadrado del valle cultivable con su tormenta de fuego. La enorme estela de humo negro, era lo que había visto al acercarse. Otro tenía fuego en motor y parecía bastante dañado. Al menos tres de los Lightnings habían sido derribados ya en el aire.

No menos de quince aparatos negros y carmesíes se arremolinaban dentro y fuera de la formación del convoy, eludiendo las ráfagas de las trazadoras de los transportes. Eran Hell Razors. Antes de que los tuvieran en el rango de tiro, Marquall fue testigo de cómo un aparato negro azabache ametrallaba los flancos plateados de la cola de un Onero-pattern. Y repentinamente una luz brillante, como un sol, un hongo enorme de llama blanca muy caliente sin pizca de escombros debido a la vaporización por el enorme calor. Por la intensidad de la luz, Marquall estuvo deslumbrado durante unos segundos.

Por el comunicador se escucho la dura voz y cortante de Jagdea diciendo solo cuatro palabras:

—¡Dividíos! ¡Acabad con ellos!

Zemic se dirigió hacia la derecha, Clovin y Marquall fueron a sus siete. Jagdea

rompió a la izquierda separándose de ellos. El aire estaba lleno de aparatos y estelas, escapes de humo. Demasiados aparatos a la vista. Tenía que mantener la concentración. Concentrarse en los murciélagos. Pero sólo los que la velocidad y el ángulo le diera una oportunidad de intersección.

Dos a la vista, yendo en sentido contrario. No valía la pena intentarlo. Otro rojo brillante. No quiso cogerlo. Allí, en sus diez... no. Un rayo, de sol se reflejaba en su fuselaje y se estaba dando la vuelta. Voló directamente hacia el murciélago y en cinco segundos le podría pintar una diana en su culo.

¡Vigila tu espalda!, era lo que les decía una y otra vez el anciano instructor de la academia. Marquall podía oír al viejo bastardo decir las en estos momentos.

El murciélago se dio la vuelta. Era bueno. En el último momento y viro en sentido contrario. Maldita sea.

El morro de Umbra Siete se ilumina con sus ráfagas de proyectiles. Demasiado tarde.

Marquall había fallado en su intercepción. Su maniobra lo había colocado debajo de uno de los transportes. La torreta de la maldita cosa se encaro hacia él, apuntándolo.

—¡Amigo! ¡Amigo! ¡Amigo! —gritó por el comunicador, a sabiendas de que probablemente no le escuchaban. Posiblemente los aterrorizados artilleros estaban disparando a cualquier cosa que se moviera en el cielo. Para su suerte lo reconocieron como amigo.

Se ladeó para alejarse lo más posible del transporte y un murciélago carmesí paso por delante de su morro. Sin siquiera pensarlo, apretó el gatillo y sintió la sacudida de sus armas. No sabía si le había dado. No le importaba. Habría otras oportunidades. Aun estaba en el juego.

Jagdea no podía ver a Marquall. No podía preocuparse por el ahora. Este no era el lugar para hacerse la niñera. Estaban siendo superados en número desigual, por enemigos igual de rápidos y pesados como los Thunderbolts. Su descenso inicial y posterior viraje hacia fuera le había dado la oportunidad de derribar limpiamente a un sorprendido murciélago.

Aceleró y vio un Hell Razor escarlata por debajo de ella.

Estaba haciendo fuego sobre uno de los Lightnings pegado a sus seis. El avión de la Armada estaba haciendo todo lo podía, pero no se lo sacaba de encima.

Jagdea estuvo a punto de dispararle. Pero el ángulo de desviación era muy pobre, por lo que era desperdiciar munición. Se ladeó y freno un poco hasta que se colocó en la cola del Hell Razor.

El Hell Razor la había detectado, porque rompió con furia. Pero su instinto estaba afilado como siempre. Jagdea tenía un talento natural para la anticipación. Una simple cuestión de lógica, así es como ella lo veía. Regularmente adivinaba como

reaccionaria el enemigo, imaginando lo que haría en su lugar. Blansher le dijo una vez que se trataría de un truco muy simple. Esta vez su instinto no le falló. A medida que el Hell Razor intentaba esquivarla, se estaba acercando exactamente al ángulo que Jagdea había previsto. Disparo Dos ráfagas. Los dos fueron directamente al fuselaje del Hell Razor que voló en pedazos en una nube de escombros.

Las piezas pequeñas de los restos impactaron en su fuselaje cuando paso a través de las llamas. Inmediatamente, se dio cuenta que había algo delante.

No era un murciélago sino dos. Uno rojo, y el otro de color malva, estaban concentrando el fuego sobre el motor de un transporte. El enorme Onero-pattern estaba muy dañado, y tenía fugas de combustible que se desparramaban por el aire.

—¡No, no...! —gritó entre dientes. Y aceleró directamente a por los Hell Razors sin pensárselo. El ángulo era malo, pero fue hacia delante de todos modos. Seleccione el cañón láser, ya que tenía miedo que un proyectil perdido impactara en el transporte. Apretó el gatillo y el Hell Razor rojo perdió parte de su ala de estribor y se estremeció, inmediatamente se desvió, dando vuelta hacia abajo sin ningún tipo de control.

El Hell Razor de color malva se desvió de su ruta, para unos segundos después para convertirse en una bola de fuego y restos metálicos.

El Thunderbolt de Blansher pasó como un rayo por sus seis.

Cuatro-Dos se había unido a la lucha.

Un silencio curioso había caído sobre la rotonda de operaciones. Eads era el único controlador de vuelo que tenía aparatos combatiendo. Darrow se sentía como si estuvieran en el centro de atención. El oficial de puente se había acercado hasta situarse en el lado de EADS.

—¡Informe!

—Cuatro-Dos ha entrado en combate en apoyo de Cuatro-Uno. Dieciséis hostiles confirmados. Posiblemente cuatro hostiles hayan sido derribados ya.

Hubo un murmullo en la sala.

—¿La situación de los transportes? —preguntó el oficial de cubierta. Su nombre era Banzie, un hombre bajo y agradable con un cuello alto y con el uniforme de púrpura imperial.

—Dos transportes derribados. Uno dañado. Tres escoltas caídos. —La voz de Eads era débil y distante. Los datos se arremolinaban en su mente. Sus manos se apodaron del teclado, corrigiendo, reescribiendo. El oficial de colocación del cristal semitransparente que estaba delante del monitor de EADS estaba haciendo constantes ajustes con su lápiz.

Darrow se dio cuenta de por qué el aire en operaciones se mantuvo tan frío. Era para que no hubiera la posibilidad de fallos por somnolencia.

—¿Evaluación? —preguntó Banzie a Eads.

—Mala, señor —respondió Eads.

—Contacten con las alas más cercanas —exclamó Banzie a toda la habitación—. ¡Rápido! ¡Ahora!

—¡Tengo el Ala 44, seis aparatos, catorce minutos! —gritó un controlador de una consola cercana.

—¡Demasiado lejos! —murmuró Eads.

El 101. Cuatro aparatos, regresando de las Makanites por el Norte. Tres minutos, gritaron desde el otro lado de la cámara.

—¿Combustible? —preguntó Banzie.

—Han estado en ruta durante 200 minutos, Si los enviamos solamente podrán combatir unos cinco minutos y se quedarán sin combustible para regresar a la base.

—¿Alguien más? —instó Banzie.

—¡Nada más cercano de catorce minutos!

—¿Controlador? —preguntó Banzie.

—¡Otro Lightning derribado, señor! —dijo Eads—. Y... no puedo confirmarlo, pero podemos haber perdido un Thunderbolt de Umbra. ¡Solicito instrucciones!

—¡Enviad a la 101, inmediatamente! —dijo Banzie alzando la voz, asintiendo con la cabeza y mirando hacía arriba.

Darrow volvió hacia el controlador de vuelo en el otro lado de la cámara cuando

comenzó la febril actividad.

—¡101, 101! ¡Llamo desde operaciones! Tengo órdenes para su unidad. Por favor, confirme recepción de órdenes.

Hubo un remolino de ruido del comunicador al recibir la respuesta. El encargado de colocación en frente del controlador comenzó a escribir de forma rápida y experta en la pantalla de cristal.

Entonces escucho decir al controlador:

—Recibido, Apóstoles. Estoy seguro de que van a estar felices de verles.

—*¡Los Apóstoles! ¡Trono Sagrado!*, pensó Darrow El corazón le empezó a latir con fuerza. Volvió a mirar a Eads. Gotas de sudor le surcaban la frente de EADS.

—¡Confirmado! —dijo—. ¡Hemos perdido un aparato de Umbra!

—¿Dónde está Clovin? ¿Dónde está Clovin? —gritó Jagdea por el comunicador. Ella sólo había visto un avión estrellarse y una bola de fuego en un estanque de abajo. Parecía un Thunderbolt.

—¡No tengo contacto visual! —replicó Larice.

—¡Nada! —dijo Ranfre.

—Por el trono, ¿en qué tipo de mierda no hemos metido? —chilló Cordiale.

Jagdea la vio, abajo a su izquierda, como Zemic estaba intentando sacarse a un murciélago de su cola. El aire detrás de Zemic estaba lleno de trazadoras.

Jagdea vio pasar un murciélago de color blanco perla, seguido por el Thunderbolt de Blansher.

—¡Lo vi todo! —dijo Blansher.

—¡Repíte! —gritó Jagdea.

—¡El murciélago blanco perla! ¡Ese es el hijo de puta que ha derribado a Clovin!

El Thunderbolt de Blansher corría detrás del murciélago blanco perla. Larice se unió a la persecución, seguido por Marquall.

—Umbra Cuatro-Uno, soy Operaciones. Tenemos ayuda en camino. Tres minutos aproximadamente.

—¡Entendido! —jadeó Jagdea, la gravedad le estaba comprimiendo los pulmones.

Vio a Zemic como lograba esquivar a su atacante. Una estala de humo negro salía por la cola de Zemic.

—¡Umbra Diez, Umbra Diez, soy Líder Umbra! ¡Estas muy dañado, retírate del combate!

—¡Aun puedo continuar...!

—¡No me importa! Rompe y regrese a la base. ¡Ahora!

—¡Comprendo!

Allí estaba el murciélago blanco, Blansher estaba persiguiéndolo, igual que Larice.

Lo quieren muerto a cualquier precio, pensó Jagdea.

El incendio del Onero-pattern se había extendido finalmente. Hasta que el ala afectada por el incendio se desprendió, haciendo que el aparato cayese al valle como un meteorito. Otra brillante explosión. Otra extensa sección de tierras de cultivo calcinada. Jagdea vio a los árboles frutales convertirse en astillas, y como los silos cercanos eran demolidos por la explosión, y enviando los segmentos de Plastiaceros de las balsas hidropónicas a centenares de metros distancia.

Un Hell Razor negro puso en el punto de mira, en el aparato de Ranfre, disparándole salvajes andanadas. Ranfre activó los frenos de aire, su cuerpo fue detenido por el arnés, sintiendo como la fuerza de la gravedad oprimía sus pulmones. Y perdió el control del aparato.

Tras un torbellino de maniobras y virajes Ranfre consiguió recuperar el control. Jagdea se dio la vuelta para proteger a Ranfre, consiguió colocarse en la cola del murciélago que acosaba a Ranfre.

—¡Bang! —gritó Jagdea.

El murciélago desapareció en una explosión de llamas y pedazos metálicos, al recibir el impacto de una ráfaga del cañón automático de Jagdea.

Blansher parpadeó con asombro. Había tenido al Hell Razor perla-blanco, perfectamente en la mira del arma.

Y luego había desaparecido justo cuando iba a apretar el gatillo.

Se ladeó, esperando un truco. Pero no había ni rastro de él.

—¡Umbra Cuatro, Umbra Cuatro...! ¿Vieron lo que ha pasado?

—¡Negativo, Umbra Dos! —respondió Larice—. ¡Pero tienes al blanco perla debajo de ti!

Blansher entonces inicio un descenso seguido por Larice. Intentando ametrallar al despiadado Hell Razor blanco perla. Estaba atrapado pero maniobraba esquivando todas las ráfagas, parecía que se anticipaban a los movimientos de los dos pilotos de Umbra.

Esto no estaba bien. Era una locura. Blansher y Larice dos los mejores pilotos de Jagdea, ambos ases. Cómo podía un hostil sobrevivir a los dos a la vez.

Larice viró abruptamente y colocándolo al murciélago en el centro de su mira de armas. ¡Para ver como desaparecía de pronto! El muy cabrón estaba jugando con ellos.

El Hell Razor se los quito de encima con un viraje a su izquierda, Consiguiendo colocarse en la cola de Blansher. Y tras una certera andana perforó el ala del Thunderbolt de Blansher. Larice se había anticipado al movimiento y anotó algún impacto de proyectil que dejó una quemadura oscura en el ala derecha del murciélago. Luego el murciélago viro y disparó de nuevo. Dañando gravemente al Thunderbolt de Blansher, dejándolo fuera de combate, pero aun se mantenía en el aire.

El Hell Razor parecía considerar ir tras él, pero se apartó. Y con los frenos de aire consiguió que Larice, lo sobrepasara. Momento que aprovecho el Hell Razor para colocarse en la cola de Larice.

—¡Mierda! —gritó Larice.

Y para su sorpresa una ráfaga de proyectiles impacto en el fuselaje del Hell Razor. Haciendo que perdiera la oportunidad de derribar a Larice.

Larice giró su cabeza alrededor, en busca de donde había salido la ráfaga que había impactado en el Hell Razor.

Vio aparecer del sur cuatro Thunderbolts con el fuselaje de color crema, con los morros iluminados por sus armas.

Una maniobra que pilló por sorpresa a los murciélagos restantes, con ráfagas que se extendían por todas partes frenéticamente.

—¡Muchas gracias! —dijo Larice.

Los cuatro apóstoles entraron en el combate, como matones en una pelea de taberna. Seekan derribo enseguida su primer murciélago, su compañero de ala Suhr no tardó demasiado. Fue el legendario Quint, as de ases, que había salvado la piel de Larice.

Los hostiles comenzaron a retirarse del campo de batalla.

Entonces Larice vio al Hell Razor blanco perla colocándose en la cola de Marquall. Marquall no se había dado cuenta del peligro ya que estaba concentrado persiguiendo a un Hell Razors que estaban huyendo, disparándole ráfagas salvajemente.

—¡Umbral Ocho! ¡Rompe! ¡Rompe! —gritó Larice.

Comenzó a acelerar para ayudar a Marquall. El aparato de Jagdea también iba a por el Hell Razor blanco perla.

El murciélago estaba a las seis de Marquall.

Marquall gritaba de frustración por no poder quitarse de encima al murciélago.

Y en su desesperación, Vander Marquall hizo lo único que podía pensar. Disparó el cohete que se usaba en los despegues desde catapulta. Nunca nadie lo había usado en vuelo libre. En los manuales era algo que estaba prohibido. Ya que la aceleración hacía que se perdiera automáticamente el control del aparato.

Lo activó de todos modos.

El cielo y la tierra se convirtieron en una mancha borrosa. El color gris de alguna manera, ocupó sucesivamente su visión.

El Hell Razor blanco perla se encontró perplejo, ya que su objetivo había escapado.

—¡Tuyo, Harlsson! —se oyó a través del comunicador la voz Seekan controlada y calmada.

—¡Voy a por él! —respondió Harlsson.

Mayor Harlsson Velmed. Noventa y siete muertes. Jagdea le tenía un humilde aprecio por su consumada habilidad.

Pero de alguna manera sorprendente, el murciélago no solo logró quitarse de encima a Harlsson, sino que acabó detrás de la cola de Harlsson.

Oyó la voz de Harlsson. Solamente con un atisbo de confusión en un tono tranquilo.

—¡Estoy jodido! —dijo Harlsson.

Las armas del murciélago acribillaron la cola del Thunderbolt. Harlsson trató de controlar su máquina. Pero había perdido el control. De pronto, un enorme fuselaje plateado ocupó todo su rango de visión.

Y el destrozado Thunderbolt impacto de lleno en un lateral del Onero-pattern a 500 kilómetros por hora. El fuego de la explosión iluminó el valle.

—¡Apóstol derribado! —gritó un controlador de vuelo en el lado alejado de la cámara. Hubo un ligero jadeo por parte del personal a su alrededor.

Darrow miró Eads. Eads suspiró.

—¡El enemigo se retira! —Banzie asintió. Hubo algunos aplausos esporádicos.

Eads miró a su alrededor buscando a Darrow. Un murciélago blanco Perla.

—¿Te suena?

—¡Sí señor! —asintió Darrow.

—¡Es el mejor piloto con el que nos enfrentamos! ¡Un verdadero diablo!
¡Redacte todo lo que recuerde de su encuentro y haga un informe para distribuir! Las alas tienen que ser conscientes del Hell Razor blanco perla. Todo lo que recuerde, por favor, Darrow, es muy importante.

—¡Sí, señor!



DÍA 256

La dirección que le habían dado era la casa de un mercader en el Gehnstal. Parecía un barrio prospero por las viejas mansiones. Pero muchas estaban tapiadas, gracias a la guerra, pero los bloques adyacentes de viviendas baratos demostraba que la fortuna de la zona había estado en declive desde hacia tiempo.

Jagdea llegó con un coche de servicio que le había prestado en el Munitorum, apagó el motor y salió. Encontró la casa, que estaba buscando rápidamente, era una de las pocas que se observaba algo de actividad.

Nerviosa se ajusto el uniforme, y se apresuró a subir los escalones de la entrar.

Encontró una campana de hierro pulido y tiró de ella.

No tuvo que esperar demasiado, la puerta se abrió. El interior pasillo estaba iluminado tenuemente. Se encontró con un servidor doméstico de alta gama, sus grabados en plata que recorrieran el chasis de servidor la intrigaron.

—¡Oh! —dijo, sorprendida—. Yo estaba buscando... ¿es esto Gehnstal 133?

—¡Sí, comandante! —contestó el servidor, con la digitalizada voz suave y modales de un hombre anciano a través de sus altavoces. El servidor había reconocido su rango.

—Estoy buscando el alojamiento utilizado por los Apóstoles. El 101.

—Por favor, entre —dijo el servidor.

Definitivamente se oía cantar en el fondo. Una grabación de Talfer Frans Gaudete Terra, con voces masculinas en auge a lo largo.

—Sígame —dijo el sirviente—. ¿Puedo preguntarle su nombre, comandante?

—Jagdea —contestó.

Las manos de plata exquisitas del servidor, abrieron un doble juego de paneles, dejando pasar una luz brillante y toda la fuerza de la música.

—¡Comandante Jagdea! —anunció el servidor.

El canto se detuvo, pero la música aun sonaba, ligeramente efervescente a través del altavoz del reproductor de grabaciones que estaba en una mesa auxiliar. Seekan se levantó de un sillón para saludarla.

—Buenas noches, comandante.

Alrededor de la sala estaban los otros seis apóstoles. Todos ellos, incluido Seekan, llevaban al completo los uniformes de gala, cargados de medallas. Tenían copas en sus manos, que no parecían estar llenas de agua. Las caras estaban rojas, y con evidentes signos de embriaguez.

Seekan parecía tan fresco como la noche helada.

—Lo siento —dijo Jagdea.

—No, en absoluto —dijo Seekan—. Una bebida para la comandante.

El servidor inmediatamente se dirigió a la mesilla donde estaban las botellas.

—¿Es el oficial del Phantine? —preguntó uno de los Apóstoles. Era un hombre

corpulento, con los ojos rojos y con demasiadas copas de amasecs de más.

—¡Si! Es el oficial del Phantine, Ludo. Comandante Jagdea, le presento al mayor Ramia Ludo.

Ludo asintió con la cabeza a modo de saludo.

—Mayor Krone Ziner, mayor Suhr Jeric.

Suhr tenía un rostro anguloso, y delgado. Suhr asintió secamente. Krone era de noble constitución, un Glavian tal vez, por el aspecto de su piel reluciente negra. Su rostro estaba marcado con una cicatriz en la mejilla izquierda. También asintió con la cabeza, y luego se ocupó de cambiar el disco grabador.

—Capitán Gettering Guis. —Gettering era mofletudo, de pelo corto. Estaba de pie junto a la chimenea, con una copa de cristal en la mano.

—Comandante —gruñó Gettering.

—Y por último, el mayor Dario Quint.

Quint. As de ases. Estaba reclinado en una silla maltratada en el rincón más alejado, parecía más un observador que un participante. Era un hombre sorprendentemente pequeño, bien proporcionado y compacto, su ovalada cara de niño, aunque su pelo era de color gris. Tenía las manos cruzadas sobre la chaqueta del uniforme. Se la quedó mirando directamente y Jagdea le sostuvo la mirada, aunque no dijo nada.

El servidor le entregó Jagdea una copa de joiliq, y la cogió a pesar de que no le apetecía.

—Yo... —empezó a decir, y se aclaró la garganta—. Pensé que era apropiado venir aquí en persona y expresar el agradecimiento de mi ala por su asistencia. Especialmente teniendo en cuenta el coste en su unidad.

—Se perdió un aparato precioso, ¿verdad? —preguntó Ramia.

—Sí, pero la pérdida de un Apóstol...

—¡Harlsson era una mierda odiosa! —resopló Ramia.

—Yo... ¿Qué? —respondió Jagdea sobresaltada.

—Una persona detestable —estuvo de acuerdo Suhr.

—Harlsson era todo suerte sin estilo. Ni un gramo de habilidad en todo su cuerpo. ¡Es un milagro que haya durado tanto como lo hizo!

Jagdea frunció el ceño. Se llevó la copa hacia abajo, sin tocarla, y le dijo:

—Quería expresar mi aprecio y mi simpatía. Pero creo que lo mejor es que me vaya.

—Creo que murió para salvar el cuello de aquel muchacho recién llegado, ¿no? —preguntó Gettering de repente. Jagdea se detuvo y se volvió.

—¿Qué?

—Harlsson. Murió para evitar que un Hell Razor derribara un recién salido de la academia. ¿No es así? El novato que pensó que nombrar a su aparato Doble Águila

una idea brillante.

—Ese asunto estaba solucionado. De hecho, creo que Marquall sigue a la espera de su carta de disculpa. Y no, no tiene razón. Marquall ya se había sacudido del Hell Razor.

—¿Y como se lo sacudió? —dijo Gettering.

—¡Usó su cohete de despegue! —dijo Suhr.

Gettering se rió. Ramia se echó a reír también.

—¿Así que el muchacho murió al fin al cabo?

—¡No! —dijo Jagdea—. ¡Marquall recuperó el control de su aparato!

Por la expresión en el rostro de Gettering parecía que estaba a punto de llamarla mentirosa. En su lugar, negó con la cabeza y miró hacia otro lado. La grabadora empezó sonando de nuevo. Krone se había puesto *Beatus Nuncius la Salve*, fuerte y estridente. Jagdea salió de la habitación.

—¡Comandante! —Seekan se encontró con ella en el pasillo. Detrás de él, el canto se había reanudado.

—Vas a tener que perdonar a mis hombres, comandante Jagdea. Están afrontando la pérdida de su manera.

—¿Emborrachándose y difamando al difunto?

—Más o menos —dijo Seekan—. La confianza no figura en gran parte en las almas de los hombres, Jagdea. Están rodeados de muerte, y quieren inmunizarse de su contacto.

—Está claro de que no son inmortales —le espetó ella.

—¡No!, eso no es lo que he querido decir. Su unidad, ahora, me imagino que están tristes, bajos de moral, de luto por la pérdida de un compañero.

Jagdea asintió. Ese era exactamente el estado de ánimo de su unidad cuando se fue. Algunos levantaron un cristal a la sombra Clovin, pero hubo un duelo general, que entumecía.

—Lo recuerdo de mis primeros años como piloto —dijo Seekan—. Pero nosotros, los Apóstoles, no podemos permitirnos estar tristes, ni bajos de moral, ni estar de luto por la pérdida de un compañero. Cuando muere un Apóstol, nos ponemos el uniforme blanco y nuestras ridículas medallas, y nos emborrachamos y cantamos. Lo hacemos para demostrarle a la muerte o al destino, o cualquier otra cosa que se esconde en la oscuridad, que no nos importa morir.

Jagdea no tenía ninguna respuesta. Su voz se redujo ligeramente.

—¿Estamos acaso locos, Jagdea? ¿Sabes por qué somos los Apóstoles? No porque seamos pilotos especialmente finos. No, en absoluto. Somos apóstoles porque hemos tenido suerte antinatural. Tendríamos que haber muerto hace mucho tiempo, y nuestras almas aun no han sido reclamadas. Así que lo que hacemos es pilotar, y matar. Y, finalmente, nuestras almas son reclamadas, hoy era el turno de Harlsson.

—¡Es es una visión muy sombría! —dijo Jagdea—. ¿Era realmente Harlsson una persona indeseable?

—¿Quién sabe? Probablemente no. Era un piloto razonable. Pero ninguno de nosotros somos amigos. No tiene sentido. En el momento de llegar a ser un Apóstol, los amigos son una vulnerabilidad.

—¡Me dais lástima! —dijo Jagdea.

Seekan se encogió de hombros.

—No necesitamos piedad, tampoco. —Hizo una pausa—. ¿Sabes lo que tengo que hacer mañana por la mañana?

—No.

—Mi conductor me llevara por la costa hasta Madenta MAB. Hay un piloto destinado allí con la 567.^a. Su nombre es Saul Cirksen. Setenta y dos muertes, con una hoja de servicio extraordinaria. ¡Voy a invitarlo para ocupar el lugar Harlsson!

—¿Va a aceptar? —preguntó.

—Si te invito a convertirse en una apóstol, Jagdea, ¿podrías rechazar la oferta?

Abrió la puerta de entrada. El aire nocturno era frío y olía a lluvia. Desde el salón detrás de ellos, el canto estridente aumentó a un coro vigoroso.

—Gracias por su pésame, comandante —dijo Seekan—. Es más apreciado, de lo que ha parecido.

Jagdea hizo un saludo rápido.

—¡Buen vuelo! —dijo.

Al principio pensó que se trataba de una tormenta de verano, hasta que vio brillar en la lejanía los rayos.

Le tomó un momento para darse cuenta de que no eran rayos.

Freno su transporte pesado y salió de la cabina. Corrió hacia el borde de la carretera. Los otros siete camiones del convoy se quejaron y le gritaron para que continuase la marcha.

El convoy era una entrega de municiones para Fetona MAB, un par de conductores hicieron sonar sus bocinas. Finalmente, desmontaron también.

Encontraron Kaminsky, al otro lado de la carretera, cerca del borde de la carretera, que terminaba en una pendiente de daba a un arroyo seco. Esta zona de la Península era estéril solo pastos. Incluso en el frío de la penumbra del amanecer, no había arboles que pudieran estropear la vista hacia el valle de Lida.

Kaminsky estaba usando sus prismáticos.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Velligan.

—Kaminsky, ¿cuál es el problema? —dijo Anderchek detrás de él.

—¿Ves eso? —preguntó Kaminsky—. ¿Ese brillo? Patrones de Fuego. Las ciudades del valle de Lida están siendo bombardeadas.

Algo grande estaba pasando. Darrow había dormido mal, consciente de una gran actividad de despegues durante la madrugada. Había estado trabajando hasta tarde en el informe, que Eads le había pedido que escribiera, y faltaba una hora y media para empezar su siguiente turno en operaciones. Se fue a buscar a Heckel, para que incluir sus comentarios sobre la maraña que había tenido con el murciélago blanco perla.

La mayoría de los aparatos de la base habían salido. Darrow habló con un mecánico de la coalición que conocía, y el hombre le dijo que los bombardeos habían empezado, al norte de las montañas. Las ciudades del valle de Lida habían sido bombardeadas, centros agrícolas, molinos.

Alguien dijo que los atacantes habían llegado incluso hasta Ezrville.

Todo el mundo parecía tenso y preocupado. Todos estaban pensando en lo mismo. Hoy era el comienzo del fin.

Incluso las unidades de la reserva de la coalición como Vuelo Quarry estaba en espera de órdenes. Morose, en ruta en estos momentos. Armour, preparándose en las áreas de reunión, a la espera de órdenes. Los Wolfcubs fueron instalados en sus lanzaderas. Los Cyclons los estaban sacaban de los hangares, Por todas parte se veían camiones cisterna y trenes de municiones en movimiento.

Nadie sabía dónde estaba Heckel, y no estaban de humor para entretenerse hablando por mucho tiempo. De acuerdo con puesto, Heckel debería estar entre los pilotos de reserva.

Darrow tenía un número de habitación, y se dirigió hacia los barracones a prueba de explosiones en el extremo oeste del perímetro de la base. A la luz de las lámparas daban un aspecto lúgubre al pasillo, encontró la puerta de la habitación y golpeó con los nudillos la puerta.

—¿Mayor? ¿Mayor Heckel? ¿Está usted ahí, señor? —Llamó de nuevo—. ¿Mayor Heckel? Soy Darrow. ¿Tienes un minuto, señor?

Estaba a punto de darse la vuelta, pero una terrible sensación le hizo empujar la puerta. Estaba abierta.

En la estrecha habitación, la cama estaba sin hacer. Había un desorden de papeles y posesiones en el pequeño escritorio. Una silla de campamento yacía de costado en el medio de la habitación.

El Mayor Heckel se había ahorcado con una correa del soporte del techo.

—¡Oh Dios-Emperador! —exclamó Darrow. Corrió hacia adelante, agarrando las piernas, luchando por levantarlo hacia abajo y aliviar la constricción.

—¡Ayúdenme! ¡Que alguien me ayude! —gritó. No podía desenganchar el cuerpo. Heckel pesaba demasiado. Darrow gritó de frustración. Tuvo que soltarlo y cogió un Cuchillo que había encima de la cama, y luego enderezó la silla y se subió para cortar la correa. Era material de aviación, resistente, diseñada para no romperse.

Darrow gritó de nuevo, cuando se cortó en los dedos mientras intentada cortar la correa.

—¡No se muera! ¡No te mueras! —Le gritó. ¿Cómo has podido hacer esto, Heckel?

Darrow era vagamente consciente de dos pilotos que llegaron, atraídos por sus gritos. Oyó sus horrorizados gritos. Y agarraron por las piernas a Heckel, e intentaron descolgarlo.

—¡Córtala! ¡Córtala! —gritó uno.

—No puedo... yo ...

La correa se rompió y Heckel cayó pesadamente en los brazos de los dos hombres, golpeando a Darrow, que perdió el equilibrio y cayó sobre la cama.

Sacaron el lazo de su cuello y comenzó la reanimación de emergencia. Darrow se levantó, y dejó caer el cuchillo. Sabía que estaba perdiendo el tiempo. La lividez alrededor del cuello, la palidez de las mejillas, el azul de los labios cianóticos.

—¡Eres un pobre bastardo! —suspiró Darrow. ¡Un pobre bastardo, y estúpido!

En sus esfuerzos para realizar compresiones torácicas, uno de los hombres desplazado un sobre de unos de los bolsillos de la chaqueta de vuelo de Heckel. Darrow la recogió. El sobre estaba en blanco, como si Heckel no hubiese podido pensar en alguien a quien dirigirlo. Dentro había una sola hoja de papel escrita a mano, con una sola una frase.

Que el Dios-Emperador me perdone, no puedo hacer esto más.



DÍA 257

El servicio había terminado. Había habido congregado mas creyentes de lo normal esta mañana, tres veces más calculaba al sermón del amanecer. Beqa había tenido que esperar en la cola para encender sus velas. Todo el mundo estaba asustado. Casi se podía oler el miedo en las calles. Todo el mundo tenía miedo desde hace meses, pero por supuesto, se habían acostumbrado a él, y siguieron con sus vidas a pesar del miedo. Pero en las últimas dos noches, el miedo se había intensificado.

Desde el oeste de la ciudad, era posible ver los incendios en Ezrville. Miles murieron en el valle del Lida por los bombardeos e incursiones, que aun no habían terminado. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que las bombas empezaran a caer sobre Theda? ¿Cuánto tiempo antes de la costa entera estuviera en llamas? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo resistiera Enothis?

La única buena noticia que había oído hoy, Que se había confirmado oficialmente que las primeras columnas de tierra en retirada habían despejado las montañas y regresaban a la costa. Habría soldados para defender la ciudad. Encendió sus tres velas. Una para Gart, otra para Eido. Y otra para quien lo necesitara.

No. Viltry la necesitaba.

—No solamente se están retirando de la derrota de colmena Trinity, sino que la marcha por el desierto, por no hablar de las montañas, me parece que no quedaran muchos soldados en condiciones para luchar después de esto.

—¿Que quieres decir, Judd? —dijo Viltry a su navegante con el comunicador interno. El ala de Vuelo de Halo acaba de pasar a través de unas plataformas de las tierras altas del desierto, por encima de un convoy Imperial de diez kilómetros de largo, vehículos blindados y armas transportadas se movían lentamente a través del desierto.

—Quiero decir —continuó Judd sucesivamente—. Que estamos destinados a retrasar al archienemigo, hasta que las fuerzas de tierra puedan llegar a la costa y reagruparse. ¿Pero para que se van a reagrupar? No me hagas reír. ¡Van a reagruparse para nada!

—Tal vez —dijo Viltry a la ligera—. Pero vamos a continuar con nuestro trabajo y tenemos que conservar las esperanzas, o al menos a conservar las apariencias.

Greta estaba en ruta con seis *Marauders*. Viajaban a muy poca altitud, tratando de engañar a los *auspex* enemigos utilizando las columnas en retirada para camuflar sus señales.

Mientras tanto, *Lightnings* de reconocimiento volaban en algún lugar por encima de su techo operacional máximo, para que fueran más difíciles de alcanzar, explorando el terreno para encontrarles objetivos. En cualquier momento, Halo podía recibir órdenes con posibles objetivos.

El desierto formado un paisaje extraño, casi gris debajo de ellos. Las sombras que proyectaban los aparatos parpadeaban y bailaban sobre las dunas.

Viltry se sentía muy seguro. Se preguntó a sí mismo si *Beqa Mayer* podría tener algo que ver con su seguridad mejorada.

—¡Contacto! —dijo de pronto *Lacombe*. Viltry se tensó ligeramente.

—¡Ocho señales en siete mil, marcación cero-siete-cinco!

Viltry calculó la posición. Aparatos enemigos, sin duda, en dirección sur-oeste, a doce o más kilómetros de distancia. No era una patrulla de reconocimiento. Su número y su ruta, indicaban que tenían un objetivo.

—*Lacombe* informa de los contactos a operaciones a ver si pueden enviar aparatos para interceptarlos.

A pesar del ruido de los motores, Viltry podía oír su navegador informar a operaciones sobre los contactos hostiles.

Hizo sus cálculos según la ruta de los últimos quince minutos, parecía que se dirigía hacia el desierto.

—Tienen que dirigirse a su base —dijo Viltry—. Y tienen prisa porque van justos de combustible. Vuelo de Halo, vuelo Halo. Mantengan el nivel, pero cambiamos de

rumbo, marcación cero-siete-cinco.

Los seis aparatos iniciaron la nueva formación, a una altitud muy baja. *Greta* en primer lugar, a continuación, *La Tormenta del Infierno*, *Abro Ventanas*, *Trono de Terra*, *Considérate Muerto* y *Aventurera*. Viltry ordenó a todos los aparatos que los artilleros estuvieran preparados, y mantener el escaneo del auspex.

Tenían que seguir a los murciélagos sin que los detectaran.

Ya que iban a llevarlos directamente a la base.

—¡Atacad! —ordenó Jagdea e inicio un descenso, con Ranfre, Waldon, Del Ruth, pisándole los talloes. A cuatro mil metros por debajo de ellos, en parte ocultos por unas tenues nubes, el aire estaba lleno de aviones, entrando y picando como bancos de peces en arrecifes en un mar tropical.

Otros nueve mil metros por debajo de la gran batalla aérea se podía ver la oscura ciudad de Ezrville, un collage de negros y grises junto a la extensión de la boca del estuario.

Detrás de Jagdea, Larice Asche que lideraba al resto de Umbra: Cordiale, Van Tull y Marquall. Sólo dos tercios de la unidad estaban en condiciones de volar. Clovin había sido derribado, Espere en la enfermería, lo más probable que no volviera a volar, y Blansher y Zemic se quedaron en tierra ya que sus aparatos estaban en reparaciones.

La fuerza de la gravedad por el descenso los mantenía pegados a sus asientos, la visión de Jagdea era irregular, pero trató de mantenerse invariable, tratando de dar sentido a la lucha que los esperaba.

Sus órdenes eran interceptar a una enorme oleada de bombarderos enemigos que estaba bombardeando la ciudad. Casi doscientos aparatos, con cobertura aérea principalmente Tallons Hell y Tormentors y algunas alas de Locust. El mal tiempo había retrasó la señal del auspex, por lo que los asaltantes ya estaban demasiado cerca de Ezrville para intercétalos a tiempo. A estas alturas, estaban derramando su carga en la ciudad.

Otras alas también tenían órdenes de interceptarlos. Las alas de Thunderbolts 2665 y 44, 138, Lightning y un escuadrón de los últimos modelos de Cyclons de la coalición, con Umbra, sumaban aproximadamente cerca de setenta aparatos imperiales destacados para la misión. Más otras alas en camino. La mayoría de alas disponibles estaban él en aire, ya que había otra gran fuerza enemiga de bombardero sobre el valle del Lida, dividiendo a las fuerzas imperiales.

Los bombarderos enemigos Tormentors pintados de colores brillantes y amenazantes, se alineaban en grandes formaciones con forma de V, como las aves acuáticas migratorias, las fuerzas Imperiales se arremolinaban en torno a estas formaciones, tratando de evitar a las dispersas alas de cazas, mientras se defendían de los feroces Locust, que volaban libremente sin ningún tipo de formación.

Tan pronto como arrojaban sus bombas, los grandes Tormentors iniciaban las maniobras para retirarse y dirigirse a su base, pero los Hell Tallons, los poderosos cazabombarderos, se habían quedado sobrevolando la ciudad. Atacando a todos los objetivos de interés que encontraban con sus cañones automáticos y cañones láser. Pero cuando llegaron las fuerzas imperiales se reagruparon y iniciaron el ascenso para escoltar a los Tormentors.

El aire estaba lleno de aparatos que pululan y ráfagas de trazadoras y estelas de humo. Secciones de la ciudad de abajo estaban en llamas.

Jagdea sintió la fuerza del odio en su corazón. Su descenso la llevaba derecho sobre un Hell Tallon. Mantuvo recto el morro, y en cuanto lo tuvo en su mira, justo en el centro, apretó el gatillo con su dedo pulgar.

El Hell Tallon explotó en el aire con una fuerza enorme. Jagdea continuó con su descenso, ya que sabía que por debajo había una formación de bombarderos y no tardo en localizar al primer Tormentor y hizo lo mismo que al Hell Razor. Su ráfaga con el cañón láser impacto en el aparato, y el Tormentor se estremeció. Parecía como si un cuchillo cortara el vientre de un pez para quitarles las entrañas, derramando jirones de escombros, piezas de maquinaria y lubricantes y combustible, desprendiendo estelas de humo blanco, comenzó a inclinarse. Estaba muerto, pero quiso asegurarse, y cambio a los cañones automáticos acoplados y acribilló de punta a punta al Tormentor dejándolo quemado y vaporizado. Escombros en llamas llovieron sobre la ignorante ciudad, pero es mejor para la ciudad que hacerlo estallar en el aire que cayera sin control en un bloque compacto con su carga de bombas en su bodega.

Ranfre y Waldon ambos con Tormentors destruidos gracias a la sorpresa del descenso de Umbra. En menos de treinta segundos, Waldon se había alineado con otro Tormentor que estaba en el proceso de descarga de las bombas. Con el cañón láser destrozó la sección de cabina con sus cuatro ocupantes. A medida que el aparato carmesí entraba en barrena en la distancia. Waldon grito. Que era se quinto derribo y si se lo confirmaban, seria un as.

Del Ruth, era el último de los cuatro, sobrepaso a su objetivo elegido, que lo vio descender sobre él en el último momento, y tuvo tiempo para realizar una maniobra evasiva. Cuanto se estabilizó, inmediatamente se colocó en la cola de un Locust, que estaba persiguiendo uno de los aviones de la coalición. Llego tarde para salvar al aparato aliado. Le dolió mucho, y cuando empezó a disparar, destrozó en pedazos al murciélago.

El descenso de los Cuatro Thunderbolt liderados por Larice se produjo unos segundos más tarde, en todo caso, a una velocidad aún mayor. Larice derribo a un sorprendido Hell Tallon sin demasiadas complicaciones. Van Tull atacó a un Tormentor dañado terminando el trabajo con su cañón automático.

Cordiale, después de dañar ligeramente a un Hell Tallon, descubrió que otro Hell Tallon se dirigía directamente hacia ella con peligro de colisión. Pudo evitar el choque con un salvaje viraje. Pero no pudo evitar que la punta del ala de se Thunderbolt rozase al Hell Tallon. El Thunderbolt resistió bien el impacto pero el Hell Tallon perdió la estabilidad y comenzó a dar vueltas, sin control para ser destruido poco después por un aparato de la coalición.

Cordiale dio media vuelta y comenzó a perseguir a un Tormentor que ya se había despojado de su carga, y que estaba girando para regresar a la base. Pero seguía siendo un objetivo viable, si lo derribaba ahora no podría volver con mas bombas.

Marquall, en su descenso, estaba seguro de que haría un derribo. Disparo dos ráfagas a un Hell Tallon, pero el murciélago continuó intacto cuando las dos ráfagas pasaron de largo.

Aumento la velocidad para perseguirlo. En unos segundos, se dio cuenta de que había pasado entre dos Tormentors, ambos derramando bombas contra la ciudad. Maldijo su suerte. Su prisa por perseguir al Hell Tallon le había hecho perder la oportunidad de dos blancos fáciles.

Marquall estaba a punto de explotar de rabia. Estaba furioso con el deseo de hacer un derribo para abrir su cuenta. Ya es bastante malo que fuera el más joven, y más inexperto, bastante malo que Espere hubiese acabado mutilada para salvarle la vida. Marquall no tenía ningún derribo en su cuenta. Ahora su confianza había regresado después de la desastrosa salida virgen, estaba decidido a demostrar su valía en combate a cualquier precio.

El cielo estaba repleto de aparatos enemigos. Seguramente podría derribar a uno como mínimo.

—¡Umbra Ocho! ¡Umbra Ocho! ¡Rompa ahora!

Era la voz de Van Tull. Marquall no se lo pensó. Pisó el acelerador y empujo el control hacia abajo iniciando un descenso. Una ráfaga de trazadoras paso por su lado. Tenia un Hell Tallon en su cola.

—¡Gracias, Tres! —dijo por el comunicador, mientras enderezaba el aparato y subía de nuevo.

—¿Estás bien, ocho? —preguntó Van Tull.

—¡Estoy bien! —respondió Marquall. No necesitaba ninguna niñera. Eso lo irritó de nuevo, pero la advertencia de Van Tull, le había salvado la vida.

Se dio la vuelta. Casi de inmediato, vio a un Cyclon, corriendo por su vida perseguido por un Hell Tallon.

El aparato de la coalición dejaba una estela de humo. Marquall se preguntó por qué operaciones mandaba a los Cyclons y Wolfcubs al combate. Era un suicidio, aparatos voladores como esos contra aparatos enemigos que los superaban tecnológicamente.

Piso el acelerador, y observo un estallido de un Tormentor a sus espaldas con satisfacción, y se alieno con la cola del Hell Tallon.

Era su hora...

El motor de babor estaba muerto, y así era como Artone Frans Scalter luchaba con el peso muerto de su Cyclon dañado llamando a su copiloto con el que llevaba muchos

años pilotando juntos.

Un proyectil había perforado la mampara blindada de la cabina, partiendo a su compañero por la mitad. El viento entraba a través de la mampara rota. Había sangre por todas partes, y los instrumentos estaban cubiertos con trozos pegajosos de tejido humano.

—¡Te voy a llegar a casa! ¡Te voy a llegar a casa! —se lamentaba Scalter, negando la evidencia de su alrededor, y imaginando un futuro milagroso donde aterrizaba con el Cyclon dañado, y Artone era trasladado a la enfermería donde se recuperaba.

Scalter sabía que tenía que seguir luchando. El Hell Tallon estaba justo en su cola en estos momentos.

—¡Buscador uno! ¡Buscador uno! ¡Alguien! ¡Por favor!

Como un gato jugando con un rato, el Hell Tallon no iba a dejar que el Cyclon escapara. Corregía su trayectoria en todos los intentos frenéticos del Cyclon y por despegarse del murciélago.

Había olido la sangre. Quería matar. Era ambicioso. Estaba disfrutando el momento.

Su primer y último error.

Marquall se colocó en su cola, calculó el ángulo de desviación sin prisas.

Y cuando estuvo seguro apretó el gatillo de sus cañones automáticos, sintiendo como el fuerte retroceso recorría todo el fuselaje, podía notar la expulsión de los proyectiles en sus nalgas y el zumbido de los cargadores automáticos que alimentaban los tambores de munición.

De alguna manera, Marquall esperaba que el aparato enemigo explotara o se incendiase, o hiciera algo igual de espectacular.

Simplemente se estremeció. Como papel de aluminio, y una bocanada de humo marrón salió de sus motores.

Entonces el morro se inclinó e inició el descenso, como un juguete que había sido arrojado a un lado por un niño caprichoso.

Se estaba alejando de Marquall, y se hacía cada vez más pequeño.

¡Por el Trono!, lo había conseguido. Había conseguido su primer derribo.

—¡Buscador Uno! ¡Buscador Uno! —despertando de su breve celebración—. Soy Umbra Ocho. Está despejado. ¡Lleve el aparato a su base!

—¡Umbra Ocho, soy Buscador Uno! ¡Recibido!

¿Ni siquiera las gracias? A Marquall no le importaba. Le ardía un fuego en su pecho, un carbón del entusiasmo y la satisfacción. Ya no era el niño que necesita cuidado de una niñera.

Algo lo tiró hacia el asiento como si hubiera recibido una patada en la cara, todas las alarmas sonaban. Estaba aterrorizado, desconcertado, Marquall comprobó que el

mando, estaba flojo y muerto. Vio el incendio por su banda de babor, las secciones de chapa metálica se desprendían como escamas de pescado.

El Fuego se estaba extendiendo por la cabina.

—¡No! —gritó. ¡Oh no, no, no!

Buscó a tientas por su arnés, tratando de alcanzar la palanca de expulsión. No paraba de oír voces por su altavoz.

La enorme gravedad negativa le impedía levantar la mano, y mucho menos llegar al mando.

Frente a él, como una imagen calidoscopio, la ciudad se estaba acercando.

Lo encontraron detrás de una enorme duna. El tamaño los había sorprendido.

Judd expreso un juramento especialmente exuberante.

El transporte de masas tenía casi un kilómetro de longitud, con una enorme cubierta metálica y perfecta para lanzaderas, en la que se reflejaba la luz del desierto. Grandes conjuntos de ruedas que provocaban nubes de polvo. Viltry había sido informado que el enemigo los llamaba nidos de águilas gigantes, como si fueran refugios caseros para los murciélagos asesinos. Era una hazaña de la tecnología mecánica, un monstruo, un gigante entre máquinas.

Nada podía destruir, algo tan grande. Nada podría.

Se contuvo. Tenía que intentarlo. Ese era el trabajo que el Dios-Emperador había decretado para ellos.

—¡Sin vacilaciones, Halo! —exclamó—. ¡Es nuestro deber! ¡En formación de bombardeo! Están preparando una nueva salida. ¡El Emperador protege!

Podía ver los Hell Tallon que habían estado siguiendo aterrizando en la cubierta superior del transporte. Se veían minúsculos en comparación con el transporte.

Los tripulantes del vehículo habían visto a los Marauders, que descendía sobre él. A la altitud mínima. Centenares de baterías antiaéreas estaban preparadas, las alarmas estaban sonando ya, y el aire se llenó con estallidos de fuego antiaéreo y de ráfagas de trazadoras. Una granizada de proyectiles.

—¡No se separen de la formación! —ordeno Viltry.

Una sirena chilló. Entre la ventisca de ráfagas de fuego antiaéreo, Viltry vislumbro las estelas de humo misiles saliendo de transporte.

Sin mediar palabra, golpeó el interruptor de contramedidas, y las nubes de brillantes bengalas envolvieron al *Greta*. Después el calor producido por bengalas también los envolvió. Las explosiones sacudieron la estructura del avión. El espacio entre los aparatos estaba lleno flores de humo blanco y negro.

Un cohete golpeó al *Aventurera* y lo derribo. Los restos rotos y secciones del fuselaje, se desparramaron sobre el suelo del desierto, rastrillando la arena, escupiendo llamas como fuegos artificiales.

Las torretas de los Marauders comenzaron a disparar concentrando el fuego en la plataforma superior del transporte, concentrándose en los camiones cisterna y trenes de municiones, vio a murciélagos tratando de despegar por las lanzaderas inferiores. Naxol los había visto. Un Locust salió de su catapulta de iones para estallar como una bengala.

Diez segundos. Cinco. Un impacto en el ala de babor sacudió todo el fuselaje. No le hizo caso. Dos segundos. Uno.

—¡Ahora! —gritó Viltry.

Halo descargo sobre el transporte gigante su carga de bombas. Todos y cada de

los bombarderos restantes hizo lo mismo.

Enormes explosiones iluminaron la cubierta, perforando el casco blindado, derribando las grandes grúas y compuertas. Viltry supuso que fue el *Fabricante de Viudas* el que descargó sobre la torre de mando que se elevaba sobre la cubierta superior. Una enorme bola de fuego envolvió la torre, haciendo que la torre se desmembrará en trozos irregulares.

Cuatro Marauders salieron del infierno. El *Trono de Terra*, durante su pasada había recibido impactos del fuego antiaéreo. En su parte trasera hubo una explosión y Viltry vio como se estrellaba en la arena.

Los cuatro aviones restantes se arquearon volvieron a colocar en formación, y comenzaron su segunda pasada. Monumentales estelas de humo se elevaban del transporte dañado.

Esta vez dispararían con los cohetes instalados en las torretas, pudieron realizar la segunda pasada sin problemas ya que los pocos antiaéreos que quedaban no estaban coordinados.

Los cohetes salpicaron la cubierta y se levantando enormes columnas de fuego en el cielo del desierto cuando los Marauders terminaron su segunda pasada.

Los Marauders aceleraron y comenzaron a alejarse, ganando altitud.

Algo primordial y catastrófico ocurrió en el transporte, posiblemente uno de los cohetes había penetrado en un depósito de combustible o municiones y el enorme vehículo sufrió un espasmo y luego explotó en una enorme bola de fuego.

La enorme explosión sacudió el fuselaje del *Greta* en el aire.

Cuando Viltry estabilizó el aparato, un enorme hongo de humo llenaba toda la visión por la parte de atrás.

La sala de Operaciones había una actividad frenética. Los controladores de vuelo estaban supervisando cuatro aéreas principales de combate, más nueve misiones de intercepción.

—¿Darrow?

Darrow estaba mirando la cúpula del techo, donde la luz del sol se derramaba a través de las aperturas de las vidrieras.

—¿Darrow? —la voz de Eads sonaba irritable.

Darrow volvió a la realidad.

—Señor, lo siento. Mi mente estaba a la deriva. ¡No hay excusas! ¿Qué estaba diciendo?

Eads volvió su rostro hacia el joven. Había alegría en su mirada ciega.

—¡Decía que quizás te gustaría anunciar esto! —dijo—. ¡Es la prueba de que no sólo las cosas malas ocurren en esta vida! Me han comunicado lo de Heckel, hijo. Siento que tuvieras que ser tú quien lo encontrara. Concéntrate en el trabajo. ¡Anuncia esto!

Darrow leyó el papel impreso, y luego sonrió. Levantó la vista y se aclaró la garganta.

Había oído los controladores de vuelo y jóvenes asistentes hacer anuncios orgullosos de este tipo. Ahora era su turno. Y los venció a todos.

—¡Atención, atención! El ala de Vuelo Halo confirma que ha destruido un transporte de masas en el desierto del norte. Está confirmado, un transporte de masas enemigo, ¡destruido!

La sonrisa de Darrow se ensancho cuanto toda la rotonda estalló en vítores y aplausos. La primera base móvil encontrada y destruida. Incluso Banzie estaba aplaudiendo y sonriendo.

Eads dijo algo. Darrow se inclinó hacia delante para escucharlo a través de la marea de aplausos.

—¿Puede repetirlo?

—Le he dicho —susurró Eads—, que podíamos hacerlo. ¡Podemos ganar en contra de las probabilidades!

Era una tarde gris y plana, y no había nadie. No era una sorpresa, ya que el humo del incendio Ezrville había llegado a Theda empujado por el viento.

La puerta de la cafetería se abrió. Beqa levantó la vista de la pizarra que estaba leyendo en el mostrador y vio a Viltry en la puerta. Treinta mesas vacías se interponían entre ellos. Un vals tracio sonaba en el fondo.

Viltry sonrió y se quitó la gorra.

—¡Hola. Pareces contento contigo mismo! —dijo mientras se levantaba.

Caminó entre las mesas vacías para llegar a ella y deslizó una mochila de su hombro.

—Una gran victoria, hoy. Una muy grande. Mis hombres se han reunido para celebrarlo, con locura. Van a dejar seca de alcohol Theda. Y... ¡ay de las damas de virtud fácil...!

—¿Has estado bebiendo? —preguntó Beqa.

—¡Un... un poco, tal vez. En la sala de reuniones! ¡Perdóname!

—¿Por qué estás aquí, Viltry? Me parece que tendrías que estar celebrándolo con tus compañeros.

Viltry abrió su mochila. Sacó dos recipientes con muslos de Vere, una bolsa de tubérculos dulces, manojos de verduras frescas, galletas de postre y una botella de sjira rojo.

Los ojos de Beqa se abrieron como platos. Su boca se hizo agua. Nunca había visto nada igual, ni siquiera antes de racionamiento.

—¡Me dieron esto! Una especie de homenaje. Ornoff envió una cesta para recompensar a la unidad. Los hombres acabaron con la mayor parte de la bebida, obviamente. Pero yo me quedé con el resto. Pensé que podrías hacerme algo. Quiero decir, a la comida se refiero. Como cocinera. —La miró. Sus ojos estaban muy abiertos y honestos. Y añadió—: Yo no podía pensar en nadie más para compartirla.

—¿En serio?

—Sí. ¿Estás bien?

—Sí —dijo ella—. Creo que sí.



DÍA 258

—¡Gracias! —gritó Jagdea, y saltó del transporte. Cruzó el barro hacia la tienda de campaña y se agachó cuando entró por la apertura. Por encima de ella, los aparatos imperiales rugían en el cielo cubierto de humo.

Estaba sentado sobre una lata de combustible, mirándose las botas.

—¿Estás bien? —preguntó. Cuando se dio cuenta de quién era, se levantó realizando del signo del Aquila.

—¡Creo que sí! —dijo Marquall.

—Mala suerte, no. Me han dicho que hiciste un derribo.

—Fue entonces cuando me derribaron. Creo que Justo en mi cola. No recuerdo nada más. Lo siento, señor.

—No lo intentes, simplemente te inyectaste. Y saliste con vida. Eso es lo único que me importa.

—¿Podre pilotar de nuevo? —le preguntó.

—Sí —dijo—. Uhm... si quieres.

—¿Qué significa eso?

—El único aparato disponible es el Nueve-Nueve. Ha sido reparado. Si no lo quieres lo entenderé.

—¡El Nueve-Nueve! —preguntó Marquall.

—¡Sí!

Marquall se rió secamente. No podía decidir qué era peor, el hecho de que era el viejo aparato de Espere, o el hecho de que se rumorea que tenía gafe.

Después de un momento de reflexión, se dio cuenta la perspectiva de no volver a volar, era la peor opción.

—Voy a pilotar el Nueve-Nueve —dijo—. Tal vez mi mala suerte y el gafe se anulen.

Los habían visto desde la carretera de la costa, y la vista los habían llenado de esperanza. Los aparatos de la armada, en formaciones de línea, moviéndose hacia abajo sobre el mar hacia la base.

Los refuerzos, que llegaban de centros de desembarque en la coalición del norte.

Había tantos que Jagdea y Marquall se pusieron de pie en la parte trasera del transporte a pesar de las sacudidas, señalando a los aparatos imperiales a ver si reconocían algún regimiento. Alas de Thunderbolt giraban suavemente hacia Theda Norte. Dos alas de Vulture Artillados ligeros hacia el sur de la Península. La tarde era clara y azul y, a pesar del cielo tiznado de humo de Ezrville, y el distante gemido de las sirenas de alarma de bombardeo, casi le parecían como vítores.

El ambiente era frenético en la base cuando el transporte los dejó. Deseoso de reanudar sus actividades, había mucho movimiento alrededor de los hangares de Umbra, y docenas de vehículos y tractores de carga a toda velocidad hacia adelante y atrás.

Con Marquall a su lado, Jagdea corrió a través de la pista de cemento, esquivando los lentos levantadores de potencia Sentinel, que cargaban cajas en los transportes del Munitorum que estaban esperando. Blansher y Larice Estaban de pie con algunos de los mecánicos.

—¡Bienvenido de nuevo! —le dijo Larice a Marquall con una sonrisa.

—Me alegro de verte de una pieza, muchacho —dijo Blansher.

—¿A qué se debe tanta actividad? —preguntó Jagdea.

—Ordenes de traslado —respondió Blansher, acercando una placa de datos a Jagdea para que leyera las órdenes.

—A partir de 18:00 horas de esta noche, Umbra va a ser trasladada a una base adelantada en el sur —dijo Blansher—. Creo que necesitan hacer un poco de espacio, aquí para los recién llegados. Vamos a tener que volar en corto plazo haciendo intersecciones desde una base recién creada en lugar llamado Lago Gocel.

Jagdea miró la ubicación en el mapa de pizarra. Era un lugar vulnerable, dentro del radio de alcance de las unidades aéreas del enemigo. Pero les permitiría responder rápidamente a cualquier cosa que viniera del norte del desierto de Interior, mucho antes de que pudieran llegar a la costa o a ciudades como Theda.

—Operaciones dice que varios grandes sectores de nuestras fuerzas de tierra están despejando el este de la Makanites en su regreso a de casa —dijo Blansher.

—Creo que la idea es que vamos a darles cobertura aérea, también.

—No seremos los únicos, ¿no? —dijo Marquall.

—No —dijo Jagdea—. Aquí tengo la lista de unidades provisional. El 409 se va con nosotros, y hay un ala Lightnings ya en la base.

—El Munitorum ya están empezando a enviar nuestros pertrechos había la base

—añadió Larice—. Quieren que viajemos ligeros y rápidos.

—¡Será mejor que empecemos! —dijo Jagdea.

Marquall se acercó al hangar y miró al Nueve-Nueve a los ojos. Los montadores habían hecho un buen trabajo. Nada que recordara los impactos que había sufrido.

—Eres mío ahora —dijo en voz baja—. Voy a tratarte bien si me tratas igualmente.

El oscuro y feroz, Thunderbolt no respondió.



DÍA 259

La búsqueda de otro transporte de masas iba a tener que esperar.

Viltry dirigió su ala hacia el oeste lo llevo al valle conocido como la cicatriz del Gift. Por primera vez, sintió la notoria sacudida y desgaste de los vientos.

A dos kilómetros, una ventisca enorme de fuego y humo venía del desierto.

Una sección de las unidades de tierra en retirada, una línea de hombres y máquinas de siete u ocho kilómetros de largo, había caído en una emboscada. Tres o más Hell Tallons había entrando en el valle y acribillaron en toda su longitud a la columna, con los cañones automáticos y cohetes, disparando a blancos terrestres. Decenas de tanques y camiones estaban en llamas, y dada la estrechez del valle tenían inmovilizados a todos los restantes vehículos. Pequeños puntos, figuras individuales, corrían a esconderse en las grandes piedras que abundaban en los lados del valle.

El aire del valle estaba cubierto de estelas verticales de humo, y horizontalmente por el fuego.

En el extremo sur del valle, escuadrones de tanques enemigos, de color amarillo brillante ya estaban entrando en el valle, después de destrozar a las fuerzas imperiales que protegían la entrada al valle.

Los Marauders de Viltry no estaban contruidos para interceptar ataques aéreos de este tipo, pero se esperaba que su presencia, pudiera desalentar al enemigo de sus ataques incesantes. Lacombe había llamado a un ala de cazas para la cobertura aérea y los Thunderbolts llegarían en ocho minutos.

—¡Descenderemos para volar a baja altitud! —ordenó Viltry—. Con ello podremos proteger mejor a la columna. Y si llegamos hasta la entrada del valle, descargaremos la carga de bombas, sobre las unidades blindadas del enemigo.

—¡Entendido!

Viltry inicio el descenso, haciendo pivotar el *Greta* para alienarse con la parte delantera de la columna y recorrió la columna imperial en dirección opuesta. Mantuvo una altitud tan bajo como se atrevió, azotado por el denso humo, de los incendios que se prolongaban por todo el valle.

Tan pronto como iniciaron su recorrido, vieron a tres Hell Tallons que venían de frente. Disparando con los cañones automáticos sobre la columna imperial.

—¡Vamos a echarlos del valle! —gruñó Viltry, luchando con el mando de control, por las sacudidas de la torreta del morro, al abrir fuego. Las ráfagas trazaron una brillante línea por delante del Marauder, impactando en el trío de aparatos enemigos que venían de frente, dañando a uno de ellos, Los sorprendidos Hell Tallons abandonaron su pasada sobre la columna y rompieron hacia la derecha. Gaize los siguió con la torreta y siguió disparando al que estaba más cerca.

Viltry se mantuvo siguiendo el valle. Estaban casi en el extremo sur del valle. Se acercaban rápidamente. Un rayo de sol se reflejo en el amarillo metal: acechantes.

Las máquinas de guerra que recordaban arañas gigantes estaban disparando con sus cañones láser a la retaguardia de la columna imperial.

—¡Judd!

—¡Preparado!

Viltry aferró el control, para anticiparse a la sacudida que ocurría cuando soltaban su carga de bombas, pero la sacudida fue más violenta de lo normal, la sacudida fue ocasionada por el fuerte viento lateral que había en la entrada del valle. El *Greta* se desvió de su ruta. Viltry intentó mantener el rumbo. Pero las bombas ya habían sido lanzadas. Podía oír las maldiciones de Judd. Los vientos cruzados habían arruinado su liberación. La enorme carga de *Greta* detonó por las laderas del alto valle.

Viltry elevó su morro hacia arriba, iniciaría otra vez el mismo circuito. Detrás y por debajo de él, otros cinco aparatos iniciaron las maniobras para volver a sobrevolar el valle para proteger el paso de ataques aéreos. De pronto el *Considérate Muerto* se salió de la formación y se volvía a lo largo de la parte superior del valle, acosado y perseguido por tres Hell Tallons.

Oyó a Orsone el artillero de cola. Informando que había un murciélago en la cola. Inmediatamente notó las sacudidas de la torreta de cola disparar. Viltry inició maniobras para despegarse al murciélago.

—¡Lo hemos perdido! —gritó Orsone.

Abajo en el valle reanudó el circuito otra vez, con el humo, y luchando contra las corrientes de viento salvajes que eran tan peligrosas como los murciélagos.

Viltry soltó una dura maldición, cuando dos Hell Tallon aparecieron por lateral derecho. El G de *Greta* se estremeció por los impactos. Klaxons se lamentó. Volaban en la cabeza de una formación de bombardeo tierra-aire. Los acechantes estarían preparados para ellos esta vez.

—¡Estamos recibiendo impactos! —gritó Lacombe. Ruidos de metal fracturándose, y como se desprendían fragmentos del fuselaje, y las alarmas del panel de control. Viltry perdió el control momentáneamente y los vientos sacudieron violentamente al Marauder.

Algo estalló en el compartimiento debajo de él. Viltry oyó gritar a Judd. Un hombre, fuerte como un oso, chillando como un niño.

—¡Lo estamos perdiendo! —gritó Lacombe.

Las vibraciones y temblores los sacudían como si fueran juguetes. Viltry se había mordido su propia lengua. Pero luchó para recuperar el control. Los motores estaban haciendo un ruido horrible y enfermizo.

Vio en la entrada del valle, los tanques amarillos, elevando sus cañones láser hacia el cielo.

Naxol gritaba desde la torreta del morro, casi inaudible por los sonidos que envolvían al aparato.

Viltry intento elevarse para evitar los cañones láser de los acechantes, pero la mampara de la cabina recibió un impacto, dispersando a todos lados pedazos de cristales y el viento azoto la cabina. Pero logro elevarse lo suficiente para evitar más impactos de los acechantes.

Los motores aullaron, dos de ellos produciendo estelas de humo negro.

Maltratado por el viento que entraba por la cabina, Viltry miró a su alrededor. Muchos instrumentos de cabina estaban rotas, o quemados. Lacombe colgaba de su arnés. Con uno de los lados de su cabeza apoyado en el asiento de descanso.

No le dijo nada. Pero Viltry había volado Marauders tiempo suficiente para conocer el sonido de un aparato moribundo.

—¡Abandonad el aparato! —ordenó. Aunque sabía que era demasiado tarde.

El páramo que había debajo de ellos se estaba acercando rápidamente. Dunas de arena, afloramientos rocosos, salinas.

Viltry cerró los ojos.



DÍA 260

El templo estaba casi vacío. Las pocas lámparas incandescentes se encendieron a lo largo de la nave. La luz principal venía del aleteo velas votivas.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó un sacerdote suavemente.

Beqa estaba sentada en el extremo de un banco. Levantó la mirada hacia el sacerdote.

—Sólo estoy esperando —dijo.

—Es tarde.

—Lo sé. ¿Puedo quedarme?

—Por supuesto, hija —dijo—. Quédese el tiempo que necesites. Voy a estar en el relicario si necesitas hablar con alguien.

Cuando salió se quedó sentada donde estaba durante unos minutos más.

Era muy tarde. Había esperado hasta acabar su turno en la cafetería, y después espero en el paseo marítimo y cuando se cansó había ido al templo a colocar unas velas, ya que era lo único que podía hacer. Sabía que debería haber enviado una nota al jefe de fábrica.

Para que tuviera tiempo para sustituirla por perderse un turno programado.

Había pensado en ir a la pista de aterrizaje, pero se dio cuenta de que no sabía a cuál.

Además, los tranvías no iban tan lejos ya, y no tenía dinero para el alquiler de un transporte. Y nunca dejarían entrar a un civil en una base.

Se levantó y se dirigió al estrado votiva. Dejó tres pequeñas monedas en la taza, y cogió tres velas nuevas de la caja. Las fijó en su lugar al lado de las docenas de otras que ya estaban encendidas, y tomó una vela.

Una para Gart, otra para Eido.

Y la última para...

Una puerta principal se abrió y se cerró de golpe en alguna parte. Hubo una ráfaga de aire frío. Y muchas velas se apagaron.

**EL ÚLTIMO OASIS: LAGO
GOCEL**

**AÑO IMPERIAL 773.M41
DÍA 261 A 264**



DÍA 261

—¡Levántate! ¡Despiértate, demonios! —gritó una voz.

Vander Marquall parpadeó y se dio la vuelta. Van Tull estaba inclinado sobre él en la penumbra violeta de la tienda de campaña, sacudiéndolo por los hombros.

—¿Qué? ¿Qué?

—¡No, te funciona la pulsera! —susurró el veterano piloto. Señalando la pulsera que llevaba alrededor de su muñeca, la pulsera estaba iluminada en rojo.

—¿No, comprobaste la alarma?

Marquall bostezó y sacudió la cabeza. Echó un vistazo a su pulsera para comprobar si funcionaba. Vio que la pantalla estaba en rojo.

—Creo que está rota —decidió Marquall.

Van Tull frunció el ceño a Marquall, luego lo cogió firmemente por la muñeca y le desabrochó la pulsera. La estudió por un momento, luego la arrojó de nuevo al muchacho.

—Vas a tener que ir a suministros para que te den una nueva. Pero más tarde, ¡vamos!

Van Tull abrió la solapa de sellado del habitáculo y dejando que entrara la luz y el aire caliente. Van Tull ya estaba vestido. Marquall se puso los pantalones y miró a su alrededor buscando sus botas.

—¡Vamos! —urgió Van Tull. Marquall se colocó sus botas, pero no había tiempo para atarse los cordones. Salió de la tienda después de Van Tull.

La tienda que compartían era una de las casi ciento cincuenta tiendas colocadas al abrigo de los árboles del bosque kinder. A pesar de que era temprano todavía, el aire era húmedo y la brillante luz del sol se filtraba a través del dosel de hojas de los árboles y las redes de camuflaje fijadas entre los troncos de los árboles, como el techo de un refugio. Por el camino tuvieron que pasar por encima de planchas blindadas que se colocaron como pasarelas por los abundantes charcos de agua, ya que estaban en una zona pantanosa.

Marquall ya había decidido que no le gustaba este lugar. Caliente, húmedo y el olor maloliente a fruta podrida. Su piel estaba llena de picaduras. Había visto insectos del tamaño de dedos que se arrastran en las paredes de su tienda y, durante la noche, enjambres de escarabajos revolotean alrededor de las pocas lámparas que había en el recinto, colocadas estratégicamente para que su luz no se pudiera verse desde el aire.

Mientras corrían, Marquall vio formas oscuras se cernían sobre los bosques crepusculares que los rodea, formas oscuras deliberadamente ocultadas. Más refugios camuflados, almacenes de suministro, y baterías de Hydras con su dotaciones esperando en silencio y alerta, las formas veladas de aviones de guerra bajo redes de camuflaje. Llegaron al refugio. Los pilotos de Umbra y una cuadrilla de instaladores estaban oprimidos en el refugio antiaéreo por la falta de espacio.

—¿Te quedaste dormido? —preguntó Jagdea.

—Es culpa mía, comandante —dijo Van Tull.

—¿En serio?

—La pulsera de Marquall se estropeo y me costó despertarlo.

—Creo que más bien sea culpa de Marquall, ¿no es así? —dijo Jagdea mirando agriamente a Marquall mientras se ataba las botas.

—Lo siento, señor.

—¡Cállate! —dijo Jagdea.

De repente todos callaron y en el bunker reino el silencio. Fuera del bunker, solo se podía oír el bosque que se estremecía con los gritos de los pájaros y extraños aullidos de animales. Hasta que pudo oír el leve zumbido de una cercana plataforma antiaérea Hydra, como rotaba lentamente. Luego, el sonido de motores de aparatos, que pasaban por encima de ellos. La nota distintiva de los motores de los propulsores enemigos. En un minuto, oyó la señal de un comunicador, y la respuesta.

—¡Entendido! —dijo Blansher, quitándose el audífono—. Todo despejado —informó.

Aliviados las conversaciones volvieron, la actividad se reanuda. Los ocupantes del refugio comenzaron a salir en fila. Con las pulsera iluminadas de color verde.

—¡Comienza el turno de día! —anunció Jagdea—. Reunión Informativa a las 06:30, pero antes coman y lávense rápidamente. Las órdenes pueden llegar en cualquier momento. ¿Marquall?

—¿Sí, comandante?

—Ve al almacén de suministros y que te den una pulsera nueva. Y antes de salir del almacén, presiona el interruptor de prueba y asegúrate de que funciona. Si no es así, que te den otra. ¿Lo has entendido?

—¡Sí, comandante!

—Es curioso, pensé que lo habías entendido anoche cuando te lo dije la primera vez.

—Estaba cansado, comandante. No va a pasar otra vez.

—Vete y no tardes mucho —dijo Jagdea.

Se dio la vuelta para salir del refugio.

—¡Espera! —dijo Jagdea.

Suspiró y se volvió. Ella tenía el ceño fruncido.

—¡Date la vuelta!

Examinó la piel de sus hombros donde el chaleco los dejaba expuestos, entonces le subió el chaleco y le examinó la espalda.

—¿Tienes alguna alergia cutánea que tenga que conocer? —preguntó Jagdea.

—¡No, señor!

—Entonces son picaduras de SCOP. Han informada que algunas personas atraen a

los mosquitos, más que a otras. Los de sabor dulce. ¿Es usted de sabor dulce, Marquall?

—No lo sé, señor.

—Los mosquitos parecen pensar que sí. Ve la enfermería de la base después del almacén y que te miren las picaduras.

—¡Sí, Señor!

—¡Ah! Y átate bien los cordones de lo botas —dijo Jagdea.

Caminó a través de la base. Ahora que el riesgo de que los descubrieran había pasado, el lugar se parecía más a una base. El personal de mantenimiento corría sobre las pasarelas y equipos de mecánicos abrían la maquinaria que habían ocultado y volvían a trabajar con ellas. El olor a promethium casi ocultaba el olor del pantano.

La base volvía a la normalidad, un campamento improvisado, oculto al enemigo en los bosques en kinder en la orilla sur del lago Gocel. El lago inmenso de casi mil kilómetros de este a oeste, se alimentaba del agua de los ríos que bajaban de las Makanites, y a su vez desembocaba en el Saroja un Río que fluía hacia el mar.

Este gran sistema de ríos y lagos, alrededor del cual florecía una franja enorme de selva, formando un margen entre el Interior Desierto del sur y la península de maleza, templada en el norte. Una cinta envolvente verde en la que podían esconderse y luego atacar a todo lo que pasaba.

El gran lago en sí, era tan grande que la otra orilla era casi una mancha. Todo el territorio era pantanoso con una gruesa capa de cieno negro, y con lagunas de agua estancada. Más allá del lago, hacia el este, Marquall vislumbro los flancos de las Makanites.

Unidades de ingenieros de la armada y cuadrillas de trabajadores del Munitorum habían construido una sorprendente cantidad de casas prefabricadas, baterías de defensa, bunkers y hangares, todo camuflado por las redes de camuflaje que se habían colocado en los árboles. Antenas de comunicación, y de auspex sobresalían discretamente por encima de la cubierta de hojas, se habían camuflado muy bien que parecían árboles auténticos. Se habían cortado árboles para formar claros, decenas de ellos, cada uno nivelado y cubierto con redes de camuflaje. Para formar hangares temporales. En cada Hangar había un avión de guerra: los diez Thunderbolts de Umbra y los doce de la armada del 409.º Raptors, y los ocho Lightnings del 786 para reconocimientos.

Los hangares estaban contruidos para permitir los despegues y aterrizajes en vertical, cada claro era invisible desde el aire gracias a las redes de camuflaje.

Se usaban grandes lanchas, para las transferencias de personal de apoyo, suministros y combustible a la base, utilizaban una amplia playa en la orilla del lago, solo podían estar para descargar solamente unos pocos minutos.

No se podían usar los camiones, ya que implicaría construir una carretera que

sería imposible de esconder al enemigo.

Los levantadores de cargas, caminaban a través del fango, y hacían todo el trabajo pesado de la base.

Las defensas del perímetro de la base, eran excelentes, con un perímetro exterior de centinelas de la clase Tarantula que cubrían todo el alrededor del bosque, así como dos docenas Manticore y baterías antiaéreas Hydra. Con las dotaciones de soldados de la PDF necesarios, mas los treinta pilotos, y los equipos de mantenimiento, mecánicos y personal de operaciones, el FSB del Lago Gocel tenía una población aproximada de 200 personas.

—¡Eh... Marquall! ¿A dónde vas?

Marquall miró a su alrededor y vio Larice Asche corriendo detrás de él a lo largo de la pasarela.

—¿Por? —contestó.

En privado, le tenía un respeto a la teniente de vuelo Larice Asche. Parecía tan condenadamente difícil. Jagdea era un veterana con muchos derribos a sus espaldas, pero sobre todo la respetaba porque ya era un As antes de que la liberación de Phantine hubiese terminado, era respetada por todos por su gran habilidad como piloto. Y Marquall no era ninguna excepción, también Blansher tenía una cuenta enorme de derribos, pero era mayor. Larice no parecía mucho más mayor que Marquall. Era delgada y atractiva, con las mejillas huesudas y una sonrisa cruel. La tarde anterior, antes de que la enviaran a Gocel, había tenido un pelo rubio hermoso, Ahora tenía la cabeza afeitada ¡Piojos de la selva!, había anunciado, y agregó: ¡no me gustan!

—¿Vas al almacén de suministros, y después a la enfermería? —preguntó Larice.

—Creo que sí.

—Te acompaño.

—¿Qué te pasa? —preguntó mientras se pasaba una mano por la cabeza afeitada.

Se quitó la chaqueta y le mostró las picaduras en sus antebrazos desnudos.

—Mosquitos —le dijo.

—Yo también —dijo, dejándose caer su abrigo de vuelo por un brazo y mostrando su hombro.

—Son muy molestas —dijo.

El almacén del Munitorum era un recinto prefabricado con paneles blindados a la sombra de un enorme árbol. Entraron, El aire era fresco. El encargado de turno, con el rostro lleno de augméticos antiguos, levantó la vista de su cogitator.

—Necesito una nueva pulsera —dijo Marquall.

—Creo, que el piloto, tendría que decir ¡Necesito una pulsara nueva, señor!

—¡Ah...! ¿Qué?

—Señor Lirek. Es como te dirigirás a mí cortésmente —miró Marquall y después

a su reloj—. No hay una guerra.

Larice se rió por lo bajo.

—¡De hecho la hay! ¿Y se ha quedado sin educación? ¿Dónde estaría la armada sin los esfuerzos constantes del Munitorum?

—No tengo ni idea —dijo Marquall.

—¡Ah, por supuesto! —dijo Lirek, poniéndose de pie y ajustando sus pesados ojos augméticos manualmente.

—Usted es el experto, nosotros solo estamos a su entera disposición, y quieren esto y quieren eso, pero...

—¿Sabes quién es? —siseó Larice al anciano.

—Um... ¡no!

Marquall se puso nervioso.

—Es Marquall —continuó Larice—. El asesino Marquall. El que... ya sabes ...

—No —murmuró Lirek—. No estoy seguro de haber oído su nombre.

—El que derribo a... —dijo Larice.

—¿El asesino?

—¡Sí, el asesino! Por el amor de Trono, y le habla de respeto...

—¡No! Bueno, ¡sí! —balbuceó el mayor de Munitorum de repente—. ¿Qué le pasa a su pulsera, señor?

—¡No funciona! —dijo Marquall, mientras que se sacaba su pulsera rota y la dejaba sobre el mostrador.

—¡Un descuido terrible! Espere un momento, que voy a buscar otra.

Lirek volvió con una pulsera nueva.

—Aquí, tienes señor. La he probado. Y en caso que se detecten aparatos enemigos en la zona se iluminará en color rojo, y en caso necesario, le despertara silenciosamente con una suave y descarga eléctrica.

Marquall firmo en una placa de datos.

—Gracias —dijo.

—¡Vivo para servir, señor! —dijo Lirek, haciendo una reverencia.

En el exterior, Larice no pudo aguantar la risa.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Querías una pulsera, no? —preguntó.

—Si, pero mentiste.

—¿Tienes un derribo o no?

—¡Sí...!

—Entonces yo no he mentido. ¿En qué mentí?

—Eres malvada, Larice Asche.

Al lado del almacén, estaba el edificio prefabricado de la enfermería. Un hombre alto, de media edad, bien constituido, se sentó en los escalones de la entrada. Tenía

los brazos cruzados sobre las rodillas, su cabeza descansaba en sus brazos. Su pelo estaba enmarañado con lo que parecía arcilla seca. Llevaba la túnica de seda azul de un ayatani.

—¡Padre! —dijo Marquall—. ¿Esta el médico?

—Está fuera —respondió el sacerdote.

—¿Tal vez podamos dejar una nota? —sugirió Marquall a Larice.

—No, tengo que ponerme algo. ¡Estas picaduras me están matando!

Entraron en la enfermería. Todas las superficies eran de acero pulido y estaba limpio. El aire olía a menta. Larice comenzó a buscar en los armarios de medicamentos.

—¿Qué estás haciendo?

El ayatani estaba detrás de ellos en la puerta.

—¡Ayudarme a mi misma! —dijo Larice.

—Les dije que el médico estaba fuera.

—¡Sí!, nos informó de ello.

—¡Acaba de entrar!

Los dos miraron al sacerdote alto. Levantó una mano y movió hacia atrás la manga para mostrar una insignia de la armada, que lo identificaba como personal sanitario.

—¡También soy el ayatani! ¡Y quite sus manos sucias de mi farmacia!

Larice saltó hacia atrás, haciendo que algunas cajas de medicamentos cayeran en el suelo.

—¿Cuál es el problema? —replicó el sacerdote.

—Picaduras de SCOP —dijo Marquall, empezando a quitarse el chaleco para mostrarle al médico sus picaduras.

El médico pasó por su lado, haciendo caso omiso. Cogió dos tubos de pomada y se los arrojó a Marquall.

—Dos veces al día —gruñó—. Y no vuelvas a menos que tengas la entropierna rota.

—Gracias, padre... —comenzó Marquall.

Pero el rostro del sacerdote le convenció que lo mejor que se marchara rápidamente.

—¿Qué paso? —dijo Larice mientras se alejaban.

—No estoy seguro —dijo Marquall.

—¿A quién le importa? —Larice sonrió con la mirada—. ¿Así, que derribaste a tu primer murciélago?

Ambos se sobresaltaron cuando sus pulsera, les dieron una descarga eléctrica en las muñecas y comenzaron a parpadear de color rojo.

—¡Mierda! —exclamó Marquall—. ¿Está encendida?

—¡Por aquí! —dijo Larice y tiró de él hacia el refugio más cercano.

Jagdea ya estaba sentada en su aparato. Cuando por la emoción se golpeó el brazo.

Blansher y Cordiale estaban junto a sus propios aparatos.

Su mecánico jefe cerró la compuerta del motor y le dio la señal del águila.

Ella estaba en un ángulo setenta y cinco grados hacia el cielo en una lanzadera hidráulica, preparada para un lanzamiento rápido. La base tenía tres lanzaderas, todas ellas preparadas para responder a una orden en cualquier momento. Todo lo que podía ver de la luz del sol era a través de las redes de camuflaje.

Su pulgar acarició la palanca roja que activaría el cohete, para realizar un despegue de emergencia.

Esperó, con el sudor corriendo por su rostro por debajo de la máscara.

Silencio. El revuelo distante del bosque.

—¡Líder Umbra...! —Oyó por el comunicador.

Por encima de su inclinado morro, las redes de repente se abrieron permitiendo que la luz se derramara por el hangar. Sabía que orden recibiría antes de que se la dieran.

—¡... inicie lanzamiento de emergencia!

Su pulgar apretó el gatillo, y con una terrible sacudida y un rugido ensordecedor, dejó atrás el hangar.

—¡Está bien! ¡Está bien, confía en mí!

—¿Para qué, señor? —preguntó Matredes—. ¡Creo que va a morir!

—¡No! —respondió Le Guin—. Creo que es sólo esta sediento, dale un poco de agua. —Matredes y Emdeen lo miraron con amargura.

—Casi no tenemos agua —dijo Emdeen.

—Lo sé —dijo Le Guin.

—Creo que deberíamos haberle dejado donde lo encontramos —dijo Matredes.

—No vamos a dejar a nadie —dijo Le Guin.

—¡Maldita sea! —suspiró Emdeen, y dejó gotear agua de su cantimplora en la agrietada boca del piloto.

—¡Greta!, —gimió—. ¡Greta...!

—¿Quién es *Greta*? —preguntó Matredes.

—¿Su chica? —sugirió Emdeen.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Le Guin.

Emdeen metió la mano en la chaqueta de vuelo quemada y sacó el conjunto de placas imperiales.

—Viltry —dijo.

El dosel del bosque era como una alfombra verde extensa, los tres Thunderbolts volaban lo más bajo posible, siguiendo los contornos de la masa arbórea, tratando de mantener por debajo de los posibles auspexs a distancia. Su paso sacudía y revolvía el dosel de hojas como un mar embravecido, y los rebaños de aves perturbadas y otras criaturas eran lanzadas por el aire como ráfagas de metralla de llamativos colores.

Blansher y Cordiale mantuvieron sus aparatos cerca de Jagdea.

—¡Umbral! —dijo Jagdea—. Maniobrad a cero-seis-dos al oeste. Contactos presentes a diecinueve kilómetros a seis mil de altitud. Esperen a estar más cerca para iniciar elevación.

Jagdea tenía una sensación de que algo no iba bien, y que no era sólo por la diferencia del paisaje. Llevaba solo unos minutos en vuelo cuando se dio cuenta de que era su propio Thunderbolt, las partes del fuselaje que podía ver desde la cabina del piloto, estaban pintadas de color verde. Las cuadrillas de mecánicos del FSB había rociado con pintura verde lima, para ayudar al camuflaje. Estaba tan acostumbrada a la pintura gris.

Captó un destello, un destello de luz del sol reflejándose en el metal. Un segundo más tarde, aparecieron otros reflejos, y los rastros de una estela blanca.

—¡Umbral Dos! Veo rastros de vapor a las tres.

—¡Lo tengo, dos! Los bastardos están cruzando por encima de nosotros.

—¡Activad armas! ¡Preparaos para subir como un infierno!

—Cinco aparatos. No, seis, cazas. Razors, tal vez.

—A mi señal... ¡tres, dos, uno!

Los tres pilotos abrieron las válvulas reguladoras e inclinaron sus mandos hacia arriba, inclinando los pesados Thunderbolts hacia arriba y lejos de la cobertura del bosque hacia el cielo claro. Jagdea podía ver a los hostiles claramente en estos momentos. Seis Locusts en una formación de crucero.

Umbral estaba subiendo tan rápido como sus turboventiladores les permitían, presionándoles con firmeza en sus asientos.

Los murciélagos parecían que aún no los habían visto, pero la situación iba a cambiar muy pronto. Jagdea colocó su pulgar con cuidado sobre el gatillo del arma.

—¡Intercepción en diez segundos, nueve, ocho...!

De repente, sobresaltados como los pájaros que sus aviones habían asustado en las copas de los árboles, los murciélagos rompieron su formación.

Pero Umbral ya estaba en buena posición.

¡Divide y vencerás!, pensó Jagdea.

Fue directamente hacia el corazón de la formación, eligió a un Locust de color ámbar intenso y con rayas doradas. Ya estaba en su línea, no tenía tiempo que perder. Ladeó ligeramente y el Locust entro en el centro de su punto de mira.

Y apretó el gatillo, un rayo azul eléctrico salió de su morro para dirigirse en línea recta hacia el Locust destrozando en pedazos su ala. El Locust perdió el control y después de un descenso sin control, observo cómo se sumergía en la selva. Jagdea vio un destello muy por debajo de la cubierta de hojas, y el humo que subía de los árboles.

El objetivo elegido por Blansher, un aparato de azul brillante con una insignia horrible amarilla pintada en su fuselaje, evadió sus primeras descargas del cañón láser, y logró una inmersión que se salió de la trayectoria de Blansher que Umbra Dos no podía prever. Blansher se dio la vuelta y comenzó a perseguir a un Locust de color cobre que huía hacia el sur. Pensó que para ser un Locust maniobraba muy rápidamente. Los pequeños aparatos enemigos tendrían una tremenda capacidad de viraje y de ascenso.

Blansher maldijo, y se olvidó del Locust que huía y volvió de nuevo hacia el combate principal.

Cordiale estaba engarzado con un murciélago carmesí que estaba tratando de despegarse de ella con un descenso había el bosque. Aceptando la invitación, Cordiale inclinó el morro, y persiguió la mancha roja hacia la cobertura verde del bosque. Nivelándose antes de llegar a las copas de árboles, el murciélago comenzó a virar, y Cordiale tuvo que hacer una inclinación muy exagerada para pegarse rápidamente a la cola del murciélago. Disparó una ráfaga, falló, corrigió la puntería y disparó de nuevo. Otro fallo más.

—¡Bastardo te ha ido por poco...! —murmuró Cordiale, se inclinó un lado para poder centrar su mira.

Por encima de ella, Jagdea iba a la caza de su segundo derribo del día. Tenía los ojos fijos en un murciélago amarillo que estaba rompiendo hacia el oeste, pero abruptamente pudo oír una advertencia de su panel de mando. El Locust azul que Blansher había perdido en su primer pase estaba en su cola. Disparó dos veces, vio el brillo de las trazadoras del bólter pesado, pero las esquivó cada vez que disparaba y finalmente activó sus frenos de velocidad y el murciélago azul lo sobrepasó por debajo de su ala de estribor, El murciélago se dio cuenta de la maniobra, y rompió hacia la derecha ascendiendo rápidamente. Jagdea le siguió en su ascenso.

El murciélago amarillo había decidido no huir después de todo, y había ejecutado un viraje y se elevó a las alturas, para poder caer como una flecha cuando encontrara un objetivo. Había perdido su oportunidad con Jagdea, por lo que fue a por Cordiale, que seguía centrada en la persecución del Locust carmesí.

No había visto Blansher.

Umbra Dos cayó sobre él desde arriba y por la cola, los cañones automáticos abrieron fuego. Y el Locust se estremeció su casco se deformó por las tensiones de los múltiples impactos, a continuación, floreció como una flor de pétalos brillantes.

Casi al mismo tiempo, mil metros más arriba, Jagdea logró ponerse en la cola del murciélago azul cuando intentaba la última maniobra desesperada para sacudírsela.

La ráfaga concentrada le arrancado el morro, para después arrancarle el ala transversal. Cuando empezaba a tambalearse, disparó la última y tercera ráfaga que impacto en el Locust justo debajo de la cabina por el lado de babor. La carlinga entera explotó. Un sistema de expulsión debía de haberse activado, porque vio claramente un objeto en llamas salir volando hacia arriba, saliendo del murciélago destruido y luego desaparecer como un meteoro. Vacío y su piloto incinerado, el Locust explotó y los centenares de pedazos en llamas cayeron como lluvia sobre el bosque.

Dos de los murciélagos restantes habían huido hacia el sur por ahora El objetivo último objetivo era el Locust el carmesí que Cordiale perseguía a través de los árboles.

—¿Necesitas ayuda? —dijo Blansher, dirigiéndose hacia abajo.

—¡Negativo, Dos. Negativo! Ya tengo al bastardo.

Estaban volando uno dos metros sobre el dosel a una velocidad de 400 kilómetros por hora, Cordiale gritó cuando finalmente consiguió centrarlo en la mira. Precisamente en el mismo momento, que una bandada de pájaros rosados salieron de los arboles en desbandada. Cordiale se topo bruces con ellos. Golpearon su avión como balas de cañón. La mampara se fracturo. Un motor chilló cuando los misiles alados obstruyeron las tomas del aire. Había una niebla de sangre que cubría todo el mamparo. Haciendo que tuviera que volar a ciegas.

—¡Mierda! —escucharon que gritaba Cordiale.

Jagdea y Blansher ya estaban dirigiéndose hacia dirección. Y fueron testigos del impacto rosa, y la lluvia de restos orgánicos cuando el aparato segó la bandada. El Locust carmesí, también impacto con la bandada de pájaros, y vieron como el Locust se estrellaba contra árboles.

Pero ninguno de los dos se preocupo por eso.

—¡Cordiale! —gritó Jagdea.

Umbra Once, intentaba ascender con un solo motor, pero vaciló y golpeo las copas de algunos árboles, desapareciendo.

—¡Cordiale! ¡Cordiale! —podía oír Blansher como gritaba Jagdea por el comunicador.

De repente, casi imposible, Umbra Once reapareció de la vegetación como un pez volando por encima del oleaje oceánico. Cordiale había logrado, contra viento y marea, mantener el morro inclinado hacia arriba, pasando a través del follaje superior de los arboles sin impactar con un tronco grueso.

Empezó a ascender, derramando una estela de humo marrón por su motor de babor, que pronto se volvió blanco.

—¿Umbra Once?

—Todavía en el aire. ¡Bastardos pájaros asesinos!

Diecinueve minutos más tarde, estaban sobrevolando el FSB. Blansher y Jagdea habían tenido que escoltar al Thunderbolt dañado de Cordiale el resto de camino hacia la base.

El camuflaje de redes de camuflaje se abrió, dejando al descubierto los hangares.

Los tres Thunderbolts pasaron a vector vertical y se hundieron suavemente en sus hangares. A medida que sus ventiladores se apagaban, inmediatamente la red de camuflaje se volvió a colocar sobre ellos.

Tan pronto como su controlador de pista le dio la señal con la mano, Jagdea se arrancó el comunicador, y salió de la cabina y saltó sobre el tapete vulcanizado. Se sacó el casco con precisión y salió corriendo al hangar vecino a lo largo del claro en los árboles.

Llegó al mismo tiempo que Blansher, Cordiale estaba bajando en esto momentos de la gabina. El equipo mecánico estaba rociando con espuma retardante en el motor obstruido, del que salían penachos de vapor, era un desastre. La mampara estaba agrietada y observo impactos alrededor del fuselaje. La parte delantera del Thunderbolt era una masa negra de sangre pegajosa y plumas andrajosas.

Cordiale estaba temblando. Una carcasa de un ave había perforado a través del su mamparo que le había destrozado la visera del casco tenía un ojo negro.

Se quitó el casco y lo dejó caer, y se limpió la sangre de su rostro. Luego entrecerró los ojos y vio a Jagdea y Blansher.

—¡Para próximas salidas —dijo Cordiale señalando con un dedo a Jagdea— evita a las aves siempre que sea posible!

—Lo haré —sonrió.

Cordiale se acercó al morro de su aparato cubierto por la masa de sangre y plumas rosas pegajosas. Arranco un pluma y la sostuvo, para que todos la vieran.

—¿Alguien, quiere una pluma de la suerte?

Los mosquitos lo estaban matando. Se habían unido para luchar contra él como si fuera un enemigo de la humanidad. Daba igual donde estuviera, lo rodearon, sin ser vistos, llenándole los oídos con sus silbidos.

Su espalda estaba dolorida. Había tratado de no quejarse, pero ...

Marquall vagó hasta la orilla del lago, preguntándose si los mosquitos le dejarían en paz a la intemperie. No había ninguna diferencia.

La playa del lago estaba llena de barro y charcas. Detrás de él, el bosque denso se elevaba como una impresionante cortina. El sol se empezaba a hundirse, dando la vuelta al cielo, como las plumas de color rosa tan afortunadas que Cordiale repartía como amuletos de la suerte.

El lago es inmenso. Se le ocurrió a Marquall que nunca había visto antes un lago permanente de agua, y para él era una novedad. Ya que en su planeta natal Phantine no existían masas de agua. El espejo verde no había cambiado de color con la puesta de sol, pero había alterado la tonalidad. Estaba oscuro ahora, pesado, inmóvil.

Marquall se preguntó si debería ir a ver a su aparato, pero la última vez que lo había visto al Nueve-Nueve, dos soldados de la armada equipados con tanques de pintura y pistolas a presión, estaban pintándolo de color verde lima.

Marquall se arrodilló en la línea de la costa, y metió los brazos en el agua. Hacía calor. Ahuecó sus manos para lavarse la cara.

—¡No hagas eso, cretino!

Marquall miró por encima del hombro. El ayatani estaba sentado en un promontorio de roca detrás de él. Llevaba puesta su túnica azul.

—¿Cuál era tu nombre? Marquall, ¿verdad?

—¿Por qué no habría de hacerlo? —preguntó Marquall.

—No hay ninguna razón. ¡Adelante!

Marquall dejó que el agua cayese de sus dedos y se levantó, limpiándose las manos en sus pantalones.

—Vamos, dígame que hay en el agua.

—¡Baroxyin Biroxas! —dijo el sacerdote.

—¿Que es?

—Una microscópica larva de agua. El lago está plagado de ellas. Si entran en el torrente sanguíneo, por ejemplo a través de los conductos de la boca o la nariz pueden infestar el tronco cerebral, multiplicándose a un ritmo prodigioso, reventando los vasos sanguíneos, cortando las vías nerviosas y eventualmente causar tales síntomas relacionados, como la incapacidad para recordar su propio nombre, la incapacidad para hablar, una incapacidad para regular sus propios movimientos intestinales y una incapacidad general para vivir.

—¡Está bien! —dijo Marquall.

—Para que lo sepas.

—Yo estaba tratando de lavar las... las picaduras de mosquitos.

—¡Con el lodo del lago!

—¿Perdón?

Kautas pasó los dedos hacia atrás a través de sus propios rizos enmarañados. Que estaban llenos de lodo del lago.

—En tu pelo. Para que luego no te piquen los mosquitos.

—Está bien.

Marquall hizo una pausa para pensar.

—¡Mira, quiero decir... Lo siento mucho!

—¿Sobre qué? —preguntó el ayatani.

—Por entrar en la enfermería de la manera que lo hicimos, supongo.

Kautas se encogió de hombros.

—Bueno, lo siento.

—Al igual que yo podía, decir simplemente... ¡y una mierda! —dijo el sacerdote, y se alejó de la vacía playa.

Bree Jagdea estaba revisando informes en su tienda cuando el mensajero se acercó a ella.

—¡Tengo un mensaje, señor! —dijo, sosteniendo en la mano para que lo cogiera.

—Comandante —le corrigió, cogiendo el sobre.

Abrió el sobre y lo leyó.

—¿Algo interesante? —preguntó Blansher, entrando en la tienda de campaña.

El mensaje dice:

Para Jagdea, comandante de la XX Phantine.

Pensé que debía informarle de que, en torno a 13:00 horas de este día, el capitán Guis Gettering de los Apóstoles ha caído en combate. Creo que es apropiado que su joven, ponga el nombre a su aparato el nombre que más le guste.

Sinceramente,

**Seekan,
Oficial de los Apóstoles**

—¡Dios-Emperador! —suspiró Jagdea—. ¡Ha caído otro Apóstol!

—¿Vienes a ver como ha quedado? —preguntó Racklae. Estaba quitando la última de las tiras de aislantes, y acercó la lámpara de trabajo más cercana para que Marquall pudiese verlo. Polillas revoloteaban furiosamente alrededor de la luz de la lámpara.

—Ha quedado bien. Está genial —dijo Marquall.

Al largo serial del Nueve-Nueve del fuselaje verde ahora podía verse el águila de la Phantine. Y el escrito «Doble Águila».

—¿Todo bien?

—Realmente que el Dios-Emperador te bendiga. ¡Esta perfecto!

—¿Quieres que me ponga a llorar? —dijo Racklae sonriendo, mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—¡Como me lo había imaginado! —dijo Marquall. Acariciando el costado de su aparato—. Mi primera misión de combate —dijo. Había pilotado el Nueve-Nueve ya, por supuesto, para traerlo al lago Gocel FSB. Pero para Marquall lo importante era la primera incursión de combate.

—Estará listo para el despegue, tan pronto como acabemos con el último chequeo.

Marquall asintió con la cabeza.

—¡Gracias! —dijo, y se alejó de la cuadrilla de mecánicos para que pudieran hacer la última revisión a su aparato. La noche se había instalado en el bosque: una oscuridad completa, con la oscuridad perforada ligeramente por las tenues luces del campamento.

—¡No puedes dormir!

Marquall miró a su alrededor. Larice Asche estaba en los árboles en el borde del pasillo.

—¡Si!, estoy nervioso —sonrió Marquall.

Se acercó a él y sacó una botella de amasec del bolsillo de su abrigo de vuelo.

—¡Era mejor que lo bautizaras, para tener suerte! —Ella tomó un sorbo y luego le pasó la botella.

Marquall hizo un trago muy largo.

—Así que Doble Águila —dijo Larice. Sus ojos brillaban en la oscuridad, y estaba allí disfrutando de su voz—. Las cosas están saliendo bastante bien para ti, ¿eh, Marquall? Usando el cohete de despegue para ayudarte en una evasión, el primero confirmado en que el piloto sobrevive, un pájaro personalizado... ¡Tienes la fortuna a tu favor, Marquall! Y eso me que dice que vas a llegar muy lejos.

—Supongo —sonrió, un poco nervioso. Tomó otro trago y le devolvió la botella—. ¡Tal vez mi suerte está cambiando al fin!

—¡Oh, ya sé que esta cambiando! —dijo, y se acercó a él, su boca contra la suya. Su entusiasmo se aceleró por la sorpresa.

Racklae saltó de la ala del Nueve-Nueve y empezó a buscar en las cajas de herramientas un rotador del número tres.

—¡Jefe! —dijo uno de sus hombres.

Racklae levantó la mirada, asintiendo con la cabeza, y siguió la mirada de su ayudante, y localizó a las dos figuras entrelazadas en las sombras del camino. Y soltó una carcajada.

—¡El chico estaba muy seguro de que no le van a dar un golpe en la boca...!



DÍA 262

Las caras superiores de los acantilados que estaban encima de ellos de iluminaron de rojo en la madrugada, y largas sombras surcaban el polvo. Hacía frío y el aire estaba extrañamente tranquilo.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Viltry.

—¡Dos cientos sesenta y dos! —respondió Le Guin.

—He perdido... ¡tres días!

—Creo que te golpeaste en la cabeza. Los sanitarios te la arreglaron lo mejor que pudieron.

—¿Tú me encontraste?

Le Guin apoyó en el *Zona de Muerte*, y tomó un sorbo de su botella de agua.

—Encontramos a tu aparato. Mis unidades del convoy estaban saliendo de un montón de problemas. De un valle en el que nos tendieron una emboscada. Nada más entrar en este valle, encontramos a tu avión boca abajo, en el desierto al sur del valle. Estabas tumbado en la arena a unos cincuenta metros de avión.

—No me acuerdo de haber salido del aparato.

—¿Por la fuerza del impacto, tal vez?

—¿El resto de mi tripulación...?

Le Guin encogió de hombros.

—¡Lo siento! Supongo que no lo lograron, Tu aparato estaba quemado. Solo echamos un vistazo y vimos un par de cuerpos. No creo que nos dejáramos nada con vida.

Viltry asintió.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

—No tampoco es tuya, me imagino.

No tienes ni idea, Viltry pensó para sí mismo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Robert Le Guin, capitán de la octava de Pardus blindada.

—Oskar Viltry, regimiento del 21.º del aire de Phantine.

—No tenemos muchos de su especie por aquí —bromeó Le Guin.

—¿Estamos de regreso a la costa?

—¡Sí!, somos parte del ejercito del Señor de la Guerra Humel. Hemos estado en las puertas de la colmena Trinity, y ahora estamos en retirada hacia la costa.

—¿Cómo fue?

—¿Trinity? Una mierda. Un caos sangriento. Pensamos que podíamos ocupar la colmena en una semana. El archienemigo tenía otras ideas y refuerzos de fuera del planeta. Mataron a las primeras oleadas, a lo largo de las terrazas agrícolas, la carretera comercial, los molinos de vapor. El cielo estaba negro. Fuego por todas

partes. Nunca he visto nada igual. —Le Guin se limpió la arena que tenía en la mejilla—. Así que nos retiramos hacia atrás, hacia la costa. Atravesando un desierto, con el enemigo pisándonos los talloes, y las incursiones de las unidades aéreas del enemigo, atacándonos en todo momentos... El infierno que nos encontramos en las puertas de la colmena Trinity, no era nada comparado con el infierno que hemos tenido para llegar hasta aquí. Bajos de agua, combustible, munición escasa, poca comida, averías y enfermedades.

»Los hombres morían al no poderles tratar las heridas, el calor del desierto. Atacados constantemente. Hubo momentos en que pensé que nunca lo lograría.

—Todavía hay mucho camino por recorrer —dijo Viltry.

—Lo sé, pero estamos en las montañas. Dos días, y si el Emperador lo permite y llegaremos a las planicies en el lado norte.

—Algunas unidades ya han llegado —dijo Viltry—. Antes... antes de salir de incursión había noticias de convoyes que entraban en el valle de Lida, hacia la Península. Creo que algunas unidades podrían haber atajado por el oeste.

—Eso es bueno —dijo Le Guin—. Es bueno saberlo, pero aun no hemos llegado todavía.

—¿Vais a volver? —preguntó Viltry.

—¿Qué quieres decir?

—La operación de aire que formaba parte. Cantidades enormes de fuerzas aéreas, en su mayoría de la Armada, han sido traídas para mantener al enemigo ocupado y enlentecer su camino hacia la costa. Para ganar tiempo para que las fuerzas terrestres lleguen a la costa y se reagrupen, para iniciar una ofensiva. Pero no podremos mantenerlos a raya indefinidamente. Quiero decir, que las fuerzas terrestres lleguen a la costa solamente es un parche.

—Todavía hay una guerra que ganar.

—Entonces tendremos que ganarla, ¿no? —dijo Le Guin. Y se puso de pie.

—Deberíamos empezar. Podríamos hacer unos cuantos kilómetros antes de que el calor nos cocine.

Despertó a su dotación, que estaban profundamente dormidos en la sombra del tanque. Sólo en el fresco de la noche era posible descansar un poco. Los envió a despertar a las dotaciones de los otros vehículos. Todos a lo largo del desfiladero, soldados y vehículos estaban estacionados y el silencio se rompió cuando los motores comenzaron a encenderse. Las voces de los soldados se elevaron en el aire.

Otro día de la gran retirada había comenzado.

Van Tull, Del Ruth y Marquall llegaron para la sesión de información previa, que Jagdea había organizado delante de su tienda. Era un día fresco, brillante, con una brisa entrante del lago, y los rayos de la luz del sol radiante pasaban a través de las redes de camuflaje haciendo que toda la zona pareciera que un tablero de ajedrez de la luz y la oscuridad. Blansher llegó y trajo una jarra de cafeína del comisariado. Por alguna razón, Larice Asche apareció vestida con una camiseta chaleco. Tenía una sonrisa enorme, poco habitual en ella, pero Jagdea realmente no quería darle demasiada importancia.

Esperó para empezar hasta que en su reloj marco las 08:45. Justo en ese momento, se oyó el golpe simultáneo de tres despegues en lanzadera. Los Raptors serían los primeros del turno de la mañana.

—¡Se inicia la sesión informática del día!

»Las patrullas aéreas de combate que se ejecutan de modo escalonado —dijo Jagdea—. Tres Raptors han empezado ya y otros tres aparatos despegarán, y así sucesivamente, a lo largo del día, seis máquinas en alto en cualquier momento. Eso significa que probablemente nos toque patrulla antes de la puesta del sol. Va a ser agotador, así que mantengámonos firmes. El enemigo está todavía lejos de la costa. Aun no tiene alcance operativo para golpear Theda. Pero nuestra misión a menos que una formación de bombarderos de entre en nuestra zona, es dar cobertura aérea a las unidades terrestres en retirada que están empezando a salir de los pasos de las montañas. En los próximos días, una operación importante va a prepararse, para que se reagrupen por toda la costa norte.

»Reconocimientos muestran a varias columnas que intentan llegar a la costa cruzando por los pasos del oeste por la zona de Saroja Gocel.

—Están siendo acosados por el enemigo.

—¿Por tierra o aire? —preguntó Van Tull.

—Por las dos. El perfil de la misión es triple. Si encuentran una columna amistosa, la convierten en el epicentro de su patrulla. Quédense cerca, y le darán cobertura aérea, mientras tengan combustible. Si se encuentran con hostiles con intención de atacar a las fuerzas de tierra impídanlo. Si identifican unidades terrestres enemigas, también pueden interceptarlas, llevarán cohetes para este propósito.

—¿Y si nos encontramos con unidades blindadas? —preguntó Del Ruth.

—Usad la cabeza. Informen de su posición y salgan. Y enviaremos a los Marauders. Del mismo modo, si se encuentra con una formación de bombarderos y les superan numéricamente, informen y pidan apoyo. Espero que no haya estupideces heroicas. —Hizo una pausa—. ¿Preguntas? ¿No? Pues hemos terminado la sesión informativa.

Jagdea y Blansher siguieron a los tres pilotos a sus aparatos. Jagdea vio cómo

Larice Asche agarraba a Marquall, riendo con él. En el borde del Nueve-Nueve, Larice besó Marquall con pasión.

—Parece que Larice ha hecho otro derribo —dijo Blansher.

—¿Marquall? Esto es una sorpresa.

—¡En realidad no! ¡Su primer derribo confirmado, algunos actos heroicos! ¡Esta la cosa caliente en estos momentos! ¡Ella siempre va para...!

—¿Larice alguna vez ha ido a por ti? —preguntó Jagdea.

—¡Un caballero es siempre discreto! —respondió Blansher.

—¡Oh!, ¿qué te pasa? ¿Un poco molesto que nunca le hayas llamado la atención?

—¿Qué es por la edad? —Blansher le sonrió con tolerancia—. Si quieres saberlo, intento derribarme hace unos dieciocho meses. Esa tarde en que derribe a los tres Hell Tallons.

—¿Qué pasó?

—¡Me tenía en su punto de mira! ¡Pero rompí, para llegar a la base con seguridad!

—¿Ella no es tu tipo?

—Es perfectamente encantadora, son sus motivaciones lo que no me gusta.

Una sirena sonó. Marquall estaba listo para irse. Se colocaron detrás de los escudos térmicos.

Racklae cerró el mamparo y Marquall sonrió. Colocándose su máscara y casco.

Marquall asintió con la cabeza hacia atrás. Se ajustó la mezcla de aire y se acomodó. Por el Trono de terral, cómo odiaba la lanzadera.

Sintió el sudor de goteando dentro de su traje. Vio cómo el contador de dióxido marcado bajo con los sistemas hipergólicos y válvulas entrelazadas y abiertas. Operaciones hablaba por el comunicador. El cohete se cebó.

Cinco segundos. Los motores comenzaron a encenderse, la capa de redes de camuflaje se abrió, revelando el altísimo cielo azul.

Tres segundos. Pulgar en el gatillo del cohete.

Con un crujido ensordecedor Del Ruth y Van Tull salieron disparados hacia el cielo.

Entonces Marquall miró a su alrededor con consternación. Había apretado el gatillo. Estaba seguro de que lo había hecho, lo presiono de nuevo. Nada, blasfemó.

—¿Umbra Ocho, estado?

—¡Mal! —contestó—. Reiniciar... Una vez más, ¡nada!

Runas rojas de repente se iluminaron en toda su panel de control. Un tono de advertencia sonaba.

—¡Mierda! —gruñó Marquall.

—¿Repita? ¿Estado?

—¡Mal funcionamiento del cohete!

—¡Entendido, Umbra Ocho! Proceda con los procedimientos de emergencia. Estabilice su aparato y active chorros de supresión.

—De acuerdo Operaciones.

Activó varios interruptores, desarmó sus armas, selló los depósitos de combustible y finalmente inyectó un líquido neutralizante en los depósitos de los cohetes de modo que los cebados y volátiles propelentes químicos no pudieran encenderse accidentalmente más tarde. Se necesitarían horas para lavar los depósitos y llenarlos otra vez.

—¡Umbra Ocho asegurado! —dijo Marquall.

Sólo entonces los mecánicos salieron y se apresuraron hacia el avión. Las escotillas de inspección fueron abiertas, y mangueras fueron colocadas para drenar el combustible del depósito. Un levantador y un equipo de armeros se movilizaron para descargar los cohetes de las alas y guardándolos en cajas.

Una escalera se situó en un lado del aparato.

Marquall abrió el mamparo.

—¡Gracias por nada maldito, Nueve-Nueve! —susurró él, y de un tirón salió.

Cuando Marquall pisó el suelo, Racklae estaba fuera de sí.

—Lo sentimos mucho, señor, lo siento mucho.

—Las maldiciones no aparecen en sus diagnósticos ¿verdad? —dijo Marquall amargamente. Podía ver a Racklae como se encogía por la vergüenza.

Sus ayudantes, sin embargo, les pareció gracioso el comentario. Muchos estaban tratando de ocultar su risa. Cerca de allí, los instaladores de la 409.ª, y otro personal de la base, no se molestaron en ocultar su diversión. Su rostro estaba enrojecido, Marquall oyó una risa burlona. No había nada más divertido, al parecer, de un engreído joven piloto, en su primera salida de combate, con su aparato recién decorado, con su orgullo herido.

Era el hazmerreír del día. Y se alejó del hangar.

—¡Mala suerte Marquall! —dijo Jagdea—. Por la tarde dicen que estará listo.

—¡Sí, señor! —le espetó, caminando junto a ella.

Se dirigió hacia Larice, que estaba observando la farsa. Hubo risas en el aire inmóvil.

Marquall extendió las manos en un gesto de abrazarla.

—¿Qué puedo decir? ¿Qué mierda está pasando? Tal vez podamos tomar el desayuno juntos después de todo.

Larice Asche lo miró disgustada.

—¡En otra ocasión! —dijo, y se marchó hacia el campamento.

Sintió el golpe de la aceleración como si le hubiesen golpeado, y Jagdea levantó el Thunderbolt y cambió a vector horizontal, y se elevó para unirse Del Ruth y Van Tull, que la estaban esperando en el punto acordado por los asesores de Operaciones.

—¿Tres, Seis? Lo siento por el retraso. Marquall ha sufrido un fallo de encendido y está fuera. ¡Tendrán que conformarse conmigo!

—No hay problema —dijo Van Tull.

—Siempre es un placer, señor —dijo Del Ruth.

—Vamos a seguir con el juego —dijo Jagdea. Su aparato parecía que estaba bien, a pesar de su despegue inesperado—. Vamos a subir al nivel de cuatro mil a velocidad de crucero.

»Val Tull, ¡a la cabeza de la formación!

—Entendido.

Formaron una V plana mientras subían velozmente, con Van Tull en el ápice, y Jagdea a sus ocho.

El aire estaba claro y la visibilidad generosa, pero todavía hacía el suficientemente frío como para que pudieran estar haciendo estelas de vapor con puntas de las alas y tubos de escape. El auspex no mostraba nada en el cielo, a excepción de los tres Raptors a sesenta kilómetros hacia el este.

Jagdea se sentía incómoda. No esperaba estar volando tan pronto, no antes del mediodía, dada la programación original. Se había comido un desayuno completo y todavía lo estaba digiriendo. La presión le daba nauseabundas a sus entrañas. Se ajustó la mezcla de aire y se sentía un poco mejor.

Tardaron una hora, hasta perder de vista la cubierta forestal ahora estaban sobrevolando a través de los matorrales que marcaba la línea entre la selva y el desierto. La visión era enorme con la luz del día brillante pasando a través del mamparo de la cabina. La tierra despejada se deslizaba por debajo de ellos, formada por con piedras, cardos, cactus y algún árbol.

—¡Tengo un retorno en el auspex! ¡A dos puntos hacia al oeste, a cuatro kilómetros! —dijo Van Tull.

—¡Vamos a comprobarlo! —respondió Jagdea. Volvieron a acelerar, aumentado la presión de la gravedad, pero lo suficiente para Jagdea para sentir una punzada de un calambre en el estómago.

—¿Estás bien, Uno? —dijo Del Ruth—. Un poco tarde para dar la vuelta, ¿no?

—Me he tomado un desayuno contundente —dijo Jagdea.

Se acercaron hacia el contacto, e hicieron un pase a baja altitud. Dispersos a lo largo de la cresta de una duna, encontraron dos tanques imperiales y cuatro transportes de tropas, silenciosos y tranquilos. No hay señales de daños. Algunas escotillas estaban abiertas. EL auspex no mostraba ninguna fuente de calor. No había

señales de vida.

—Están muertos —dijo Van Tull.

—Haremos una segunda pasada —ordenó Jagdea.

Se ladeó hacia el oeste, y hicieron un pase por segunda vez, a menos altitud y a menos velocidad, por lo que parecía que estaban desliziéndose. Con una mirada persistente. Jagdea vio cómo las arenas arrastradas por el viento comenzaban a cubrir a los vehículos. Vio lo que podría haber sido un cuerpo, un bulto en el polvo junto a uno de los transportes.

El enemigo no había hecho esto, o mejor dicho, no lo había hecho directamente. Ese no era el resultado de un ataque aéreo o una emboscada. Era una consecuencia provocada por el implacable desierto. ¿Seguramente se habían quedado sin combustible, o tal vez sin agua? Cualquiera de los dos era suficiente para matarlos. Jagdea suponía que había sido primero el combustible.

En un punto muerto, seco y arenoso. A continuación, el calor y la sed. ¿Si alguno de ellos trató de caminar?

Los cuerpos nunca se encontrarían.

¡Qué muerte más miserable! Si hubieran sabido lo cerca que habían llegado. Otros sesenta kilómetros, y habrían llegado a la línea de bosque. Ella esperaba que no lo hubiesen sabido. La muerte era una cosa. La muerte atormentada por el conocimiento de que la salvación estaba cerca de su alcance ...

Una voz la interrumpió de sus pensamientos.

—¡Umbra, Umbra! Hay una petición de ayuda de los Raptors, ¡es urgente!

—Coordenadas, por favor —respondió Jagdea. Los datos de las coordenadas destellaron en la pantalla principal.

—Se ha recibido los datos, Operaciones. ¡Estamos en nueve minutos entrantes!

Aceleraron sus aparatos y empezaron elevarse.

—¿Las mordeduras todavía te molestan?

Marquall, estaba sentado junto a la orilla del lago, levantó la vista. Y vio al sacerdote, Kautas. El viento fresco de bajura tiraba de sus vestiduras azules.

—Tenía la impresión de que no le preocupaba —respondió Marquall.

El ayatani encogió de hombros.

—Nunca le he dicho esto. En realidad, no estoy seguro de que se lo haya dicho. De todos modos. Pero es mi trabajo. Me acuerdo de los despachos regulares de mi iglesia que tengo un trabajo que hacer. Así que lo intentaré.

—Pareces muy alegre esta mañana.

Kautas se sentó junto a Marquall.

—No se haga ilusiones, se lo aseguro. Soy el hijo de puta tan cabreado como lo estaba ayer.

Kautas sacó una petaca de metal del bolsillo de su túnica y se tomó un trago. Marquall olió el licor. El sacerdote no hizo ninguna intención de ofrecerle la petaca.

—¡Ah...! —dijo Marquall.

—¿Ah qué?

—Nada.

—Me sonaba como si hubieras tenido un gran epifanía, chico piloto.

—Mi nombre es Marquall Vander. Y no, no ha sido una... lo que usted me acaba de decir.

—Me he dado cuenta de por qué parece que esta bien de ánimo.

—¿En serio?

—Ilumíneme, Vander Marken.

—¡Marquall! Si empieza a beber en el desayuno, no me extraña que estés contento a las nueve en punto.

Kautas se rió y se bebió otro trago.

—¿Quién ha dicho que he comenzado a beber en el desayuno? Ese es el comportamiento de un borracho perdido. ¡Comencé a beber hace muchos años atrás!

Marquall negó con la cabeza.

—¡Con todo el respeto! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te he visto aquí, solo en la playa, parecías enojado, así que pensé en venir y compartir tu pena.

—Quería decir aquí, en Enothis, en el Lago Gocel.

Kautas recogió un guijarro del fango de la playa y lo lanzó hacia el lago. Tenía un buen brazo. El guijarro recorrió un buen trecho, y envió una onda a través del agua verde aceitosa.

—¿Por qué ese guijarro está en el fondo del lago? —preguntó Kautas.

—Usted lo ha tirado, allí.

—Sí, pero... —su voz se fue apagando—. No, tienes razón. Lo tiré. Es demasiado temprano para inteligentes analogías filosóficas. O demasiado tarde. Lo que sea. Estoy aquí porque aquí es donde me detuve. Es una pregunta que tengo la intención de preguntarle al Dios-Emperador, cuando por fin se me conceda una audiencia celestial ante el trono de oro como parte de la magnífica acogida de los Beati.

—¡Buena suerte! —contestó Marquall.

—La suerte no tiene nada que ver con eso. Todo es cuestión de fe.

—No parece tener mucha fe padre, Usted parece muy amargado ...

—¿Quiero decir...?

—Te refieres a suministrar refuerzo espiritual para esta base. Y ayuda médica. En realidad, creo que es por la última es por eso que me enviaron aquí. Yo era medico primero, antes de que me convirtiera en un ayatani.

—Se lo digo yo, no está sobresaliendo en ninguna de las dos —dijo Marquall mirándolo.

—Sí, bueno... —suspiró Kautas—. Cada uno hace las cosas a su manera.

Se sentaron en silencio durante un largo momento. Los Mosquitos silbaron a su alrededor. Por fin, Kautas se aclaró la garganta, y dijo:

—¡Pues y pon a prueba mi trabajo! ¿Por qué esta enojado?

Marquall sonrió con amargura.

—Un avión. Una mujer.

—Los aviones no son mi trabajo —dijo Kautas—. Bichos grandes ruidosos. No puedo ayudarte. Las mujeres, son más de mi campo. ¿Te han despreciado? ¿Rechazado? ¿Engañado?

—Lo primero. ¡Despreciado! Anoche ella estaba encima de mí como una bolsa para cadáveres. Esta mañana...

—Bueno, tienes que aprender a superarlo ...

—No había terminado.

—Bueno. Uhm. Incluso teniendo en cuenta que no habías terminado de explicarte, Lo mejor es que lo superes. Es el mejor, y único consejo que puedo darte sobre mujeres.

—Terminemos con eso.

Kautas asintió sabiamente.

—Padre, eres muy malo en esto.

—Yo soy malo escuchando a la gente.

Hubo otra larga pausa. Kautas se sirvió otro trago.

—¡Está bien entonces continuemos! —dijo Marquall—. ¿Por qué estás tan jodido?

Kautas se rascó la cabeza y suspiró.

—Por fin, dijo:

—Porque quería estar allí cuando ella regresó. Pero yo no pude, porque me tenía que quedar aquí.

—¿Quién? —preguntó Marquall.

—¡La Santa mártir Sabbat! ¿No sabes que ha renacido?

Llegaron en motores a la máxima potencia. Jagdea se alegró de ver que habían llegado casi un minuto antes del tiempo de intersección prevista.

La patrulla de Raptors había encontrado un convoy en retirada en el desierto abierto, y había estado vigilando cuando el convoy fue atacado por unidades de acechantes y vehículos blindados más pesados. Los Raptors cogieron totalmente desprevenidos a las unidades del enemigo.

Los Raptors habían utilizado ya sus cohetes, por los restos de tanques ardiendo que llenaban las dunas.

—¡Nos alegramos de verle, Umbra! —dijo Roger Uno—. ¡Poco Podíamos hacer para ayudar al convoy!

—Roger Uno, ¡les relevamos! —respondió Jagdea.

Los Raptors, que habían estado haciendo sus pasadas con sus cañones automáticos, se apartaron, dejando el aire libre para Umbra. Los Raptors eran máquinas duras y negras. Se habían negado a un repintado en su llegada a Gocel. Era una cuestión de orgullo, al parecer.

A continuación, los escuadrones de tanques enemigos continuaban con su avance a través del desierto, tambaleándose sobre las dunas, mientras enviaban disparos tras disparos de sus armas principales a los imperiales que huían.

Jagdea vio una quimera explotar y una plataforma Hydra en llamas. Lanzando estelas blancas de humo al aire, que se unía a la estelas de humo negro de los restos de otros vehículos destruidos.

Ráfagas esporádicas de trazadoras salieron de las baterías antiaéreas del enemigo.

—¡Vamos a tener suerte! —dijo Jagdea.

Van Tull entró primero, velozmente a través del mosaico de humo que se formaba debajo por debajo. Soltó su carga de misiles y se elevó velozmente en el mismo momento.

Las llamas de un bombardeo iluminó el suelo del desierto. Dos tanques enemigos atomizados, se unieron a los restos que habían dejado los Raptors.

Era el turno de Del Ruth, que iba en la cola de Van Tull. Estaba nerviosa, por los proyectiles antiaéreos que explotaban por su alrededor. Disparó sus cohetes y destruyó un tanque, llenando de metralla la pista al estallar. En lugar de retirarse, ella continuó con su pasada, y abrió fuego con su cañón láser, destruyendo un transporte de tropas en pedazos. Luego rompió, gritando por el comunicador.

Jagdea se sentía con náuseas, pero contuvo a su estómago. Y continuó con su pasada.

Vio un tanque pero estaba demasiado cerca. Otro, este estaba en su alcance y disparó. Vio las estelas de humo blanco de los cohetes, y como detonaba el tanque. Continuó con su pasada, derecha a los murciélagos.

Kautas olfateó, pensativo.

—¿Sabes lo que está pasando en Herodor en este momento? —preguntó.

—¿Herodor? ¿Dónde está eso?

—Abajo en el Grupo de Khan, cerca de nueve semanas de este planeta.

—¡No tengo idea! ¿Más batallas? —respondió Marquall encogiéndose de hombros.

Kautas suspiró.

—¡El hombre que lucha tiende a tener una gran cantidad de preocupaciones para ocupar su atención inmediata! —dijo Marquall.

Kautas sonrió.

—¿No es la verdadera vocación del guerrero Imperial para servir y luchar sin dudar ni preguntar? —le preguntó Marquall.

—¡Sí! Pero tener un poco de curiosidad es bueno. ¿Por qué estás luchando?

—Para arrancar de Enothis de las garras de la Archienemigo.

—¡Por supuesto! ¿Y más allá de eso?

—¿Para... para terminar la gran cruzada y liberar a los Mundos Sabbat?

—¿Así que tu mayor propósito es...?

—¡Ganar!

Kautas tomó un trago de su petaca. Esta vez, se la ofreció a Marquall. Marquall sacudió la cabeza.

—¿Por qué son importantes los Mundos Sabbat? —le preguntó el ayatani.

—Son importantes estratégicamente.

—¡No, Marquall! ¿Cuál es su significado?

—Hace miles de años, Santa Sabbat purgo estos mundos del Caos en el nombre del Dios-Emperador. Estamos recuperando los mundos Sabbat en nombre de la Santa.

—Exactamente. Estos mundos son de la Santa Sabbat. Están bendecidos con su toque. Mi primer deber, como ayatani, es con el Dios-Emperador, pero soy específicamente un sacerdote de Sabbat y de los beatos. Los ayatani nos hemos dividido en dos clases. Los que moran en las grandes templos y santuarios, y los que, como yo, que son Itinerantes, que han jurado seguir la trayectoria de la Santa a través de las estrellas y difundir sus enseñanzas.

—Eso está bien —dijo Marquall.

—Es una cruzada que empezó hace casi veinte años. El Señor de la Guerra Macaroth, si mi información es correcta, ha seguido adelante, y ha corrido un enorme riesgo al atacar al corazón del archienemigo en los sistemas centrales. Pero sus flancos están expuestos, y el enemigo ha trasladado a sus fuerzas en estos puntos débiles, con la esperanza de decapitar a la fuerza central de la Cruzada, y dejar solo y vulnerable a Macaroth. Somos los flancos, Marquall: Enothis, del Grupo de Khan. Es

la batalla en que se determinara el éxito o el fracaso de la cruzada. Si no ganamos aquí, no importa si Macaroth logra la victoria en los sistemas centrales. Todo será en vano. El enemigo sabe esto. Pero ahora, según los rumores, el enemigo tiene un objetivo aún mayor. En Herodor, se dice, que la Santa ha renacido.

Marquall parpadeó.

—¿Es posible...?

Kautas frunció los labios.

—Es una pregunta que puede incluso con la fe de un ayatani itinerante, pero parece que es la verdad.

—En este momentos Herodor, como Enothis, está bajo asaltos desesperado por las huestes del Caos. Si este mundo cae, el flanco se desgarrara y la cruzada estará condenada. Si es Herodor es el que cae, y la Santa cae con él, entonces los cimientos del Imperio se tambalearan.

—¿Y te gustaría estar en Herodor? —preguntó Marquall.

—Claro que me gustaría. En su corazón, cada ayatani anhela estar en Herodor, al lado de Sabbat. ¡Pero es mi destino, mi suerte en la vida! Estoy atrapado aquí, retenido por el deber y la agitación de otra batalla, no pude hacer la peregrinación final para ver a la Santa en persona.

Una brisa se levantó en el lago. Los árboles de la costa se tambalearon.

—¡Esto hace que mis propios problemas no tengan importancia! —dijo Marquall.

—¡Tal vez sea mejor sacerdote y consejero de lo que yo pensaba!

Kautas negó con la cabeza.

—Soy bueno en dos cosas, Marquall Vander. Beber y perder el tiempo esperando el fin.

—¿Qué fin?

—El fin de esta guerra. El fin de este mundo. Mi propio fin. Cualquiera que sea lo primero que llegue para poder estar con los beatos.

Marquall se puso de pie.

—¡No pienses de esa manera. Huele demasiado a pesimismo. Todavía podemos ganar, dígame a sí mismo que. Aquí, y en Herodor. La Cruzada todavía puede triunfar. Los Beati todavía pueden ganar en Herodor!

—¡Incluso los pensamientos amargos de un hombre puede dar la fuerza del enemigo, Además! —añadió—. ¿No se le ha ocurrido que los beatos quieren que esté aquí?

Kautas no respondió. Marquall se encogió de hombros y se dirigió hasta la orilla de la base.

—¿Marquall?

Se dio la vuelta y miró hacia atrás. El sacerdote se había levantado, mirándolo fijamente.

—¿Si, padre?

—¡Lo que me has dicho sugiere que los beatos quieren que estés aquí también!

El cielo estaba oscuro, por los murciélagos. Literalmente, terriblemente oscuro. Una oleada de bombardeos, tal vez una quinientos aparatos, pasaban por encima como una nube lenta aproximadamente a los diez mil metros.

Otras dos grandes oleadas, igualmente de grandes, las estaban siguiendo, con diez kilómetros de separación.

La mayor parte simplemente se movían hacia las zonas objetivos en el despreocupado Litoral. Sin embargo, una formación de bombarderos, veinte o más, se había salido de la formación para atacar a la columna en retirada, y varias docenas de cazas de escolta se habían unido a los bombarderos.

Jagdea oyó a Del Ruth y uno de los pilotos de los Raptor llamando frenéticamente a operaciones.

—¡Formaciones de bombarderos! ¡Quinientos aparatos o más, entrando en el desierto, girando hacia el norte-este, diez mil metros!

Jagdea estaba demasiado ocupado tratando de evadirse de los Hell Razors, que eran la mayoría, pero había otra clase de aparatos con alas largas que formaban ángulos que empezaban por la zona de la cabina y terminaban en la parte trasera del fuselaje y tenía un morro muy alargado.

Jagdea se estabilizó a tiempo de oír como operaciones le ordena a los pilotos imperiales que rompieran y se retirasen.

—¡Soy el oficial de Umbra! —grito ella—. ¡Negativo! Repito negativo a la retirada, si nos marchamos el convoy será destruido.

Tal como estaban las cosas, ella y los otros aparatos Umbra tenían menos de veinte minutos para abandonar la zona antes de que las necesidades de combustible les obligaran a volver a la base. Los Raptors probablemente tendrían menos de diez.

Los bombarderos enemigos, todos ellos con espeluznantes esquemas de pintura, ya estaban alienándose sobre las fuerzas terrestres Imperiales, para derramar sus bombas sobre los tanques, vehículos, camiones y hombres, para destruidos.

El fuego de las plataformas Hydra sembraban el aire de trazadoras.

Vio a uno de los Raptors, haciendo fuego sobre un Hell Razors. Después de destruirlo continuó bajo, y ametrallo los tanques enemigos. No había ninguna señal de Del Ruth o Van Tull, pero podía oír sus llamadas, urgentes pidiendo refuerzos. Todavía estaban en el juego.

Jagdea armo el cañón automático, y entró a un Hell Razors que estaba iniciando su pasada hacia el convoy.

Sus primeros disparos salieron desviados, pero fueron suficientes para asustarlo y obligarlo a retirarse abruptamente. Se dio la vuelta de nuevo, corrigió su velocidad y disparó otra vez, impactando por toda su sección de popa. La máquina entera se desintegró, En una explosión de piezas de metal y secciones de fuselaje en llamas con

Los pedazos grandes de escombros se habían dispersado por su ruta, iba demasiado rápido para evitar la colisión. Oyó los impactos a través de su fuselaje. El impacto de algo negro agrietó el mamparo de su cabina dejando en el cristal una marca en forma de estrella en el cristal blindado. Otra cosa golpeó en el ala y dañó una pieza del alerón, obligándola a compensarse con una rápida maniobra de ajuste. Sin embargo, otro trozo de metralla grande impactó en un motor, y rebotó en el morro, que casi la derribo del cielo.

Jagdea aguantó y recuperó el control del Thunderbolt. Sentada en su silla, podía ver el impacto en el morro de su aparato. Tenía varios tonos de aviso de daños. Miró su pantalla. El cañón láser no funcionaba. O bien el impacto había dañado al cañón o había cortado la alimentación de la batería.

Canceló las alertas, luego armó los cañones automáticos la única artillería que le quedaba.

Un Raptor se acercó a ella en la confusión, ascendiendo velozmente. Justo en su estela llegaron tres Hell Razors, descargaban sus armas sobre el raptor sin descanso, a continuación, Van Tull, persiguiendo a los perseguidores.

Jagdea activó a los quemadores, aumentando su velocidad y se colocó a las cuatro de Van Tull. Llegó a tiempo para verlo anotar. Tres disparos con el cañón láser salieron del aparato de Van Tull hacia un Hell Razor que se desintegró en una bola de fuego, Van Tull tuvo que hacer un descenso violento para evitar el resto del fuselaje del Hell Razor, Jagdea gritó y inició una lluvia de fuego, sobre otro Hell Razor pero no pudo salvar al Raptor. Recibió un impacto por detrás, se sacudió. Y comenzó a echar humo negro. Las llamas empezaron a envolver al raptor. Vio como se desprendía el mamparo y el piloto se inyectó del aparato, para segundos después de explotar en el aire.

Los restantes Hell Razors se habían desperdigado tan pronto como habían conseguido su derribo, principalmente, supuso, para quitarse de encima a Jagdea. Uno de ellos logró virar y se acercaba frontalmente hacia ella. Era de color rojo. Jagdea vislumbró en el frontal la representación de una evisceración. Se ladeó violentamente, tratando de esquivarlo, se precipitó hacia el suelo del ardiente desierto. A continuación, elevó el morro por lo que regresó de nuevo al combate, moviéndose de derecha a izquierda. Logró colocar otro Hell Razor en la mira. Su pulgar presionó el gatillo. Y sintió las sacudidas y el balbuceo de los cañones automáticos, vio algunos impactos en el fuselaje, pero el Hell Razor aparentemente estaba ileso, se estabilizó, luego se inclinó, y empezó a salir humo de un motor, y se inclinó había abajo entrando en barrena.

Jagdea vio al piloto de Raptor, balanceándose a través del aire con el paracaídas abierto, de pronto una de los aparatos desconocidos abrió fuego sobre el piloto, convirtiendo el cuerpo en carne picada por los impactos de gran calibre, destrozando

el paracaídas y lo que quedo del piloto del raptor se estrello contra el suelo a gran velocidad.

La rabia envolvió a Jagdea. Y aceleró para perseguir al asesino de de morro largo, pero la fuerza de la gravedad era demasiada y logró quitarse la máscara antes de vomitar el desayuno de su cuerpo.

—¡Dios-Emperador... Dios Emperador...! —jadeaba. Se estaba mareando y volvió a vomitar, logro ponerse la máscara de nuevo, aspirando la mezcla aire. Sabía que había estado volando recta demasiado tiempo, incluso antes de que la alarma avisara que algo iba a por ella. Trató de virar hacia la derecha, pero sus brazos estaban débiles, y su cuerpo febril. Sintió varios impactos sólidos en el fuselaje.

Respiró hondo y se obligo a utilizar las fuerzas de le quedaban, y inclinó el Thunderbolt hacia arriba para encontrarse de golpe entre medio de una formación de cinco Hell Razors que estaban iniciando un pasado sobre el convoy de tierra. Ni siquiera tuvo tiempo de disparar. Los Hell Razors tuvieron que romper la formación para no estrellarse contra el Thunderbolt.

Su atacante era evidentemente bueno. Continúo pegado a su cola.

Serpenteando furiosamente, y escudriñó el cielo de su parte trasera ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba?

Lo vio. Justo a sus seis. Otro de los aparatos desconocidos de morro largo. Tenía una buena visión del aparato.

Lo suficiente como para ver qué, que los motores de empuje. No eran convencionales, y que el fuselaje tampoco era convencional. No sabía de qué material estaba hecho.

Jagdea activó los frenos, sorprendiendo al murciélago que la sobrepaso y luego se coloco en la cola de aparato desconocido y le hizo una demostración de la potencia de sus cañones automáticos.

El murciélago acabó envuelto en llamas como una antorcha.

Jagdea se apartó, evitando los restos.

Por el comunicador, los dos restantes Raptors que ya habían alcanzado el límite de combustible. Y que lamentaban de tener que retirarse.

—¿Tres, Seis, todavía estáis conmigo? —dijo Jagdea a través del comunicador.

—¡Afirmativo! —respondió Van Tull.

Una pausa.

—¡En el aire! —dijo Del Ruth. Su voz era quebradiza.

Girando la cabeza por su alrededor, Jagdea vio a Del Ruth aproximadamente un kilómetro al oeste y más de mil metros por debajo de allá.

Lo estaban acosando con dos Hell Razors vio que el Thunderbolt Del Ruth estaba dejando una estela de humo blanco.

Jagdea presiono el acelerador e inicio un descenso directamente hacia los

murciélagos, que se dieron cuenta de una maniobra y rompieron.

—¡Los tengo! —dijo Jagdea—. ¡Rompa y aléjese, Del Ruth!

—¡Sí, señor! —respondió Del Ruth por el comunicador—. ¡Lo siento!

—¡Regrese a la base, con vida! —ordenó Jagdea.

Jagdea se desesperó. Con Del Ruth y los Raptors dirigiéndose a la base, sólo estaban ella y Van Tull en el aire. Aparte de la nube de murciélagos.

Tenía tres minutos para que el combustible entrara en el límite para volver a la base.

Jagdea vio a un Hell Tallon y se volvió hacia él, pero se las arregló para recoger dos o tres más en su cola. Viro para obtener un grado de desviación de setenta grados suficiente para centrarlo en su punto de mira. Pero cuando apretó el gatillo, no paso nada.

El viraje violento hacia que su aparato tuviera que soportar una fuerza de la gravedad nueve veces superior a lo normal, hasta el punto de que los cargadores automáticos no podía levantar la munición para los cañones.

En retrospectiva, Jagdea se alegró de haber vomitado su desayuno. Y de que los cargadores automáticos, hubiesen fallado también se alegraba por ello. A esta fuerza de la gravedad, los proyectiles eran impredecibles, y lo más seguro que hubiesen estallado, y hubiese tenido una muerte estúpida.

Salió de la curva de aceleración, y se alineó con un Hell Razor, y los cargadores automáticos volvían a funcionar, como pudo comprobar después de ver estallar al Hell Razor.

—¡Bonita acrobacia! —dijo una voz por el comunicador. Era Blansher.

—¡Me alegro que aun estés en el aire! —le gritó.

—¡No volveremos a estar alegres a menos que lleguemos a la base! —aconsejó Blansher, mientras disparaba a través de un formación de Hell Razors.

—¡Creo que los tres tendríamos que retirarnos hacia la base, el combustible se acaba!

—¡Del Ruth ya se ha ido. Pero tenemos que proteger al convoy!

—¿Hablas en serio? ¿Has visto los murciélagos que hay en el aire? Además, no queda mucho del convoy.

Jagdea miró hacia abajo. En el suelo del desierto había una gran cantidad de restos e incendios, y solamente unos pocos vehículos imperiales estaban todavía en movimiento. A pesar de sus esfuerzos, los Hell Razors habían bombardeado la mayor parte de la columna en su totalidad.

—¿Podemos irnos? —dijo Blansher.

—Si, no hay nada que podamos hacer, aparte de suicidarnos heroicamente.

Cinco Thunderbolts de Phantine salieron de entre las nubes, desde el este uniéndose en el combate detrás de ellos.

Ahora Bree Jagdea entendió el significado completo de observación de Milán Bansher. Duchado y limpio, estaba en la sala de reuniones del refugio principal del FSB, escuchando el zumbido del aire acondicionado.

Frente a ella estaba el comandante de la base, Marcinon y el oficial de vuelo Ortho Blaguer, el oficial de los Raptors.

Blaguer, tenía la cara estrecha, que tendría aproximadamente unos cincuenta años, tenía el mando del aire, y sobre Jagdea en la base. Su protección de vuelo era tan negra como el fuselaje de su avión.

—¡Recibieron la orden de retirarse! —dijo Marcinon.

No le había gustado desde el principio. Su desagradable voz, y por los Augméticos que sustituían su ojo izquierdo.

—¡Si, señor! Sin embargo, después de estudiar la situación, y en mis atribuciones de comandante de vuelo tome la decisión de no retirarme. Había vidas para ser salvadas.

—¡Y para perderlas! —dijo Blaguer. Jagdea no le gustaba. Parecía el peor estereotipo de los pilotos de la armada.

—Operaciones de Gocel decidió que no era una lucha que pudiera ganarse —dijo Marcinon—. Sin embargo, cinco de sus pilotos... déjame ver ahora... Milán Blansher, Larice Asche, Katry Waldon, Zemic Orlonz y Ranfre Goran... desobedecieron a Operaciones Despegaron sin el permiso de operaciones, y entraron en combate.

—Con su acción nos salvaron la vida a mí y a Van Tull —dijo Jagdea.

—Esa no es una buena razón para desobedecer órdenes, Jagdea. Tengo la intención de disciplinarlos a todos, especialmente a usted, comandante ¡Por el Trono!, me da igual que necesitemos a todo los pilotos en activo.

El rostro de Marcinon se había vuelto rojo. Se le marcaba una vena en su frente.

—¡En realidad, yo no creo que se deba disciplinarlos! —dijo una voz.

Jagdea miró a su alrededor. Un sacerdote ayatani había entrado en la habitación, seguido por Blansher y Marquall.

—¿Kautas? —se burló Blaguer—. Váyase padre, no hay alcohol aquí.

El ayatani Kautas sonrió al oficial de los Raptors.

—No se preocupe, oficial, ¡ya he bebido demasiado estos días! He estado conversando con el señor Blansher aquí. Buen tipo. Segundo al mando de Umbra, por lo que el señor Marquall me ha dicho. Este es Marquall. Y le presentó también al señor Blansher.

Marcinon se revolvió entre los papeles.

—¡Y Usted es el sacerdote borracho! Así que váyase.

—¿Borracho? ¡Sí. Bien... bueno! ¿Quién lo hubiera pensado? —Sonrió Kautas

—. ¡No se puede disciplinar a la ala Umbra! De hecho, no se les puede reprochar nada en absoluto. ¿Sabe por qué?

—¡Oh, por favor, ilumíneme! —dijo Marcinon cansado.

—¡Son de la armada Imperial! Todos y cada uno de ustedes. No tienes autoridad sobre el regimiento de Phantine.

—Esto es ridículo —comenzó Blaguer levantándose.

—¡Cállese, oficial de la armada! —le espetó Kautas. Jagdea tuvo que aguantarse la risa—. ¡Usted es de la armada Imperial!

—¡Sí, padre! —dijo Marcinon, evidentemente incómodo.

—Así es, la Armada no tiene ninguna autoridad sobre la Guardia Imperial que yo sepa.

—¡Ninguna! —dijo Marcinon, con los dientes apretados, de pronto consciente de dónde iban los tiros.

—¡Entonces callase! —dijo Kautas—. Estos pilotos son de Phantine y pertenecen a la Guardia Imperial. Una excepción. Una rareza.

»Su mundo es, cómo debería saber, sólo cielo. Así que solamente pueden reclutar a pilotos para las levas de la guardia imperial. No son de la armada. Y nunca lo serán. Usted no tiene jurisdicción sobre la guardia imperial.

—¡Muchas gracias por iluminarnos, padre! —dijo Marcinon.

—¿Comandante Jagdea, algún comentario?

—¡Creo que ya se ha dicho todo, señor! —respondió ella—. Somos un regimiento de la Guardia Imperial de Phantine. Estamos aquí, en este mundo, dispuestos y con ganas de volar junto a nuestros compañeros los pilotos de la Armada, en una cooperación de riesgo para el bien de la humanidad. En el espíritu de cooperación, acepto sus justas acusaciones y le ofrezco mis disculpas. Pero por favor no se atreva a disciplinarnos. Ya que se abriría una caja de Pandora, señores, ya que probablemente tendrían que implicar al mismísimo Señor de la Guerra, para resolver la situación. Y ya tiene demasiadas y urgentes complicaciones para acciones disciplinarias inútiles.

Hizo un saludó y se giró sobre sus talloes.



DÍA 263

El día anterior, el destino o la protección del Dios-Emperador hizo que el día pasara sin incidentes de importancia en los pasos que atravesaban las montañas. No era un indicio de que la guerra los hubiera olvidado, pero no había contactos en el auspex, ni siquiera el murmullo lejano de un avión de combate. Sus cantimploras se llenaron con agua fresca y salobre de los arroyos de montaña, lo que había impulsado una repentina sensación de expectativa y esperanza en las columnas en retirada. Al caer la noche, donde anteriormente Le Guin habría ordenado una parada para descansar, había ordenado continuar en ruta para evitar las bajas temperaturas, que podían alcanzar temperaturas muy bajas.

En alguna hora después de la medianoche, la columna pasó por el paso más alto de las montañas en un lugar llamado Cut Ragnar, y comenzó su descenso hacia el valle del Lida.

Viltry iba en el tanque *Zona de Muerte*. Le habían ofrecido el lugar de un artillero muerto en el último ataque unos días antes. No se esperaba que realizara alguna tarea. Era simplemente era un pasajero.

Le Guin tomó el relevo en la conducción a mediados de la noche, para que Emdeen pudiera descansar. Emdeen subió al asiento de la torreta del comandante y de inmediato se quedó dormido. Más abajo, Viltry encontraba difícil de alcanzar el sueño. El ruido del motor del tanque era insoportable, y su movimiento mucho más violento que cualquier avión, incluso con turbulencias por mal tiempo. Era una vibración, un temblor, no como las variaciones de fluidos de vuelo. Rocas sueltas lanzadas por las cadenas resonaban contra el pesado blindaje. Hacía calor, a pesar de la noche fría y húmedo, y el aire apestaba a humo, aceite y a cuerpos sin lavar. Tampoco había nada que ver. La noche era sin luna, una oscuridad envolvente. Los elementos del convoy se trasladaban con los faros cubiertos para que no los pudieran ser localizados desde el aire. Dentro del tanque, no había más que la luz roja de la cabina y el brillo de las pantallas, del panel de mando.

Cuando Le Guin gritó que por fin habían pasado por encima del paso más elevado de las Makanites, Viltry simplemente tuvo que aceptar la palabra del oficial al no tener visión del entorno.

Emdeen reanudó su conducción al cabo de unas horas, y Le Guin y Viltry se sentaron en la torreta con las escotillas abiertas. El aire era frío y húmedo y lleno de humo de los tubos de escape de la larga línea de vehículos, pero por lo menos refrescante en comparación del interior congestionado.

Todavía había muy poco que ver.

En camino curvado hacia abajo a través de desnudas y grises colinas, que serpentea a través de un paisaje de cantos rodados que parecía desprovisto de vida. Detrás de ellos, los Makanites parecían torres contra un cielo blanqueado.

Salió el sol, pero la niebla se negó a aclararse, y engendro una capa de neblina que dejaba una pobre visibilidad.

Pasaron por tres camiones de tropas imperiales, abandonados en un lado del camino, la evidencia de otra columna y a continuación, a las diez, llegaron al final de la cola de la misma. Era dos veces el tamaño del contingente de Le Guin, y se movía mucho más lenta. Y tuvieron que coger el ritmo de la misma. Le Guin movió su tanque a la cabeza de su formación, y se puso en contacto con los oficiales de la columna a la que seguían por el comunicador. Desde donde estaba Viltry podía oír por casualidad, las conversaciones de sus nuevos compañeros, y como estaban estableciendo la jerarquía de mando. La jerarquía de mando era muy importante en las fuerzas de tanques y de infantería hacía tiempo que las habían perdido. Al parecer, los camiones cisterna bajo el mando de Le Guin en estos momentos, pasaron a las órdenes del oficial superior que comandaba la otra columna debido al hecho de que los camiones de tropas de la otra columna estaban escasos de combustible, y se iban tomando las decisiones por las necesidades del momento.

Le Guin parecía especialmente contento de saber que varias dotaciones de tanques de su propio regimiento estaban con la otra columna.

—¡Están mejorando las cosas! —bromeaba Le Guin en sus conversaciones con el comunicador con un capitán llamado Woll.

—¡Me alegro de oír su voz! —le dijo Le Guin mientras se acomodaba en el asiento al lado de Viltry.

—¡Había oído rumores de que tu regimiento había sido destruido a las puertas de Trinity. Viejo bribón!

Viltry entendido el deleite de Le Guin. También se habría alegrado de saber de viejos amigos dados por muertos.

La niebla dejaba un poco más de visibilidad, pero el día no se aclaraba. Habían llegado a un bosque, y al límite de lo que parecía ser una carretera asfaltada. El valle del Lida, que tenían que atravesar hacia su destino la costa.

Otros habían pasado por allí antes que ellos. No había más vehículos abandonados o cerca del camino, despojados de sus equipos. Pasaron por delante de varias estaciones agrícolas y complejos agrícolas que habían sido abandonados por sus habitantes, posiblemente semanas antes. Los lugares habían sido ampliamente saqueados. Tiendas, graneros y silos estaban vacías, viviendas saqueadas o quemadas. Corrales para el ganado y enormes granjas de aves de corral estaban rotas y vacías.

En algunos campos, avistaron hileras de tumbas recientes.

El camino les acercó al río, y siguiendo su curso. Más granjas arruinadas a lo largo de sus orillas, granjas y viviendas destruidas, entonces un pueblo entero, vacío y en ruinas.

Al mediodía, se encontraron con un convoy de restos de vehículos quemados y

destruidos, a lo largo de kilómetros podían ver los cráteres de explosiones. El bombardeo debía haberse realizado al menos hacia tres días.

Los tanques con palas, y los tractores de los pocos ingenieros que quedaban, tuvieron que ir delante despejando el camino de restos, apartándolos a un lado para permitir el avance. Había sido un ataque aéreo; Viltry podía ver todas las señales.

Más adelante confirmaron que los bombarderos se habían cebado con todo el valle del Lida ya que los daños era algo común. Los restos de otros convoyes se interpusieron e su camino. Los cadáveres ennegrecidos sin enterrar estaban en las cunetas. Más cuerpos hinchados flotaban boca abajo en los canales del sistema de riego. Los últimos tres municipios que encontraron en ruta habían sido bombardeados por ataques de bombarderos pesados y no sólo saqueados y abandonados.

Ahora se trataba de un paisaje miserable donde lo que antes fuera una prospera comunidad agrícola. Miles de hectáreas de tierras de cultivo se habían quemado por daños de bombas incendiarias incontroladas. Granjas, aldeas, pueblos enteros había sido destruidos. Había tramos de bosque, donde no quedaba más que troncos astillados que sobresalían de las cenizas esparcidas por el suelo. Cráteres muchos de ellos llenos de agua de lluvia, perforaban el panorama en muchos kilómetros. Sistemas hidropónicos filtraban ríos de algas a las carreteras por diques rotos. La columna siguió adelante.

No era niebla lo que manchaba el cielo, eran residuos de humo de los días de incursiones e incendios. Al final del ancho valle herido, podían identificar otras comunidades bombardeadas envueltas por el humo gris de los incendios que aun estaban sin control, desde hacía días.

A Las 13:33, se dio la alerta, a Diez kilómetros hacia el norte, destellos brillantes y el ruido de explosiones. Unos minutos más tarde, una formación de aparatos enemigos fue avistada hacia el sur a media altura. Los aparatos con sus bodegas vacías de bombas, ignoraron la desordenada columna, pero no había duda de que había avisado de la presencia del convoy.

La columna imperial había comenzado a cruzar un puente milagrosamente ileso en un afluente del rio principal, justo después de las 14:00, cuando una segunda alerta fue dada.

Había empezado a llover, y el auspex no era de fiar en esos momentos. Un aire se lleno de confusión y el pánico se levantó en el convoy. Le Guin subió a la torrera, y luego cogió el comunicador.

—¡Seguid atentos por si los auspex pueden rastrear alguna unidad hostil!

—¡Vamos! —gruñó Le Guin por el comunicador—. Estoy en el *Zona de Muerte*. ¡Tiene que haber alguna señal, aun con mal tiempo!

Viltry abrió la escotilla superior y estiró el cuello hacia el cielo encapotado, oliendo el aire frío y húmedo, escuchando. El sonido de voces agitadas llegaba de

todas partes, los motores palpitantes, el ruido de la torreta con las armas apuntando al cielo, las gotas de lluvia repiqueteaban sobre el blindaje.

Y allí, oculto detrás de todo el ruido, el gorjeo de los motores de empuje vectorial. Viltry miró ansiosamente a Le Guin.

—¿Qué? —preguntó Le Guin, de pie.

—¿Los oyes?

—¿Dónde? Espera... ¡sí. Es por delante de nosotros!

—¡No! —dijo Viltry—. ¡Es un rebote acústico del valle. Están detrás de nosotros!

Le Guin inmediatamente comenzó a girar la torreta del ejecutor hacia su parte trasera.

—¡Cruza el puente! —le gritó a Emdeen.

—¡Moveos! —gritó Viltry desde la escotilla a los camiones—. ¡Vamos, despejad al camino!

—¡Tenemos que avanzar más rápido!

Más de dos tercios de la columna todavía tenían que cruzar por el puente.

Viltry oyó un cambio en el sonido de los aparatos enemigos.

—¡Aquí vienen! —gritó.

Alguien por fin había dado la alarma, y desde el final de la línea vehículos, todos los vehículos armados comenzaron a disparar hacia el cielo. Desde los tanques, hasta las pocas plataformas Hydra que todavía tenían municiones. Los soldados que estaban de pie en las partes traseras de camiones, comenzaron a descargar sus rifles láser hacia el cielo. Cientos de guardias imperiales desarmados o de otras ramas, salieron a toda prisa de sus transportes y corrieron a esconderse entre los árboles y las cañadas del afluente.

El fuego era intenso. El convoy llenó el cielo lluvioso con una ventisca de proyectiles iluminando el cielo. No había ni rastro de los hostiles.

—¡Han empezado a disparar demasiado pronto...! —dijo Viltry, notando que Le Guin al menos no había empezado a disparar.

Le Guin estaba a punto de decir algo. Pero algo que venía del norte, bajo y muy rápido. Y menos de un segundo después, se produjo un ruido sordo y hueco, una gran bola de llamas se elevó hacia el cielo a unos trescientos metros detrás de ellos.

Viltry vio al murciélago en segundo después, un Hell Tallon. Había disparado su carga de cohetes sobre el final del convoy, y había dado claramente a algo importante... un tanque, un camión de municiones, tal vez. Una cortina de brillantes llamas se derramó en el aire detrás de ellos. Pequeñas manchas negras, que para Viltry eran muy probablemente los grandes restos de la detonación del vehículo, actuaban como metralla.

El Hell Tallon mantuvo su altitud, y usó el cañón automático para rastrillar el convoy. El ruido de los aparatos enemigos era aterrador.

Agachado en lo que parecía una caja de metal frágil, Viltry experimentado el psicológico impacto de un ataque por aire por vez primera. Él prácticamente se quedó inmóvil, su cuerpo se negaba responder. Sus dientes castañeteaban.

No, le castañeteaban los dientes porque Le Guin abrió fuego con las armas principales, la batería de cañones automáticos, sumo su fuerza a la tormenta de proyectiles antiaéreos. La torreta se sacudió y empezó a girar. Se agarre los bordes de la escotilla, Viltry se quedó mirando el entrante Hell Tallon. Una ráfaga de verdes trazadoras de una Hydra le causo algún impacto. Ya que se ladeó un poco, casi con delicadeza, negándose a ser aparatado de su trayectoria.

Sus cañones seguían disparando de manera intermitente por el resplandor alrededor de los soportes de armas empotradas.

Los impactos sembraban la muerte por la carretera. Un camión de carga se estremeció violentamente, como si una cuadrilla equipada con taladros estuviera trabajando en su superficie. La lona de camuflaje que cubría la parte trasera se desprendió hacia el aire llena de agujeros. La Carrocería de partió por la mitad envuelta en llamas y humo cuando la carga del camión explotó, un segundo camión se tambaleó y se incendió inmediatamente. Viltry vio a hombres saliendo del camión como antorchas humanas. Aún en marcha, el camión se salió de la carretera, y rebotó contra el terraplén y rodó sobre su costado sobre los cañaverales, silbando una espesa nube de vapor cuando el fuego se apago por el agua.

El Hell Tallon pasó por encima. Viltry se estremeció cuando algunos de sus proyectiles rebotaron en el blindaje del *Zona de Muerte*.

Los disparos de Le Guin intentaron derribarlo pero falló.

—¡No calculas bien la desviación! —gritó Viltry.

—¿Qué?

—¡Desviación! No te estás anticipando a la trayectoria del murciélago.

—¿Puedes hacerlo mejor? —preguntó Le Guin.

—¡Puedo intentarlo! —respondió Viltry.

Le Guin ordenó a Matredes en el compartimiento inferior que se apartara del cargador automático. Y cambió a la posición de los asientos del comandante lo que permitió Viltry pudiera sentarse en el asiento del artillero.

—¡Hay que tener en cuenta que esto no es un vehículo antiaéreo! —advirtió Le Guin.

—¡Lo sé! —dijo Viltry.

—Quiero decir, no tenemos una elevación como los Hydra. Sólo estoy tratando de arrojar un poco de fuego.

—¡Lo sé! —repitió Viltry. Estaba mirando en torno a los accesorios de la torreta, familiarizándose con ellos—. ¿Control y la dirección?

—No —dijo Le Guin, señalando a una palanca de embrague de doble sentido.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Bueno, hay algunas diferencias, pero no es tan diferente de una torreta de Marauder —Viltry se sentó acostumbrándose a la vista prismática, y probó un giro alrededor de la torreta.

—Lo estaba haciendo bastante bien, por cierto —dijo Viltry—. Pero no tiene experiencia con objetivos aéreos.

—¡Piensa que van a moverse como una flecha o un dardo, pero el vector de empuje no hace eso se mueven hacia arriba o hacia un lado de una manera extraña!

La parte de atrás del convoy ardía ferozmente.

—¡Vienen más! —gritó Le Guin, con una mano en el comunicador. Las baterías Hydra en la carretera abrieron fuego otra vez. Viltry se esforzó por ver con su visión limitada.

—Vienen por el puente. Quieren que esta columna se detenga justo aquí.

Viltry inició un giro con la torreta, y comenzó a disparar. Dios-Emperador, que era lento y torpe, y era casi como disparar a ciegas. El Hell Tallon se acercaba, Viltry comenzó a darse cuenta de por qué Le Guin no calculaba bien la desviación. El *Zona de Muerte* había sido construido para antipersonal, no para cobertura aérea.

Hizo girar la torreta rápidamente, inmediatamente para disparar a un segundo Hell Tallon en su trayectoria hacia el interior. Viltry utiliza las columnas de humo de los incendios a lo largo de la carretera como una escala, luego comenzaron a disparar de nuevo al aire por encima del puente, En el punto en el que él estaba seguro de que el enemigo iniciaría su pasada. Tan elevado como pudo con los cañones gemelos del *Zona de Muerte* y inicio un intenso fuego había las nubes, y iba arrastrando a su alrededor la torreta, con el objetivo no hacia el Hell Tallon, ya que cuando llegaran los proyectiles el Hell Tallon ya habría cubierto la distancia.

Un Hell Tallon, azul con líneas blanco, trato de escapar en el último segundo, pero su avance fue detenido por una descarga cerrada por el *Zona de Muerte*, que partió el fuselaje en dos grandes fragmentos. El tanque se sacudió por su paso. Los restos del Hell Tallon cayeron el río principal y en la orilla, seguido de una explosión.

Matredes, Emdeen y los otros tripulantes empezaron a gritar de alegría. Le Guin le dio unas palmadas a Viltry en el hombro.

—¡Eso fue solo suerte! —dijo Viltry.

—¡Presiento que aun no ha agotado la suerte! —dijo Le Guin.

—¡Otro! —gritó el cargador, mirando al auspex.

Viltry dio la vuelta a la torreta de nuevo. No creía que fuera a conseguir nada por el estilo. Pero iba a intentarlo de todos modos, esta vez esperaría hasta el último segundo para dispara para sorprender al avión, oyó como los proyectiles del Hell Razor rastillaban por su línea de ataque, y volaba hacia una plataforma de un Hydra. En el momento en los cuatro cañones automáticos de cañón largo de la Hidra se

dirigieron hacia el aparato enemigo, la Hidra inundo el cielo con sus ráfagas, iluminando el cielo con sus trazadoras. El Hell Tallon empezó a subir para estallar en un instante cuando fue alcanzado por los proyectiles de Viltry, que había calculado perfectamente la trayectoria, llovieron escombros sobre la posición de Viltry, oyó como un resto grande impactaba en el blindaje del tanque, y después de la sacudida la tripulación del *Zona de Muerte*, comenzó a gritar otra vez.

Después de eso, no habría más intentos de rastrillar al convoy, por un tiempo. Le Guin sacudió la mano a Viltry.

Viltry respiraba con dificultad, con el pulso acelerado. Por primera vez desde su derribo del *G para Greta*, se sentía como si tuviera un propósito. Había ayudado a defender un puente estratégicamente importante.

La sensación de confianza que había recuperado poco a poco en Enothis volvió y respiró con tranquilidad, al convencerse que volvería a la cafetería del muelle, a disfrutar de la compañía de Beqa Mayer.

El derribo había roto su confianza. Pero ahora se sentía extrañamente centrado.

—¡Hay una guerra que ganar! —afirmó, y sintió culpa y remordimiento, por la tripulación del *G para Greta*, por un pequeño instante, sentado en la torreta del *Zona de Muerte*, rodeado por la animación y gritos de hombres a los que apenas conocía, Viltry se dio cuenta de que la culpa y el remordimiento serían verdaderamente difíciles de soportar si no hacía el esfuerzo para continua vivo. Para luchar contra los enemigos de la humanidad, y para volver a encontrar a la mujer que había mostrado su bondad hacia un extraño.

La columna comenzó a moverse de nuevo. La lluvia arreciaba, y cerraron las escotillas.

El valle era un lugar gris, desanimado, y había una gran distancia por recorrer antes de llegar a las ciudades, donde el cielo no estuviera cubierto con el negro de humo de los incendios.

En el espacio de unas treinta horas, sus pulseras de alarma se había disparado dieciocho veces. Con discordante regularidad, mientras dormían, durante las comidas, tenían que correr a los refugios, oyendo como las formaciones enemigas pasaban a través de su espacio aéreo. Cada período de espera en la penumbra de los refugios subterráneos no ayudaba a calmar los nervios a los habitantes de la base que ya estaban al límite. No tardaron en producirse peleas entre dos mecánicos de la armada y algunos soldados PDF, y hubo una discusión cara a cara entre Ranfre y uno de los pilotos de los Raptors, que fue desactivada sólo con la intervención de Milán Blansher.

El peor momento se produjo entre Jagdea y Blaguer. El FSB tenía sólo tenía tres alas disponibles, por lo que limitaba sus posibilidades de interceptar a los aparatos enemigos, y pasaban la mayor parte del tiempo escondiéndose bajo la cama a la primera señal de una alerta.

—¡Qué bien lo estamos haciendo! —Oyó gritar a Jagdea.

Blaguer argumentó, apoyado por Marcinon y el líder del ala de Lightning, que Gocel FSB no tenía suficientes aparatos como para ser una fuerza de intercepción, por lo que debían elegir bien sus objetivos. Siete de las alertas que se habían disparado por formaciones incursiones masivas de bombarderos, eran de tres o cuatro centenares de aparatos, que venían del norte hacia la costa. Las tres alas de Gocel apenas harían mella contra tan numerosos enemigos, y los lanzamientos comprometerían la ubicación de la base de cuidadosamente oculta. No había duda de que una pequeña fuerza de la incursión se separaría para aniquilar a la fuente de los atacantes si la descubrían.

—Lo mejor permanecer en tierra, y observar la disciplina de ocultamiento, y sólo responder a objetivos que podamos tratar con seguridad —le dijo Blaguer.

—Pero en un día o dos, a este paso van a arrasar a todas la ciudades de la península, cuando se supone que estamos aquí para impedirlo, y lo que hacemos es escondernos y no hacer nada —dijo Jagdea.

—Esta hablando de un enfoque suicida, que no servirá para nada para terminar este conflicto —dijo Blaguer.

—¡Estoy diciendo... —gruñó Jagdea— sobre luchar en vez de quedarnos sentados!

A última hora de la tarde, la salida del cuarto día fue permitida. Operaciones costeras habían solicitado urgentemente la recogida de datos por la FSB a lo largo del río Saroja. Había una necesidad urgente de evaluar la disposición de las unidades imperiales para que el Munitorum pudiera planear más eficazmente la evacuación de las unidades terrestres hacia la costa. Operaciones también espera que se localizara a las unidades terrestres enemigas. Ya que se presumía que varias compañías de

comunicación del enemigo se han establecido actualmente en el Norte del Desierto y operaciones claramente deseaba ser capaz de dirigir a las alas de Marauder para facilitar la campaña de bombardeos.

La prioridad era que ni un solo pueblo o ciudad a lo largo del Litoral y la Península fuera bombardeado. Con la evacuación de tropas que hacia la costa, un gran éxodo civil también había comenzado. Privado la mayor de la ayuda del Munitorum, los ciudadanos del Litoral huían hacia el oeste hacia Ingeburg y a la coalición del Norte. Informes del pánico en la población y el caos se había filtrado a través de varios convoyes de suministros. Las pérdidas eran tan angustiosas, que Jagdea no se atrevía a informar lo que había leído a los pilotos de Umbra.

Tres Lightnings de reconocimiento fueron colocados en las catapultas para iniciar una misión de exploración, con ello irían tres Thunderbolts. De acuerdo a la rotación, esta escolta debía ser proporcionada por los Raptors. EL mismo Blaguer estaba en la escolta según la rotación de pilotos, pero claramente se sentía inquieto por lo que Jagdea podría hacer si se ausentaba del FSB. Blaguer sugirió que, si ella tenía tantas ganas de combatir, el Phantine podría encargarse de la misión.

Jagdea vio claramente su estrategia, y sabía que para Umbra sería mejor que se quedara, citando el daño a su Thunderbolt había sufrido en la última salida, pudo quedarse en la base, aunque en realidad, ya había sido totalmente reparado por sus mecánicos, los mecánicos sabían qué decirle a Blaguer si preguntaba, y deliberadamente colocaron el Thunderbolt en el hangar de reparaciones, y los mecánicos hicieron ver que aun estaban reparándolo. Jagdea había ordenado a Larice que fuera en su lugar, con Waldon y Zemic.

Marquall apenas podía ocultar su decepción. Su Nueve-Nueve preparado para volar. Y se presento tarde en la reunión informática.

Después de que los seis aparatos hubieran puesto en marcha, y las redes de camuflaje fueran colocadas en su lugar, Jagdea fue a buscarlo. Marquall estaba en su tienda, jugando al regicidio con Van Tull.

—¿Tienes un momento? —preguntó Jagdea.

—Tengo cosas que hacer, señor —dijo Van Tull, y se esfumó.

—Póngase su traje de vuelo —dijo Jagdea a Marquall—. Debes de estar preparado por si hay ordenes.

Marquall asintió con la cabeza, pero su expresión era sombría.

—Yo debería haber ido en es esta incursión ¡Usted sabe que...!

—Depende de lo que entendemos por debería, Vander —dijo ella—. Tú y Larice no sois los mejores amigos en estos momentos. Manteneros fuera del camino del otro es probablemente la mejor solución.

Marquall se sonrojó, pero estaba muy enfadado.

—Ella... —empezó a decir—. ¡No sé lo que he hecho!

—Conozco a Larice, Vander. Y no me gusta. Sé lo que es. Una de los mejores pilotos que con el que he tenido el honor de volar. Pero también... orgullosa testadura. Y llena de ambición, y una compulsión de probarse a sí misma todo el tiempo. Es su temperamento. Para ser la mejor piloto, obtener más derribos para su cuenta... y la he visto asociarse con sus compañeros masculinos. Usted tuvo algo que le gustaba. Una reputación en alza. Pero entonces, con el despesque fallido.

—¡Era el hazmerreír! —dijo Marquall.

—Solamente durante diez minutos. No he oído hablar del accidente desde entonces. Pero Larice... Bueno, eso fue un golpe a su orgullo. Ella había hecho el teatro de escogerte y así de repente, eres objeto de desprecio. Ahora debes de superar el dolor y encogerte de hombros, pero el orgullo de Larice se interpone en el camino. Ella sintió que parte de que la risa era a costa de ella, y tal vez lo era.

—Así que hizo lo único que su orgullo le decía, terminar con la relación.

—¡Me temo que esa es su personalidad! —dijo Jagdea.

—¡Genial! —dijo Marquall.

—Larice es fuerte... como piloto. Como persona, es extraordinariamente frágil. Sé que es fácil decirlo, Vander, pero sólo se que adelante. Hay una guerra que librar. Otra salida o dos, estoy seguro de que pronto, a partir de la habilidad que has demostrado. No me sorprendería si ella se volviera a interesarse por ti de nuevo.

Marquall resopló.

—Por supuesto, una vez mordido... —Jagdea sonrió.

Hacia las 19:00 horas, al caer la tarde la oscuridad comenzó a cubrir el lago, el vuelo de reconocimiento y su escolta regresaban con retraso. Su última transmisión de rutina hacia más de cuarenta minutos. No había respuesta por el comunicador. Ninguna señal en el auspex. Los pilotos de Umbra se reunieron, paseaban y conversaban nerviosamente. El estado de ánimo de los pilotos de Umbra, se propago por todo el campamento.

—Debería despegar con mi aparato. Y salir de patrulla para buscar a los aparatos desaparecidos —dijo a Jagdea al Comandante Marcinon.

—¡Solicitud denegada! —dijo Marcinon—. Por ahora, al menos. No nos pongamos nerviosos. Tienen una hora de combustible aun en sus depósitos.

—Dependiendo de que les haya pasado —dijo Jagdea—. Si han entrado en combate ya no tendrían combustible. ¡Reitero mi petición!

Estaban de pie en la sala de operaciones. El aire acondicionado refrescaba el aire, y los oficiales tácticos de la armada estaban sentados delante de pantallas parpadeantes.

—¿Alguna señal? —preguntó Marcinon.

—Hay actividad en cuatro cuadrantes y nueve-dos comandante —informó el

operador principal—. Pero creemos que son movimientos del enemigo, pero nada que nos haga sospechar que serán nuestros aparatos.

—No pueden haberlos derribado a todos —murmuró Oberlitz, el jefe del ala Lightning, dando voz al temor privado que todos habían estado escondiendo. Oberlitz fue un hombre bajito con labios delgados que se pasaba la lengua por ellos, como un hábito nervioso. Al igual que Jagdea, también estaba preocupado por sus tripulaciones. Tenía un aliado, contra Marcinon y el jefe de los Raptors.

—Reitero mi petición formal —dijo Jagdea.

Marcinon miró Blaguer. Blaguer asintió.

—Solicitud aprobada —dijo Marcinon.

Jagdea salió corriendo del refugio de operaciones. Los pilotos se habían congregado afuera.

—¡Blansher y Marquall! ¡Tenemos permiso! ¡Vamos!

Sus aparatos ya estaban en las rampas. Por el momento los tres pilotos habían adaptado y comprobado su equipo, los mecánicos habían comprobado ya los aparatos. Jagdea, Blansher y Marquall corrieron hacia las lanzaderas, el personal de tierra cerró con fuerza los mamparos.

—¡Regresare! —dijo Jagdea.

Marquall sintió como aumentaba su frecuencia cardíaca. Extendió la mano y acarició el borde del panel principal de instrumentos.

—Esta vez sí, ¿me oyes, Nueve-Nueve? —susurró al aparato—. No más juegos. No más gafe. Sólo Vander Marquall y el Doble Águila.

Las últimas comprobaciones fueron realizadas y operaciones dio luz verde por el comunicador. Las redes se abrieron dejando ver el oscuro cielo de nuevo.

Cinco segundos. El último de los mecánicos del equipo más en forma corría hacia los paneles de protección térmica.

Marquall colocó el pulgar sobre el gatillo que activaba el cohete.

—¡Inicien el despegue! —anunció operaciones.

Marquall apretó el gatillo y la gravedad lo golpeó de nuevo en su asiento.

Habían despegado en el anochecer, el resplandor de sus motores era lo más brillante que había en el aire. El cielo era de color violeta, con nubes a diez kilómetros al oeste. A continuación, el bosque se extendía, casi negro.

—¡Elévense a nueve mil, velocidad de crucero! —dijo Jagdea—. La dirección es cuatro-cuatro-dos.

—¡Entendido! —dijo Blansher.

—¡Recibido! —respondió Marquall, que durante los primeros treinta segundos de vuelo, había estado observando al panel, esperando ver alguna luz parpadeando señalando problemas. Nada. Incluso los motores sonaban bien.

En el este, la parte más oscura del cielo, las estrellas habían comenzado a salir. La visibilidad era tan bueno que Marquall podía ver destellos lejanos en el extremo norte-oeste, a cientos de kilómetros de distancia, parecían como relámpago que él sabía que estaban bombardeando esa zona.

Volaron hacia sur durante quince minutos, luego siguieron con cuidado hacia oeste. Después de otros veinte minutos, Marquall escuchó la llamada de Blansher.

—¡Contacto, a veinte kilómetros!

Blansher envió la señal a los otros aparatos, y sus sistemas de seguimiento de los auspex parpadearon en las coordenadas indicadas.

—Podrían ser ellos, cuatro mil metros. Dos grupos —dijo la voz de Jagdea—. Bajad a los cuatro mil, y virad hacia ellos.

—¿Operaciones, detectáis la señal?

—¡Si, Umbra, pero sin más detalles de los que dispones!

—¡Alerta, y activad las armas!

Otra pausa. Sólo el latido poderoso de los motores y el silbido de la mezcla de aire.

Marquall miró hacia la oscuridad del crepúsculo bosque. Los contactos deberían haber entrado en visual, pero estaba todo demasiado negro. Jirones de nubes se estaban formando a los cinco mil como estelas de humo.

—¡Tengo señal del transponedor! —informó Blansher—. Señal sin interferencias. Es Waldon, y al menos uno de los Thunderbolts.

—¡Umbra Nueve, Nueve Umbra, soy el líder Umbra informen situación! ¿Me reciben?

Un chirrido de estática interrumpió el canal, entonces se oyó la voz de Waldon. Incluso con la distorsión, había una nota de miedo en ella.

—¡Umbra Líder, Líder Umbra, interferencias! ¡Repita de nuevo!

—¡Ayuda, ayuda! —otra voz salió del comunicador.

—¿Identificáis la voz? —dijo Jagdea.

—Se trata de un piloto de los Lightning —informó Marquall—. ¡Solicito

asistencia inmediata!

—Informen de situación por favor —dijo Jagdea de nuevo.

Tanto el piloto Lightning como Waldon intentado responder al mismo tiempo, y el resultado fue una inteligible respuesta.

Marquall seguía mirando hacia abajo. Vio un destello, un débil rastro de la llama de un motor. Entonces, contra la oscuridad, varias formas diminutas de luz, allí estaban.

—¡Estaban bajo ataque! Veo destellos de armas de fuego, repito, veo destellos de armar de fuego.

—¡Apuntar y disparar! —ordenó Jagdea.

Los tres aceleraron para entrar en el combate. A medida que se acercaban, la resolución del auspex aumento. Había cuatro aparatos por debajo de ellos. Waldon, volando en cabeza y detrás un Lightning, y dos aparatos no identificados corriendo detrás de ellos. Waldon estaba maniobrando su aparato de un lado a lado.

El cielo se iluminó con las ráfagas de proyectiles. Marquall vio al Thunderbolt. Había recibido un impacto y dejaba largas estelas de humo caliente que había borrado su señal del auspex. Waldon estaba en sus seis.

Unos setecientos cincuenta metros detrás de ellos, dos Locust se acercaban con las armas disparando.

El aparato de Waldon tenía muchos impactos. Su blindaje estaba machaco por todas partes. Marquall no podía creer lo que estaba viendo. El Thunderbolt estaba haciendo de escudo para el aparato de reconocimiento. Nunca había visto algo tan desinteresado.

Hasta que se acordó que Espere había hecho lo mismo por Marquall.

—¿Waldon? —gritó Jagdea.

—¡Estoy perdiendo presión hidráulica! —gritó Waldon.

—¡Deben haber estado en un gran combate! —dijo Jagdea.

Blansher y Jagdea iban por delante y aceleraron para interceptar a los murciélagos, al detectarlos rompieron hacia arriba.

Blansher tuvo una buena intuición y adivino la maniobra de los Locust y comenzó a subir en persecución de los murciélagos.

Inusualmente, Jagdea juzgo mal, y el murciélago pasó por encima de ella. Pero Marquall logro situarse bien y disparó. El resplandor de las trazadoras era increíblemente brillante en la oscuridad.

El Locust evadió la ráfaga y se comenzó a elevarse. Marquall le siguió. Se concentro demasiado en la maniobra, que casi no oyó a Jagdea.

—¡Más contactos, inicien evasión inmediatamente! —ordenó Jagdea.

Marquall empezó a buscar por todas partes a la vez. ¿Dónde estaban los otros nuevos? ¿Desde qué dirección?

El Locust se lo quito de encima, pero Marquall ladeo el aparato y viro bruscamente. Él Nueve-Nueve estaba en la cola del Locust otra vez.

El Locust pensó que se había quitado de encima a Marquall y se dirigió hacia Waldon y el Lightning de nuevo.

Un brillante destello iluminó el cielo y por un segundo Marquall quedo desorientado.

Blansher había destruido al otro murciélago del cielo.

—¿Ocho? —gritó Jagdea.

—¡Estoy en ello! —contestó Marquall mientras se abatía sobre el Locust, que contra el oscuro manto de la selva, solo la luz de los motores guiaba a Marquall.

Lo estaba persiguiendo a una velocidad muy elevada, vio la llamarada del motor a través de su punto de mira, calculó la desviación y disparó. Al cabo de unos segundos no sabía si había impacto en algo, porque no vio ninguna explosión repentina en el aire. ¿Dónde estaba?

—¡Lo tienes encima! ¡Encima! —oyó gritar a Waldon.

Marquall levantó la vista y vio al Locust de pronto visible como una silueta afilada contra la pálida luz. Por la parte de atrás dejaba una estela de humo. Lo había impactado, por lo menos.

Por el comunicador comenzó a oírse.

—¡Umbral Líder! ¡Umbral Líder! ¿Eres tú? —era la voz de Larice.

—¡Afirmativo. Estamos cerca de tu posición! —contestó Jagdea.

—¡Murciélagos, murciélagos, murciélagos! —Marquall oyó la maldición Jagdea. Y vio el cielo hacia el sur lleno de manchas y destellos de luz.

Larice y Zemic, estaban regresando a la base, con más de diez aparatos enemigos en sus espaldas.

—¡Ocho y Dos, conmigo! —gritó Jagdea—. Cuatro, vamos a interceptarlos. ¿Esta en condiciones de combatir?

—¡Negativo, estoy sin munición!

—¡Entendido. Vuelva a la base. Haremos lo que podamos! —dijo Jagdea.

Marquall vio dos luces de las llamaradas por su lado de babor, de como Blansher y Jagdea utilizaban sus postquemadores y se dirigían hacia la formación entrante. Abrió su propio postquemador y se elevó tras ellos.

Zemic y Larice, pasaron por debajo de ellos, parecían sombras difusas cuando pasaron por debajo de él, y sacudieron al Nueve-Nueve con sus turbulencias.

Los tres Thunderbolts se encontraron con la vanguardia de la bandada de Locust. El aire se volvió loco con estelas deslumbrantes de proyectiles en fuego cruzado. Parecía que toda una constelación de estrellas centelleantes, salidas de la nada.

Marquall sintió el estremecimiento de un impacto, y al girar la cabeza vio un agujero en se ala.

Hubo un gran estallido a estribor, y Marquall quedó aturdido el tiempo suficiente como para casi chocar con un Locust que venía rápidamente desde el otro lado.

Por el grito en el comunicador de Blansher, Evidentemente, había hecho otro derribo.

Los murciélagos se habían roto hacia arriba. Marquall con su Nueve-Nueve comenzó un viraje ascendente. Su la pantalla del auspex una masa confusa de manchas verdes. No le servía de nada en estos momentos.

Algo paso por su lado, elevándose más rápido que él. Calculó que era Jagdea. Un Locust corría por delante de ella.

Se dio la vuelta y vio a Blansher volando a baja altura sobre el bosque, persiguiendo a dos murciélagos, y con otro par persiguiéndolo por su cola. Marquall puso su morro hacia abajo para perseguir a los perseguidores.

—¡Ocho! ¡Rompe, rompe, rompe! —era la voz de Jagdea.

Marquall ya había escuchado el zumbido de la alarma de bloqueo. Se inclinó sobre su izquierda, luego viro lateralmente hacia la derecha, y activó sus frenos de velocidad. El tono ceso. Algo paso por encima de él.

Apretó el acelerador de nuevo, y comenzó a subir. Los murciélagos habían estado persiguiendo Blansher se había separado, y aun tenia a los dos Locust pegados a su cola, pegados firmemente.

—¡Rompe, Dos! —gritó Marquall—. ¡Dos!

—¡Son demasiados!

Con el morro inclinado hacia arriba, la máquina Blansher se estremeció y vio como impactaban el su ala derecha.

En su desesperación, Blansher activó el freno, pero en lugar de sobrepasarlo, los dos murciélagos se colocaron encima de él. Para entonces, Marquall era ya estaba sobre ellos, Blansher había frenado demasiado fuerte, y ahora estaba tratando de recuperar la velocidad antes de que se estancara.

Un murciélago desapareció, de repente, Marquall no podía decir si había ido hacia arriba, o abajo.

Entró a por el otro, con sus cuatro cañones en una larga ráfaga.

El Locust repente estalló convirtiéndose en una bola de fuego y al incendiarse el combustible la bola de fuego era tan salvaje que Marquall tuvo que desviarse para evitar la explosión.

Había hecho su segundo derribo.

Jagdea hizo más, y arrancó un Locust del aire mientras este pasaba por delante de ella. Se tambaleo como una hoja de otoño, y se incendió.

Otros dos murciélagos pasaron por delante de ella, pero Blansher ya estaba en la cola de los murciélagos, disparando como un loco. Uno se convirtió de pronto en una nube de chispas que siguió navegando, más lentamente, y luego comenzó a caer. El

otro se rompió hacia el sur.

Algo se alineó con el aparato de Jagdea tan rápido que el tono de bloqueo la sorprendió. Inicio un descenso tan rápido con su Thunderbolt que entro en barrena. Luchó contra el mando, tieso por la velocidad del descenso, consiguió recuperar el control. Lanzó un gruñido por el esfuerzo.

Y vio un Locust que se movía despreocupadamente en línea recta, como un regalo del mismo Dios-Emperador.

Lo fijo en la mira, y disparó una ráfaga sostenida, disfrutando en la forma en que el estremecimiento afectada al murciélago. Herido de muerte, el Locust inclinó su nariz y empezó un descenso. Una curva larga y constante una bola de fuego marcado su paso de aire a tierra.

—¡Están rompiendo! —gritó Blansher.

Jagdea comprobando su auspex. Y confirmo que los murciélagos restantes estaban huyendo hacia el sur.

—¿Los perseguimos? —preguntó Marquall.

—¡Negativo, ocho. Regresamos a la base! —contestó Jagdea.

Ya era de noche cerrada cada piloto se aisló en la oscuridad. A nueve kilómetros de Gocel FSB, una gran área de bosque estaba en llamas.

En la oscuridad, las redes de camuflaje se abrieron y recuadros luminosos se encendieron en el bosque. Umbra Uno, Dos y Ocho guiados por el brillo aterrizaron perfectamente en sus hangares.

Racklae Marquall se arrastrado fuera de su aparato. Los mecánicos ya estaban corriendo para dejarlo a punto para el siguiente salido. Las redes aun se estaban cerrando, y la disciplina en la iluminación se reanudó sobre la base.

Marquall se quitó el casco. El aire nocturno olía bien. Los insectos estaban gritando en lo matorrales y bajo los árboles oscuros.

—¿Está bien, Marquall? —preguntó Racklae.

—¡Ya es hora de abrir una cuenta! —dijo Marquall.

Racklae sonrió. No se abría una cuenta para contabilizar los derribos por un solo derribo. Hasta el segundo no se abría la cuenta.

—¿Cuántos debo anotar? —preguntó Racklae.

—¡Soy modesto. Solo tengo uno más que añadir! —contestó Marquall.

—¡El segundo! —gritó Racklae, y el personal de tierra comenzó a saltar a su alrededor y a felicitarle. Varios corrieron a estrecharle la mano.

—¡Hay un incendio en el bosque! —dijo Marquall, tratando de hacerse oír por encima del júbilo.

—¡No he sido informado de eso, señor! —dijo Racklae—. ¡Será mejor que vayas a la sala de reuniones!

Marquall asintió y le dio unas palmaditas en un lateral del Nueve-Nueve.

—¡Cuídamelo! —dijo.

—¡Lo haré, señor! —dijo el jefe de los mecánicos.

Agobiado por sus protecciones de vuelo, Marquall cojeo por el sendero entre los árboles hacia operaciones.

Había una conmoción allí. Todavía con su equipo de vuelo, Larice Asche y Zemic estaban en el proceso de dar explicaciones de la incursión.

Del Ruth, Cordiale, Ranfre y Van Tull. Y algunos pilotos de los Raptor se reunieron alrededor, escuchando.

Marquall vio a Blansher a la sombra de la marquesina exterior de Operaciones, hablando con alguien. Era Kautas.

Los gritos y las risas de la pandilla de los pilotos eran fuertes y vigorosos.

Al final se quedo fuera del refugio con Kautas y Blansher. Los dos hombres estaban fumando cigarros de iho. Marquall vio cómo Blansher estaba pálido y demacrado. El hombre mayor sonrió al ver a Marquall.

—¡Por aquí, Vander! —gritó.

Blansher estrechó la mano de Marquall.

—¡Gracias! —dijo.

—¿Por qué?

—¡Creo que el doble ataque por la cola me abrían derribado si no hubieses intervenido!

—¡Creo que estamos en paz! —dijo Marquall.

Blansher encogió de hombros.

—Bien hecho, por cierto. El segundo, ¿verdad?

—¡Si! —dijo Marquall—. Uno, limpio y claro. Dañe a otro, pero se quedó arriba.

Kautas metió la mano en el bolsillo de su túnica con la mano izquierda, sacó una caja de madera con incrustaciones de plata, y la abrió, ofreciendo el contenido a Marquall.

—¡No, gracias, padre! —dijo Marquall.

—¡Un muchacho de vida sana! —dijo a Kautas, mientras Blansher cogió otro cigarrillo de la caja. En su otra mano, el sacerdote sostenía una botella de amasec.

—¿Qué tal esto, entonces?

Marquall tomó la botella y se hecho un trago en la boca. Y le entregó la botella a Blansher.

—¡Por sus tres derribos, señor!

Blansher tomó un trago.

—¡Lo había olvidado, Vander! —pasándole la botella de nuevo al sacerdote.

—¿Sabes que ha pasado? —le preguntó Marquall.

—No del todo. Lo que he odiado durante la incursión, se metieron en serios problemas en el borde del desierto. Los Lightning habrían encontrado algo importante, y luego los hostiles cayeron sobre ellos como un enjambre. Cuarenta aparatos o más. Por lo que Larice ha dicho, debe haber sido un combate espeluznante. Uno de los Lightning fue derribo casi de inmediato. Luego, otro de los Lightning consiguió un derribo para ser derribado, poco después. Mientras tanto, nuestros tres compañeros entraron en el combate. Waldon derribo a dos más y luego, no pudo hacer nada más por un impacto que averió los cargadores de municiones, y tuvo que retirarse e hizo de niñera del Lightning restante, que había recibido un impacto importante y se fueron corriendo hacia la base. Larice y Zemmic se quedaron, para comprar tiempo para Waldon y el Lightning. Estamos esperando la confirmación de los pictogramas, pero supuestamente Zemmic ha derribado a cuatro, y nuestro querida Larice afirma que nueve.

—¿Nueve?

—¡Es lo que ella afirma! —asintió Blansher.

Blansher había hecho tres, Jagdea dos. Resultados sorprendentes para una salida. Pero nueve. Nueve. Eso hizo que Marquall con uno, pareciese insignificante.

—¿Nueve? —dijo Marquall de nuevo.

—Hay que confirmarlos —dijo Blansher.

—¿Debe ser una gran piloto, no? —dijo Kautas.

—¡Eso debe ser un récord! —murmuró Marquall.

—¡No he oído nada que lo iguale! —coincidió Blansher. Pasándole una botella de

amasec a Marquall. Se secó el hocico y bebió otro sorbo.

Cerca de allí, las tripulaciones estaban aplaudiendo y vitoreando a Larice mientras alcanzaba el clímax de su relato.

Después se tomó un trago, y se inclinó y aplastó sus labios en los Zemmic. No hubo más risas y gritos, durante unos segundos.

Zemmic. El nuevo material caliente. Uno nuevo con el brillo.

Marquall dio la vuelta.

—¿Cómo se inició el incendio que vi? —preguntó.

Blansher miró hacia abajo.

—¡Waldon! —dijo.

Waldon había aguantado para regresar a la base con el Lightning dañado, casi todo el camino. Pero poco antes de llegar al FSB, su aparato dañado se había dado por vencido y su morro se inclinó hacia abajo hacia la selva. Un equipo ha ido para rastrear la zona por su hubiese sobrevivido.

Alguien salió bajo el toldo detrás Marquall, y Blansher se puso rígido. Marquall se giro.

Era Jagdea. Con aceite manchándole la cara. Se veía sombría.

—¡Entrad! —dijo.

Los tres se acercaron a ella.

—¿Y los demás?, —preguntó Blansher.

—¡Déjalos! —dijo Jagdea—. Se están divirtiendo. No quiero echarlo a perder.

Entraron en Operaciones. Blansher y el sacerdote apagaron sus cigarrillos antes de entrar.

Blaguer estaba allí, inclinado sobre una pantalla con Oberlitz. Los operadores estaban sentados en sus estaciones.

Comandante Marcinon se sentó en una mesa de trabajo, para la revisión de diapositivas pictográficas.

—¡Derribos confirmados! —dijo Jagdea—. Dos para mi, tres para Blansher, y uno para Marquall. ¡Buen trabajo!

—¡Gracias, Señor!

—Zemmic consiguió cuatro. Y resulta que, a partir de las pictografías, Larice tiene diez.

Kautas silbó.

—¡Nunca lo había visto! —dijo Jagdea. A pesar de la apariencia de las imágenes, el cielo estaba tan lleno de murciélagos que habría sido difícil no chocar con alguno de ellos.

—¿Por qué estas tan seria? —le preguntó Blansher.

—Hemos estudiado los datos de reconocimiento que el Lightning estaba tan desesperado por traer a la base.

Jagdea se acercó a la mesa de proyecciones e introdujo algunas pictografías en el proyector Hololografico. Unas imágenes se formaron en el aire.

—¿Qué es eso? —dijo Kautas—. No puedo interpretarlo.

—Es un ejército, padre —dijo Jagdea—. Visto desde arriba a gran altura. Unidades de tanques, en su mayoría. También vehículos blindados de combate y transportes de tropas.

—Sólo distingo motas —dijo Kautas.

Marquall se puso rígido. Estaba más acostumbrado a leer pictografías aéreas que el sacerdote.

—¡Por el trono dorado...! —suspiró Marquall.

—Hemos contado aproximadamente nueve mil vehículos —dijo Jagdea—. En estas ampliaciones aquí se puede observa las marcas del pacto sangriento.

—Vienen del norte —susurró Blansher.

—Sin duda —dijo Marcinon, acercándose hacia las makanites—. El archienemigo cree que su guerra aérea ha tenido éxito al golpear al Litoral. Las fuerzas de tierra del Caos han empezado la invasión. He enviado un mensaje a la costa. La evacuación se está intensificando. Yo... yo dudo de alguna manera estaremos listos a tiempo para defender el Litoral.

—¿Qué pasa con nosotros? —preguntó Marquall.

—¿Nosotros muchacho? —se preguntó Marcinon.

—Señor, estamos en la trayectoria de esto. Las fuerzas de tierra enemigas ya deben de estar en los bosques.

—Sí, señales del auspex los sitúan a sesenta kilómetros al sur y se mueven rápido. Operaciones ha ordenado nuestra retirada inmediata. Nosotros y el personal del FSB. Los transportes llegarán mañana a las 08:00 horas.

Jagdea miró Marquall y vio su tristeza.

—Es hora de retirarse —dijo.



DÍA 264

Los transportes de extracción estaban a una hora y media de distancia. Marquall los vio subir en el amanecer. A través de la larga noche, húmeda, el personal de la base se había movido con un solo propósito, el de colocar la maquinarias y repuestos, en cajas, embolsar sus posesiones, desmontar las tiendas y desactivar de los sistemas de detección para que no cayeran en manos del enemigos. Las casas prefabricadas se destruirían al no poder ser transportadas en tan poco tiempo, y las lanzaderas posiblemente se destruirían también. Ciertamente, los pilotos volarían con sus aparatos hacia la nueva ubicación, los transportes se llevarían lo que pudieran.

Marquall había pasado las primeras horas de la noche cargando bultos y coordinando a al personal de tierra en sus tareas. Racklae insistió en que revisaría el Nueve-Nueve antes de que se fuera y le dijo a Marquall claramente que dos mecánicos se quedarían en la estación hasta que no estuvieran en el aire.

Los caminos estaban llenos de prisa y nerviosismo bajo las lámparas.

Todo el mundo estaba activó y alerta. No, no todos. Varios de Umbra vuelo había bebido demasiado disfrutando de celebración con Larice Asche, y tuvieron que ser azotados en forma de Jagdea y Blansher.

Larice y Zemmic, habían desaparecido. Sus compañeros de tienda de campaña, Del Ruth y Cordiale, recogían sus pertenencias hasta su regreso. Marquall se ofreció a recoger las pertenencias de Waldon, pero Jagdea dijo que lo haría ella misma.

El sol acababa de salir. Estaba lloviendo, golpeando el dosel de hojas y las redes de camuflaje. Hacía frío.

Cansado, se tomo un descanso, Marquall se sentó junto al tronco de un árbol, y se secó la lluvia de la cara. Tenía que ir a la sala de reuniones para la última reunión de informativa, y luego a su aparato a tiempo para el despegue.

Shades corrió junto a él a lo largo de la rampa blindada. Estaba trasladando cajas con un levantador de potencia.

Dio un salto al oír un ruido extraño, que continuó durante algunos segundos, del ruido era extraño y ruidoso, no se dio cuenta al principio de que su pulsera de alarma estaba sonando. El pánico golpeo a la base.

Marquall se dio cuenta de que el ruido crepitante era el sonido de los cañones automáticos de las torretas de las Tarantula que rodeaban el perímetro de la base. Estaban disparado.

—¡Oh, por el trono dorado! —gritó Marquall y saltó. Su equipo estaba cerca, y él metió la mano en la mochila, sacando su pistola láser de servicio y un cinturón con cargadores.

Hubo un destello brillante en los árboles delante de él cuando algo explotó. Marquall podía oler el combustible.

El enemigo había llegado mucho antes de lo esperado.

Lo ola expansiva de un explosión comprimió el aire, desgarrando las redes de camuflaje y secciones del dosel arbóreo.

El sonido de las ráfagas de las tarántulas aumentado.

—¡Por el dios-Emperador! —gritó Marquall. Empuño su pistola y corrió hacia uno de los refugios de mantenimiento y se metió dentro.

Fuego de armas de gran calibre impactaban en el exterior. El fuego antiaéreo de las plataformas Hydra lo estremeció.

Marquall corrió por la superficie del refugio y cayó sobre algo.

—¿Qué demonios...? —murmuró una voz.

Marquall miró hacia abajo. Larice y Zemmic, ambos desnudos, estaban acurrucados juntos, medio cubiertos por una sección de redes de camuflaje.

—¿Marquall? —dijo Larice frotándose los ojos nublados y con cara de molesta—. ¡Mejor que haya un maldito buen razón por lo que...!

Un refugio cercano explotó, haciendo llover escombros y metralla en el exterior.

—¡Mierda! —dijo Larice Asche, saltando y tirando de sus pantalones de vuelo. Pateó Zemmic.

—¡Levántate! ¡Despierta! —gritando con urgencia.

Zemmic se sentó, y parpadeando.

Larice se estaba colocado el chaleco. Se volvió hacia Marquall.

—¿Cuál es la situación? —dijo.

—¡Nos han encontrado! —respondió Marquall. Estaba agazapado en la puerta opuesta, mirando hacia fuera, con la pistola láser lista—. ¡Creo que ellos...!

Cerró rápidamente. Tres figuras, con uniformes rojos, estaban corriendo hacia el refugio. Sin pensarlo, Marquall se asomó y le disparó al primero en la cabeza.

Y volvió a entrar rápidamente. Temblando, Marquall se dio cuenta de que el guerrero llevaba una máscara de metal negra. Eran guerreros del pacto sangriento.

Los disparos comenzaron a perforar agujeros en las paredes del refugio. Con sus botas todavía sin calzar, Larice se unió a él en la puerta y empezó a disparar su pistola láser de servicio propia hacia los árboles.

—¿Dónde está Zemmic? —le preguntó Marquall.

—¿A quién le importa? —respondió Larice. Ella volvió a disparar.

De color amarillo brillante, un transporte de tropas entro en el claro exterior de la base oculta. El bólter pesado de la torreta retrocedía a medida que escupía ráfagas de proyectiles.

Un refugio de mantenimiento explotó, enviando piezas de repuesto por el cielo.

El transporte con sus ráfagas cortaba con estrépito los árboles, y con derribo de los arboles, una serie de cables que conducían electricidad cayeron al suelo creando una lluvia de chispas blancas con sus movimientos al tocar con el agua de las charcas.

Los guerreros del Pacto sangriento se estaban acercando. Marquall y Larice,

decentemente cubiertos, abrieron fuego matando a los dos que quedaban. Tuvieron que realizar un sorprendente número de disparos para detener a las tropas de choque enemigas. Que rápidamente agotaron sus cargas.

Larice vomitó ruidosamente.

—¿No es tan fácil cuando es cara a cara, eh? —preguntó Marquall, arrastrando a la muchacha en arcadas a la posición vertical.

—¡Es la bebida, idiota! —Larice tosió y escupió.

El transporte fue alcanzado desde una sección de trincheras. Donde un soldado de la coalición con un lanzador de tubo se había escondido. La explosión arrancó una sección del transporte y el humo se levantado en el aire claro de la selva.

La calma regresó por un tiempo. Habían sido atacados por una pequeña fuerza de exploración.

Marquall y Larice se dirigieron rápidamente hacia los hangares, para evacuar a los aparatos y dar cobertura a la base para la evacuación, vieron que algunos aparatos ya habían despegado.

Cuando faltaban unos minutos para que llegaran los transportes de evacuación, escucharon el sonido de las lanchas de transporte que venían del lago.

Los enormes transportes se asentaron en la barro de la playa y abrieron sus fauces para que el personal, y las cuadrillas de trabajadores con levantadores de masa, comenzaran a cargar la maquinaria y el material fue transportado a bordo.

Para entonces, atraído por el ataque terrestre, la cubierta aérea del enemigo alcanzó la base del lago Gocel.

Un Hell Razor hizo un barrido desde el cielo, disparando una salva de cohetes. Uno de los transportadores en la orilla del lago explotó en una nube de llamas.

Blansher viro y fue directamente a por el murciélago. Lo mismo hizo Van Tull y Del Ruth, entonces el razor de Blaguer choco con un Hell Razor en una carrera de ametrallamiento. La explosión iluminó el cielo. Dos de los Razor intentaron huir, uno de ellos el de Oberlitz, fue ametrallado duramente cuando intentaban escapar. Oberlitz y sus restos se hundieron en el lago.

Entonces, el Thunderbolt de Jagdea fue alcanzado por el fuego de un Hell Razor.

Marquall corrió hacia el Nueve-Nueve. El cielo estaba en llamas. Encontró Racklae y a dos de sus ayudantes esperándolos.

—¡Vete ahora! —gritó Marquall.

—¡No, hasta que no haya despegado, señor! —dijo Racklae.

—¡El transporte está a punto de irse! —gritó Marquall.

Una ráfaga de rifle láser salió de los árboles. Uno de los ayudantes de Racklae, cayó al suelo con la cabeza destrozada.

—¡Racklae! ¡Ya! ¡Ahora, por el Trono dorado!

Marquall disparó su pistola hacia la línea de árboles.

—¡Los cables están desconectados y estará listo! —bramó Racklae.

—¡Conéctalos, Racklae! ¡Ya! ¡Ya! —gritó Marquall.

—¡Dame eso, por el amor del Trono! —gritó Kautas, apareciendo de la nada y quitándole la pistola de la mano de Marquall.

—¡Conecte los cables, señor Racklae! —dijo Kautas. Racklae conecto los cables y se dio la vuelta y empezó a correr a toda velocidad hacia la orilla.

El aire estaba lleno ráfagas de rifles láser.

Kautas comenzó a disparar la pistola.

—¡Y tú, Vander Marquall lárgate! —ordenó Kautas.

—¡Padre...! —murmuró Marquall.

—¡Cierra el mamparo, muchacho!

Marquall cerró el mamparo de un solo golpe. Y encendió los motores, y aceleró con los propulsores de vectores verticales.

Elevándose a través de los restos del hangar, realizó una última mirada desesperada hacia abajo. A lo lejos, entre los árboles en llamas, Marquall vio una figura con los brazos extendidos, como si estuviera dando una bendición. El ayatani Kautas, después de realizar la bendición al Nueve-Nueve, se dio media vuelta y corrió hacia los soldados con los uniformes rojos que salían del borde del bosque.

En su última visión del sacerdote que tuvo Marquall, era una forma distante, de rodillas, Con ráfagas de rifles láser por todas direcciones. Kautas aun empuñaba la pistola de Marquall disparando una y otra vez hacia los soldados del pacto sangriento.

EL DESTINO DE THEDA

AÑO IMPERIAL 773.M41

DÍA 264 A 266



DÍA 264

Incluso para alguien no familiarizado con los símbolos y runas de la armada, resultaba obvio que una gran incursión estaba en camino hacia el Litoral. Nueve de los controladores de vuelo del turno estaban involucrados, Eads incluido. Darrow se limitó a observar con preocupación creciente.

Se habían convertido en incesantes los combates aéreos, día y noche sin pausas. Entraron en su turno, para tomar las riendas de un combate en curso de un controlador totalmente agotado. Cansados y con pocas horas de sueños, no tenían personal formado para hacer una rotación de turnos eficaz. El enemigo ataca en grandes formaciones de bombarderos, incursiones relámpago, y interceptaciones, oportunistas sucedían todo el tiempo.

En la actualidad, la rotonda tenía cuatro zonas calientes. Dos controladores del otro lado de la cámara estaban negociando interceptaciones para una oleada de bombarderos sobre Ezrville. Otro tenía una batalla de cazas en curso sobre el valle de Lida. Un cuarto control tenía una formación de Marauders hacia el sur. Eads en medio de la habitación con Darrow, estaban manejando una incursión de casi cuatrocientos cincuenta bombarderos enemigos, más un centenar de escoltas, catorce alas imperiales habían sido enviadas para la interceptación.

Las conversaciones y tonos de voces eran incesantes. Informes de situación, correcciones, transmisiones y actualizaciones, pasaban por sus pantallas, los agentes de colocación estaban inscribiendo mapas tácticos horriblemente complejos, constantemente añadiendo, borrando, sobrescribiendo, las reasignaciones.

Los controladores estaban encerrados en sus propios mundos, fijos en sus propias pantallas al tratar de adaptarse a la situación general. La mayoría tenían la cabeza inclinada hacia abajo sobre sus pantallas, pero Eads estaba sentado como un director de orquesta, la mirada ciega fija directamente hacia delante mientras sus manos bailaban sobre la pantalla.

Darrow sabía que el comandante estaba muy agotado. Su rostro estaba pálido, y no había comido o dormido adecuadamente.

—¡Cuarenta y Cuatro, cancelen. Nueve-Uno, elévense a diez mil, rumbo cinco-ocho-cinco. Hacer su seguimiento hacia once-dos. Repita otra vez, Líder Quarry. Estás rompiendo. Cambie al canal cuatro. Entendido, contactos al oeste de ustedes a nueve kilómetros. Vuelo Bronce, corrija y descienda a dos mil. Grupo de murciélagos, girando hacia el este, a tres kilómetros. Dieciséis contactos, tendrían que tener ya visual para confirmada. Lancer, te envió coordenadas de interceptación!

Las sirenas comenzaron a sonar, y el oficial de cubierta las canceló inmediatamente. Advertencias como esta sonaban con regularidad, pero nadie en operaciones evacuaría el edificio. Había demasiado en juego.

Dos veces, Darrow había sentido en la gran cámara el estremecimiento de las

bombas por las vibraciones de la tierra.

Sus días con Eads, le habían enseñado mucho. Una vez que había aprendido las bases, ya era capaz de hacer algo más que esperar y ejecutar tareas simples. Habían desarrollado un buen patrón de trabajo. Eads, esperaba que Darrow supervisase las pistas periféricas, y poder concentrar más atención a la actividad principal.

En las visualizaciones de la subestación de Darrow se reflejaba una gran actividad. Pero no distraer e interrumpir a su jefe. Darrow había desarrollado el hábito de tocarle en el hombro izquierdo de Eads para hacerle saber que quería su atención.

—¡Habla! —dijo Eads.

—¡Vía Contador, jefe. Sur-este, doscientos kilómetros, formación de cuarenta aparatos que por los patrones parecen Locust!

—¡Dirección!

—¡Cuatro-uno-seis!

Las manos de EADS dudaron.

—Eso va a caer en el cuadrante doce, informa a Scalter.

—¡Sí, señor!

Darrow tomó nota de los detalles con cuidado sobre una placa de datos, se quitó el auricular y corrió a lo largo del pasillo que había por detrás de las estaciones de controladores.

El mayor Frans Scalter había sido jefe del ala de vuelo buscador hasta el momento en que había sido diezmada en un mano a mano sobre Ezrville en la mañana del día 257. Scalter había perdido a su copiloto y su aparato había sido dañado sin esperanzas de reparación. Fue un milagro que Scalter regresara a la base. Sus manos y la cara aún tenían heridas en proceso de curación.

Era un experimentado piloto y, en opinión de Eads, un oficial sensato. Sin aparato disponible o unidad a la que transferir a Scalter había sido trasladado a Operaciones, para ayudar con el aumento de la presión. Operaciones necesitaba todos los buenos oficiales y personal con experiencia de vuelo que pudieran trabajar en las estaciones.

Scalter era bueno en el trabajo de operaciones. Y su hoja de servicios se lo agradecería. Al igual que todos los pilotos de la coalición que habían sido trasladados a operaciones como Darrow y Scalter, pensaban que como una degradación. Pero era un trabajo vital, y se lo tomaban en serio.

—¡Suba a los cinco mil, Ransack! —decía escuetamente Scalter cuando Darrow se acercó a su puesto.

—¡Gire a dieciocho norte. Repito, al norte. Si gira hacia el oeste, caerán sobre su ala. Haga lo que le digo!

Scalter levantó una mano sin mirar a su alrededor.

—¡No me importa lo que usted vea, Ransack. A cinco mil, diez y ocho norte. Hay

un bloque de murciélagos debajo de de ustedes, y entraran a su alcance, y se convertirán en carne picada si gira hacia el oeste!

Scalter miró a Darrow. Y Darrow le tendió la placa de datos.

—¡Acaba de llegar! Eads quiere que usted se ocupe de ello.

—¡Gracias! —dijo Scalter. Darrow observó las manos del hombre como temblaban mientras cogía la placa de datos. Y pensó en Heckel.

—¿Algo más, Darrow? —le preguntó Scalter. Al igual que todos ellos, Scalter parecía monstruosamente cansado.

Darrow sabía por qué. Que no era sólo el estrés. Todos los pilotos de la coalición retirados del servicio activó, habían estado pasando tiempo en los simuladores cuando deberían haber estado durmiendo, para mantener sus habilidades afiladas. Darrow también lo hacía, y había visto varias veces a Scalter en una de las plataformas.

La armada había traído nuevos programas de formación, las rutinas de simulación para Thunderbolts y Marauders. Todos habían estado ansiosos por probarlas. Para experimentar lo que se estaban perdiendo.

—¡Espera, Darrow! —dijo Scalter—. Ya que esta aquí. —Se volvió de nuevo a su estación, y se desprendió de algunos comandos, y luego escribió algunos detalles sobre una placa de datos—. Eads va a necesitar esto. Iba a enviar a mi subalterno, pero que me aspen si sé dónde está.

Darrow cogió la placa de datos.

—¡Gracias, señor!

Le temblaba la mano. ¿El primero síntoma de una baja auto-destructiva? ¿O sólo la fatiga?

Darrow volvió. Mientras se alejaba, oyó ladrar Scalter:

—¡Ransack, que no se lo tenga que volver a repetir, dieciocho norte!

Darrow esquivó la marea de jóvenes corriendo, ayudantes y empleados de la Armada.

Y llegó a la estación de Eads.

—¡Orbis, diríjase a las coordenadas enviadas, por el amor del Trono! —Una pausa. Darrow esperó.

—¡Orbis vuelo, vuelo Orbis! —dijo Eads—. Su argumento es la fusión de estupideces. ¡Siete-siete! Corrija y concrete. Sí, tengo confirmado murciélagos, que se extiende a ocho mil. Diríjase a las coordenadas indicadas. Tenga en cuenta que habrá hostiles a los ocho mil.

Darrow puso su mano sobre el brazo de Eads.

—¡Proceda con cautela hacia el norte!

—¿Sí, Darrow?

—¡De parte de Scalter, señor!

—¡Léeme el mensaje, en voz alta, Darrow!

—En formación de entrada, seis mil variable, en dirección norte-oriente cuatro y dos kilómetros. Son las unidades de Gocel FSB. En treinta minutos, solicitan instrucciones para aterrizaje.

—¿Cuántos?

—Las estimaciones son de veinte aparatos de diferentes alas, además de los medios de transporte de extracción y pesados.

—Tendrás que ocuparte personalmente de esto, Darrow. Tengo un escenario importante aquí. Envía los transportes hacia nosotros, con prioridad. Descubra el estado operacional de los aparatos. Si todavía están en condiciones de combatir, los podríamos usar. Y consigue combustible y munición para poderlos equipar de inmediato.

—¡Sí, señor!

Darrow se puso los auriculares y se ajustó el dial. Eads ya estaba de vuelta en la línea para su formación enemiga. Darrow intentó controlar sus nervios.

—Gocel en ruta, Gocel en ruta, soy operaciones en Theda. ¿Me escuchan?

Un crujido.

—¡Operaciones, soy Líder Umbra, le recibo claro!

—Informe de su situación, Líder Umbra.

—Hemos salido a toda prisa de Gocel. El Enemigo nos sorprendió. Umbra somos nueve, repito nueve aparatos. Del 409 de Raptors ahora son ocho, repito ocho. Y el 786 de reconocimientos, tres, repito tres aparatos. Tenemos cinco transportes pesados anfibios. Formamos una cubierta protectora sobre los transportes. No hay hostiles por la zona.

—¿El tiempo previsto para Theda, Líder Umbra?

—Veintiséis minutos.

—Transportes se dirigirán a MAB sur, tienen prioridad. ¿Cuántos están en condiciones para entrar en combate?

—Umbra y la unidad de Raptors y están a disposición de Operaciones. Tenemos municiones y combustible, el 786 esta a la mitad de combustible, así que no aconsejo su utilización.

—Podrían dirigirse hacia nueve-dos al oeste.

—¡Comprendido!

Darrow respiro profundamente. Estaba en la toma de decisiones.

—Los Lightnings darán cobertura a los transportes. Todos los demás elementos irán hacia, nueve-dos al oeste.

—¡Recibido, y iniciando cambio de ruta!

Cuatro décimas de nubes y con viento cruzado del sur. Una manta de cielo pálido furtivamente con gris.

Jagdea se dirigió hacia el oeste siguiendo las instrucciones de operaciones, viendo como las lanchas de transporte navegaban hacia el norte con sus Lightning de escolta, se iban alejaban de su vista.

—¡Raptor vuelo, soy Líder Umbra! Blaguer ha sido derribado, que el Trono dorado lo reciba. Operaciones acaba de llamar, como estoy segura de que lo han oído. Estoy al mando en estos momentos. Podemos discutir sobre ello, una vez hayamos aterrizado en tierra firme ¿Alguna objeción?

—Líder Umbra, soy Raptor Dos. ¡La vamos a seguir hacia el infierno!

Jagdea sonrió. Había discutido con Blaguer un gran número de veces durante su breve estancia en el lago Gocel. El piloto que le había contestado era Rapmund, un tipo decente, de cara ancha, silencioso y profesional. Su confianza respuesta la complació.

—¡Me alegro de oír que estoy al mando sin objeciones. Tenemos enemigos suficientes aquí sin matarnos los unos a los otros!

Jagdea se colocó delante y luego observó con la pantalla del auspex como los otros aparatos se instalaban en formación. Cuatro formaciones de diamante, cada uno con cuatro aparatos. Se formaron con extraordinaria sencillez, Raptors y Umbra Cooperando al fin. Sin alardes, sin la ley del más fuerte. Sólo guerreros del aire, uniéndose sin pensárselo a favor de un bien común. ¡Así es como el Imperio vence a sus enemigos!

El Thunderbolt de Jagdea se colocó delante de los cuatro diamantes, directamente en frente de la segunda formación, creando una estructura asimétrica. Diamante Dos estaba en la cola, Diamante Uno en sus cuatro, estaba en la posición que la armada llamaba como puntero. Informó a los pilotos de Raptors a través del comunicador de sus números y posiciones, escribiendo los detalles en la placa de datos fijada a su muslo. Entonces encendió su comunicador.

—¡Operaciones, soy el líder Umbra! Umbra y los Raptors estamos en formación y preparados. ¿Qué tenéis para nosotros?

—¡Umbra le recibo bien y claro! Ajuste su rumbo tres puntos y elévense a ocho mil. Refriega a cuatro kilómetros y acercándose.

—¡Recibido, Operaciones!

Volaron a través de un banco de nubes, ondulante como la niebla, y luego se hizo un claro en las nubes. La refriega estaba delante de ellos.

—Refriega, qué palabra más inadecuada. —La voz de Operaciones sonaba demasiado joven—. Esto era una batalla —murmuró pasa si Jagdea.

Cientos de máquinas giraban y bailaban en el cielo a través de noventa kilómetros

cúbicos de espacio. Había aviones por todas partes... algunos en solitario, algunos en formaciones, algunos en los patrones estrictos y complejas formaciones de combate. La mayoría de ellos eran hostiles, por lo que Jagdea podía ver. Una gran cantidad de bombarderos, un gran número Interceptores y combatientes. Los aparatos imperiales se movían entre ellos, luchando.

El aire estaba lleno de proyectiles y humo. Se podía ver al menos seis aparatos dañados cayendo hacia el suelo.

En el suelo, a través de las nubes, pudo ver la amplia extensión del Litoral y las afueras de la ciudad de Theda. Cientos de puntos de incendios la iluminaban. Ese era el objetivo de los bombarderos.

—¡Umbra Líder tengo visual! —dijo Jagdea.

—¡Está bien, Umbra! —Operaciones de repente tenía una voz diferente, un controlador más experimentado—. ¿Puede entrar en combate, con el objetivo indicado?

Jagdea miró hacia el cielo, y comprobó con su mirada los datos del auspex.

—¡Los veo, Operaciones! Una formación de Hell Razors de veinte aparatos o más, iniciaremos la intercepción desde abajo.

Los aparatos imperiales estaban mil metros más abajo.

—¡El Emperador protege! —dijo la voz experimentada de operaciones.

—¡Apuntar y disparar! —ordenó Jagdea—. ¡Utilizad los postquemadores! Y mandad al infierno a esos hijos de puta.

La formación ampliada de Umbra se inclinó hacia arriba y aceleró, acercándose por debajo de los Hell Razors. Algunos ya estaban disparando.

Sorprendieron totalmente a los Hell Razors. Los que faltaban por disparar iniciaron sus ráfagas y comenzaron a romperse.

—Y aquí vamos... —se dijo a sí misma Jagdea.

Los destellos de los estallidos. Las estelas de humo. Y dos de los Hell Razors explotaron en el aire. Una tercero se unió con su bola de fuego a sus compañeros. Uno de los Raptor, cuatro, perdió su ala y cayó hacia la ciudad como un peso muerto.

Cordiale recibió un impacto y un pedazo grande de su ala se desprendió, y algunas secciones de las planchas blindadas del costado también fueron dañadas. Los proyectiles habían perforado a través de su ala.

Su aparato se inclinó hacia abajo, pero para alivio de Jagdea, logro mantener estable a su aparato. Y empezó a ganar altitud.

Jagdea se arqueó para ganarle la cola a un Hell Razor que había iniciado un descenso para acabar de derribar al aparato de Cordiale. Fue su última decisión, ya que una ráfaga de Jagdea lo rastrillo de punta a punta, explotando en una bola de fuego.

—¡Once Umbra! —gritó ella—. ¿Estás bien?

—¡Sólo daños superficiales, señor! —respondió Cordiale, como si simplemente estuviera pasando el rato. Por los daños que había visto Jagdea, no podían ser superficiales.

—¡Regresa a la base! —ordenó Jagdea.

—¡Operaciones Theda, Operaciones Theda! Tengo un aparato dañado en ruta hacia la base.

—Entendido, informare al personal de tierra.

Jagdea miró a babor. Dos Hell Razors se habían separado del combate para perseguir a Cordiale.

—¡Cordiale, rompe!

—¡Romper! ¡Apenas puedo mantenerme nivelado! —respondió Cordiale.

Jagdea apretó el acelerador.

—¿Blansher? ¡Umbral vuelo, Dos tienes el mando a partir de ahora!

—¡Comprendido Jagdea! —contestó Blansher.

Jagdea inclinó su aparato en un descenso rápido. El aparato de Cordiale empezó a escupir humo.

Le gana la cola a uno de los Hell Razors y solamente le rozó con sus cañones automáticos. El murciélago rompió hacia la derecha, pero esta vez su intuición no le falló, Jagdea se deslizó hacia la derecha también. El Hell Razor se deslizó a través de su punto de mira. Y calculó cerca de cuarenta grados de deflexión y disparó una ráfaga. El Hell Razor comenzó escupir una estela de humo negro, E inclinó el morro, como si fuera a huir, y luego estalló en una lluvia de restos en llamas.

Un proyectil se estrelló en el lado izquierdo de la cabina de Jagdea. Parte del mamparo se rompió, y un trozo del cristal blindado se desprendió a gran velocidad y se clavó profundamente en el brazo izquierdo de Jagdea.

Jagdea gritó de dolor. Un Hell Razor pasó junto a ella, girando para un segundo ataque.

Temblando, trató de mantener la calma.

—¡Operaciones Theda! —jadeó Jagdea—. ¡Dos, repito dos aparatos dañados van en camino!

Un gran panorama se extendía por debajo de ella. Vio los daños causados en la ciudad, por las tormentas de fuego, la maltrecha base aérea. El Viento silbaba a través del mamparo roto. Por debajo del panel de control brotaba humo. Jagdea no podía ver los indicadores del panel de control ya que estaban cubiertos de sangre... su sangre. Miró hacia abajo. Podía ver su brazo desgarrado, la sangre, la carne. La visión de hueso blanco.

Su motor de babor se había incendiado.

Se dejó caer, parecía que estaba a punto de entrar shock.

Oyó un ruido extraño, y finalmente se dio cuenta de que era la advertencia. Tenía

un murciélago en la cola.

El Hell Razor cayó hacia ella, entonces explotó, esparciendo restos en un amplio círculo.

—¡Ponte a salvo, Jagdea! —dijo Blansher.

—¡En el nombre del Dios-Emperador, que no te vas a librar de mi! —respondió Jagdea. Jagdea luchó con sus propulsores, tratando de corregir el fallo del motor incendiado. En el último momento, ella recordó vagamente lo que estaba haciendo e intentó aterrizar. Cordiale ya estaba abajo, con el personal de tierra en torno a su aparato.

Jagdea se desmayó. Entonces se despertó de golpe, cuando recibió el impacto contra el suelo, el aparato de Jagdea se deslizó veinte metros por su vientre y hasta que se detuvo.

Cordiale fue el primero en llegar hasta ella. Quito lo que quedaba del mamparo mediante el desbloqueo de emergencia.

Jagdea dirigió su mirada hacia ella. La visera del casco estaba salpicada de gotas de sangre. Cordiale le limpió la visera ya que simplemente eran manchas.

Usando su mano derecha, le quitó el casco y lo lanzó fuera.

—¡Vas a ponerte bien! —dijo Cordiale. Fue lo último que escuchó Jagdea.

Las carreteras estaban bloqueadas, por lo que podía ver. Le Guin de pie en la parte superior de la torreta del *Zona de Muerte*, miró fijamente. Era un espectáculo triste. Miles de vehículos, la mayoría de ellos militares, en un embotellamiento para entrar a la ciudad.

Muchos de los vehículos habían apagado sus motores para ahorrar combustible, pero el aire seguía siendo saturado por los gases de escape. Los hombres se arremolinaban en grupos y Le Guin escuchaba más de un arranque de ira.

—¿Ves algo? —preguntó Viltry. Que estaba sentado en el borde de una de las escotillas superiores.

—¡Nada que se mueva!

La ciudad se llamaba Nivelles, una ciudad mercado en la llanura del valle del Lida a sesenta kilómetros al sur de Ezrville. Al igual que muchos de los lugares que habían atravesado, había sufrido daños en los bombardeos, y parecía vacía de civiles.

Una vez que la columna había comenzado a transitar por las carreteras pavimentadas a lo largo de la Lida, las cosas habían mejorado, a pesar de los cráteres y la constante amenaza de los ataques aéreos. Se habían encontrado con unidades del Munitorum a lo largo de la ruta, lo que les suministro alimentos, suministros médicos y el vital combustible. Había empezado a sentirse como seres civilizados, después de las semanas de privaciones y luchas.

Pero la guerra se había apoderado de ellos de alguna manera. El Litoral y la Península habían sido golpeados duramente por el enemigo.

Desde Nivelles, se podía ver sobre Ezrville una vasta nube humo negro. Y aeronaves, a menudo a demasiada altitud para identificarlas. Tenían los asientos de tribuna para contemplar las varias batallas aéreas más grandes que hubiesen visto: motas en movimiento y dando vueltas en espiral, dejando filigranas intrincados de breves estelas, chispas y destellos penetrantes. Aparatos Ardiendo, como meteoros en la reentrada, caían del cielo sobre pastizales lejanos.

Había un carril que era exclusivamente para el Munitorum para permitir que llegaran los suministros con rapidez, y para evacuar a los heridos más graves, para que recibieran tratamiento en los hospitales de la costa.

Directivas del Munitorum había ordenado a las columnas que se dirigieran hacia Ezrville donde barcasas y otros transportes marinos les estaban esperando para evacuarlos a las costas del norte. Ese era el plan, por lo menos.

En realidad, los caminos se habían vuelto cada vez más difíciles de transitar cuando se encontraron con otras columnas. Y el éxodo en masa no era solamente militar.

Habían pasado por delante de largas procesiones de refugiados civiles, familias con niños, caminando por los bordes de la carretera, empujando sus vidas en

carretillas de mano.

Matredes se unió a ellos. Le Guin le había dicho que hablara con los civiles y consiguiera información útil sobre lo que pasaba.

—Hay algunas buenas noticias —dijo Matredes mientras trepaba—. Estamos aquí porque el personal de evacuación está casi abrumado.

—¿Es una buena noticia? —dijo Le Guin.

—De acuerdo con la mayor que hablé, sí, señor. Un treinta por ciento de los soldados que participamos en la retirada, ya han regresado a la costa, más de lo que esperaban.

El Munitorum han estado luchando para traer más lanchas de transporte desde el norte hacia las costas para ayudar con la evacuación. Las pérdidas no son tantas como en un principio se habían temido.

Viltry sonrió, pero sabía que era una buena noticia en el largo plazo. A pesar que las fuerza de tierra aun tenían que reagruparse para la siguiente fase de guerra que estaba por venir. Sus esfuerzos, y el de otros pilotos, parecía que estaba dando sus frutos.

—El otro problema que tienen que resolver —dijo Matredes—. Los civiles están abandonando Ezrville en masa y los refugiados están llegando desde el Litoral. Las Carreteras a partir de Ezrville han cortado para los refugiados.

—¿Así que estamos atrapados aquí?

—El Munitorum están abasteciendo las unidades con combustible y intentaran desviar la corriente de refugiados hacia el este. Los centros de evacuación se están estableciendo en varias de las ciudades de la costa a lo largo de Ezrville para bajar la presión allí. Esto significa que de fondo, que tenemos otras opciones —señaló Matredes—. Podríamos dar un rodeo dejando el camino, y recorriendo las praderas para llegar a alguna de las carreteras decentes sin tener que entrar a Ezrville.

Sacó un trozo de papel de su bolsillo. En que había anotado los nombres de los otros puntos de evacuación: Fetona, San Chryze, Langersville. Y se puso a buscarlos en el mapa.

Le Guin se encogió de hombros.

—Tenemos combustible y vehículos. ¿A qué esperamos?

—Es mejor que estar sentado aquí —aventuró Matredes.

—¿Qué son otros pocos kilómetros? —dijo Emdeen.

—Estoy de acuerdo —dijo Viltry.

—Vamos a hacerlo —dijo Le Guin.

Les tomó una hora para difundir el mensaje y reclutar unos cuarenta vehículos para que se unieran a ellos. Le Guin se aseguró de que todos estaban en condiciones decentes. No quería rezagados. Los dañados tendrían que quedarse con la corriente principal del tráfico.

Después de eso, una vez que había informado de los detalles al Munitorum y consiguió su permiso, les costó dos horas para maniobrar fuera de la línea. Fue un trabajo duro, como una ronda estancada de regicidio, sin ningún lugar para poder girar. Le Guin y Viltry tuvo que saltar y disolver una pelea entre la tripulación de un semioruga y los hombres de un Chimera a los que habían embestido accidentalmente.

Finalmente, el comandante de un conquistador de la unidad Pardus, *El Leyenda*, logró encontrar un desvío que era en realidad la puerta de entrada hacia una planta de conservas, y tuvo que crear una salida en la fábrica de conservas al no encontrar ninguna, la única solución que se le ocurrió, fue investir una pared con su tanque equipado con una pala. Salió a lo que parecía un huerto cercado con vallas, fue vitoreado ruidosamente por los espectadores.

Los vehículos se unieron al camino trazado por el tanque y lo siguieron a través de las ruinas de las huertas pisoteadas hasta salir a las praderas, Nueve tanques de Pardus, once de la compañía Gerzon, seis de la Compañía Balchinor, tres plataformas de Hydra, y dieciséis transportes de tropas variadas y medio llenas de guardias. De común acuerdo, Le Guin tenía el mando. Esto se debió en parte al hecho de que había sido idea suya, sino también porque en la columna se había ganado una reputación por derribar los dos murciélagos la tarde anterior.

Le Guin dio la orden, y se extendieron levantando barro mientras cruzaban la pradera estaban pasando a campo través. Viltry se sentó en la torreta y se aferró, se estaban moviendo por fin.

—¡Ya he terminado mi turno! —dijo Eads.

—¡Gracias! —le dijo su reemplazo—. ¡Le entrego el control!

A medida que el controlador de repuesto tomaba el control, Darrow ayudo a Eads a retirar, limpiar y guardar sus enlaces augméticos. Ambos estaban agotados. Las exigencias de su trabajo no habían permitido ni un segundo de descanso durante toda la jornada de su turno.

—¡Buena suerte! —dijo Eads para el nuevo controlador, pero el hombre ya estaba demasiado ocupado para responderle.

Darrow esperó mientras Eads hablaba en voz baja con el oficial des puente, y luego lo acompañó hasta fuera del bullicio de la rotonda. Eads tenía su bastón, pero cogió el brazo de Darrow y permitió que Darrow lo guiara. Estaba agotado.

—¡Le puedo guiar hacia e a sus aposentos, señor! —dijo Darrow.

—No es necesario. Un pequeño paseo, en soledad, podría hacerme bien. Y debe llegar a su propia cama. Deck dice que nos necesita de nuevo en turno de medianoche.

—¡Sí, señor!

—¿Darrow?

—¿Sí, señor?

—Esto es extraoficial, ¿entiendes?

—¡Sí, señor!

—Cuando vuelvas a tu habitación, prepara una maleta con tus cosas, para que puedas viajar con poco peso y rápido.

—¿Por qué, señor? —frunció el ceño Darrow.

—Banzie reconoce que hay planes para evacuar. No es oficial todavía, pero está seguro de que es el planteamiento de armada. Otros cuatro o cinco días, y Theda será inviable para Operaciones.

—¡Dios-Emperador...! —dijo Darrow.

—Estamos perdiendo, hijo. No importa lo duro que luchemos, el cielo les pertenece. La Armada va a retirar sus alas hacia fuera, en una evacuación general. Hacia bases más seguras.

—¿Dónde, Señor?

—Tal vez Zophos, los Midwinters. Posiblemente St. Hagen. Al parecer, los tácticos lo están evaluando.

Darrow se sentía hueco. Miró hacia otro lado. El personal de operaciones andaba con paso pesado hacia su turno de trabajo.

—Nosotros... —comenzó.

—¿Vamos a perder la guerra? —le preguntó.

—¡No! —dijo Eads—. La retiradas no son fáciles de entender, pero serás un

soldado mejor, si te das cuenta de que a veces es la única manera de ganar. Por el Trono, si retirarse es igual a derrota, entonces habríamos perdido la guerra en el momento en que las fuerzas de tierra se retiraron de las puertas de Trinity.

—¡Señor!

—Sé que duele, Darrow. Las retiradas hieren el orgullo de un hombre. Pero hay que verlo todo. —No había ironía en la voz de EADS—. Retirarse para reagruparse, reunir nuestras fuerzas y intentarlo de nuevo. Eso es lo que estamos haciendo. Es por eso que hemos luchado tanto para conseguir que las fuerzas terrestres puedan llegar a la costa. Siempre podemos girarnos y volver a luchar de nuevo, renovados. Ve y lee algunos libros de historia, Darrow. Las guerras se han ganado esta manera. Y muchas otras se han perdido por hombres demasiado orgullosos para reconocer la importancia de una retirada táctica.

Darrow asintió.

—¿Darrow?

—¡Mis disculpas, señor! —Asintiendo con la cabeza.

—Duerme un poco. Nos vemos en el turno de medianoche.

Darrow saludó a Eads y se alejó utilizando su bastón.

—¿A eso le llame un saludo? —dijo sobre su hombro.

Darrow vagó hacia al exterior del edificio. El aire estaba sucio y apestaba a combustible. Algunas personas del personal de operaciones del último turno merodeaban por los alrededores bajo el pórtico, fumando y charlando, o simplemente descansaban.

Vio a Scalter cerca, fumando un cigarrillo de lho. Incluso desde la distancia, Darrow podría ver como a Scalter le continuaban temblando las manos. Había decidido que tenía que hacer algo.

Sacó sus manos de los bolsillos y se acercó a Scalter.

—¿Necesitas algo? —preguntó Scalter, dándose cuenta de que se acercaba.

—No, señor. Estoy bien.

—¿Le pasa algo a sus manos?

—No, a todos nos pasa. La tensión y la fatiga.

—Sí, señor.

Scalter ofreció a Darrow su cigarrillo.

—No, gracias, señor.

—¿Rumbo a los simuladores? —preguntó Scalter—. Le he visto allí.

—Yo podría hacerlo, ¿y usted?

Scalter asintió con la cabeza.

—¿Qué te parece? —preguntó señalando hacia el campo de aviación.

Darrow miró hacia el MAB. Muchas edificaciones de la base habían sido destruidas, se veían cráteres y montones de escombros. A lo largo de la cerca del

perímetro este, los restos de los aviones destruidos en tierra se habían acumulado allí, para simplemente tener espacio utilizable. Alas de la armada estaban aterrizando en estos momentos, y Las cuadrillas de mecánicos salían a las pistas para empezar las reparaciones cuando antes. En los hangares, los Apóstoles se estaban preparando para despegar. Darrow oyó el pulso brutal y lleno de vida de los motores de arranque.

Más allá de la base, podía ver a las torres de Theda y como Columnas de humo salían de las torres oscureciendo el cielo. Los incendios aun ardían. No había diferencias en el horizonte del resto de la ciudad donde edificios familiares habían sido destruidos.

—¡Creo que voy a ir a la sala de los simuladores! —dijo Darrow.



DÍA 265

La llegada de heridos por el bombardeo había llenado las enfermerías de la base al máximo de su capacidad. Jagdea había sido transferida al otro lado de la ciudad a una clínica en los distritos occidentales, un edificio de cuatro pisos de ladrillo gris que había sido, a lo largo de los años, un sanatorio, un refugio y un scholam para jóvenes descarriados. El edificio estaba en mal estado. El aire olía a desinfectante y a moho.

Blansher la encontró al final de una larga galería, sombría, mirando por la ventana a la calle llena de filas de civiles estaban esperando bajo la lluvia para ser atendidos.

Se la veía pálida y delgada. Su brazo izquierdo estaba vendado con un pesado cabestrillo.

Blansher notó que bajo la bata, que Jagdea aún llevaba los pantalones de su traje de vuelo.

—¡Buenos días! —dijo.

—¿Cómo está el brazo? —preguntó Blansher.

—Está bien. Otro día o dos, supongo.

—Te echamos de menos. La unidad te desea que te recuperes del todo lo mejor posible.

—Los tienes a raya, ¿verdad?

—No se atreverían a meterse conmigo.

Ella sonrió.

—¿Quieres sentarte? —dijo Jagdea, levantándose de la silla de baño.

—Estoy bien —dijo.

—¡Siéntate! Tienes mala cara. Y he estado sentada todo el día.

Se encogió de hombros, se sentó en la vieja silla de ruedas. Se recostó, con los codos hacia fuera.

—Así que... ¿este es tu nuevo aparato? —preguntó.

Se apoyó contra la pared junto a la ventana e hizo un gesto hacia la silla con su mano buena.

—¡Pruébala! No es como un Thunderbolt, pero tiene un buen empuje, y puedo entrar con ella en el ascensor cuando tengo que ir al dispensario.

—¿Cómo te fue? —preguntó Jagdea.

—Hemos hecho otra interceptación. Una refriega desagradable sobre St Chryze. Aggie picó uno, y yo también.

—¿Todos bien?

—Una ráfaga impactó sobre un lateral de Zemic del panel lateral y rompió su cadena de amuletos de la suerte, por lo que está realmente preocupado. Pero sí. Todos estamos bien.

—¿Cordiale?

—Su aparato estará arreglado, para la próxima salida.

—¿Cómo está mi bebé el cero-dos?

—¡Un desastre, Bree! Pero se puede reparar. Están trabajando en el ahora, pero va a tener que ser enviado por transporte...

Blansher se detuvo.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¡Quería decírtelo con suavidad!

—¿Enviado a donde? —le preguntó Jagdea—. ¿Cuándo?

—A las 06:00 horas de esta mañana. Ordenes de la armada. Al parecer, Ornoff ha decidido que es hora de dejarla costa.

—¿A dónde?

—Para nosotros, Lucerna MAB en los Midwinters. Esto no es oficial, obviamente.

—Por supuesto.

—La evacuación de la península ya está en marcha. Theda está casi vacía, la población ya sido evacuada.

—Desde las islas podremos mantener nuestras bases fuera del rango de ataque del enemigo durante un tiempo, y dar cobertura aérea a las flotas de evacuación. Por el Trono dorado, Bree, nunca he visto tantos barcos.

—Me gustan las islas —dijo Jagdea pensativa—. Me recuerdan a casa.

—Estaremos volando con los Thunderbolts a las 09:00 con el 268.º, y dentro de tres días a partir de ahora, si la situación lo permite estaremos en las islas. Y tu aparato estará esta tarde en una de las barcasas de carga.

—¿No me dejareis aquí? —dijo Jagdea.

—¡Por supuesto que no, Bree! Voy a organizar un transporte para recogerte, aproximadamente a las 08:30 de la mañana. La armada esta sacando a su personal utilizando Valkyries y Oneros. Supongo que serás evacuada al mediodía.

—Espero que sea verdad —advirtió Jagdea—. ¡No quiero morir en este basurero!

—Oh, confía en mí —dijo Blansher. Todavía estaba moviéndose por la habitación con la silla de ruedas, jugando como un niño—. ¿Cuándo te he decepcionado?

—¡Nunca! —respondió ella.

—¿Lo ves?

—¿Qué pasa con Espere? —preguntó.

—Ya ha sido evacuada al norte. Lo he comprobado. Está de camino a un hospital de Enothopolis mientras hablamos.

Blansher se levantó de la silla y se la acercó para que se sentara de nuevo.

—Debería irme —dijo.

—Estaremos por arriba a las 11:00 horas.

—¡Buen vuelo! —dijo Jagdea.

—¡Cuídate! —dijo después de una pausa Blansher—. Bueno, parece que tienes otro visitante.

Jagdea miró a su alrededor. El oficial de ala Seekan, espléndido en su abrigo de ante blanco, estaba subiendo por el pasillo.

—Amigos en las altas esferas —dijo Blansher.

Se alejó, saludando a Seekan mientras pasaba por su lado. Seekan le devolvió el saludo respetuosamente, y luego se dirigió a unirse con Jagdea debajo de la ventana.

Ella permaneció de pie.

—¡Seekan!

—Comandante. ¿Cómo está?

—Sorpresa, No esperaba verle por aquí.

Seekan se encogió de hombros.

—Tome asiento —sugirió Jagdea, asintiendo con la cabeza hacia la silla de ruedas.

—Estoy bien, comandante. Yo... vine por dos razones. La primera es por una cuestión de cortesía. De oficial de vuelo a otro. El Mayor Ramia Ludo de los Apóstoles fue derribado en acción anoche.

—Lamento escuchar eso —lamento Jagdea.

Seekan carraspeó incómodo.

—Tengo la intención de ofrecerle el puesto a la teniente de vuelo Larice Asche. Su actuación, especialmente en los últimos días, ha sido notable. Diez derribos en una salida, llaman mi atención. Quería pedirte permiso, comandante.

—¿Mi permiso?

—Antes de proponerle el puesto a Larice Asche.

Jagdea cojeó hacia la silla de baño y se sentó en ella. Se sentía aturdido, herida, como si algo precioso le hubiera sido robado.

—Larice es uno de mis... —se detuvo y se corrigió—. Larice Asche es mi mejor piloto. La voy a extrañar.

—Y me siento halagada que me hayas pedido mi permiso.

—Larice se pondrá muy contenta. Es un honor. Por supuesto que va aceptar. El primer piloto de Phantine que entra en los Apóstoles.

—La primera mujer... —dijo Seekan.

—No es una distinción que nos preocupe en Phantine, señor.

—La armada es bastante anticuada —sonrió—. ¿Así que, tengo tu permiso?

Jagdea sacudió la cabeza y se echó a reír.

—¡Es como si me estuviera pidiendo su mano en matrimonio!

—Yo soy, en cierto modo, de hasta que la muerte nos separe.

Jagdea lo miro.

—Haz de Larice un héroe. Una leyenda. Eso es todo lo que ella quiere, Seekan.

—Lo haré —dijo—. Gracias.

—¿Cuál es la segunda razón? —preguntó Jagdea.

—¿Perdón?

—Dijiste que habías venido aquí por dos razones. Me ha robado a mi mejor piloto. No quiero ni pensar cuál será la segunda razón de su visita.

—Yo sólo quería preguntarle por su salud. Me preocupé cuando escuché la noticia.

—Pensé que los Apóstoles no se preocupan por heridos o muertos. Simplemente pensaba que no se preocupaban por los demás —dijo. Jagdea.

—Seekan, miró a su alrededor por un momento.

—Tengo asuntos importantes que atender. Que el Emperador le proteja, comandante.

Ella asintió con la cabeza.

Sólo cuando estuvo fuera de la vista a lo largo del pasillo largo, cuando pudo oler el exótico perfume de una flor, sus pétalos eran de color púrpura imperial, que había dejado Seekan en la repisa de la ventana.

Desde las colinas, parecía como si partes de la costa se desprendiera y iniciasen su deriva en el mar.

El convoy Le Guin había llegado a Langersville, y ahora se dirigían hacia el puerto, sólo eran una pequeña parte de las fuerzas que esperaban su evacuación.

Cielos amenazantes de lluvia pasaban por encima de ellos.

Formaciones de Valkyries despegaban de las pista, en dirección hacia el mar. Viltry podía ver Oneros preparándose para el despegue.

En los muelles, enormes barcos anfibios, eructando humo de sus chimeneas, con sus portones bajados, y por sus vientres abiertos entraban vehículos.

En cuando llenaban sus bodegas, levantaban los portones y se dirigían a las aguas más profundas, se estaba poniendo a prueba la operación del Munitorum en los muelles portuarios.

Las barcazas de empuje eran colosales. Estaban totalmente blindadas, suspendidos sobre el agua por sus motores monumentales en las esquinas y bordes. A medida que se deslizaban hasta los muelles y dejaban caer sus rampas metálicas. El ruido de las hélices llenaba el puerto. Miembros del Munitorum dirigían el proceso de embarque.

Un regimiento de tanques pesados, podían alojarse en los vientres de esas enormes máquinas.

—¡Ahí está nuestro transporte! —dijo Le Guin.

Viltry asintió.

—¿Estamos muy lejos Theda?

Le Guin consultó su mapa.

—Cerca de trescientos kilómetros al este. ¿Por qué?

—Tengo cosas que hacer en Theda —dijo Viltry.

Le Guin frunció el ceño.

—Te echaremos de menos.

—Yo también os echare de menos, ha sido toda una experiencia.

Viltry y Le Guin se dieron la mano a modo de despedida. Y cuando Viltry bajó del tanque, Matredes lo abrazó y Emdeen le dio un golpe en el brazo.

—¡Buena suerte! —gritó Viltry cuando el *Zona de Muerte* comenzó a rodar hacia delante.

—¡El Emperador protege! —gritó Le Guin.

Le Guin dijo algo mas, pero los motores del tanque impidieron que lo oyera.

Viltry estaba en la ladera con una columna lenta y enroscado de vehículos junto a él y el tanque de Le Guin se perdió de vista.

Luego corrió por la orilla cubierta de hierba hacia la carretera de la costa, y logro subirse a un transporte del Munitorum que se dirigía a toda velocidad hacia el este.

Theda MAB Sur, 16:10

Tan pronto como sus ruedas se establecieron en la pista designada, Marquall apago los motores y dejo que la tierra tomara el control de las catorce toneladas del Nueve-Nueve Doble águila. Se sentó por un momento, su mamparo aun estaba bloqueado, su cabeza se apoyo en el asiento y cerró los ojos.

Racklae llamó por el mamparo y Marquall abrió los ojos. Y asintió con la cabeza, quitándose el respirador y el casco. Y salió de la carlinga. El aire fresco sopló en el rostro de Marquall.

—¿Está todo bien, señor? —preguntó Racklae.

—¡Todo bien! —respondió Marquall.

—¡Entendido, señor!

—Creo que el cañón láser necesita limpieza o reposición. Tenía un extraño patrón de fuego.

—Lo comprobare.

—¿Hay alguna posibilidad de cohetes?

Racklae negó con la cabeza.

—Entre usted y yo, señor, estamos bastante escasos de municiones. Y todos los cohetes que nos llegan, van para los Marauders.

Marquall dejo a los mecánicos hacer su trabajo y salió del refugio. En la entrada del hangar de al lado, Van Tull estaba quitándose la chaqueta y los guantes.

—Uno de los buenos —dijo Marquall—. Vi que te dio problemas un Tormentor.

—¡Gracias! —dijo Van Tull—. Pensé que el bastardo iba a derribarme en cualquier momento.

—¿Has tenido suerte?

Marquall negó con la cabeza.

—Pensé que habías derribado un Hell Razor.

—Escapó y lo perdí.

—Siempre hay una próxima vez —dijo Van Tull.

Zemmic se unió a ellos. Sus amuletos de la suerte tintineaban sobre él en una nueva cadena.

—¿Qué es eso? —preguntó, haciendo un gesto hacia la carretera de servicio.

Una limusina se acercaba hacia ellos, y paro al lado de ellos. El conductor, un cadete de la armada, salió, dio la vuelta hacia el otro lado, y abrió la puerta trasera, y saludo. Una figura salió.

—Es el oficial al mando de los Apóstoles, ¿no es así? —preguntó Van Tull.

—Seekan —dijo Marquall.

—¿Qué demonios quiere? —dijo Zemmic.

Vieron cómo Seekan se dirigía hacia la pista número tres. Larice acababa de

bajarse de su Thunderbolt. Y saludó a Seekan. Seekan comenzó a hablar y le entregó algo.

Parecía una placa de datos. Incluso desde la distancia, pudieron ver la extraña mirada de sorpresa en la cara de Larice.

—¿Qué está pasando? —dijo Zemmic.

Seekan y Larice intercambiaron saludos de nuevo, entonces Seekan le estrechó la mano y volvió a su coche. Larice se quedó donde estaba, estudiando la placa de datos.

Marquall, Zemmic y Van Tull corrieron hacia ella. Blansher había aparecido, y Ranfre, Cordiale y Del Ruth también estaban cerca.

—¿Larice? —dijo Zemmic.

Ella levantó la vista. Había una extraña mirada en sus ojos.

—¿Qué está pasando? ¿Qué quería Seekan?

—¡Me... —dijo Larice.

—¿Qué?

Ella los miró a todos por un momento.

—¡No vais a creer esto...! —empezó a decir.



DÍA 266

EL Primer vistazo de Viltry a la ciudad de Theda ciudad fue desde la cabina de un transporte del Munitorum a las últimas horas de la noche. Era la primera vez que la veía desde que lo había despegado por última vez en el *G para Greta*, en su vuelo final. Las cosas habían cambiado. En la oscuridad, desde muchos kilómetros de distancia, la ciudad era invisible a causa del humo, pero al acercarse la forma de la misma se definió en el cielo por el resplandor rojo por los incendios.

—¡Por el Trono dorado!

—Te dije que la situación era mala —dijo el conductor.

Viltry había hecho un largo viaje a largo de la costa durante la noche. Había mucha actividad a lo largo de la costa, gran parte debido al frenesí de la evacuación. Flotas de transporte del Munitorum salían de Theda y las ciudades vecinas, cargados de material y personal de los puertos de evacuación. El vasto cielo de la noche era un torbellino de trazadoras, y ráfagas de fuego antiaéreo. En Madenta, trató de encontrar un taxi para que lo llevara a Theda pero el tráfico en el centro de la ciudad era un caos, Viltry estuvo a unos trescientos metros de un ataque con bombas que destruyó un templo y un taller mecánico. En todas partes a donde iba, podía oír el zumbido de los motores de la Archienemigo en el cielo. Por suerte encontró otro camino del Munitorum, que se dirigía a la ciudad.

De camino a las afueras de Theda con las primeras luces, paró en un puesto de control del comisariado o del Munitorum. Las calles estaban desiertas, excepto por el tráfico militar. El ligero aumento de la luz solar, reveló un mundo polvoriento y lleno de humo. Pasaron por delante de una fila tras otra de unidades de bomberos.

Los equipos de lucha contra incendios luchaban contra los incendios de las viviendas. Algunas calles estaban cerradas. Camiones de sanitarios con las sirenas sonando, pasaban con estrépito.

Poco después, llegó a la zona del casco antiguo. No había gran diferencia con las otras partes de la ciudad, Viltry tenía una sensación de malestar en el pecho.

—Me esperan en los astilleros de montaje en Danzerplatz —dijo el conductor.

—¿Te va bien, bajar en los astilleros?

—No. Uh, déjame aquí.

El conductor detuvo el camión en una esquina.

—¡Gracias! —dijo Viltry, bajando del camión.

—Buena suerte al reincorporarte a tu unidad. Dispara a algunos a unos de esos hijos de puta de mi parte.

—Voy a intentarlo.

El conductor asintió, y reanudo su ruta.

Viltry comenzó a caminar. Su chaqueta de vuelo aún tenía la brújula de emergencia cosida en la manga, de modo que se guió por la brújula y se dirigió hacia

el norte. Le tomó cerca de treinta minutos para sortear las ruinas del casco antiguo para llegar a orillas del mar.

El aire era más fresco aquí, a pesar del humo dulzón que envolvía a toda la ciudad. Oyó el sonido extraño pero familiar de las olas al chocar contra la playa. Olió el mar.

Qué irónico que un olor, tan recientemente nuevo, tan ajeno a su pasado, que ahora le trajera tantos recuerdos.

Anduvo por el amplio paseo marítimo por un tiempo, tratando de orientarse. Estaba seguro de que sería capaz de ver los muelles cubiertos. Por último, casi por accidente, se dio cuenta que estaba junto arco que le era familiar. Allí estaba la pizarra, apoyado contra un arco de hierro.

Palacio de los Refrescos

Servicio de mesa

Vistas al mar

Más allá del arco, no había nada, excepto una maraña de hierros negros y maderas carbonizadas. Los tres muelles se habían sido destruidos. Oskar Viltry sintió que sus piernas se adormecían y se encontró débil. Se apoyó en la barandilla de hierro fundido y cerró sus cansados ojos.

Habría sido un gran plan. Una fiesta en el Hydra en Voldney en el casco antiguo todos los miembros de Umbra, incluido el personal de tierra estaban invitados, para celebrar el nuevo destino de Larice. Blansher había enviado un mensaje, alquilando un privado en un bar, y encargando suficiente joiliq para todos.

Pero entonces ordenes de emergencia había llegado a las 20:00 horas, y tuvieron que realizar otra incursión, en el caos de la oscuridad. En el momento en que habían regresado, realizado los informes, se ducharon y estuvieron en condiciones, Larice Asche ya había hecho sus maletas y había entregado su último informe. Y había dejado una despedida escrita al final de su informe.

Buen vuelo, Umbra. Nos vemos allí, en alguna parte.

Larice

Había una sensación de vacío en la sala de reuniones. Un estado de ánimo oscuro, de alguna manera peor que si hubieran perdido a un compañero en la acción.

—¡Vamos de todos modos! —dijo Blansher.

Habían llegado a la Hydra a las cuatro de la mañana, justo cuando el personal estaba esperando para cerrar, y trataron de despertar a un ambiente de fiesta. Pero era muy complicado. Blansher dijo unas pocas palabras acerca de Larice, y eran bonitas palabras, pero habrían sonado mejor viniendo de Jagdea. Los pilotos de Umbra se sentaron alrededor de una mesa taciturnos. Pero el personal de tierra, aprovecharon la oportunidad de bebida gratis, y se emborraron. Pero eran vigilados de cerca por Van Tull y Cordiale, pasada una hora. Zemmic, que había sido rechazado por Larice igualmente como Marquall, consiguió emborracharse, hasta caer inconsciente.

Ranfre se apiadó de él, y encontró un conductor de un camión del Munitorum, que los llevo de vuelta a la base.

Marquall, Del Ruth y Blansher, estaban en una mesa hablando.

—No es exactamente lo que yo había planeado —dijo Blansher.

Los tres estaban sentados alrededor de una mesa, jugando con una baraja de cartas. En el otro lado de la barra, y Racklae y demás personal de tierra estaban jugando con la bebida, con rugientes risas y buen humor. El personal del bar con los ojos rojos estaba sentado detrás del mostrador, anhelando poder volver a casa.

—Podríamos unirnos a ellos —sugirió Del Ruth, inclinando la cabeza en dirección a los instaladores.

—Y estropearles la diversión —dijo Blansher—. Los pilotos necesitan al personal de tierra y el personal de tierra necesitan a los pilotos, y hay mucha confianza entre ellos. Pero socialmente, somos mundos diferentes de diferentes clases. Si tratamos de

participar, vamos a ser tan bienvenido como un orko en un baño.

Del Ruth había estado sorbiendo de su copa, y soltó un bufido de risa, y se atraganto con fuerza. Hasta que Marquall tuvo que darle unas palmadas en la espalda. Fue la mejor risa que habían tenido en toda la noche.

—¡Por Trono dorado! —suspiró Blansher—. Esto sí, que no lo había planeado.

—La historia de mi vida —murmuró Marquall, rellenando los vasos con joiliq de cada uno de ellos.

—¿Qué es esto ahora? —dijo Del Ruth—. ¿Una terapia de autocompasión?

Marquall se encogió de hombros.

—Sabes, yo estaba entre los primeros de mi clase en la academia.

—¿No lo estábamos todos? —dijo Del Ruth, alzando las cejas hacia Blansher.

—No, yo no —dijo con tristeza Blansher, echando mano a su bebida—. Yo estaba... por abajo. El piloto cadete con más posibilidades de ser expulsado. Fallé cada ejercicio. No sólo fracasé. Fracasé estrepitosamente. Un día, mi instructor me cogió, me llevó a una terraza con vistas al vacío y señaló hacia el abismo. Y dijo: Este es su tu mundo de nacimiento. Un montón de cielo, sin tierra. Si no puedes volar, ¿qué demonios crees que vas a hacer para servir al dios-Emperador?

Del Ruth resopló en su vaso de nuevo y empezó a toser.

—¡Maldita sea! —dijo Del Ruth, limpiándose la boca con una servilleta—. ¡Es la segunda vez!

Blansher sonrió.

—Yo era el mejor de mi clase —dijo Marquall—. Del programa acelerado, justo al final de la guerra. Quiero decir, yo era bueno. Tenía ganas de pilotar en combate. Derribar a los murciélagos. Pero ahora estoy en ella, combatiendo... y metiendo la pata. No puedo aspirar a nada. Mis aparatos de averían o caen muertos del cielo. Hay gente herida por protegerme.

—Esa es una forma de ver las cosas —dijo Blansher.

—¿Hay otra forma?

—Bueno, para empezar está el tema de los dos derribos. Además de eso, me has salvado la vida en el aire, y yo no puedo hablar por los demás. Has sobrevivido a una expulsión de un aparato muerto... no muchos lo pueden contar. Y lo de utilizar la unidad de cohetes para escapar de una muerte segura. Hasta que tú los utilizaste era una estupidez, Vander, al menos eso es lo que estaba escrito en los manuales. No sé de nadie que lo hubiese intentado, y mucho menos sobrevivido para contarlo.

—Seekan tendría que haber venido a ti, y no por Larice.

Marquall esbozó una sonrisa.

—Gracias —dijo.

—Lo digo en serio.

—Eres un oficial de primera, señor. Como Jagdea. Sabe como motivar a sus

soldados, y aumentarles la moral.

—Tal vez —dijo Blansher—. Personalmente, creo que hay un lado positivo en todo, Sólo tienes que verlo. Solo tienes que preguntarte si el vaso esta medio lleno o medio vacío.

—El mío esta vacio —dijo Del Ruth rotundamente, mirando a su vaso, y cogiendo la botella para rellenársela de nuevo.

—Voy a brindar por eso —dijo Blansher, y cogió la botella.

Los tres salieron de la Hydra a las seis y veinte de la mañana, cuando la luz tenue comenzaba a llenar el cielo. El personal de tierra seguía de juerga. Blansher los llevó al depósito más cercano del Munitorum, tenia reservados a tres transportes y con sus conductores y luego regresó a la Hydra para recoger del suelo al personal de tierra.

Durante el trayecto de regreso observaron a lo largo de la carretera, que estaba desierta. La carretera estaba sembrada de basura y posesiones desechadas. Algunos vehículos averiados estaban en el arcén.

Marquall viajaba en la parte trasera de uno de los camiones con Racklae y un grupo de personal de tierra.

—¿Has oído eso? —dijo de repente.

Racklae volvió y ladeó la cabeza, tratando de oír por encima del ruido del motor del camión.

—Un montón de aparatos.

—¿Otro ataque? —preguntó uno de sus hombres.

—No suenan como bombarderos —dijo Racklae.

—Son más pesados ...

—¡Oh mierda! ¡Mirar! —exclamó Marquall, señalando el cielo del sur.

Grandes transportes de tropa, se deslizaban a través de los cielos por encima de los suburbios del este. Miles de aparatos sobrevolaban la ciudad, como el polen transportado por el viento.

Tropas de asalto, e iban a desembarcar en la ciudad. Desde las profundidades de la ciudad devastada por la guerra detrás de ellos, las sirenas comenzaron a sonar en un aullido. La temida invasión había empezado.

Los destellos de las detonaciones cayeron sobre la ciudad. Era un ruido áspero, chirriando por el bombardeo continuó. ¿Cómo podría el cielo soportar tantos aviones?

Darrow corrió hacia el centro de operaciones. Las bombas caían en el centro de la ciudad, y varios Tormentors se habían inclinado sobre la base. Las baterías de defensa lanzaban todo lo que tenían hacia el cielo. Ráfagas de trazadoras saturaron el cielo.

Los cazas ya estaban despegando de la base, ya sea para luchar o para huir. Darrow oyó como se preparaban los Oneros para evacuar la base.

—¿Se ha ordenado la evacuación? —gritó Darrow a un oficial de la armada.

—¡Si, ahora mismo! —gritó el hombre sin darse la de vuelta—. Saldremos ahora mismo.

Darrow miró a su izquierda a tiempo para ver a los Apóstoles despegar. Habían estado preparados para las primeras luces de la mañana, y ahora se ponían en marcha, elevándose hacia el norte-este hacia la agitación del aire. Su fuselaje de color crema hacia que pareciesen como cuchillas de hielo en el cielo iluminado por el fuego.

Un estampido sónico hendió el aire cuando una plataforma Hydra impacto en el morro de un Hell Tallon que se estrelló sobre las pistas de la base, dejando una cosecha de explosiones furiosas a su paso. Dos Marauders fueron destruidos en las explosiones.

Darrow fue uno de los muchos que se tiraron al suelo cuando el Hell Tallon se estrelló en la pista.

El viento estaba lleno de humo y restos de ceniza en el aire. El martilleo metálico furioso de una cercana plataforma Hydra casi ahogaba el estruendo de las explosiones de fondo y los motores a reacción.

Darrow se levantó y empezó a correr de nuevo. Otro Hell Tallon inicio una pasada y vio morir a personal de tierra a menos de veinte metros de él, arrojados al aire por el fuego del cañón automático. Luego hubo un rugido tremendo, vibrante y un aumento de la temperatura cuando un onero cargado despegó y paso por encima de la cabeza.

Había sangre en el ojo izquierdo de Darrow. Había sufrido un rasguño en la ceja izquierda, por metralla probablemente, y la sangre le corría por la cara molestándole en su vista, siguió corriendo. Otro gran transporte encendió los motores, levantando polvo y arena.

Darrow vio cuerpos en el suelo. Dos pilotos de la armada y tres del personal de tierra. La fuerza de los proyectiles los había perforado, y los dejó donde estaban ya que era imposible que alguno hubiese, sobrevivido con semejantes impactos.

Darrow desvió la mirada. Tenía dificultades con la visión, La gente parecía correr en todas las direcciones. Algunos estaban heridos y reciben ayuda de los demás. Dos

los pilotos se tambalearon parecía que tenían quemaduras causadas por el despegue del transporte. Un mecánico hacía un extraño ruido, tenía la cara con graves quemaduras.

Una vez más, Darrow volvió los ojos hacia un lado. La pasada más reciente de un murciélago impactó en un tren de municiones, y una enorme bola de fuego estallo en los aires.

Hacia el norte, los escuadrones de los transportes Valkyrie se preparaban para el despegue. El personal de la base se dirigía hacia ellos desde los edificios de la base.

Más aparatos despegaban, principalmente Thunderbolts. Uno de ellos fue alcanzado por un cohete, ya que al tratar de despegar, se incendió violentamente por el impacto, y el fuselaje cayó en un muelle de carga, matando a por lo menos a veinte miembros del personal de tierra. Darrow se estremecía ante el calor de las explosiones.

Entonces vio Eads. Guiándose con su bastón, Eads se acercaba a la entrada del edificio de operaciones.

Los guardias de la Armada pasaron corriendo junto a él. Una Locust inicio una pasada impactando en un lateral del edificio de operaciones arrancando polvo de ladrillo. Protegiéndose la cara, Darrow corrió hacia Eads.

—¡Señor! —gritó Darrow.

—¿Eres tú, Darrow?

—¡Sí, señor! Vamos. Le voy a guiar hacia un vuelo de evacuación.

—Debo ir a Operaciones. Esta evacuación necesita la coordinación de operaciones.

—¡No tiene sentido, señor! —gritó por encima del ruido Darrow.

—Esta todo perdido. El enemigo está aquí, justo a las puertas. Tenemos que evacuar ahora mismo.

Un almacén de municiones detonó a cuarenta metros de distancia, matando a una docena de personas. La onda expansiva de la explosión golpeó Eads y a Darrow. Tirándolos al suelo, Darrow se levanto e intento levantar a Eads.

—¡Que alguien que me ayude! —gritó a las personas que pasaban corriendo por su lado. La mayoría simplemente los ignoraba. Uno se detuvo y corrió hacia ellos. Era Scalter.

Ayudó a Darrow a incorporar a Eads y empezaron a moverse. Scalter gritó algo acerca del pacto sangriento por encima del estruendo.

—¿Qué? —dijo Darrow.

—Dicen que el Pacto sangriento está desembarcando en los suburbios. Soldados de infantería.

—Que el Dios-Emperador nos proteja a todos —dijo Eads.

—¡Perdone, señor! —dijo Scalter—. ¡Pero ahora tenemos que evacuar la base!

Las sirenas despertaron a Jagdea. Su habitación de la clínica estaba fría y húmeda. La ventana estaba vibrando.

Se quedó inmóvil por un momento, escuchando. Aparte del estruendo de las sirenas externas, se produjo un murmullo de inquietud en el antiguo edificio. Su ventana vibro de nuevo. El cristal en un marco de madera viejo estaba vibrando. Se levantó de la cama y colocó la mano sobre el cristal, el aire hacía temblar el cristal. Jagdea podía ver los destellos de las detonaciones de bombas en el cielo detrás del paisaje urbano inmediato. Centenares de columnas de humo subían hacia arriba en el cielo del amanecer oscuro.

En el patio de la clínica, los miembros del personal y los pacientes estaban huyendo en tropel.

Jagdea corrió por la habitación, se puso de rodillas al lado de su cama, y empezó a buscar su ropa y efectos que había en la mesita de noche. Encontró sus botas y el abrigo de vuelo.

En ese momento, una bomba de alto rendimiento aterrizó en un edificio cercano al otro lado de la calle.

La clínica completa se sacudió sobre sus cimientos. La ventana de la habitación de Jagdea reventó con la onda de choque, iniciando una tormenta de cristales en la habitación.

Jagdea gritó involuntariamente, pero su cama la había protegido de la lluvia de cristales. Se agachó en suelo por un momento conmocionada por la explosión. Podía oler el humo, y el abrasador calor. Podía oír la caída de escombros, las llamas y los gritos de los que estaban en la calle.

Maldiciendo su cabestrillo y el dolor en su brazo, Jagdea se puso los pantalones, y se colocó como pudo sus botas. Tenía un chaleco en la parte superior, por lo que se puso el abrigo encima, por el brazo bueno con la manga del brazo colgado bajo el abrigo.

Luego salió al pasillo. El humo entraba en la clínica a través de las ventanas en el lado de la calle. Se dirigió hacia el otro lado. En la sala, pasó por delante de varios pacientes y personal médico heridos por los cristales de las ventanas. La mayoría estaban vivos, gritando en voz alta, impotentes.

No había nada que pudiera hacer. Los enfermeros que pasaban era simplemente para correr hacia las salidas.

Jagdea encontró las escaleras, y se abrió paso hacia el exterior. Se encontró en una calle trasera. Unas pocas personas se apresaron junto a ella.

Mirando hacia arriba, podía ver las formaciones de bombarderos enemigos que se arrastran por el cielo.

Corrió por la calle lateral y se detuvo en la esquina donde se unía a una calle

principal. Varios locales comerciales estaban en llamas, y había escombros en la calle. La gente corría por la calle, algunos llorando y ofuscados por el pánico. Un camión pasó, entonces un coche. Trató de agitar los brazos para que pararan, pero no le hicieron caso. De hecho, el coche casi la atropello, tan decidido estaba el conductor en no detenerse. Jagdea gritó con frustración. Jagdea ni siquiera sabía en qué dirección estaba la base.

Lo único que sabía con certeza era que no estaba muy lejos.

Pero no parecía tener muchas más opciones.

Darrow y Scalter llevaron a Eads había los hangares del norte. Algunos de los Valkyries aun no habían podido despegar, posiblemente por ir demasiado sobrecargados. Uno de ellas había sido destruido antes del despegue, y se incendio furiosamente. El personal de la base pululaba alrededor de las rampas y las puertas laterales de los otros Valkyries. Los artilleros de los aparatos estaban tratando de organizar el embarque, pero el pánico era tal que las peleas estallaron.

Darrow miró a su alrededor. Sintió un nudo de pánico en su propio interior.

—Por el Trono —dijo, consciente de su trémula voz—, no va a haber suficientes plazas.

—Intentémoslo allí —dijo Scalter, decididamente conteniendo sus nervios. En el extremo norte, tres antiguos transportes estaban encendiendo sus motores.

Los aparatos estaban a una buena distancia de donde se encontraban. Pero parecía que la mayoría de los evacuados quería un lugar en uno de los más rápidos y mejor armados Valkyries. El trío comenzó a cruzar las pistas hacia los transportes. Otros individuos, incapaces de llegar a bordo de un Valkyrie, o no podrían soportar la pelea que implicaría, comenzaron a desprenderse de los grupos que clamaban alrededor de las Valkyries y comenzaron a ir en la misma dirección también.

Aún en movimiento, Darrow miró a su alrededor bruscamente al oír el sonido de disparos de armas cortas. Alguien estaba usando un arma de fuego, tratando de abrirse camino hacia un Valkyrie.

En respuesta, la tripulación cerró las escotillas y el piloto despegó, dispersando a la multitud que se había estado tratando de conseguir una plaza en el aparato. Denegándoles su posibilidad de escapar, la multitud se volvió hacia el hombre que había disparado el arma.

El Valkyrie pasó sobre ellos, y entonces, para sorpresa de Darrow, regresó a tierra, aterrizando delante de ellos.

Los artilleros abrieron de nuevo la rampa y comenzaron indicarlos que subieran. La tripulación del aparato tenía claro no que podían soportar la idea de dejar Theda con plazas por ocupar.

Darrow y Scalter corrieron y metieron a Eads en la rampa, que los artilleros se ocuparon de meterlo hacia adentro.

—¡Entrad! ¡Buscaros un espacio!

El compartimiento era oscuro, una caja de metal caliente. A medida que Eads se sentaba entraron a bordo de varios rezagados más. Un timbre sonó. Y la rampa comenzó a retractarse de nuevo, y el ruido del motor se elevó en un grito.

Con una sacudida, despegaron del suelo, y comenzaron a acelerar y a ganar altura.

Antes de que los camiones se hubieran detenido, los últimos tres pilotos del ala de vuelo Umbra, ya habían saltado y echaron a correr hacia sus hangares. El personal de tierra también los siguió a pasar de la evidente embriaguez.

—¡Necesito sólo cinco de vosotros! —gritó Racklae furioso por encima del ruido del bombardeo.

—¡El resto... buscaros un transporte para la evacuación!

Racklae se dio la vuelta y siguió corriendo con los cinco hombres que se habían ofrecido como voluntarios. Los otros empezaron a correr hacia los dos últimos Oneros que cargaban cerca del hangar principal.

Los conductores de camiones corriendo con ellos.

La base de aviación parecía estar en llamas. Había cuerpos y cráteres de explosiones por todas partes, vehículos volcados, carros de municiones abandonados. Algunos estaban en llamas, y con los restos de aviones que no habían podido despegar.

Marquall esperaba encontrar al Doble águila en pedazos.

Pero estaba intacto, y también lo estaba el aparato Blansher, sin embargo, el aparato de Del Ruth había sido destruido, por una ráfaga de cañón automático. Los motores y la cabina estaban destrozados.

Todos los restantes aparatos de Umbra ya se habían ido. Cordiale, Ranfre, Zemic y Van Tull ya tenían que estar en el aire.

Tres Hell Razors se acercaron hacia el sector occidental de la pista de aterrizaje, arrojaron una lluvia de proyectiles sobre los talleres mecánicos.

Racklae envió a dos de sus hombres al aparato de Marquall, y dos a hacer lo mismo con el de Blansher.

—¡Comprobaciones básicas y luego de cabeza hacia los transportes! —enfaticó Racklae.

Con Del Ruth y el ajustador restante, Racklae corrió hacia los adyacentes refugios. El ala de Thunderbolts que había ocupado esa zona, los dragones del 76.º, ya habían despegado, pero que habían dejado atrás a dos Thunderbolts de color mostaza. Había cuerpos en el suelo cercanos a los aparatos. Seguramente los pilotos de los dos aparatos, junto con miembros del personal de tierra, acribillados cuando iban de camino a sus aparatos.

Uno de los aparatos abandonados tenía daños leves en el fuselaje, pero el otro parecía estar en perfecto estado. Racklae comenzó a trabajar para que Del Ruth pudiera despegar con él.

Marquall se dejó caer en su propia cabina, y se conectó con los sistemas primarios con una mano mientras se colocaba los arneses con la otra. Uno de los mecánicos se conectó a la alimentación de datos para comprobar que todo estuviera bien, mientras

el otro mecánico desenganchaba la manguera de combustible para después saltar sobre las alas para entregarle a Marquall su casco.

El primer motor se encendió y segundos después el segundo, los poderosos turboventiladores del Nueve-Nueve empezaron a girar.

Marquall se asomó.

—¡Haced una comprobación rápida y largaos de aquí! —gritó a los mecánicos, sobre el zumbido en aumento.

Se agachó fuera de la vista de los mecánicos y Marquall y cerro el mamparo, se puso el respirador, y luego hizo unas breves comprobaciones antes de despegar. Presión, refrigerante, combustible, electrónica, control de armas y la munición. Verde por todos los indicadores.

Los mecánicos reaparición en su visión, y les hizo un gesto con los pulgares. Indicándoles que todo estaba bien, y los dos hombres se dieron la vuelta y echaron a correr.

La última vez que Marquall los vio, estaban cruzando la pista asfaltada hacia los transportes pesados.

Con los vectores en ángulo vertical, Marquall oprimió el acelerador y despegó con el Doble águila alejándose del suelo.

—¡Dos, soy Ocho! ¡En el aire!

—¡Entendido, Ocho! ¡Sal de aquí!

En las circunstancias actuales, ningún piloto tendría que perder el tiempo elevándose verticalmente. Aun a poca altitud colocó los vectores horizontales y aceleró inclinando el morro había arriba.

EL Thunderbolt de Marquall cruzó la pista de aterrizaje en llamas a la altura de unos pocos metros del suelo. Vislumbro a murciélagos en el aire. Pero no les hizo caso. Ninguna advertencia de bloqueo sonaba.

Se dirigió dirección norte, y en treinta segundos estaba cruzando la alambrada costera, y comenzó a sobrevolar por encima del Mar.

—¡Dos soy Ocho! ¿Estas en el aire?

—¡Iniciando despegue! ¡No me esperes!

Mil metros más abajo, mirando hacia el este vio a Blansher salir de la base.

—¿Cuatro? ¿Dónde estás? ¿Estás en el aire?

Desde su punto de vista elevado, la verdadera magnitud de la destrucción era claramente visible. Blansher podía ver la pista de aterrizaje en ruinas a través del espeso humo negro y las explosiones repentinas. Más allá, Theda estaba envuelta en una aureola inmensa de humo. El cielo del sur estaba repleto de formaciones de aviones enemigos, aparatos que destacaban contra las nubes oscuras.

—¿Aggie? ¿Dónde estás?

Hicieron una pasado sobre el MAB. Y a continuación, vio a dos Oneros como

despegaban, en una pista hacia el este. A continuación, un avión de transporte más pequeño se acercaba, pero parecía estar en problemas. Su sangre se encendió cuando vio un par de Locust en la cola del transporte, y lo convirtieron en una bola de fuego.

—¿Dos, me recibes? Se trata de Cuatro.

—¡Adelante, te escucho!

—¡Esta despegando!

Blansher vio la forma diminuta de color amarillo del Thunderbolt de Del Ruth, como salía del humo. Estaba elevándose limpiamente. Instintivamente, Blansher viró y fue a su encuentro mientras Del Ruth continuaba ganando altura.

Un Hell Tallon, que acababa de vaciar su carga de cohetes sobre la pista principal, salió del denso humo y vio el destello de los quemadores de Del Ruth. El murciélago vio su oportunidad, se alineó inmediatamente con el Thunderbolt para iniciar un ataque desde su cola.

Estaba 500 metros más bajo que Blansher, y aproximadamente a la misma distancia hacia adelante. Blansher apretó el acelerador, e inclinó el morro hacia abajo, activó el sistema de armas y eligió el cañón láser. No quería correr el riesgo de que algún proyectil perdido impactara a Del Ruth.

Todos los Thunderbolts tenían sus propias formas, su propio temperamento. Del Ruth estaba acostumbrándose al carácter individual de su nuevo aparato, y como resultado estaba volando un poco errático. Lo que le salvó la vida.

La primera ráfaga del Hell Tallon, corrieron había la posición de Blansher para derribarlos pero salieron desviadas a causa de la errática trayectoria del Thunderbolt.

Blansher vió ligeramente el aparato para ajustar su puntería, cuando tuvo al murciélago en el punto de mira. Su pulgar presiono con fuerza el gatillo.

Un rayo de la muerte salió del morro de su aparato. Y el rayo impacto en el fuselaje del murciélago. A continuación, el aparato enemigo se partió en dos grandes secciones, a lo largo de su línea central. Las dos secciones cayeron hacia el suelo.

—¡Ponte en movimiento! —dijo Blansher.

—No debería haber venido a por mí —contestó Del Ruth.

—Como comandante interino de la ala, es mi deber asegurarme de que todos mis pilotos regresen sanos y salvos a la base, incluso si eso significaba mi propia vida.

Jagdea estaba en medio de la calle rodeada de edificios de viviendas, gritando a todos los vehículos que pasaban por la calle.

Nadie se detuvo. Había gente en las calles, y un aire penetrante y nauseabundo de la angustia, lo inundaba todo, algo que la palabra pánico, ya no le hacía justicia. Cada pocos segundos había un destello o un retumbo desde el este, y el suelo se sacudía varias veces. Una detonación particularmente grande en dirección sur fue seguida por un fallo en la corriente eléctrica que interrumpió bruscamente el sonido de las sirenas de alarma. Después de eso, solamente un silencio extraño, no era más que un espejismo de los que les esperaba, una explosión, el zumbido de los motores de aviones. Una o dos veces, Jagdea pareció oír disparos lejanos de armas ligeras. Pero no tenía por qué preocuparse por ellos.

Su herida le dolía. Y no tenía analgésicos, y se las había arreglado para aguantar el dolor. Pero la fatiga y el dolor se apoderaron de ella. Se sentó en la acera y sintió como las lágrimas corrían por sus mejillas. ¡Era el fin!

Un camión que paso por la calle. Jagdea ni siquiera levantó la vista. Oyó un chirrido de frenos.

Jagdea levantó la cabeza. Un camión del Munitorum, cargado con cajas de cartón de embalaje, se había parado a veinte metros de distancia, y el conductor estaba bajando de la gabiña, y estaba haciéndole señales.

Jagdea se puso en pie. Era el conductor con la cara quemada con cicatrices. ¿Cómo se llamaba? No podía recordarlo. Se preguntó si se le habría dicho. Se preguntó si alguna vez había molestado en preguntárselo.

—¿Comandante Jagdea? ¿Es usted?

Ella asintió con la cabeza. Y corrió hacia Jagdea.

—Vi la chaqueta. Reconocí tu uniforme de piloto. ¡Dios-Emperador! ¿Estás bien?

—¡No! —contestó Jagdea.

—¿Necesitas que te lleve?

—¡Si, gracias!

La condujo hacia el camino y le abrió la puerta de la gabiña, para que Jagdea subiera. Y después corrió hacia el otro lado del conductor.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Kaminsky mientras encendía el camión, y se movía hacia adelante.

—Yo estaba en una clínica. Me hirieron en una salida. Comenzó el ataque y comencé... Comencé a caminar.

—¿Hacia MAB Sur?

Se limpió la cara.

—No estoy segura de saber a dónde iba. Sólo... trataba de reunirme con mi unidad.

—¡Por supuesto! Ya supuse que no sería por otra ausencia sin permiso —dijo Kaminsky.

Ella vaciló.

—Nunca le di las gracias por su ayuda en esa noche.

—¿Qué ayuda? Yo estaba fuera de lugar, hablando con el chico así. Tenías toda la razón para estar enojada conmigo. Aparte de eso, ¿qué tenía que hacer? Solamente conducir para usted. Eso es todo lo que hago todos los días. El Munitorum me da órdenes, y conduzco para ellos.

—¿Incluso ahora? ¿En el medio de esto?

—Incluso ahora. Soy un servidor del Trono, comandante. Hago lo que me ordenan. Mi oficial me envió a Kozkoh Administorum, con órdenes de recoger archivos de registro del Munitorum, que alguien en algún lugar no quiere que caigan en manos del enemigo.

Jagdea negó con la cabeza.

—Transportar archivos, en vez de gente, podría llevar un par de docenas de personas a un lugar seguro con el camión.

—Ya había pensado en eso, comandante. El Munitorum tiene prioridades curiosas, especialmente en momentos así.

Jagdea miró a su alrededor con la mirada. Estaba concentrado en la carretera. Se dio cuenta por primera vez que probablemente había sido un hombre bien parecido antes de la mitad de su cara hubiera quemado.

—Yo ni siquiera sé su nombre —dijo.

—Kaminsky —contestó—. August Kaminsky. Conductor del Munitorum, vehículo 167.

—Dijiste que antes de trabajar para el Munitorum fuiste piloto.

—Combatí como piloto. En la Fuerza Aérea de la coalición. Wolfcubs y similares. Dieciséis años. Pero eso es historia antigua.

—Kaminsky... —comenzó— ¿puedes llevarme a la base? Sé que tienes órdenes, pero yo realmente necesito reunirme con mi unidad.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. De verdad, que no lo sé. A partir de aquí, sería un largo rodeo, especialmente teniendo en cuenta las circunstancias.

—Entonces necesito evacuar por lo menos. En cualquier lugar más cercano.

—Bueno, me han dicho de que hay a un centro de extracción en la costa norte. Allí es donde se supone que debo entregar estos malditos archivos de registro. Supongo que debe haber una barcaza allí, tal vez incluso transporte aéreo. ¿Le parece bien?

—Me parece bien. Sólo tengo que salir de aquí recuperarme y luego darle la vuelta a la guerra —sonrió Jagdea.

Condujeron durante quince minutos sin hablar. Kaminsky conducía velozmente, casi temerariamente, por las calles destrozadas. Varias veces, Jagdea hizo una mueca cuando se encontraban con muros de humo que atravesaban la carretera, sin saber lo que podía haber oculto en la carretera. Dos veces, Kaminsky tuvo que frenar fuerte para evitar escombros y restos de otros vehículos.

—Theda será ocupada —dijo por fin.

—Sí. Me temo que será ocupada.

—Creo que esto es el final de Enothis.

—Todavía hay una oportunidad —dijo Jagdea.

Kaminsky se rió de ella.

—No lo creo. ¡Ahora no!

—Si un miembro de mi unidad hablaba así, le denunciaría al comisariado. Siempre hay una oportunidad. A pesar de que todavía respiramos, por la gracia del Emperador, todavía hay una oportunidad.

—Entonces, me considero afortunado de no estar a su mando. Enothis es mi mundo natal, y di todo lo que tenía que protegerlo. Llega un momento en que una persona tiene que ser pragmática.

—También he luchado por mi planeta natal. Ahora estoy aquí luchando por el tuyo. No me hables de sacrificios. No me hables de contribución. Y en cuanto a ser pragmático, que a veces sólo es una palabra para derrotistas.

—Bueno, creo que te equivocas.

—Kaminsky, ¡cuidado!

Estaban atravesando otra cortina espesa de humo. Cuando de la nada, un grupo de figuras, vestidas con uniformes rojos, se dirigían hacia ellos.

Jagdea vio de reojo las máscaras de hierro, cascos militares, los rifles láser.

—¡Pacto sangriento! —exclamó Jagdea—. ¡Da la vuelta! Gira en redondo, ¡rápido!

Kaminsky ya estaba girando el volante. Maldiciendo en voz alta, luchando para evitar que el camino volcase. El camión viró violentamente, se dirigía de costado hacia los soldados del archienemigo.

Y se estrelló contra ellos, derribándolos varios metros había atrás. A causa del impacto el motor del camino se ahogó y se paró.

—¡Kaminsky! ¡Kaminsky! —gritaba Jagdea.

—¡Deja de gritarme! —gritó, intentando encender el motor de arranque para encender el motor. Los restantes soldados del pacto sangriento, comenzaron a dispararles, corriendo hacia adelante. Las ráfagas de rifles láser se estrellaron contra el costado del camino y rompiendo los cristales de la ventanilla.

—¡Kaminsky! ¡Por el amor de Trono!

—¡Cállese, esto no es un Thunderbolt!

Un disparó entro por la ventanilla y atravesó la cabina pasando por delante de sus caras, y rompiendo la ventanilla del lado de Kaminsky.

Los motores del camión cobraron de nuevo vida.

Jagdea fue impulsado hacia atrás contra el asiento por el violento reinicio. Su brazo izquierdo se golpeo contra la puerta y grito de dolor.

Kaminsky giró alrededor de ellos hacia la izquierda, con el pie en el acelerador. El gran camión golpeo contra los restos quemados de un coche, y lo echo de la calle. La unidad del Pacto sangriento estaba detrás de ellos y aun estaban disparándoles por suerte los registros del Munitorum recibieron todos los impactos, hasta que se metió en una calle lateral.

—¿Estás herida? —dijo.

—¡No! Siento haber gritado —se disculpó Jagdea.

—Se que estas acostumbrada a tener el control del vehículo. Parece que tenemos que pensar en otro plan —dijo Kaminsky.

A lo largo de la calle del canal, el reciente bombardeo había derribado los antiguos edificios y viviendas, incluso el viejo Puente Kazergat. Pero el templum estaba milagrosamente ileso. Casi invisible por el humo y polvo de ladrillo, Viltry corrió hacia la puerta de la iglesia. Se detuvo allí, y levantó la mirada hacia la efigie del Dios-Emperador.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó.

Viltry abrió la puerta.

La calma interior era inquietante. El aire era claro, aunque todavía se podía oler el hedor del humo. El templum estaba vacío. Las filas de bancos, las columnas de alabastro, el residuo ligero de incienso. Caminó por el pasillo, con sus pisadas resonando en el suelo del mosaico. Santos y demonios pasaron bajo sus pies. Los sacerdotes del Ministorum hacía tiempo que había huido. Se detuvo delante del santuario. Tres velas encendidas. Solamente tres.

—¡Dios-Emperador...! —suspiró Viltry.

—¿Oskar?

Oskar Viltry se volvió lentamente.

Ella estaba sentada en el extremo de un banco, escondida detrás de una columna. Él no la había visto. Estaba temblando en su delgado abrigo. Dio un paso hacia ella, casi riéndose en el extraño deleite.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurró Viltry.

—¿Dónde más podría ir? —dijo Beqa Mayer—. ¿Cómo si no sabrías dónde encontrarme?

Se estaban alejando de la ciudad moribunda por la carretera costera, donde los bloques de viviendas eran poco frecuentes y dispersos. Jagdea vislumbro el mar más allá de la punta.

—¿Kaminsky? ¿A dónde vamos? —preguntó.

—La ciudad ya no es segura. Los cabrones tienen todo el lugar cerrado hacia abajo. Me estoy guiando por una corazonada.

—¿Qué tipo de corazonada?

—La especie de corazonada de que te decepcionará si no funciona.

—¿Kaminsky?

—Creo que es el momento —dijo Kaminsky—, donde el acto de ser pragmático y las esperanzas tienen una posibilidad del llegar a ser la misma cosa.

Pasaron por debajo de un túnel y luego por una colina empinada entre las filas de las plantas de procesamiento de pescado. Kaminsky de repente giró a la derecha y condujo el camión por un camino de acceso a un patio detrás de las fábricas.

Delante de ellos había una línea de almacenes al borde del acantilado. Los almacenes estaban pintados de verde. El más cercano tenía una puerta enrollable, con un cartel que informaba que estaba prohibido entrar, sola para personal autorizado.

—¡Tienes que bajarte, comandante! —dijo.

Ella lo miró.

—Lo digo en serio. Fuera.

Jagdea bajó de la cabina y cerró la puerta.

Kaminsky invirtió la dirección del camión y luego condujo el camión hacia la puerta. Jagdea se estremeció ante el impacto. El guardabarros se desprendió por el impacto, el camión empujó de nuevo la puerta.

—¡Por el Trono, Kaminsky! —exclamó Jagdea desde fuera.

Una tercera investida, y la persiana se desprendió en el borde inferior, permitiendo la entrada a una persona. Kaminsky se bajó del camión.

—¡Vamos! —dijo.

Jagdea corrió hacia él, y se inclinó para pasar por debajo de las chapas arrugadas de la puerta.

Se encontró en una cámara húmeda que olía a podrido y agua salada.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó.

—¡Cállate y sígueme! —dijo.

Kaminsky entro en la penumbra. Jagdea vio carretillas, cisternas compactas, estanterías, bastidores de herramientas. Había un olor de combustible en el aire.

Kaminsky abrió una escotilla que conducía a un sótano y la luz del día entro en la habitación.

—¡Por aquí! —dijo.

Lo siguió a través de la escotilla y salió a una pasarela metálica. Habían entrado en una enorme cueva. Que tenía una abertura desde donde se podía ver el mar, que daba al acantilado. Una pálida luz entraba a través de la abertura. Jagdea podía oír a las olas en la lejanía y por debajo de la pasarela, directamente debajo de ellos, en las sombras, dos Cyclons de la coalición asentados en dos catapultas hidráulicas.

—¡Defensa costera! —dijo Kaminsky, bajando con estrépito por una escalera de metal delante de ella—. No se han utilizado desde hace meses, pero mi corazonada me decía que aun estaban aquí.

—Gracias, al trono dorado —jadeó Jagdea, siguiéndolo hacia abajo.

Kaminsky corrió al aparato más cercano, abrió la puerta de la cabina, y se inclinó hacia el panel de mandos.

—Las baterías aun funcionan, pero vamos a necesitar combustible. Y será necesario hacer una comprobación exhaustiva.

Jagdea se colocó detrás de él.

—¿Y luego qué? ¿Salir volando de aquí?

Él la miró.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—No podemos... —comenzó Jagdea.

—Por supuesto que podemos. Las catapultas nos darán el empuje necesario. Sencillas, básicas, como lo es un Cyclon.

Kaminsky corrió a lo largo de la longitud del aparato, y abrió la apertura del depósito. Y conecto una manguera con un depósito de combustible cercano.

—¡No puedo volar! —dijo Jagdea.

Kaminsky conecto el motor de la bomba del depósito. Y la manguera de combustible se retorció y flexionó con la presión del combustible se apoderó de ella.

—Sé que no estás acostumbrada a estos aparatos, pero son fáciles de manejar, te lo prometo —dijo, y se apresuró hacia a los controles de la catapulta. Kaminsky apretó algunos interruptores, y encendió un generador. Entonces bajó una palanca que encendió los motores de las catapultas de vapor.

—¡No, Kaminsky! —dijo Jagdea. Levantando su brazo herido—. Incluso un aparato como esta necesita las dos manos. Acelerador y mando dirección. Recuerde que ningún aviador de la galaxia podría manejar un aparato con una sola mano.

Kaminsky se detuvo.

—Supongo que no —admitió—. ¡Pero se puede! —dijo.

—No estoy en condiciones para volar —dijo Jagdea.

—En este momento, estamos hasta el cuello de mierda, no creo que este es el punto en que necesitamos ser pragmáticos, ¿de acuerdo? Soy un oficial piloto.

—Voy a necesitar su ayuda —dijo Kaminsky vacilante.

—Cualquier cosa —prometió.

—Vigila el bombeo de combustible.

Jagdea se asomó a la cabina del piloto. El indicador apenas se había movido.

—El proceso es lento —gritó—. ¿Cuánto tiempo tardaremos?

—Tal vez quince minutos pare llenar el depósito. La bomba no era muy eficiente.

Jagdea hizo lo que todos los pilotos han hecho desde el comienzo de la aviación. Se inclinó y golpeo el cristal del indicador con los dedos de la mano buena. Como con todos los pilotos desde el inicio de la aviación, el indicador no se movió.

La presión de vapor se elevó. Entre los dos, utilizaron las cuerdas y correas de suspensión y colocaron el Cyclon en la catapulta.

—¿Puedes hacer una verificación de cabina? —le preguntó Kaminsky.

—Pero tu estas más familiarizado con el diseño.

—Sí, pero hay algo que tengo que hacer.

—¿Qué?

—Los archivos de registro. Creo que debería quemarlos. Tenía órdenes de que no cayeran en manos del enemigo.

—Yo lo haré —dijo Jagdea—. Así puedes realizar la verificación de la cabina.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Cuánto tiempo tenemos?

Kaminsky consultó su cronómetro, y luego miró el indicador de combustible.

—Diez minutos.

—Con cinco minutos bastara —prometió, y se apresuró hacia las escaleras.

Kaminsky verifico los controles de la catapulta. Habían llegado a la máxima presión. Y había bloqueado los controles de la catapulta y había conectado la palanca que disparaba la catapulta de modo que se pudiera disparar desde dentro de la cabina del avión. Luego se camino hacia a el depósito de combustible. Su bomba parecía estar averiada, pero aun bombeaba.

—¡Vamos! —siseó. No había tiempo para encontrar otra bomba y cambiarla. Se subió a la minúscula cabina.

Había hecho unos cientos de horas sobre Cyclons. Le era extrañamente familiar. Puso a prueba el sistema eléctrico, los niveles de aceite, las palancas del radiador. Luego comprobó el ajuste, se asomo de la cabina para mirar hacia atrás mientras, comprobaba el timón, y comprobó que los alerones y aletas respondían obedientemente.

—¡Vamos Jagdea! —dijo entre dientes. Miró el indicador de combustible. Todavía estaba muy bajo.

En la parte superior del almacén, Jagdea a tientas cogió una lata de combustible que había al lado de las carretillas. Era difícil de hacer con una sola mano. La única luz que entraba era por debajo de la puerta. Sopesando la lata pesada en su mano derecha, se agachó hacia el exterior.

Algunos papeles de la carga del camión se agitaban con el viento. Jagdea estableció la dirección del viento, y comenzó a derramar combustible sobre las cajas de registro. Fue un esfuerzo enorme. Se sentía estúpida y débil, tuvo que descansar unos segundos para recuperar el aliento.

Oyó un extraño traqueteo.

Reanudó el trabajo de rociar los registros. Y Luego se bajó de un salto, reprimiendo el impulso de gritar cuando su brazo izquierdo noto el impacto con el suelo, y acabó de derramar los que quedaba de la lata en la cabina del camión.

Volvió a oír el ruido de nuevo. No era un traqueteo más bien parecían como martillazos.

Jagdea miró su cronómetro. Ya había pasado cinco minutos. Y se puso a pensar en el asunto de cómo encendería el fuego.

Jagdea se maldijo por haberlo previsto.

Corrió de nuevo hacia el almacén y empezó a buscar en la penumbra. Cajas de herramientas se estrellaron el suelo. Removió cajones para encontrar alguna cosa que le sirviera. Lo que fuera. Pero no encontró nada.

Jadeando, ella dio un paso hacia atrás. En la pared del almacén, una pistola de bengalas colgaba de un armario acristalado de emergencias. Cogió una llave y rompió la caja. La pistola era vieja, y había empezado a oxidarse.

Ese ruido, otra vez. No sabía que era pero parecía que se estaba acercando.

Abrió la recámara para comprobar que hubiera un cartucho de una bengala y volvió a cerrar recamara, y luego se agachó para salir al exterior, apuntó al camión de Kaminsky. Pero vaciló.

Jagdea dio varios pasos largos hacia atrás y apuntó de nuevo. Y disparó, la brillante bengala salió de la pistola, para golpear en un lado del transporte y rebotar y cayendo en el suelo lejos del camión, sin haber iniciado ningún fuego.

—¡Mierda! —Exclamó, y corrió de nuevo hacia el cobertizo a buscar otra bengala.

El ruido de traqueteo se estaba acercando.

Encontró otra bengala y la metió dentro de la recamara. Con angustia empuñó la pistola, corrió hacia el exterior otra vez.

El resplandor de la primera bengala empezaba a desaparecer. Levantó el arma de nuevo.

A su derecha, en la entrada al patio, un acechante entró en su línea de visión.

Estaba pintado de color rojo brillante. Sus extremidades metálicas zancudas se movieron y comenzó a moverse hacia la vía de acceso, en busca de la fuente de la bengala de socorro.

Detrás de él, los soldados del Pacto sangriento le seguían en escuadrones, con las armas preparadas.

Jagdea disparó la pistola. La bengala golpeó las cajas de registro y en un instante, todo en camión se consumió en el fuego abrasador.

El calor de la explosión la tiró al suelo. Al acercarse, el acechante comenzó a disparar con sus baterías láser pesadas hacia los almacenes, por suerte disparaba sin un objetivo.

Jagdea se levantó y corrió hacia la persiana rota. En el interior, siguió corriendo, choco contra una caja de herramientas. Y gritó de dolor y se echó al suelo cuando un impacto del acechante, perforo la pared detrás de ella, haciendo varios agujeros, que dejaban entrar la luz del día.

El aire se lleno de remolinos de fibras de papel y cenizas. Se lanzó a través de la escotilla, cayendo en la pasarela y bajo las escaleras.

—¡Tenemos que irnos! ¡Ahora! —gritaba Jagdea.

—¡No tenemos lleno el depósito! —gritó Kaminsky desde la cabina abierta.

—¡No podemos esperar! —contestó ella. Corriendo hacia el depósito, y desconectando la bomba, y luego luchó para desconectar la manguera.

—Has hecho la puesta en marcha —gritó ella.

—Aun no he conectado el cebador —gritó Kaminsky.

—No hay tiempo, tenemos que despegar, ¡ya!

Kaminsky apretó los interruptores de encendido. El motor de babor gruñó, parecía que se ahogaba y luego se encendió, expulsando un humo azul de sus tubos de escape.

El motor de estribor se encendió, pero se apago.

Jagdea subió a la cabina del piloto.

—¡Vamos! —instó. Podía oír a los soldados del pacto sangriento por encima de ellos.

—¡Estoy intentándolo! —gritó Kaminsky sobre el ruido del único motor encendido.

Apagó el central de estribor, piso el acelerador, y abrió el estrangulador.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Jagdea. Cerró el mamparo y se sentó en el asiento del copiloto.

Kaminsky volvió a intentar a encender el motor de estribor de nuevo. Una tos seca salió del motor. Una vez más. Otra tos. Una vez más. En esta ocasión se encendió rugiendo de vida. Ambos sintieron como la estructura del avión temblaba.

—¡Estamos listos! —dijo Jagdea.

En el asiento del piloto, Kaminsky pareció congelarse.

—¿Estás bien? —preguntó Jagdea.

—Hace demasiado... tiempo. No creo que pueda.

—¡Kaminsky! ¿Quieres callarte? No tenemos tiempo para la autocompasión en estos momentos.

Jagdea apretó algunos de los conmutadores.

—Armando la catapulta a presión.

—La catapulta esta armada —dijo Jagdea.

El hangar se estaba llenando por el humo denso de los motores.

—¿Jagdea?

—¿Qué?

—Ayúdame. Ayúdame a encajar mi mano en el mando.

—Por supuesto. Lo siento. —Se inclinó y cerró la mano protésica alrededor del mando de control. Y empezó a manejar las válvulas reguladoras gemelas.

—Ahora necesito que conectes el obturador —dijo Kaminsky.

—¡Estas listo!

—No. Pero no tenemos otra opción —dijo August Kaminsky.

Jagdea pulso el disparador. La catapulta de vapor expulsó al Cyclon fuera del hangar y en el aire el fuselaje traqueteo con fuerza. Por un segundo, empezó a caer, pero Kaminsky logro enderezarlo, y consiguió elevarse, a lo largo de la costa, en un ascenso rápido.

Jagdea no tenía palabras para expresar su alegría por vivir un día más y sonrió.

—¿Cómo esta, señor? —preguntó.

Estaba sonriendo.

—¡Como volver a casa después de mucho años!

—¿Destruyo el camión?

—¡Lo prometido es deuda! —respondió Jagdea.

Ladeó el aparato y giró hacia el este.

—Con suavidad —dijo Jagdea.

—Los viejos hábitos —dijo Kaminsky sonriendo.

Estaban llegando a alrededor de los mil metros, cuando el sistemas de detección del Cyclon emitió un pitido de aviso.

—¡Alguien nos sigue! —exclamó Jagdea.

—¿Dónde?

—No lo sé ¿Dónde está el auspex?

—Este aparato no está equipado con un auspex.

—¡Oh genial!, porque me sorprende —dijo Jagdea estirando su cabeza, mirando en todas direcciones que le permitía el mamparo del Cyclon.

—¡Un Locust, a las once! —gritó ella.

Tuvo una visión breve de un murciélago de color rojo brillante, con los bólters pesados disparando.

Kaminsky inclinó el morro del Cyclon, iniciando un descenso suicida.

—¡Kaminsky! ¡Kaminsky!

—¡Cállate, Jagdea! ¿Puedes tranquilizarte? —El mar se precipitó hacia ellos.

Kaminsky de repente inclinó el morro había arriba acelerando y inicio el ascenso.

—¡Las armas! —tartamudeó Kaminsky.

La gravedad negativa la tenía estampada contra el asiento.

—¿Qué?

—Las armas, Jagdea. No puedo presionar el gatillo de las armas, no tengo un pulgar, vas a tener que hacerlo tú.

Ella luchó por incorporarse tenía la sangre en los pies, luchando contra la fuerza centrífuga del ascenso.

Coloco su mano sobre la mano protésica.

—¡Dime cuándo!

—¡Espera!

El anticuado Cyclon se sacudió violentamente cuando el Locust pasó por debajo de ellos.

—¿Cómo demonios hiciste eso? —gritó ella—. Esto no es un aparato con vectores de empuje.

—Cierra la boca y dispara —dijo Kaminsky—. Dispara ya.

Jagdea oyó el sonido repentino de los bólteros pesados disparando. Apretó la mano alrededor de la empuñadura. Alrededor de la mano protésica.

Varias ráfagas impactaron en el Locust, que intento escapar de la lluvia de proyectiles, elevándose bruscamente. Entonces se encendió y explotó.

—Por el trono dorado —gritó Jagdea.

—Ya es nuestro —susurró Kaminsky.

—¡Sí lo hicimos! —dijo Jagdea, cuando Kaminsky estabilizo el Cyclon—. Sí, lo has hecho muy bien.

INICIANDO LA
CONTRAOFENSIVA DESDE
LAS ISLAS MINDWINTER

AÑO IMPERIAL 773.M41
DÍA 267 A 269



DÍA 267

Marquall dormitaba en su habitación cuando las sirenas comenzaron a sonar a todo volumen a través de las profundidades de la base, excavados en la roca pasillos y hangares enterrados. Se levantó de su litera, cogió su casco, y salió corriendo de la sala de reuniones, por un pasillo estrecho en el suelo del hangar.

Zemmic y Ranfre estaban cerca de él, y Van Tull los siguió, aunque más lentamente. Utilizando una silla con ruedas Vantull había recibido una intoxicación en su salida de Theda, causada por un fallo en la mezcla de aire, que había añadido más dióxido de carbono de lo normal, Van Tull no se dio cuenta la avería. Hasta el momento en que había llegado a Lucerna, cuando comenzó a sufrir una hipoxia y tuvo suerte de haber aterrizado. Uno minutos más y abría perdido en conocimiento.

—¿Estás bien? —preguntó Van Tull.

—¡He estado peor! —dijo el piloto más veterano. Ya habían pasado los peores efectos, o eso decía. Pero ahora estaba sufriendo hemorragias en las encías y en las fosas nasales, y continuamente tenía que limpiarse la boca y la nariz con un pañuelo.

—¿Seguro?

—¡Voy a estar bien en unos días! —dijo Van Tull rotundamente.

Se apresuraron por el suelo de piedra desnuda sobre una plancha de cubierta rígida. La totalidad de la base había sido excavada en la roca de la isla. El hangar tres, estaba asignado a Umbra, era una cueva gigantesca rectangular, el suelo y las paredes estaban alisadas. Los dos extremos de la cueva, el norte y al sur, estaban abiertos al cielo.

Los Thunderbolts de Umbra estaban estacionados, alineados en tres filas frente a la entrada sur. Equipos de mantenimiento estaban desacoplando el último de los cables y líneas de abastecimiento de combustible, y se oía el zumbido de plataformas elevadoras descargando las municiones que les subían de los niveles inferiores.

Cordiale y Ruth Del ya estaban con sus aviones. Blansher salió corriendo a través de las rejillas de la cubierta, leyendo las órdenes en un papel impreso.

—¡Cobertura aérea, proteger la evacuación! —gritó—. Lanzamiento de inmediato, de seis-nueve-dos, no más de dos mil.

Hubo un coro de agradecimiento y los pilotos se dejaron caer en sus cabinas. El jefe de los montadores de cada equipo se aseguró de que su piloto estaba listo, y cerraron los mamparos, Los Thunderbolt encendieron los motores. En unos momentos, el ruido de los motores en el espacio cerrado era tan fuerte que ahogo el ruido de las sirenas.

Personal de tierra con gafas y protectores auditivos tomaron posiciones frente a la formación, indicando la dirección con señales Luminosas.

En la primera fila estaban Blansher y Ranfre. Detrás de ellos, Marquall, Cordiale y Ruth Del. Y en la tercera fila estaban Van Tull y Zemmic.

El jefe de la cubierta hizo señales con dos señales luminosas, para que la primera fila iniciase el despegue, La primera fila inicio el despegue, seguida rápidamente por la segunda y la tercera. Salieron del hangar a través de una ranura rectangular en la pared del acantilado escarpado.

El mar estaba a 200 metros por debajo de ellos. Las siete máquinas de inmediato comenzaron a virar hacia arriba y a ganar altura. El cielo era de color azul verdoso con dos décimas de nubes largas y tenues. El mar era de un verde más intenso. La isla de Lucerna se quedo detrás de ellos, una meseta de granito rosado con escarpados salientes fuera del agua. Marquall podía ver las defensas antiaéreas anidando en los acantilados. Dos alas más de Thunderbolts salieron después de Umbra de las bocas de otros hangares. Mucho más abajo, se podía ver las barcazas que habían ido llegando a los muelles de la isla durante loa últimas doce horas.

Subieron más alto. Marquall ajustó la mezcla de nitrógeno con cuidado. Observó su formación en torno a él, y mantuvo sus ojos en los retornos del auspex, las otras alas de Thunderbolt volaban por debajo y detrás de ellos. Desde esta altura, se podía ver todas las islas de Midwinter, un archipiélago de atolones de color rosa que llenaba casi setecientos mil metros cuadrados a kilómetros de océano en el extremo oriental del Mar Zophonian. Era la mayor de estas islas, todas las islas como Lucerna tenían bases aéreas y puertos, la mayoría de los aviones, transportes y barcazas de la evacuación de Theda se habían refugiado en ellas.

El auspex indicaba contactos en el aire. Pocos aparatos imperiales quedaban en el aire, retirándose de la parte continental, y gran parte de los contactos eran alas de la armada, volviendo de regreso a sus bases en las islas, después de proteger a los convoyes en el mar o de dar caza de los intrusos del archienemigo. Marquall podía ver los patrones de un combate, a doce kilómetros al sur de ellos, y otra, más condensada, a diecinueve kilómetros al sur-oeste. Hacia el este, había una intercepción en progreso de una formación de bombarderos.

Visualmente, la línea del horizonte meridional era un cinturón manchado de negro, en desacuerdo con la claridad del limpio mar cielo y el mar espumoso. Era una línea de humo, el vapor de la muerte y la destrucción que coronado la costa de Thedan a unos cientos de kilómetros. La señal del Archienemigo, marcando su territorio recién conquistado.

Se estaban acercando al objetivo designado. Un convoy de treinta y siete barcazas y lanchas de desembarco que provenían de San Chryze que estaba bajo el ataque de los invasores enemigos.

—Operaciones informa de sesenta murciélagos —informó Blansher brevemente.

—Tengo visual en el convoy —informó Ranfre.

—¡Recibido!

A través de las nubes, El convoy estaba ahora a la vista. Algunos estaban

manchando el aire con los rastros del humo del escape de las turbinas, pero de otros salían estelas de humo negro de los incendios a bordo.

—Contactos en el auspex —informó Del Ruth—. Dos grupos de hostiles. Uno en seis mil, y otro bajo, rastrillando el convoy.

Marquall miró su propia pantalla del auspex y le indico un informe similar. Múltiples contactos se arremolinaban alrededor del convoy como moscas alrededor de una herida. Incluso tenía contacto visual en estos momentos, unos puntos contra el mar, que eran reflejos de la luz del sol en los fuselajes enemigos.

—Umbra Líder a otras alas. Los contactos más elevados podrían ser una segunda oleada de ataque que esta esperando su turno para entrar, o podrían ser una cobertura superior. Sugiero que Umbra y Sabre vayan a por los asaltantes, y, Cobalt se mantengan a la espera a ver que hacen los murciélagos más elevados.

La división tenía sentido. Sabre vuelo, pertenecía a la 333.º de la armada y solo eran cuatro aparatos. Cobalt, también forma parte de la 333a, pero tenía doce aparatos.

—¡Umbra, soy líder Cobalt estaremos a la espera!

—¡Umbra líder, Sabre entendido!

—¡Apuntar y disparar! —ordenó Blansher.

Las dos alas inclinaron morros, y picaron en dirección de los atacantes del convoy. Marquall trato de contener su respiración cuando inicio el descenso. Encendió el sistema de armas. Y seleccionó a los cañones automáticos.

El agua brillante se acerca rápidamente.

Vio los grandes cascos negros de las barcazas del convoy, arrastrando estelas de agua blanca, y las estelas finas de espuma a su alrededor donde los proyectiles impactaban en el mar. Y allí estaban los murciélagos, atacando al convoy con cohetes y los cañones automáticos.

Eran Hell Razors, con el fuselaje de color rojo y negro.

Los Thunderbolts irrumpieron en la formación enemiga. Por un segundo, vio la trayectoria de las trazadoras yendo en todas las direcciones alrededor Marquall. Tiró el control hacia atrás y niveló el Nueve-Nueve. Un Hell Razors inicio un barrido contra una de las barcazas, y Marquall se colocó en su cola. El Hell Razor comenzó a disparar, levantando estelas de agua cerca del casco de la barcaza. Marquall abrió fuego también. Pero los proyectiles salieron muy desviados, y el Hell Razor rompió hacia estribor, tratando de salir de su zona de fuego.

Marquall logro continuar en su cola y sobrepasó la barcaza, pasando brevemente a través de las estelas de humo que emitía. Y vio como el Hell Razors inclinaba el morro bruscamente hacia arriba i comenzaba a ascender velozmente, así que hizo lo mismo.

Dos Thunderbolts, pintados con el azul de combate de la 333.º, pasaron junto a él,

con ambos Hell Tallons persiguiéndolos.

A continuación, un murciélago rojo estaba en la trayectoria de Marquall y tuvo que romper con rapidez para evitarlo. Una forma de color rojo, cruzó por delante de la punta del ala derecha. Marquall maniobro de nuevo y vio a un murciélago negro debajo de él. Y descendió logrando colocarse en la cola. El murciélago viro a la izquierda, luego a la derecha, pero no podía quitarse a Marquall de encima. Oyó el tono de bloqueo, antes de que pudiera disparar, dos aparatos que iban en la dirección opuesta, pasaron por encima de él, y las turbulencia de su chorros los sacudieron por igual, No había tenido tiempo para identificarlos.

Recupero rápidamente el control, y el Hell Razor entro en el centro de su mira, Y Disparó. Vio como piezas del fuselaje salían desprendidas. Pero no lo derribo. El murciélago negro, aceleró desesperadamente y logro zaparse de Marquall.

—¡No, no...! —gritó Marquall.

De repente, el aire encendido a su alrededor. Una lluvia de proyectiles caía del cielo.

—¡Umbra vuelo, Romped! Los bastardos están por encima de nosotros.

Era la voz de Blansher. Marquall rompió alto, de algún modo consiguió salir de la tormenta de proyectiles ileso.

—¡Umbra vuelo. Los murciélagos a las once. Salgan rápidamente de la zona!

Marquall miró a su alrededor y vio con desesperación como veinte o más Hell Razors entraban en descenso en el combate. Cobalt no había podido evitar que los recién llegados entraran en el combate.

Marquall ni siquiera podía ver al Hell Razor negro y maldijo su suerte. Había estado tan cerca.

Vio a Zemmic, y el morro de su aparato se iluminó con una llamarada de fuego. Un Hell Razor negro empezó a dar vueltas y cayó en el mar como si fuera una piedra.

Marquall vio a dos Hell Razors verdes rastrillando a lo ancho sobre una de las barcasas. Sabía que si se apartaba estarían después en su cola, así que se fue directamente hacia ellos en un ataque frontal. En un cara a cara, la velocidad a la que se acercaban era alarmante. Marquall disparó con su cañón automático y se cruzo con los murciélagos. Las turbulencias casi le hicieron perder el control Y no tenía ni idea de si sus ráfagas habían impactado en algo.

Al oeste de él había un Thunderbolt de color azul, con un motor en llamas descendiendo lentamente. Una breve estela de agua estalló al chocar contra el agua.

Una mirada a la derecha. Y vio a Del Ruth y a Ranfre, persiguiendo a tres Hell Razors.

Los murciélagos parecían que estaban compitiendo entre ellos, para poder romper y quitarse a los dos Thunderbolts de encima. Ranfre disparó impactando en el objetivo elegido pero los murciélagos estaban en una maraña tan frenética que el

murciélago dañado embistió a un compañero. Con la colisión los dos murciélagos explotaron en el aire. El murciélago restante se apartó hacia un lado.

Marquall se colocó a sus siete, Y le disparó una ráfaga, seguida de una segunda. El murciélago se desplomó. Por un momento, Marquall pensó que lo había derribado, pero lo había engañado, activando los frenos y cambiaron las posiciones, y tenía al murciélago en su cola. El Nueve-Nueve se estremeció cuando fue impactado por algunos proyectiles. Marquall hizo un viraje evasivo violento. El murciélago pasó por su lado y se alejó.

—¡Umbral Ocho! ¿Estás bien? —preguntó Blansher.

Marquall comprobó los instrumentos. No había luces de alerta encendidas.

—¡Parece que está todo bien! —respondió Marquall.

—Ocho, está dejando una estela de fluido. Creo que es líquido hidráulico. Rompa y diríjase a la base. ¿Me recibe? —dijo Blansher.

El corazón le dio un vuelco.

—Entendido. Estoy rompiendo.

En el momento en que comenzó su acercamiento a Lucerna, Marquall empezó a sentir los daños recibidos en el combate, el Doble Águila se estremecía. Se alineó con la señal del transponedor, e hizo un buen aterrizaje en el hangar tres a través de la entrada norte.

Racklae lo ayudó a salir. La cabeza del montador jefe estaba vendada. El transporte que lo había evacuado de Theda había sido atacado, y había recibido un corte en la cabeza por un trozo de metralla.

Racklae inspeccionó los daños en el nueve y nueve.

—Superficiales en su mayoría —dijo Racklae—. Pero ha recibido un duro impacto en el sistema hidráulico.

—En el panel de control no se encendió ninguna señal.

—A veces los indicadores fallan, señor, voy a comprobar el indicador también. ¿Ha habido suerte, por cierto?

—¡No! —dijo Marquall. No tenía el corazón para admitir que había estado cerca de abatir a dos murciélagos.

Aún así estaba contento de haber regresado con vida.

—En pocas palabras —dijo el oficial del Munitorum—, ¡está muerto!

—Bueno, no me gusta contradecir los informes del Munitorum... —comenzó Viltry.

—No se preocupe —dijo el oficial—. Lo comprobare de nuevo.

—¿Quiere comprobar si los datos que me ha facilitado son correctos?

Viltry miró por encima los datos de la placa de datos, y se lo devolvió.

—Son correctos.

El oficial comenzó a entrar en los códigos en el cogitator que casi llenaba toda la cámara. Empleados del Munitorum entraban y salían de la habitación con prisas, recogiendo y dejando informes en los casilleros colocados por orden alfabético a lo largo de una pared. Viltry se encogió de hombros como disculpándose con la persona que estaba esperando detrás de él. Estaba a la cabeza de una larga y lenta cola que se extendía a por el pasillo del complejo del Munitorum. Viltry ya había pasado dos horas en la cola.

A través de las ventanas manchadas de suciedad de complejo tenía una vista de los gigantescos muelles de Lucerna. La escena estaba iluminada artificialmente por grandes esferas lumínicas azules, ya que estaba dentro de una cueva marina gigantesca, protegida por un saliente de los acantilados isla. Había un murmullo constante de hombres gritando. Los muelles se alineaban con barcazas de extracción, trasvasando a cientos de hombres, vehículos, cajas y equipos en los muelles.

—Ha llegado la confirmación oficial —dijo el oficial—. Viltry, Oskar. Catalogado como muerto en combate en el 260, junto con el resto de su tripulación. No hay duda está muerto, para el Munitorum.

—Podrá hacer algo —dijo Viltry.

—Absolutamente —dijo el mayor—. Estamos recibiendo muchos errores de muertes, lo siento que estas cosas pasen. La guerra no es propicia para la administración de registro competente. Y la retirada de la península, bueno... digamos que muchas secciones del archivo de datos son omitidos o inexactos. Usted no volaba en el aparato siniestro, ¿verdad?

Viltry suspiró. Había pasado por esto tres veces: una vez con un recepcionista, una vez con un empleado subalterno en la planta baja del edificio anexo que intentaba llevar un registro de los refugiados, y otra vez con este oficial.

—No pude contactar con operaciones durante una semana desde que mi vuelo fue derribado en el desierto. Me dirigí a la costa como parte de una columna en retirada y luego llegue a Theda, acabe siendo evacuando en la última barcaza disponible. Las cosas eran muy complicadas. Estaba viajando con una mujer.

—¿Su esposa?

—No.

—¿Prometida?

—¡No, señor!

—¿Pero tienen algún tipo de relación?

Viltry se encogió de hombros.

—Sí, salimos de la ciudad juntos. Tenía que huir también. El Pacto sangriento estaba en todas partes. No podía dejarla.

—¿Dónde está ahora?

—Ella fue a procesada como civil. Yo tuve que venir aquí. Por ser militar. Espero que esté segura en un refugio.

—Estoy seguro de que está bien.

Viltry se aclaró la garganta.

—Señor, yo sólo quiero reunirme con mi ala. Ya no sé ni dónde están.

—Bueno, no aquí, en Lucerna, me temo. En realidad, yo no te puedo decirle dónde está el XX de Phantine. Aun hay lagunas en el registro.

—¿No puedes consultarlo en sus registros? —preguntó Viltry.

—No es tan simple, Una vez que los registros dicen que estás muerto, no estoy autorizado para compartir información con usted. Lo mejor que puedo hacer es inscribirle como pendiente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tengo miles de recién llegados para procesar, alojar y volver a asignar lo antes posible, y no puedo darse el lujo de gastar varias horas tratando de corregir su muerte.

El mayor tomó un sello y luego selló un impreso.

—Este es un documento temporal de la inscripción. Se le reconoce oficialmente su presencia aquí en la base, y aclara que recibe alojamiento, comida, etc...

Viltry lo examinó.

—En el impreso no están, mi nombre ni el número de de servicio.

—Por supuesto que no constan. Si estuvieran su nombre o número de servicio, el sistema rechazaría el impreso al constar como muerto. Se trata de un nuevo número provisional, que el sistema podrá reconocer. Vuelva dentro de unos días. Una vez que la presión ha desaparecido, le prometo que voy a asistir a su caso con toda urgencia. Eso es lo mejor que puede hacer ahora mismo.

—Muy bien —dijo Viltry.

Agarro el impreso, salió de la cámara.

—¡Siguiente! —gritó el oficial, y la fila corrió hacia adelante.

Viltry se alejó del concurrido, pasillo.

Oskar Viltry estaba muerto, y no era más que un cuerpo con un número.

Blansher salió a la cubierta hangar. Los pilotos de Umbra, estaban esperando en un grupo cerca de las máquinas donde los mecánicos estaban trabajando arduamente, reparando los daños.

Los siguientes aparatos en volver después de Marquall, fueron Del Ruth y Zemmic. Había recibido algunos impactos serios, llegaron quince minutos después de Marquall. Zemmic había derribado uno, Van Tull otro y Blansher dos. A pesar de luchar con el aparato adoptado y repintado de la unidad de los dragones de fuego, y de quejarse de que no podía acostumbrarse al maldito aparato, Del Ruth había anotado también un derribo. Los Thunderbolts habían alejado finalmente a los murciélagos lejos del convoy alrededor de las 13:30 horas.

Blansher levantó la mano.

—¡Un poco de silencio, por favor, señor Racklae!

Racklae sorprendido, y se detuvo, y el sonido de las pistolas de remaches se paro al hacer lo mismo el resto del personal de tierra.

—¿Qué es esta pasando? —le preguntó Zemmic—. ¿Otra salida de emergencia?

Blansher sonrió. En voz alta dijo:

¡Oficial en cubierta!

Bree Jagdea entro en el hangar y se acercó hacia ellos.

Se había aseado, realizado un chequeo médico y cambiado por ropa limpia, pero la chaqueta de vuelo seguía siendo la de siempre maltratada por el tiempo.

Hubo un momento de incredulidad. A continuación, los pilotos y el personal de tierra de Umbra comenzaron a gritar y aplaudir.

Del Ruth corrió y abrazó a Jagdea. Van Tull le estrechó la mano. Los otros se agruparon a su alrededor.

—Me alegro de volver a verles de nuevo —sonrió Jagdea.

—Oramos al Dios-Emperador, para que lograras llegar a una barcaza de evacuación —dijo Del Ruth.

—En realidad, no conseguí llegar a una barcaza —respondió Jagdea.

—Entonces, ¿en nombre de Terra como has llegado hasta aquí, comandante? —preguntó Ranfre.

—No me creerías si te lo dijera. Está bien. Ya te lo diré. Más tarde. Pero ahora, quiero... —Hizo una pausa y miró a Blansher.

—Me disculpo, Líder Umbra —dijo—. Me había olvidado.

Blansher sonrió.

—Para el registro, el líder interino del ala Blansher entrega el mando a la comandante Bree Jagdea, a las 19:18 horas.

—Acepto el mando —dijo—. Y también para que conste, me permito felicitar su liderazgo en mi ausencia, y también expresar mis felicitaciones a los pilotos y al

personal de tierra por su trabajo. ¿Sería posible que aplaudieran con fuerza?

Y así lo hicieron.

—¡Bien! —continuó cuando el alboroto disminuyó—. Quiero a los aparatos listos en una hora. Tendremos que subir y realizar una misión de barrido, y luego regresar hacia la base. Racklae, descansaran durante nuestra ausencia, se anularan los pases de salida, y no beberán. Ya que necesitaremos volver a salir lo antes posible a nuestro regreso, lo justo para que los pilotos podamos descansar.

»Estuve en el cuartel general y el vice-mariscal del aire Dreyco, y me ha informado de la situación. Y tal como están las cosas, les será franca. Las fuerzas de la Archienemigo tienen, como ustedes bien saben, el Litoral sur. Según operaciones ha ocupado la costa de Theda hasta Ezrville. A pesar de nuestros mejores esfuerzos para mantener la superioridad aérea sobre esa zona, nos han golpeado de nuevo en el mar.

Jagdea les miró a la cara. Todos ellos parecían sombríos.

—No podríamos haber predicho su fuerza aérea, ni la eficiencia con la que avanzó sus fuerzas de tierra. Tampoco podríamos haber contrarrestado la manera en que su campaña de bombardeos allanó el camino para el despliegue de las fuerzas del pacto sangriento. Ellos nos superaban, tan simple como eso.

Se quitó la chaqueta y la colgó en la pala de una carretilla. El aire de la caverna era húmedo. Su brazo estaba libre del cabestrillo, a pesar de que aun tomaba pastillas para el dolor.

—Tenéis que recordar —continuó—, que nuestros esfuerzos y las vidas de nuestros compañeros de unidad y la Armada en general no fueron en vano. Les retrasamos a pesar de la enorme superioridad enemiga, compramos el tiempo para las fuerzas terrestres para que pudieran reorganizarse. En estos momentos, los convoyes de evacuación están navegando hacia el norte a través del mar Zophonian, en dirección a las islas principales o a la costa norte misma. Los informes informan de que elementos de las unidades terrestres están cruzando por tierra por Festus hacia las colmenas de la coalición, hacia la fortaleza de Ingeburg. Hemos hecho posible que una parte considerable del ejército de tierra pudiera llegar a zonas seguras. Ahora pueden reagruparse y se preparan para lanzar un contraataque. Los refuerzos están en camino desde el sector Khan.

—El Imperio viene a nuestro auxilio, y Enothis está lejos de perderse.

—Siempre hay una oportunidad —agregó.

—Pero siempre hay un pero ¿no? —dijo Cordiale.

Jagdea asintió.

—Naturalmente, piloto. ¿Quién dijo que la vida de un piloto Imperial sería fácil?

—El reclutador que me convenció de entrar en la academia —dijo Ranfre, acompañado de una carcajada.

—El enemigo nos ha llevado hacia el mar —dijo Jagdea—. Pero el mar es nuestra arma secreta. Tenemos las islas. Alas de la armada se están reagrupando aquí, en Lucerna, en Onstadt, Atolón Viper, Longstrand, Salthaven, y también en las islas de colmena Zophos y el limbo. Escuadrones de largo alcance han tomado posiciones en la costa norte, tres bases de aviación, incluyendo docenas en las colmenas de Tamuda y Enothopolis. —Jagdea cruzó con una precisión del rayo y puso su mano en su costado, como un antiguo guerrero acariciando su caballo de guerra—. Para continuar con su ofensiva final, el archienemigo tiene que pasar por encima nuestro o rodear el Mar Zophonian. Y para lograrlo necesitara de una gran ofensiva aérea. En los siguientes días, los aparatos enemigos aumentaran sus ataques desde el Litoral sur, con la intención de hundir los convoyes y atacar la costa norte. Si lo consiguen, acabarían con nuestras esperanzas de conservar Enothian. La coalición del Norte estaría herida y no podría resistir la invasión. —Se dio la vuelta para mirarlos directamente—. Todas las alas de la armada disponibles al mando del Almirante Ornoff tienen que quitarle el cielo al enemigo. Repito, se nos ordena que debemos tener total superioridad aérea sobre el mar. Sin superioridad aérea, vamos a bloquear su ofensiva, y detendremos a sus fuerzas terrestres en la costa sur.

—¿Y si no podemos? —dijo Zemic.

—Entonces, habremos fracasado. Y Enothis caerá. Y todos nuestros esfuerzos no servirán para nada.

La reunión se disolvió y cada uno volvió a trabajo.

Blansher se reunió con Jagdea.

—¿Crees que podemos hacerlo?

—Haremos lo que podamos —respondió ella—. Y después de hacer todo lo posible tendremos que confiar en el Dios-Emperador.

—¿Realmente? —dijo Blansher. Tenía la costumbre de frotarse el tejido de la cicatriz que dividía sus labios y el mentón cuanto estaba ansioso. Y lo estaba haciendo ahora.

—¿Siendo realistas? Les costó dos semanas para echarnos del sur.

—¿Cuánto tiempo crees que podremos mantenernos en las islas?

Jagdea lo interrumpió.

—El mar es un obstáculo para sus fuerzas de tierra, solo cuentan con su fuerza aérea, somos los mejores pilotos del Imperio... no estamos solos, también están los chicos la Armada. Si pilotamos al límite de nuestras fuerzas durante otra semana, los bastardos tendrán que darse la vuelta, y tal vez tengamos una oportunidad. Para golpear la costa norte, primero tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres. Con patrullas regulares de combate. Y estableciendo turnos muy ajustados entre salidas. Los podríamos rechazar.

—A menos que... —dudó Jagdea.

—¿A menos que, Jagdea?

—A menos que nos atacasen con todo a la vez en una sola oleada —dijo Jagdea.

—Ese no es un escenario que no quiero ni pensar —dijo Blansher.

Una extraña expresión cruzó el rostro bruscamente de Jagdea. Y se dio la vuelta.

—Se me acaba de ocurrir —dijo Jagdea.

—Vamos a encontrar alguna solución —prometió Blansher.

Él la acercó a uno de los montacargas y la bajo hacia un almacén del hangar número tres. Los equipos de mecánicos estaban trabajando aquí abajo también. El resplandor de las chispas de la maquinas de soldar, bastaría para iluminar el almacén y el dos-cero de Jagdea, estaba colocado en una de las cuñas de reparaciones.

—¡Por el trono dorado! —exclamó Jagdea—. Nunca pensé que volvería a verlo. Pensaba que se había quedado en Theda.

—Al final fue evacuado por el aire, en uno de los transportes pesados —dijo Blansher—. Los técnicos dicen que está en condiciones de volar.

—Alabado sea el Dios-Emperador y la diligencia del Munitorum —dijo Jagdea.

—A pesar de la urgencia, pudieron sacar del infierno de un montón de equipamiento de Theda.

—Hablando de repuestos —dijo Jagdea, alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido de las remachadoras—. ¿De quién son estos aparatos?

Junto al Cero-Dos, cuatro aparatos estaban asentados en las cuñas.

—Oh, no deberían estar aquí. Los transportes los trajeron con la maquinaria sin asignar. Repuestos. Y sobras de las unidades que no existen. Nos dieron estos cuatro aparatos, porque Umbra está catalogado como un ala de doce aparatos. Le expliqué a al oficial del Munitorum que sólo tenía ocho pilotos, y él oficial me dijo que oficialmente éramos doce pilotos, y que el Munitorum no se equivoca. Y los papeleos para devolver los aparatos serian eternos.

Jagdea camino alrededor de las máquinas. Uno de los aparatos era un Raptor modificado y equipado como un Thunderbolt con el fuselaje pintado de negro. Otro era un Thunderbolt pintado de color blanco. Los otros dos no estaban pintados, y se veía el metal crudo.

—Tengo a alguien del depósito preguntando a otras alas por si los necesitan —dijo Blansher.

—No quiero que se queden aquí acumulando polvo. Y estoy seguro de que hay alas a la que se les han asignado menos aparatos, de los que necesitan. Mi hombre los enviara en los próximos a las unidades que pueden utilizarlos.

—No —dijo con firmeza Jagdea.

—¿Qué? —preguntó Blansher.

Ella lo miró.

—El Imperio los necesita en el aire ahora, no los próximos días. Tenemos aviones

sin pilotos. Bueno, apuesto a que en las barcazas habrá decenas de pilotos decentes sin estar adjudicados en alguna ala.

—Bien, vamos a buscarlos, y empezaremos ahora mismo.

—Bueno, supongo... —dijo el sorprendido Blansher.

—Se llama pragmatismo —dijo—. Informa al personal de tierra de que estos aparatos están asignados a Umbra. Y que cancelen la transferencia.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. —Y se dio la vuelta y gritó—: ¡Señor Hemmen!

El mecánico corrió hacia ella.

—¿Señor?

—Quiero estos aparatos en condiciones de vuelo y píntelos con el esquema de pintura de Umbra.

—¡Sí, señor. Inmediatamente!

—Tan pronto como pueda —dijo a Blansher.

—Tengo la intención de tener a Umbra al completo. Voy a empezar a buscar algunos voluntarios —dijo Jagdea.

Los conjuntos de ventiladores estaba todavía echando los humos de los aparatos fuera del hangar. Jagdea se quitó el casco y se bajó de cero-dos. Y echó un vistazo a los tres impactos que habían agujereado las planchas del fuselaje en la cola.

—¡Parchéame esto, por favor! —le dijo al mecánico que le había ayudado a bajar del aparato—. Rearmar y repostar.

—¡Sí, comandante!

Caminó hasta el túnel y entró en la sala de reuniones, lanzó su casco, máscara y guantes en el sofá. El hombre que había estado sentado en uno de los sillones desde hace algún tiempo se puso de pie rápidamente.

—Gracias por venir. Vas a tener que perdonar a mi temperamento. Una patrulla se convirtió en un combate en toda regla. Pero derribamos a dos sin ninguna pérdida, gracias al dios-Emperador.

Se acercó a un mueble bar y se sirvió un amasec.

—Le ordene a mis equipos de tierra que esta noche, no tomaran alcohol —dijo Jagdea.

El hombre asintió con la cabeza.

—Comandante, me preguntaba ¿por qué quería que me reuniera con usted? —dijo Kaminsky.

Jagdea abrió un cajón del archivador y sacó un abultado expediente y una placa de datos.

—Que solo servias como conductor Kaminsky. Eso es lo que me dijiste.

—¡Sí, comandante!

—Bueno, me gustaría que condujeras para mí. Tengo un Thunderbolt, sin piloto, me gustaría que lo pilotases en combate.

Kaminsky miró. Sus ojos brillaban con lo que parecía ira. La piel de su mejilla sin daños se enrojeció casi tanto como la masa de quemada del otro lado.

—¿Es una broma, comandante? Si es así, creo que es de mal gusto bastante dudoso. No puedo volar Thunderbolts. Yo no puede volar, y punto.

—Me permito disentir. Yo estaba en que el Cyclon con usted. Y eso era instinto, Kaminsky. Puro instinto. Nunca había visto tanto instinto.

—Pero, comandante ...

—Le ofrezco un lugar en mi ala, Sr. Kaminsky. ¿O debería decir Mayor? Tengo su expediente militar. Dieciséis años de servicio, con el grado de dirigente del ala, un recuento de diecisiete derribos confirmados. Es su oportunidad de regresar en al juego. Para volar y luchar por su mundo. ¿Va a negarse?

Kaminsky levantó se mano protésica.

—Comandante, fui calificado como no apto para pilotar debido a esto, no porque yo no estuviera dispuesto a luchar. El Estado simplemente no tiene los recursos

augméticos para arreglar los pilotos como yo. Con esta mano, no puedo controlar el acelerador, el mando y las armas de fuego. ¡Mierda!, ya lo sabes, Jagdea.

Jagdea asintió.

—Sí, eso es un problema. La Armada podría proporcionarte un implante augmético adecuado, pero no tenemos mucho tiempo. Ciertamente, no hay tiempo suficiente para que se someta a la cirugía de implantación. Así que hablé con mi mecánicos. Son muy ingeniosos, y después de explicarles el problema, en seguida me dieron soluciones, es posible montar el gatillo en la parte superior de la palanca del acelerador, pero todos pensamos que podría interponerse en el camino. A continuación, el Señor Racklae tuvo una idea. Puede conectar los sistemas de armas a un activador de voz. Me doy cuenta de al principio, Le costará un poco acostumbrarse, pero es un piloto, Kaminsky, las armas pueden ser controladas por su voz. Su discapacidad no tiene por qué impedir que entre en combate.

Kaminsky continuó mirándola fijamente.

—Piense en ello, mayor. Y si decide pasar, tengo otros candidatos a tener en cuenta. Pero tú eres mi primera opción.

Se oyó un golpe en la puerta.

—¿Sí?

Marquall miró hacia adentro.

—Comandante, ¿tiene un minuto?

—¡Ya voy! —dijo. Miró a Kaminsky—. Sírvete una copa. Vuelvo en un rato.

Dejó Kaminsky en la sala de espera y salió. Marquall miró a través de la puerta con el ceño fruncido.

—¿Qué está haciendo aquí, comandante? —susurró, dubitativo.

—Está pensando en una proposición, Marquall. ¿Qué es lo que necesitas?

—Un tipo acaba de entrar en el hangar. Dice que te conoce.

—Hola, Jagdea —dijo Viltry.

—¡El Emperador protege! ¿Viltry?

Ella corrió hacia él y le estrechó la mano. Parecía estar pasando por un infierno. Sin afeitarse, con la ropa sucia y rota, y había perdido mucho peso.

—Viltry, se publicó que habías muerto —dijo Jagdea.

—Es lo que dicen, El Munitorum se niega a creer que existo.

—¿Pero tú tripulación también fue derribada?

—Sí.

—¿Y qué paso con tu tripulación?

Viltry negó con la cabeza.

—Lo siento.

—Para cuando llegué a Theda, todo el mundo se iba. Salté en una barcaza, y termine aquí.

—¿Dónde está el resto de la ala Halo? —preguntó Jagdea.

Viltry encogió de hombros.

—No lo sé. Yo estaba hablando con un miembro de mantenimiento de la armada, y dijo que un equipo Phantine estaba estacionado aquí, así que vine a verlo por mí mismo. No puedo fingir que me decepcione que no fuerais Halo, pero es bueno ver una cara de casa. Algo es algo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jagdea.

—No lo sé exactamente —confesó—. Incluso si supiera donde esta acuartelado Halo, no tendría ninguna oportunidad de reunirse con ellos. Hasta que el Munitorum reconozco que existo, no puedo salir de la isla para reunirme con mis compañeros. Estoy atascado ...

—No necesariamente —dijo Jagdea—. ¿Quieres volar?

—Bueno, sí. Si puedo.

—Has hecho simulaciones en Thunderbolts, ¿no?

—Sí. Bree, ¿qué tienes en mente?



DÍA 268

Un día claro en el desierto. Las condiciones climatológicas eran excelentes mucha luz, sin nubes, un ligero viento de costado. Apretó el acelerador y el gran aparato imperial inicio el ascenso sin esfuerzo.

Irónico —pensó Kaminsky—. *Las condiciones eran las mismas que la última vez que pilote, antes quedar gravemente herido.*

—¡Haga su dirección cuatro-uno-seis! —dijo operaciones.

—¡Recibido! —dijo Kaminsky.

—¡Y mantenga un ojo en su auspex. A su derecha en la parte superior en la pantalla, puede ajustar la precisión y alcance si es necesario!

Kaminsky empujó el mando de control más suavemente. Le gustaba la respuesta del Thunderbolt era tal como era en sus sueños.

—¡Contactos a las diez! —anunció el comunicador.

Kaminsky miró a su alrededor, vio la señal en el auspex. Nada en visual... No, ahí estaba. Un reflejo metálico de la luz del sol, esta a una altura superior. Volvió a elevarse de nuevo. El murciélago descendió bruscamente, iniciando un descenso. Pensó que iba a interceptarlo, pero el enemigo había desaparecido bajo sus pies.

En unos segundos sonó el tonto de advertencia.

—¡Rompe! ¡Rompe!

El murciélago estaba justo en su cola.

—¿Cómo diablos lo había conseguido?

El tono de advertencia continuó sonando a pesar de que había hecho un brusco viraje había la derecha.

—¡Por el Trono de terral! —maldijo e intentó un último viraje.

El murciélago comenzó a disparar. Y el Thunderbolt de Kaminsky explotó. El mando se quedo rígido. Y el cielo desapareció.

Blansher deslizo el falso mamparo.

—¡Mala suerte! —dijo Blansher.

—¡Fui estúpido! —dijo Kaminsky—. Fue un error de principiante.

—Todavía te estás acostumbrando a los Thunderbolts. Piensas demasiado en los controles y la forma con que los usas es poco natural. Una vez que los controles se vuelvan mas familiares ya no tendrás que pensar en ellos, los usaras por instinto.

Kaminsky asintió.

—Además —dijo Blansher—. Sé que no tienes mucha experiencia en las aeronaves con vectores de empuje, Los vectores te permiten mas maniobras que puedes realizar en el aire. Una vez aprendas esas maniobras. Lo más seguro que en futuras simulaciones lo evadas con facilidad.

—Lo sé —dijo Kaminsky—. Pero me es difícil pensar en ese tipo de maniobras no me parecen naturales.

—No tiene que ser tan dramático. Sólo es cuestión de práctica con los simuladores.

Blansher miró su cronómetro.

—Has estado en el equipo de simulación dos horas aproximadamente. Podemos tomarnos un descanso si lo deseas. Conseguiré algo de comer para los dos.

—¿Cuántas veces he sido derribado en estas dos horas? —le preguntó Kaminsky.

—Seis —sonrió Blansher.

—Vamos a intentarlo otra vez.

—¿Comandante? ¿Comandante Eads?

Jagdea corrió. Estaba en una concurrida calle en el corazón de la base. Tuvo que empujar a algunas de las personas que pasaban por la calle para poder llegar al lado de Eads.

—¿Comandante Eads? —dijo Jagdea.

El hombre se volvió, con la cabeza ladeada.

—¿Con quién hablo? —dijo Eads.

Le habían dicho que era ciego, varias personas con las que había hablado le dijeron que buscara al oficial ciego Eads.

—Mis disculpas, señor. Soy el comandante Jagdea, del XX de Phantine.

—He oído hablar de usted. ¿Y por qué me buscaba?

—Tenía la esperanza de hablar con usted, señor, necesito de sus consejos.

—¿Sobre qué?

—Estoy buscando pilotos para reemplazar las pérdidas en mi ala.

—Entonces seguramente tendría que estar hablando con la armada —dijo Eads.

—Empecé por allí. Y la reserva de la armada no tienes pilotos en estos momentos.

El puñado de pilotos experimentados que han llegado en con la evacuación ya se han asignado a los vuelos de la armada. Así que le pregunté a la Munitorum por los pilotos de la coalición disponibles aquí en Lucerna.

Eads rió entre dientes.

—¡No puede hacer eso! La armada no le gusta incorporar en sus filas a los pilotos PDF.

—Debido a que la armada cree que es un servicio de elite y no confía en los pilotos de la coalición. Lo sé. Es lo que un funcionario Munitorum me dijo —dijo Jagdea—. La cosa es que el XX de Phantine no pertenece a la armada. Estamos adscritos a la Guardia Imperial, con lo cual se me permite reclutar pilotos de la coalición.

Eads negó con la cabeza, divertido.

—A la Armada no le va a gustar eso.

—La Armada no puede meterse en la organización de la guardia imperial. El precedente ya está bien establecido, gracias a un sacerdote. No le voy a aburrir con la historia. La cuestión es que tengo una lista de pilotos de la coalición. —Jagdea palmeó una gruesa carpeta que tenía debajo de su brazo—. Me dijeron que usted era el hombre que mejor me aconsejaría sobre los pilotos de la coalición.

—¿Podemos caminar mientras hablamos? —le preguntó Eads—. Tengo que estar en operaciones en el turno de las ocho.

—¡Por supuesto!

Se alejaron de la calle hacia un pasillo igualmente ocupado excavado en la roca.

Jagdea se dio cuenta de que la gente se apartaba respetuosamente a un lado para dejar pasar Eads.

—Usted puede ayudarme. Estuvo al mando en Theda Norte.

—Antes de que la Armada llegara. Me temo que no puedo leer los informes. Perdí mis aumentos que me permitía leer los informes con la prisa por abandonar el lugar. Estoy perdido sin ellos.

—Puedo leer los informes para usted, señor.

—Como he dicho, mi turno empieza a las ocho. Tal vez más tarde, comandante...

—Con todo respeto, señor, no tengo tiempo. ¿No hay nadie que pueda recomendarme así de memoria?

La escotilla principal de operaciones en Lucerna estaba delante de ellos.

—Bueno, hay uno. Buen piloto. Yo sé donde ya que vive conmigo. Y yo sé que ha estado pasando mucho tiempo en los simuladores nuevos, concretamente con el de Thunderbolt.

—¡Es un buen comienzo!

—Su nombre es Scalter. Frans Scalter. Se lo recomiendo encarecidamente. Trabaja en operaciones también, pero no le gusta el cambio. Alguien puede localizarlo para usted.

—Gracias, señor, con el nombre creo que podre encontrarlo buscando en las listas.

—Por supuesto.

Habían llegado a la puerta. Jagdea oía el parloteo frenético de la planta de operaciones más allá de la escotilla. Cadetes entraban y salían con placas de datos e informes de gráficos. Un joven estaba de pie junto a la escotilla. Parecía estar esperando Eads. A Jagdea, le pareció familiar.

—Buenos días —dijo el joven dirigiéndose a Eads.

—¿Llama a eso un saludo? —respondió Eads—. ¿Listo para el turno, Darrow?

—¡Sí, señor!

—Me reuniré con usted más tarde, comandante —dijo Eads a Jagdea.

Eads se dejó guiar por el más joven hacia adentro, alejándose del ajetreo de la entrada a operaciones.

Estaban de pie en una plataforma de observación elevada entre los acantilados de la isla. Era una hermosa mañana, clara, aunque el viento era fuerte y le sacudía su cabello. Un centenar de metros por debajo de ellos, el mar se estrellaba a los pies de los riscos escarpados.

—Casi romántico —dijo Beqa—. El mar y las islas. Mi familia me llevó de vacaciones a las Midwinters cuando era una niña. Nos alojamos en Salthaven. Había unas bonitas playas, a mi hermano le gustaron. Eso fue antes de la guerra, obviamente. Un tiempo en que las vacaciones eran algo que la gente hacía, normalmente.

—Un día, voy a llevar de vacaciones. Te lo prometo.

Beqa sonrió a Viltry.

—No hagas promesas que no puedas cumplir.

—No, lo digo en serio, lo único que tengo que hacer es derrotar al enemigo, y podremos tener todas las vacaciones que quieras.

Ella negó con la cabeza, divertida.

—¿Así que has encontrado un trabajo? —dijo Viltry.

—En la fabricación de municiones. Los encargados que me asignaron parecían impresionados por mis habilidades. Todos esos largos turnos de noche en la fábrica no fueron un desperdicio.

—Eso es bueno.

—Empiezo esta tarde.

—No me has preguntado nada sobre mis ocupaciones —dijo Viltry.

—Estoy tratando de no pensar en ello. Es difícil, porque estás muy elegante con tu nuevo uniforme, bien afeitado y peinado, has encontrado a tu escuadrón, ¿verdad?

—No —dijo Viltry—. Pero encontré una unidad de Phantine que necesitaba un piloto de Thunderbolt. ¿Te lo puedes creer? Eso va a requerir un montón de horas en los simuladores. Se llama Phantine XX. Umbra vuelo.

Le mostró los imperdibles de las insignias y distintivos de su nuevo abrigo de vuelo.

—Muy bien —dijo, y apartó la vista del mar.

—Tengo que volar, Beqa. Es lo que hago. Necesitan a todos los pilotos que pueden conseguir en estos momentos. Soy un servidor del trono, no puedo negarme.

—Lo sé.

—Y tal vez cuando termine la guerra, podría dejar el servicio y quedarme aquí contigo.

Beqa Mayer sonrió.

—La guerra nunca termina, Oskar. Si termina aquí, eres un piloto y te trasladarán a otra guerra. No van a dejar que te vayas. Eres un recurso. Van a mantenerte volando

hasta que finalmente el enemigo te reclame. Recuerde lo que dije sobre promesas que no puedas mantener.

—Lo siento —murmuró.

—No pasa nada. En serio. Hemos tenido un poco de tiempo. Ha sido breve, pero muy dulce. Pensé que te había perdido una vez, y el Emperador te ha permitido regresar. No podía pasar por eso otra vez. Ve a luchar. Voy estar orgulloso de ti. Eso es todo lo que puedo decir.

El viento se había levantado de nuevo. Ella se estremeció.

—¡Maldito abrigo! —dijo Beqa.

Viltry se inclinó sobre su bolsa y sacó su andrajosa chaqueta de Vuelo Halo.

—Cógela. Está un poco maltrecha y desgarrada, me temo, pero tiene un forro polar.

Se la puso sobre los hombros, luego la atrajo hacia sí.

—Gracias —dijo, acercándose su costado. Y apoyó la cabeza en su pecho.

—Tienes razón —dijo, mirando hacia el mar—. Es casi romántico.

De pronto se oyó un ruido como si llegara el fin del mundo, y ocho Thunderbolts salieron del hangar situado debajo del acantilado en que estaban situados. El rugido de los aparatos se fue atenuando medida que los aparatos se alejaban.

—Bueno, era romántico —dijo Viltry.

Los dos se rieron.

Le dio un beso en la mejilla.

—¡Al diablo con ellos. Podemos hacer nuestro propio romance. Ve y lucha, Oskar. Rezare al Emperador para que te proteja!

Umbral vuelo no tardaron mucho en llegar a la batalla aérea. Hacia el oeste, el cielo era de color verde pálido con brillantes destellos metálicos y teñido con humo. Y no era la única batalla. Alas de Onstadt estaban entablando combate en el este, y todas las alas del atolón Viper se había lanzado contra una aleada de mil bombarderos que estaba en ruta a través del Mar de Esdras hacia Limbus.

—¡Umbral, elévense a cuatro mil! —ordenó Jagdea.

Tenía cuatro máquinas con ella: Marquall, Van Tull, Cordiale y Viltry. Era la Primera salida de Viltry. Y había percibido sus nervios mientras corría hacia su aparato.

Umbral vuelo ya había salido dos veces ese día. Una incursión a las nueve, que duró dos horas, escoltaron una formación de bombarderos de noventa aparatos, con la ayuda de tres alas de Thunderbolt de Tamuda MAB. Tres derribos de Ranfre, y uno para Jagdea. Después Del Ruth, Ranfre y Zemmic había subido poco antes del mediodía con Blansher como oficial, y tuvo un corto pero feroz duelo con la cubierta superior de una formación de Hell Tallons. Zemmic y Blansher había anotado un derribo, fueron 56 minutos de intenso combate y los cuatro estuvieron agradecidos de no tener que participar, en el ataque a la formación de bombarderos, y los cuatro ahora estaban descansando.

Menos Blansher que estaba con Kaminsky, en los simuladores. Blansher era paciente, pero parecía tener dudas sobre el talento de Kaminsky.

—Se está adaptando al diseño básico del Thunderbolt, pero se niega a relajarse —le había dicho Blansher.

—Tal vez no es la mejor opción.

—Continua con las simulaciones —le había ordenado Jagdea.

Podían ver a los hostiles ahora. Sesenta Tormentors en ruta a través del mar hacia la coalición del Norte, cargados de bombas. El 51.º ya estaba entablando combate con ellos.

—¿Alguna señal de cobertura? —preguntó Jagdea.

—¡Nada en el auspex! —respondió Cordiale—. Pero tendríamos que asumir el riesgo, de que posiblemente ande cerca.

En el auspex también no había ni rastro de los refuerzos prometidos para ellos desde Longstrand.

Jagdea encendió el comunicador.

—Operaciones de Lucerna, soy líder Umbral. Confirme otras unidades de refuerzo en camino.

—Operaciones, Umbral. Kodiak y Orbis a veinte kilómetros hacia el este. Entre los dos suman veinte aparatos.

—Gracias, Operaciones. Tenemos visual sobre el enemigo. Inicio interceptación.

Jagdea se tranquilizó al saber que otra ala Phantine comandado por su amiga Hayyes Wilhem estaba en camino. Encendió su sistema de armas y activó el cañón láser.

—¡Umbrá, activad el sistema de armas!

—¡Umbrá Ocho, recibido! —respondió Marquall.

—¡Umbrá Tres, preparado! —respondió Tull Van.

—¡Umbrá Once, listo! —respondió Cordiale.

Hubo una pausa.

—¿Umbrá Cuatro? —gritó Jagdea—. ¿Umbrá Cuatro? ¿Me recibes?

—¿Viltry? ¡Responde maldita sea, Viltry!

—Recibido, soy Umbrá Cuatro. Lo siento, estaba activando los sistemas de armas y parece que he encendido la luz de la cabina en su lugar.

—¿Viltry?

—Era broma, tengo las armas preparadas.

Jagdea sonrió.

—Operaciones, nos ordena que ataquemos. ¡Apuntar y disparar!

Viltry no estaba tan seguro como aparentaba, pero oprimió el acelerador, y siguió a Jagdea en un descenso profundo, vio los fuselajes de los Tormentors que llenaban el cielo. Los artilleros de los Tormentors ya les estaban disparando desde las torretas armadas con bólters pesados acoplados.

Viltry había volado antes en Thunderbolts, pero se sentía extraño después de tantas incursiones con los Marauders. Las diferencias en el diseño de las cabinas o la mayor agilidad. Pero la mayor diferencia era un hombre, una máquina. Sin tripulación de la que preocuparse. Así que se concentraba. Todo dependía de su habilidad.

Viltry decidido que será mejor que lo disfrutase. En el Thunderbolt se sentía como un dardo diminuto, a gran velocidad en comparación con el *G para Greta*. Se estaba acercando a las formaciones enemigas.

Se le recordó que las tácticas aéreas eran ahora completamente diferentes. Normalmente, habría sido un aparato pesado en formación, luchando contra los interceptores. No a la inversa.

Jagdea y Van Tull salieron de la formación, iniciando el ataque a los Tormentors. Viltry los siguió, viendo como Marquall y Cordiale también entraban en combate. Inmediatamente, tres aparatos enemigos comenzaron a abandonar la formación, dejando estelas de humo espeso. Uno de los Tormentors inclinó el morro y entro en barrena en dirección al mar.

—¡Debes concentrarme! —se dijo Viltry a sí mismo.

Cordiale se acercó hacia uno de los tormentos dañados. Disparo con su cañón láser. Uno de los Tormentors vaciló un momento y luego estalló en una enorme nube

de llamas cuando su carga de bombas se encendió, y los escombros ardiendo se dispersaron por el aire, impactando en los Tormentors de la formación más cercanas a la explosión uno de ellos perdió el control, y en su erráticas maniobras para recuperar el control, impacto contra otro Tormentor partiendo por la mitad un de ellos, Viltry vio restos y cuerpos cayendo hacia el mar, y unos segundos después el otro Tormentor se incendio y se alejo en llamas del combate.

Viltry pronto encontró una línea de fuego decente contra otro Tormentor, y comenzó a disparar ráfagas de trazadoras hacia el murciélago, pero se quedo corto. Sonrió mientras corregía la puntería, y volvió a comenzar a disparar. El Thunderbolt se sacudía con fuerza por las descargas de sus cañones. Jagdea le había advertido de la sacudidas. Compensó las sacudidas y tuvo que alejarse cuando las primeras ráfagas de una torreta de un Tormentor cercano pasaron cerca de su aparato.

—¡Umbra Cuatro! Felicidades tu primer derribo con un Thunderbolt —gritó Jagdea.

—Estaba tan concentrado que no lo he visto —dijo Viltry—. ¿He derribado un murciélago?

—¡Sí, Cuatro!

Se dio la vuelta, eufórico por su primer derribo, y se abalanzó sobre otro Tormentor. Sus torretas intentaron derribarlo. Sabía por experiencia lo peligrosas que eran las torretas de los bombarderos. Todo era una cuestión de encontrar las zonas muertas.

Y la encontró.

Viltry trasteó con los cañones automáticos el fuselaje del Tormentor desde la cola a la cabina de control. El Tormentor comenzó a incendiarse, dejando estelas de humo espeso detrás de él.

—¡Creo que me estoy poniendo al día, Jagdea! —gritó Viltry por el comunicador.

Marquall estaba furioso. Había perdido sus objetivos en ambas pasadas. Y Viltry, que acababa de llegar y en el espacio de dos minutos, había igualado la puntuación de Marquall.

—¿Quién demonios se creía que era? —murmuró para si Marquall.

El Nueve-Nueve se estremeció cuando algunos proyectiles de bólter pesado impacto en su flanco. Marquall rompió hacia la derecha. Parte de la formación enemiga pasó por debajo de él, y se dejó caer hacia la formación principal.

Pero nuevos impactos de bólter pesado, hicieron que se retirara de la línea de fuego. ¿Cómo diablos sabia Viltry dónde colocarse? Volvió a intentarlo, pero las ráfagas de las torretas lo echaron para atrás. Volvió a intentarlo y consiguió alienarse con un bombardero, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, El Tormentor explotó en una bola gigante de fuego, Van Tull se le había adelantado.

—¡Oh, dadme un respiro! —exclamó Marquall—. ¡Que alguien me dé un respiro!

Los aparatos del 51.º, tuvieron que retirarse cuando el combustible llegó a límites de no retorno, pero las alas Kodiak y Orbis entraron en combate justo a tiempo para suplir al 51.º. Kodiak, un ala de la Armada 789.º, volaba con Thunderbolts pintados de verde oscuro; Orbis estaban pintados con el gris de Phantine con el borde azul.

—Hola Orbis —dijo Jagdea—. Me alegro de verles.

—Saludos Umbra —dijo el oficial de Orbis—. Sentimos el retraso.

Jagdea reconoció la voz de Hayyes.

—No importa, aun hay bastantes murciélagos para todos.

Jagdea vio como Hayyes dirigía su Thunderbolt hacia la formación de Tormentors, y como sus ráfagas de los cañones automáticos, destruían un murciélago, estrellándose en llamas contra el mar. Mientras el resto de Orbis arrancaba a tres murciélagos más del cielo, y el ala de Kodiak no se queda atrás con dos murciélagos derribados en unos pocos minutos.

—A todas las alas, romped a la izquierda, ¡ahora! —gritó a través del comunicado el líder de Kodiak líder—. ¡Cazas hostiles en descenso!

Hell Razors salieron desde las nubes altas, picando hacia abajo en su dirección. Las primeras ráfagas comenzaron a caer sobre ellos.

—¡Romped hacia la derecha! —ordenó Jagdea.

Viltry sintió como su aparato se sacudía por impactos. Y empezó un descenso para apartarse de la trayectoria de las ráfagas enemigas, Los aparatos enemigos cayeron sobre la formación de Thunderbolt. Uno de los aparatos de Kodiak se desintegró bajo el fuego enemigo. Otro fue derribado entrando en barrena hacia el mar.

Los Hell Razors eran carmesí y negros, a excepción de su líder, que era blanco perla.

—¡Cambiar! —dijo Kaminsky.

—Repita —dijo Racklae.

—¡Cambiar!

—Está bien, señor —dijo Racklae—. Ahora, de la orden de disparar.

—¡Fuego! —dijo Kaminsky.

—Otra vez.

—¡Fuego!

Racklae se puso de pie, mirando su placa de datos, y miró a Kaminsky que estaba sentado en la cabina del Thunderbolt.

—Bien, ahora el sistema reconoce tu voz. Las órdenes han quedado registradas.

Racklae se apoyó en el borde de la cabina y señaló con una mano un interruptor de color rojo en el panel de control.

—Es para activar el reconocimiento de su voz, apriételo y el sistema de armas se activara automáticamente. Después de eso, use su voz. Diga *fuego* y el sistema disparará una ráfaga con el armamento seleccionado.

—Sí, gracias —asintió Kaminsky—. ¿Y si quiero continuar disparando?

—Siga diciendo fuego, señor —respondió Racklae—. Recuerde que cada vez que diga fuego, solamente es una ráfaga.

Kaminsky salió de la cabina.

—Gracias, señor Racklae. Ha hecho un buen trabajo.

El mecánico parecía distraído.

—¿Qué pasa? —preguntó Kaminsky.

Racklae saltó del ala.

—Los muchachos están monitoreando el comunicador de Umbra, señor. Parece que Umbra está en problemas.

Kaminsky siguió al mecánico, hacia la sala de descanso del personal de tierra. Blansher esta sintonizando un comunicador. Ranfre, Zemmic y Del Ruth estaban en la habitación con el resto del personal de tierra. Al menos, Kaminsky comenzaba a reconocerlos. Apenas había hablado con el resto de los pilotos.

—¿Qué está pasando? —preguntó a Zemmic. El joven estaba jugando con una cadena llena de amuletos.

—Jagdea entro en combate contra una formación de Tormentors —dijo Zemmic—. Y les sorprendido una cobertura de murciélagos. Y el murciélago blanco los dirige.

—¿El murciélago blanco? —preguntó Kaminsky.

—Un bastardo que lleva un Hell Razor blanco perla —dijo Zemmic.

Viltry gritó sorprendido. Cuando la formación de cazas cayó sobre ellos. Trató de virar hacia fuera. Jagdea y una de las aves de Orbis, estaban cerca y los siguió. Vio un Kodiak explotar en el aire, derribado por un murciélago rojo.

Oyó un breve sonido de advertencia. Un Hell Razor negro estaba tratando de colocarse en su cola. Viltry haciendo caso omiso de las torretas que le estaban disparando, se metió en medio de una formación de Tormentors.

El Hell Razor dudo, estaba poco dispuesto a arriesgarse a ser alcanzado por uno de los Tormentor, que se suponía debía proteger. Satisfecho por su astucia, Viltry aceleró y volvió a subir a través de la formación, esta vez disparando, y valió la pena. Impacto en un Tormentor con dos o tres ráfagas. De sus motores empezaron a brotar un humo espeso de color azul. Un derribo claro, Viltry ya no podía ver al murciélago negro.

Pero allí estaba el Hell Razor blanco perla, el líder de la formación enemiga. Llegó a sus cinco, moviéndose mucho más rápido que el aparato de Viltry, y se dirigía hacia otro Thunderbolt, el Orbis seis.

—¡Orbis Seis, Cuidado! —advirtió Viltry.

El Hell Razor color blanco perla ejecuto una brillante maniobra colocándose en la cola del Orbis seis, y disparó con su cañón automático, el Thunderbolt se estremeció y explotó. Viltry inicio la persecución, pero pronto descubrió que el murciélago negro estaba intentado ganarle la cola.

Jagdea y Cordiale conjuntamente, comenzaron a perseguir a un murciélago rojo hacia abajo. Lo que había sido aire limpio, ahora estaba cubierto por estelas de humo, y ráfagas de trazadoras, y aparatos combatiendo. Sin embargo, pudo ver al murciélago blanco perla.

El Hell Razor rojo estaba intentando huir de ellos, pero Jagdea renunció y se ladeo hacia la derecha buscando al murciélago blanco en el caos del combate.

Un Hell Razor negro se interpuso en su camino, cara a cara, y ambos intercambiaron disparos, sin daños para los dos y pasaron uno al lado de otro. Jagdea miró su nivel de combustible.

Estaba bajo. El aumento de consumo del combate había vaciado los depósitos.

—Umbra vuelo, ¿estado de combustible?

Cordiale respondió, seguidos de Viltry y Marquall. Todos ellos respondieron que estaban prácticamente vacíos como ella.

—¡Rompan y diríjense a la base! —ordenó Jagdea.

—¡Umbra Cuatro, recibido!

—¡Umbra once, retirándose!

—¿Marquall? ¿Ocho Umbra? ¡Responda!

Marquall había visto sólo al Hell Razor blanco perla, y lo reconoció de inmediato.

En definitiva el que casi lo había derribado en su segunda salida de combate, el murciélago que había derribado al Apóstol.

—¿Umbra ocho? ¡Responda!

Marquall se volvió hacia el murciélago blanco perla, pero inmediatamente tuvo que virar hacia otro lado porque se había colocado sin darse cuenta en el rango de un par de torretas de un Tormentor, Marquall empujó al Nueve-Nueve fuera del rango de acción de las torretas, entonces en su visual, vio al murciélago blanco estaba ascendiendo. Otro murciélago comenzó a dispararle, obligando a Marquall a romper había la derecha.

—¡Umbra Ocho, ahora! —oyó la voz de Jagdea gritando por el comunicador.

Y de repente Marquall se encontró con un Tormentor en llamas en barrena, que estaba cayendo desde arriba. Gracias a la advertencia de Jagdea pudo evitar el impacto con el Tormentor con un brusco viraje hacia la derecha.

Uno segundos después de recuperar la calma, Marquall oyó el persistente pitido de que había alcanzado el límite de combustible.

—¡Umbra Ocho, me dirijo a la base!

Echó una mirada hacia atrás, y vio a su pesar que el murciélago blanco se había alineado con el oficial de Orbis.

—¡Orbis líder, rompa enemigo en su cola! —gritó Marquall.

Orbis líder rompió hacia la derecha. Pero no engaño a las ráfagas de cañón automático del murciélago blanco y acabaron destruyeron al Thunderbolt en pedazos.

Marquall solamente podía retirarse del combate, persiguiendo a los otros tres aparatos de Umbra.

—¿Lo Viste? —gritó Marquall—. ¡El bastardo del murciélago blanco derribo al líder Orbis!

—¡Lo vi! —respondió Jagdea. No sentía nada, excepto cansancio y dolor en el brazo por el desgaste físico de la batalla. Sabía que el dolor por la pérdida de su amiga llegaría mas tarde. Hayyes había sido su amiga en la academia.

En este momento, sólo una cosa estaba en su mente. En la confusión de la última parte del combate, ella había recordado de que conocía al ayudante de Eads.

El ruido de los aviones se apagó. Cuando Jagdea y sus pilotos estaban bajando de los aparatos, el personal de tierra y los otros pilotos aplaudieron. Jagdea sabía que habían combatido valientemente, y habían añadido un buen puñado de derribos en sus cuentas, y por supuesto por el hecho de que los cuatro estuvieran con vida. También había demostrado que su plan de reclutar nuevos pilotos era factible con el debut exitoso de Viltry.

Pero se sentía mal. No sólo por Hayyes. ¿Cuántos aviones Imperial habían sido derribados hoy?

—¡Buen trabajo! —dijo Cordiale, que le había ayudado a desatarse las botas y le dio masaje en los pies para que volviera a circular la sangre. La exposición a múltiples situaciones de gravedad negativas, dejaba en los pilotos con hormigueos en los pies, o algo peor.

—¡Gracias! —dijo Jagdea.

Viltry se quitó el casco. Estaba pálido, tembloroso, pero había una sonrisa en su cara.

—¿Disfrutaste en el combate? —preguntó Jagdea.

—Por supuesto que no.

—Lo hiciste bien, Viltry, parecías un veterano piloto de Thunderbolts con muchos años de experiencia.

Viltry se quitó el sudor de la frente con la mano.

—Debo admitir que fue divertido, sentirme tan rápido y ágil. Me olvide de lo lentos y pesados que son los Marauders.

Marquall estaba bajando del Nueve-Nueve.

—Bien hecho, Marquall —dijo Jagdea.

Se acercó a Marquall y Jagdea bajó la voz para que sólo pudiera oírla él.

—No vuelvas a hacer caso omiso de una orden directa de nuevo, piloto. A la próxima orden, obedece sin rechistar. ¿Estamos claros en eso?

Marquall bajo la mirada hacia la cubierta.

—¡Sí, comandante! —dijo Marquall.

Ella se alejó.

—¡Rearmar y repostar, por favor! —gritó a su personal de tierra, sabiendo que no era necesario que dijera nada.

Un hombre alto con un uniforme de la coalición estaba esperando con Blansher.

—¡El Mayor Frans Scalter! —dijo Blansher, a modo de presentación. Jagdea le estrechó la mano y Scalter la miró de arriba abajo. Scalter tenía una expresión ligeramente aturdida.

—¿Supongo que le explicado lo básico de Umbra al mayor Scalter?

—Me tomé la libertad de echar a perder la sorpresa al mayor.

Jagdea miró Scalter.

—Bueno, mayor, ¿está interesado en formar parte de mi ala? El comandante Eads me lo recomendó personalmente.

Scalter abrió la boca, pero no pudo encontrar ninguna palabra inmediatamente. Él asintió con la cabeza, y luego dijo:

—Sera un honor, Comandante Jagdea. He estado deseando tener una oportunidad de poder defender a mi mundo.

—Pues en este momento formas parte de mi unidad. Su designación será Umbrasiete, Blansher si estas ocupado con Kaminsky, puede preguntarle a Del Ruth o Cordiale, que oriente al mayor Scalter, y que le entregue el equipo, y le ayude con el simulador.

—Sí, señor —dijo Blansher—. ¿Tienes que ir a alguna parte?

—No tardare demasiado tiempo —dijo Jagdea.

Marquall se puso a revisar su aparato un rato, quitándose la chaqueta y guantes, porque no quería mezclarse con los otros.

—¿Está todo bien, señor? —preguntó Racklae.

—¡Bien! —respondió. Apenas podía disimular con el mecánico que todavía estaba dolido por la reprimenda de Jagdea. Al menos había tenido la decencia de no hacerlo delante de sus compañeros. Vagó a través del espacioso hangar, a través de los equipos del personal de tierra.

Kaminsky estaba sentado en un bidón al lado de su Thunderbolt, estudiando cuidadosamente la placa de datos con las especificaciones y procedimientos.

—¡Hola! —dijo Marquall.

El rostro lleno de cicatrices se inclinó hacia él.

—Hola. Marquall ¿No?

—Si. Así que... ¿consiguió su deseo, entonces? —preguntó Marquall.

—¿Cómo dices? —respondió Kaminsky.

—Esa noche en Zara. Me dijo que daría cualquier cosa por ser como yo. Por pilotar de nuevo.

—Ah, si creo que lo dije.

Marquall asintió.

—¡No puedo recordar si fue antes o después de que me llamara un bastardo y un desperdicio, y me sugirió que me pegara un tiro, para hacer que el sector sea un lugar mejor!

—Maldita sea —dijo Kaminsky. Dejando con cuidado la placa de datos—. ¡Yo tenía la esperanza de que te hubieras olvidado de eso. Sí, he cumplido mi deseo, Marquall! ¿Pero qué hay de ti? ¿Te has caído borracho de la barra de un bar recientemente?

Marquall se ruborizó.

—¡No! —respondió Marquall.

Kaminsky cogió la placa de datos y comenzó a leerla de nuevo.

—¡Entonces creo que hice bien! —dijo Kaminsky.

EADS estaba alojado en los niveles inferiores de la base. La afluencia de evacuados había puesto un enorme problema de alojamiento. Los pasajes excavados en la roca de esa zona olían a humedad y estaban muy pobremente iluminados. Algunas de las habitaciones vecinas estaban destinadas al almacenamiento, y estaba seguro que la habitación en que se encontraba Eads, hacia poco que había sido un almacén.

Jagdea encontró la habitación de Eads y llamó a la escotilla de metal. Después de un momento, se abrió y Darrow asomó la cabeza.

—¿Comandante Jagdea?

—¡He venido a ver a Eads!

—Sí, señor. La está esperando.

Darrow le abrió la puerta y le dejó entrar, la habitación era pequeña y pobremente amueblada. La basura había sido barrida hacia una esquina. Había una mesa de campo y dos sillas, una cama deshecha, y una botella de amasec con un vaso sucio.

La única concesión a la comodidad era un sillón viejo. Eads estaba sentado en él, al parecer, dormido.

—Puedo volver más tarde —susurró Jagdea.

—Estoy despierto, Jagdea. Sólo descansaba mis pensamientos. Fue un turno largo y exigente.

Darrow recogió una pila de informes y placas de datos esparcidos sobre la mesa.

—Estaba terminando los informes del turno —le dijo a Jagdea—. ¡Voy a dejarles solos!

—No, prefiero que te quedes —dijo.

Darrow hizo una pausa, y volvió a dejar los informes sobre la mesa.

—Disculpe la sencillez de la habitación —dijo Eads—. Me han dicho que la habitación parece demasiado humilde. No puedo evitarlo. Salí de Theda con sólo la ropa que llevaba puesta. Tome asiento y vamos a ir al grano.

Jagdea se sentó y puso la carpeta que llevaba sobre la mesa.

—Vi al murciélago blanco hoy —dijo Jagdea.

—Ese diablo todavía está en el aire —dijo Eads.

—Me acorde de la notificación que se distribuyo en el momento del incidente del valle Lida.

—Este informe —dijo, tocando la carpeta—. Contiene un relato escrito de un combate con el murciélago blanco. Muy útil, muy práctico. Ha sido una lectura obligada para las alas de la armada. ¿Usted lo escribió Darrow?

—Lo hice, comandante —respondió el joven.

—El informe también contenía el informe de su oficial al mando. Me he olvidado de su nombre.

—EL Mayor Heckel —dijo Darrow.

—El Mayor Heckel. No se limita por la modestia en la que relata su intervención en el combate en el informe, describiéndole como un piloto de gran habilidad.

—Heckel no era una persona exagerada —dijo Eads en voz baja—. Me dijo que era una de las exhibiciones de habilidad natural que jamás había visto.

—Por lo que parece —dijo Jagdea—. Sea como sea sobrevivió a uno de los mejores pilotos del enemigo, que he visto en mi carrera, lo he visto en acción derribando a un Apóstol. Y usted Darrow, lo hizo con un aparato tecnológicamente anticuado, sin la potencia y capacidad de los vectores con las que contaba el murciélago blanco. Lo que más me intriga de esto, Comandante Eads —dijo Jagdea e hizo una pausa de unos segundos—. Cuando le pedí recomendaciones de pilotos de la coalición, se olvidó de mencionarme al joven piloto, que es su ayudante en operaciones.

Eads estaba en silencio.

—¿Comandante? —dijo Darrow suavemente—. ¿Puedo preguntar? ¿Recomendaciones para qué?

—¡Mi unidad esta escasa de pilotos de primera línea, Darrow!

—¿Me... me considera un piloto de primera línea? —dijo Darrow, asombrado.

—Se que ha estado practicando con los simuladores de Thunderbolts —dijo Jagdea.

—Sí, he hecho, Sesenta horas —dijo Darrow—. ¿Quién se lo ha dicho?

—El Mayor Scalter, ¿entonces, dónde nos deja esto?

Eads se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas.

—Darrow no es lo que usted está buscando, comandante —dijo Eads.

—¿Por qué no? —preguntó Darrow bruscamente—. ¡Lo siento, señor! —agregó, ajustando su tono.

—¿Por qué no, señor?

Eads dirigió su respuesta a Jagdea.

—Solamente es un cadete, Jagdea. Sus horas de combate son mínimas. Creo que tiene talento. Pero posiblemente solo fue suerte. Si lo manda al combate ahora, morirá. No está listo. Mi recomendación hubiera sido un asesinato.

Darrow se puso en pie.

—No estoy de acuerdo, señor.

—No se trata de usted, Darrow —dijo Eads.

—No es cierto —respondió Jagdea.

—¿Cómo voy a estar listo si no tengo la experiencia? —dijo Darrow.

—Este no es el momento —dijo Eads.

—Oh, creo que no hay mejor momento que este —dijo Jagdea—. Enothis necesita a todos sus pilotos para esta guerra, Comandante Eads. Si hombres como Darrow no lo intentan, entonces no puede haber un futuro para otras oportunidades.

—No quiero tener su muerte en mi conciencia —dijo Eads enfáticamente—. Por eso no se lo comente.

Jagdea miró a Darrow.

—Creo que depende de un líder del ala decidir si un piloto está preparado o no. Tomo nota de sus objeciones que me ha señalado, comandante, y su lealtad al tratar de protegerlo es admirable.

—Cadete Darrow, creo que está preparado. ¿Quiere unirse a mi unidad como piloto de combate?

—Sí, comandante. Será un honor —respondió Darrow, y luego se giro hacia Eads—. Lo siento, señor —dirigiéndose a Eads.

Jagdea se puso de pie y recogió su carpeta.

—Informare de inmediato, a operaciones de su traslado, Darrow. Va a tener que venir conmigo, ahora.

Se acercó a la escotilla. En la puerta, Darrow se volvió y saludó secamente.

—¿A eso le llama un saludo? —dijo Eads.

—¡Sí, señor!

Eads se puso en pie con rigidez, y Darrow volvió a hacer el saludo con la máxima concentración.

—¡Eso es un saludo! —dijo Eads, volviéndose a sentarse—. Buena suerte, hijo. Y demuestra que estoy equivocado.

Darrow siguió a Jagdea por los pasillos hacia una de las escaleras principales.

—¿Estás bien? —Le preguntó Jagdea.

—Sí, señor. Estoy muy encariñado con el comandante. Es triste tener que despedirse de esta manera.

—Sabes que, sólo estaba tratando de protegerte, ¿no? —dijo Jagdea.

—Sí, pero creo que había algo más —dijo Darrow—. Estas últimas semanas, lo ha perdido todo. Su mando, a muchos de sus hombres y amigos, la propia base, y todas sus posesiones. Creo que mi presencia era lo último a lo que podía aferrarse.

—Estamos en guerra —dijo Jagdea—. La guerra exige sacrificios.



DÍA 269

—Por aquí, señores —les indico Jagdea, caminando hacia el centro del hangar tres. Los cuatro aviadores la siguieron, con su uniforme de vuelo al completo, llevando sus cascos en las manos. Viltry, Kaminsky, Scalter y Darrow. Este último parecía especialmente nervioso.

—Relájate —susurró Scalter.

Jagdea se detuvo junto a las filas de los aparatos estacionados.

—No tenemos tiempo para discursos. Al parecer, hay una guerra o algo así —dijo Jagdea.

La tripulación se rió.

—Se trata de un vuelo de orientación, una patrulla de reconocimiento cercano. Es lo mejor que podemos hacer para que os acostumbréis a la sensación de pilotar los Thunderbolts antes de empezar con los combates aéreos. Me refiero al Sr. Darrow, Scalter y por último a Kaminsky. Viltry ya ha estado en una salida de combate. Pero creo que cuanto más tiempo de vuelo que pueda realizar, mejor. Zemic y yo vamos a acompañaros. Sigán nuestro ejemplo.

—¿Alguna pregunta?

—Comandante —dijo Scalter—. ¿Qué son las plumas rosadas que todos llevan?

—¡Plumas de la Suerte! —dijo Cordiale que estaba cerca del grupo, con el resto de los pilotos Umbra que estaban esperando con sus aparatos. Se acercó a ellos, y metió una mano en el bolsillo de sus pantalones de vuelo y saco cuatro plumas que entrego a los nuevos pilotos. Que se colocaron en las solapas sin dudar.

—Correcto —dijo Jagdea—. Plumas de la suerte. Eso era lo más importante, y ahora suban a sus aparatos y despeguen a mi señal.

—¿Ha estado raspando el barril o qué? —susurró Marquall a Ranfre—. Dos pilotos de la coalición, uno con el rango de cadete, y un piloto de Cyclons.

—Viltry lo hizo muy bien ayer —dijo Ranfre—. Y confió en Jagdea.

—¡Aun así! —dijo Marquall. Los derribos de Viltry del día anterior todavía le molestaban.

Comenzó a oírse el ruido de los motores de los seis aviones. Scalter se acomodó en su cabina y se pasaron las manos alrededor de los bordes de la misma con una sonrisa en su rostro. Kaminsky permitió al mecánico que le colocara el arnés, luego utilizó su mano buena para colocar su prótesis alrededor del mando.

—¿Está todo bien, señor? —dijo Racklae.

—¡Los nervios habituales!

Racklae se apoyó en la cabina del piloto, y ato el micrófono del reconocimiento de voz, para el sistema de armas en torno a cuello Kaminsky, entonces conecto los cables al panel de mando.

Kaminsky se colocó su máscara y asintió. Racklae cerró el mamparo.

El Corazón de Darrow estaba latiendo rápido. Nada era como lo había imaginado. El peso del equipamiento en su cuerpo, el sonido de los motores, el olor de la cabina, Uno de los mecánicos se señaló los oídos y Darrow asintió, y comprobó si el comunicador funcionaba.

—¡Soy el Líder Umbra, informen cuando están listos!

—¡Recibido! Umbra Diez, listo.

—Gracias, Zemic. Supuse que serias el primero.

—¡Umbra Cuatro! Estoy listo —dijo Viltry.

—¡Umbra Cinco! Listo para el despegue —dijo Kaminsky.

—¡Umbra Siete! Listo —dijo Scalter.

—¡Umbra Nueve! Estoy listo —dijo Darrow.

—El personal de tierra ya se estaba alejando.

—¡Inicien el despegue! —ordenó Jagdea.

El ruido de los motores aumentó considerablemente a medida que se elevan en el aire.

Los Thunderbolts se precipitaron hacia el cielo alejándose de la entrada del hangar. Jagdea viro hacia la derecha, a través de los atolones, y pasaron a formar formaciones de vuelo básicas, para practicar más tarde las maniobras de vuelo. A los cincuenta minutos, empezó a realizar maniobras un poco más difíciles. Ascensiones rápidas, y descensos de emergencia.

—No pierden de vista lo que pasa a su alrededor —dijo Jagdea—. Adquieran el hábito de verificar tanto el auspex, como mantener visual regularmente. Y acostumbrarse de que no tienes línea de visión, para todo lo que pasa a su alrededor. Tenéis que aprender a compensar, cómo colocar el aparato para tener una mejor línea de visión.

Después de noventa minutos, Jagdea eligió un pequeño atolón, deshabitado cerca del borde de la cadena de islas.

—¡Prepárense Umbra! —dijo—. Quiero que cada uno de ustedes ponga a prueba sus armas. Para que sientan cómo afectan en la estructura del aparato.

Scalter entró primero: un descenso larga y bajo, y disparó al pequeño atolón, con los cañones automáticos.

—¡Buena puntería! —dijo Jagdea.

—Por el Trono, las sacudidas que da el aparato —observó Scalter, mientras se alejaba.

—El próximo, Umbra Nueve.

—Recibido —respondió Darrow. Encendió su sistema de armas, y comprobó que estuvieran bien conectados. Luego empujó el mando y descendió rápidamente. Agua y afloramientos rocas pasaron por debajo de él. Colocó la mira sobre el atolón, calculó el rango, entonces disparó sus cañones automáticos, las ráfagas de trazadoras

salieron de su morro, y vio los impactos en el suelo del atolón y luego ascendió con su pájaro hacia el cielo.

—Excelente, Nueve. Es posible que desee calibrar su punto de mira hacia abajo algunos puntos.

—Entendido, señor.

—Umbra Cinco. Tu turno.

Kaminsky comenzó su descenso con en el atolón su destino. Con la mano izquierda, tiró del interruptor del sistema de armas, y luego colocó la mano sobre el acelerador.

—Cañón láser —dijo Kaminsky—. ¡Seleccionar! ¡Fuego! ¡Fuego!

Ahora el cañón láser disparó dos veces, y el aparato se sacudió. Kaminsky y vio como las descargas impactaban en el atolón, inicio el ascenso y desarmo el sistema de armas.

—¡El aparato de Racklae parece funcionar! —dijo.

—¡Me alegro oír eso! —dijo Jagdea.

Dejó que los cuatro pilotos repitieran de nuevo un par de veces, y luego les ordenó que se elevaran hasta los cinco mil.

—¡Haremos un viraje a tres-tres-dos y luego regresaremos a la base! —dijo Jagdea.

Habían estado en ruta durante diez minutos, y Jagdea estaba a punto de ordenar que regresaran a la base, cuando oyó a Zemmic a través del comunicador.

—¡Contacto en el auspex! —informó.

—¡Lo estoy viendo! —dijo Jagdea.

En diez segundos, se podía distinguir el destello y el humo de un combate a unos diez y quince kilómetros al norte-oeste, sobre el mar.

—¡Operaciones! —llamo Jagdea—. Soy Umbra en salida de entrenamiento ¿Qué estás pasando cerca de nuestra posición?

—Umbra Líder, interceptación en marcha contra una oleada de bombarderos. Se sospecha de posible cubierta de cazas, aun por confirmar ¿Está en condiciones de combatir, Umbra? —respondió operaciones.

—Recibido operaciones —dijo Jagdea—. Umbra vuelo, está en salida de entrenamiento, lo siento, hoy no estamos en condiciones de entrar en combate. Estamos regresando a la base. Otro día será.

—¡Romper, romper, murciélagos entrantes! —grito Viltry por el comunicador.

Jagdea y Zemmic rompieron de inmediato, Viltry y Kaminsky rompieron hacia el otro lado. Scalter y Darrow fueron tomados por sorpresa, pero pudieron romper antes de que los murciélagos pudieran disparar.

Jagdea tuvo contacto visual de los tres Hell Razors cuando cayeron sobre la formación de Umbra. Sin duda era parte de la cobertura de cazas sin confirmar de la

oleada de bombarderos, supuso que los habían detectado por casualidad.

Estaban comprometidos en combate.

—Zemmic, quédate conmigo. Apuntar y dispara. El resto de Umbra, diríjense a Lucerna, y aterricen en la base, ¡ahora! —ordenó Jagdea.

Jagdea y Zemmic y se dirigieron hacia los murciélagos, que ya estaban rompiendo. Comprobó su auspex frenéticamente, y vio a uno de los Hell Razors descendiendo a través de las nubes. Estaba descendiendo a por ella. Jagdea descendió a menos de mil metros y luego se volvió a subir bruscamente. Jagdea vio los proyectiles que pasaron cerca de su ala y se le dio cuenta de que había recogido a otro murciélago en su cola.

—¡Mio! —gritó Zemmic.

Umbra Diez se colocó en la cola del segundo murciélago y disparó tres ráfagas con los cañones automáticos. El Razor atrapado por las letales ráfagas intentó ascender y pero explotó por encima de ella en una bola de fuego.

Jagdea era perseguida por el otro murciélago cuando oyó a Scalter por el comunicador.

—Está a la derecha sobre nosotros, ¡romped, romped!

El tercer murciélago había encontrado los nuevos pilotos.

Los cuatro Thunderbolt se habían separado, y ahora Darrow no podía ver al enemigo en absoluto. El único aparato a la vista era Viltry a trescientos metros más abajo a la derecha. Darrow estaba sudando. Eads tenía razón. No estaba listo y ahora, de pronto estaba trabado en combate, y posiblemente sería derribado.

Vio un destello y miró a la izquierda. El aparato de Scalter estaba ascendiendo haciendo maniobras evasivas. El Hell Razor estaba en su cola disparándole.

—¡Rompe, rompe! —escuchaba a Viltry gritando por el comunicador.

El Thunderbolt de Kaminsky salió de entre las nubes, con las armas disparando. Sus ráfagas no dieron en el blanco, pero fueron suficientes para distraer al murciélago, y permitir a Scalter de romper y descender. El murciélago se dirigió a por Kaminsky, que con un brusco viraje. En cuestión de segundos, se había colocado en la cola de Kaminsky. Dos proyectiles impactaron contra el ala de Kaminsky.

—¡Maldita sea! —maldito Kaminsky, imaginándose la decepción en el rostro de Blansher si lo derribaban en la primera salida.

Instintivamente, usó el freno de aire, y para su deleite, el murciélago lo rebasó y comenzó a girar.

Darrow lo vio. Y ya lo tenía en el punto de mira, y disparó dos certeras ráfagas con el cañón automático. Convirtiendo al murciélago en restos y desechos que cayeron sobre el mar.

Jagdea vio una explosión aérea delante suyo entre las nubes y gritó de rabia.

Logró esquivar al murciélago que la estaba persiguiendo, y aceleró para alejarse

del combate, e ir al encuentro de los nuevos pilotos.

—¡Umbra! ¿Qué era la explosión? —gritó Jagdea.

—Hola, señor —respondió Viltry—. ¡Era el primer derribo de Darrow!

Todos habían hecho un gran alboroto, que había hecho sonrojarse a Darrow. Todos excepto el joven piloto llamado Marquall, que se le veía enfermo o algo así.

Darrow se puso al lado de su Thunderbolt estacionado en el hangar por un largo rato, sólo mirándolo.

No podía hacer esto. A partir de mañana, él se iba a pilotar y matar por Enothis y por el Emperador. Estaba seguro de que después de un día o dos, él empezaría a tener una idea de los que era.

La ciudad imperial estaba en llamas. Desde la cubierta del portaaviones gigante que hoy ocupa un promontorio sobre el mar, un terreno que una vez sido una base aérea del enemigo, el piloto guerrero Khrel Kas Obarkon contempló lo que las fuerzas del anarca habían obrado.

El cielo se había vuelto negro y las llamas por los bloques de viviendas eran austeras y rojas. El mar brillaba de color ámbar con su reflejo.

Por encima, las oleadas de aparatos pasaron volando, brillando a la luz del fuego. Escuchó el ronroneo lujurioso de sus motores y sonrió. Lo poco que su deformado rostro le permitiría, al menos.

Su litera lo estaba esperando. Los esclavos se inclinaron para que pudiera entrar en ella, entonces le valió de la litera para llegar al gigantesco hangar del portaviones. En que cientos de miembros del personal de tierra, y otros líderes de alto nivel y los guerreros pilotos se había reunido. Sonaban los tambores, y los cuernos de bronce sonaron. Obarkon descorrió las cortinas de seda de su litera y saludó a los más cercanos de sus compañeros. Sacolther, su armadura grabado como el alabastro. Coruz Shang, revestido en cromo, con los dedos enfundados en garras de oro. Nazarike Komesch, impassible detrás de la visera verde.

Los tambores y los cuernos se quedaron en silencio, y solo se oía el murmullo expectante. En la centro del gran hangar, un gigantesco proyector de hologramas cobraba vida, proyectando una translúcida imagen azul de diez metros de altura en el aire. Los guerreros pilotos aullaron de adoración, sus voces augméticas agitaron las paredes con runas trazadas del hangar.

La imagen era la de un rostro. Obarkon pensó que el rostro era muy hermoso, aunque también le aterraba. Sabía que estaba apareciendo simultáneamente en todas las bases aéreas que habían participado en la conquista de las tierras del sur. Cientos de miles de guerreros, jefes, altos oficiales del Pacto de Sangriento.

Pero como siempre, Obarkon le pareció que estaba mirándolo directamente y sólo a él.

El rostro de anarca Sek, el anarca más temible, que era la mano derecha del poderoso Gaur Urlock, empezó a hablar.

—¡Mañana —tronó la voz del anarca— será el día será el día de la victoria! ¿Quién va a derramar sangre en el aire?

—¡Nosotros! —aullaron todos los presentes como uno solo.

—¡Prepárense a llevar al enemigo las llamas del caos!

**LA BATALLA POR EL MAR
DE ZOPHONIAN**

AÑO IMPERIAL 773.M41

DÍA 270



DÍA 270

—¿Jagdea? ¿Jagdea?

Jagdea se despertó, y por un breve momento, se olvidó de dónde estaba.

—¿Jagdea? —Blansher estaba de pie sobre ella. La sala de espera estaba a media luz. Jagdea se había quedado dormida en el sofá, vestida con la mayor parte de su equipamiento de vuelo. Aggie Del Ruth estaba dormido en el sillón.

—Dame uno segundos para despejarme un poco —dijo Jagdea, incorporándose y colocando los pies en suelo.

—No creo que pueda —dijo.

Ella lo siguió hasta la sala de reuniones. Viltry ya estaba allí, con los brazos cruzados. Un monitor grande que transmitía información de los principales sistemas de operaciones, iluminaba la habitación con su pulsante luz verde.

No había nada en la pantalla, a excepción de media docena de señales que el sistema había identificado como Patrullas imperiales.

—Ha estado tranquilo así durante tres horas —dijo Viltry—. Todo despejado de murciélagos.

—¿Se has quedado observando la pantalla durante tres horas? —bostezó Jagdea.

—No podía, dormir —dijo Viltry.

—Creo que tenía que ver con una mujer —dijo Blansher sonriendo.

Viltry se echó a reír, pero por alguna razón Jagdea pensó que Blansher podría haber tocado un tema sensible para Viltry.

—¿Me levanté para no ver nada? —dijo.

—¿Desde cuándo ha estado todo tan tranquilo? —preguntó Viltry—. Siempre han estado atacando sin dejarnos respirar, desde el momento en el que se desplegaron en este mundo.

—¿Y? —dijo Jagdea encogiéndose de hombros—. Les habrán dado una noche libre. Después de tantos asesinatos y destrucción estarán agotados.

—¡Bree...! —dijo Blansher, con un toque de desaprobación en su voz.

—Lo siento. El cansancio extremo me hace gruñona. ¿Crees que están tramando algo?

—Sí —dijo Viltry.

—Yo también —dijo Blansher—. He hablado con Operaciones. Están nerviosos. Saben que esto es extraño. Y todas las bases en el Zophonian están en alerta.

—¿Con ordenes de tener los aparatos listos para despegar en cuanto sepan que pasa? —preguntó Jagdea.

Viltry asintió y salió corriendo.

—¿Es algo que me comentaste? —comentó Blansher.

—¿Qué?

—Que podríamos aguantar, a menos que el archienemigo enviara todo lo que

tenía a la vez en una sola oleada.

—Me parece que hablo demasiado —dijo Jagdea.

—¿Por qué no hay aparatos en el aire, Bree? ¿Todos ellos? Creo que en estos momentos todos sus aparatos están cargando combustible y municiones.

Él se encogió de hombros.

—Creo que nos van a enviar a todos sus aparatos disponibles en una gran oleada.

Las luces del hangar se encendieron. El personal de tierra se apresuraba a realizar las últimas revisiones previas al despegue. Sólo se vislumbraba la luz del alba por la entrada del hangar. Marquall podía oler el mar frío, el aire. Luchó contra sus nervios. Todo el mundo estaba tenso. Unos porque parecían saber lo que podría venir. Otros precisamente porque no sabían que esperar.

—¿Estás bien, Marquall? —dijo Van Tull, mientras se comía sus raciones.

—¿Cómo puedes comer bajo esta tensión? —preguntó Marquall.

—¡Tengo hambre! —contestó. Van Tull sonriendo. Aun sangraba por las encías. Todavía estaba sufriendo las secuelas de la hipoxia.

—*Trono ayúdame*, pensó Marquall, de todas las formas de morir, que se imaginaba en sus pesadillas, esa sería lo peor, envenenado por la mezcla de aire. Morirte sin darse cuenta.

Van Tull asintió con la cabeza al acercarse Darrow, que estaba observando a su Thunderbolt.

—Te fue bien ayer, ¿verdad?

—Sí —dijo Darrow—. Aun tengo que decidir si es necesario que vaya a la letrina de vomitar.

—No te va a pasar nada, todos volveremos a la base sanos y a salvo —contestó Van Tull.

—Van Tull es siempre optimista —dijo Ranfre, uniéndose a ellos.

Marquall se encogió de hombros.

—Sólo esperamos lo mejor, creo. Espero que estaré bien, porque si son no, todos estamos jodidos.

Viltry se abotonó la chaqueta de vuelo y se ajustó los guantes.

Vio Jagdea acercarse.

—¿Sabes algo? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Mira Jagdea... —comenzó—. Hay algo que...

—¿Qué?

Él sonrió.

—Creo que ahora no es el momento. Voy a hablar contigo más tarde.

Jagdea asintió. Observo a sus pilotos. Zemmic estaba sentado en una silla de campaña, acariciando su cadena de amuletos, una y otra vez. Cordiale y Del Ruth estaban jugando con una baraja de cartas para apartar su mente de la tensión.

—¿Estáis preparados? —preguntó Jagdea.

—Sí, señor —dijo Del Ruth. Ella tenía una sonrisa atractiva. No era lo que un hombre podría llamar a una mujer bonita, pensó Jagdea. Demasiado seria de cara, una pesada mandíbula. Del Ruth era lo que su padre, habría catalogado como cutre.

—¿Cordiale?

Cordiale sonrió y dio unas palmaditas en la solapa.

—Tengo mi pluma suerte comandante, no necesito nada más.

Scalter estaba hablando con Blansher, parecía que estaban hablando sobre cuestiones técnicas sobre las bombas de combustible. Parecía bastante tranquilo. Jagdea pensó en Kaminsky que estaba solo, mirando por la entrada del hangar al cielo que poco a poco se iba aclarando.

—¿Estás preparado?, preguntó ella mientras se acercaba a su lado.

—Creo que sí —dijo Kaminsky—. He estado esperando mucho tiempo para tener la oportunidad de hacer precisamente esto señor —respondió Kaminsky—. Nunca le podre agradecerle esta oportunidad.

Kaminsky extendió la mano buena.

Ella le estrechó la mano. Le pareció extraño hacerlo de la mano izquierda, pero sabía que Kaminsky no quería hacer uso de su prótesis.

—Nunca te di las gracias por sacarme de Theda —dijo Jagdea—. Creo que estamos en paz.

Él sonrió.

—¿Qué te parece? —preguntó Jagdea.

—Todo el mundo está asustado —dijo Kaminsky—. Eso es lo que pienso. Es natural, supongo. Francamente...

Las sirenas empezaron a aullar, interrumpiendo a Kaminsky.

Umbra vuelo fue autorizado a despegar y comenzaron a abandonar el hangar en formación. Cada hangar de la bahía en Lucerna escupió sus aparatos. Setenta y dos Thunderbolts salieron de la isla, que ahora estaba iluminada por la luz del día en aumento.

Las órdenes de operaciones eran constantes. A lo largo del archipiélago, las bases aéreas estaban lanzando en masa a todos los aparatos disponibles. Escuadrones estaban despegando de Limbo, Zophos y las islas principales, y también de la costa norte y la colmena Ingeburg.

Desde el Litoral y la Península, un retorno del auspex amplio y sólido se había manifestado.

Jagdea se dio cuenta que se habían hecho realidad sus temores. Parecía como si todos los archienemigos venían a por ellos.

—Elévense a los ocho mil. Umbra. Mantengan formación, mantengan velocidad —ordenó Jagdea.

El cielo estaba parcialmente despejado de nubes.

—Todos en formación cerrada —gritó Jagdea.

—Aquí Umbra ocho. Tengo una advertencia del motor.

—¿Es grave, Marquall?

En su cabina, Marquall estaba comprobando el acelerador. Su motor de babor estaba fallando. El motor tartamudeó y luego se apago por completo. El Nueve-Nueve se tambaleo y salió de la formación.

—Umbra Ocho, ¿cual es se estado?

—Fallo del motor de babor —dijo Marquall—. He intentado reiniciarlo una vez, dos veces y nada. ¡Umbra Líder! El motor está definitivamente muerto.

—Ocho, regresa a la base y que se lo arreglen. No puedes continuar con un solo motor.

—Entendido —dijo Marquall y se alejo de la formación.

—Un aparato menos y no se había disparado ni un solo proyectil todavía —se lamentó Jagdea.

El auspex comenzó a mostrar una gran cantidad de contactos a cincuenta kilómetros. Ella jugueteó con su aumento del auspex. No podía ser, pensó al verlo. Pero no era ningún fallo, según el auspex varias formaciones de bombarderos con quinientos aparatos cada una, se estaban acercando.

—¡Por el Trono de terral! —murmuró para si Jagdea.

—¡Vuelo Umbra!, soy Umbra Líder. Formaciones de bombarderos a cincuenta kilómetros. Ascender a diez mil y desde esa altura descenderemos para interceptarlos. Hay bombarderos de sobra para todos.

—Entendido —dijo Blansher, y los aviones comenzaron a subir.

Darrow se ajustó la mezcla de aire y pegado a Van Tull a sus ocho. Podía sentir su acelerado pulso en las muñecas contra sus apretados guantes. Estaba comprobando el sistema de armas para asegurarse que todo estaba bien.

Los canales del comunicador se volvieron locos. Operaciones, estaba recibiendo los primeros informes de contactos. En San Hagen, el Mar de Esdras, el Delta Festus. Vuelos de la armada había encontrado grandes oleadas de bombarderos y cobertura de cazas. Monumentales batallas aéreas estaban librándose sobre el mar de Zophonian.

—¡A cinco kilómetros y acercándose! —informó Jagdea—. ¡Mantener velocidad!

Por visual no era posible debido a las densas nubes y pero el auspex indicaba que había una enorme masa de bombarderos por debajo de ellos.

¿Podía ser que hubiera tantos aparatos en el aire?, se preguntó Darrow, *o era un error del auspex.*

—Vuelo Umbra, activad sistema de armas, a continuación desciendan a cuatro mil —ordenó Jagdea.

Los Thunderbolts se colocaron en formación de ataque. Inclinaron el morro, y descendieron a máxima velocidad, Darrow tuvo visual de los bombarderos después a atravesar las nubes. Comprobó enseguida que el auspex funcionaba bien.

El aire estaba salpicado de formaciones de bombarderos.

—¡Apuntar y disparar! —ordenó Jagdea.

El aire se iluminó por las ráfagas de trazadoras que caían del cielo hacia a la formación enemiga.

Darrow sintió las sacudías el aparato. El descenso era intenso. Estaba tan abrumado por la cantidad de aparatos enemigos, que no podía elegir a uno como objetivo de sus ráfagas. Las explosiones florecieron a continuación, por los impactos de los proyectiles entre la formación enemiga.

Dos o tres bombarderos entraron en su rango visual. Al final escogió uno, una cosa enorme, con el fuselaje rojo brillante, con cuatro alas y ocho motores vectoriales. No tenía la menor idea de qué modelo se trataba. Era del tamaño de un onero por lo menos. Sus múltiples torretas de bólter pesados lo eligieron como objetivo para sus ráfagas, sintió un impacto sólido en una de sus dos alas. Haciendo que su morro se inclinara aun mas, hasta colocase casi verticalmente, Ignorando el cambio, abrió fuego. Su cañón láser impacto en un dorsal de la gran máquina, causando una explosión que arranco grandes pedazos de fuselaje. Darrow dio cuenta de que estaba descendiendo tan abruptamente y tan rápido que impactaría en la parte posterior del bombardero. Trató de salir del descenso. La velocidad había bloqueado su mando. E hizo lo único que podía hacer. Disparó de nuevo una y otra vez. Hasta que del gran bombardero, comenzó a incendiarse por varias partes del fuselaje, haciendo que explotara en una enorme llamarada que desperdigo restos del fuselaje,

como si fuera metralla, que alcanzo a varios aparatos enemigos causando daños a más de uno.

Darrow pudo atravesar las llamas sin recibir daños de importancia por los restos, si el bombardero no hubiera explotado, seguramente habría chocado con él. Entonces empezó a luchar para inclinar el morro hacia arriba. La fuerza de la gravedad era enorme, Le faltaba poco para desmayarse, gracias al dios-Emperador su aparato empezó a enderezarse, desbloqueando el mando. Vio al aparato de Scalter, persiguiendo a otro de los enormes súper-bombarderos. Darrow comenzó a ascender. El sudor le corría por la cara, haciendo que tuviera que parpadear cuando el sudor entro en sus ojos. En su línea de visión, se lleno con el fuselaje de otro de los súper-bombarderos, Brillantes trazadoras disparadas de las torretas instaladas en el vientre del aparato enemigo surcaban el aire en su dirección, viró hacia la derecha esquivando a los proyectiles, activó los cañones automáticos y disparó a la enorme masa cuatro ráfagas. Vio como una de las cuatro alas se desprendía del aparato, daños suficientes para que el piloto perdiera el control, e inclinara el morro hacia el mar, para terminar explotando cuando se estrello en el agua.

Jagdea destruyo a un Tormentor en su descenso hacia abajo, y otro en su ascenso hacia arriba, casi agoto la batería del cañón láser. Y terminó sobre un súper-bombardero, y cambió a los cañones automáticos. Solo le dio tiempo a unas pocas ráfagas, antes de que sus torretas la obligaran a virar.

A su izquierda, vio a Zemic derribar a un Tormentor, y cerca estaba Del Ruth, persiguiendo a un Tormentor que había roto la formación, dañado.

Jagdea viro en redondo colocándose por debajo del súper-bombardero.

Viltry había encontrado la zona muerta de una torreta de un Tormentor.

Con dos ráfagas atravesó el fuselaje del Tormentor vio como el fuego empezaba a extenderse en el vientre de la bestia, que abandonó la formación descendiendo lentamente y explotando mucho antes de que se estrellarse contra al mar.

Con el apoyo de Blansher que distrajo a las torretas, Kaminsky se dejo caer sobre un Tormentor, Había pasado mucho tiempo desde que se había sentido tan bien.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! —gritó Kaminsky.

El cañón láser descargo una andanada tras otra, y el Tormentor se rompió como una cáscara de huevo partiéndose en dos trozos.

—¡Es el primero, Kaminsky! —dijo Blansher.

Viltry vio a Ranfre y a Cordiale debajo del, en un caos de disparos y el humo flotando. Viró hacia la derecha y consiguió ponerse a la cola de un Tormentor que estaba tratando de ascender.

Antes de que pudiera disparar, vio a las trazadoras que venían de abajo. Se dio la vuelta y miró hacia abajo.

El aire por debajo estaba lleno de los murciélagos, ascendiendo y disparando. Las

oleadas de bombarderos tenían una cubierta de cazas baja, no superior, como estaban acostumbrados.

—¡Murciélagos! ¡Murciélagos! —gritó Viltry—. ¡A las seis y ascendiendo en vertical!

Forcejeando con un solo motor, Marquall entró en hangar tres y aterrizo mal, provocando abolladuras en el fuselaje, dejando profundos surcos en el suelo del hangar.

El personal de tierra corrió hacia el Nueve-Nueve. Marquall salió de la gabina, arrojando su casco con rabia contra el suelo.

—¿Señor, está herido? —Le preguntó Racklae.

—No estoy herido, es el motor de babor, ¡se ha averiado! —gritó furioso Marquall mientras pateaba su casco.

—Estamos en eso, señor —dijo Racklae, corriendo para abrir la cubierta del motor.

—Sólo tienes que arreglarlo —gritó Marquall.

Racklae se detuvo y se volvió dignamente.

—Lo arreglaremos, señor —dijo Racklae.

Marquall vio la expresión en el rostro de su mecánico jefe. Se llevó las manos a la cabeza.

—Lo siento —dijo Marquall—. Lo siento mucho, Racklae. Es que yo debería estar combatiendo. Es la maldición de los Nueve-Nueve, esta maldición acabara conmigo.

—No hay ninguna maldición —dijo Racklae bruscamente—. ¿Por qué no te callas? Siempre culpando de tus fracasos a tus compañeros pilotos... los pilotos que hacen más derribos que tu... tu maldito aparato. Cualquier cosa, menos tú. Despierta. Mira más cerca de casa, y empezar a hacer algo al respecto, por el Trono de terral, déjame hacer mi trabajo.

Marquall tartamudeó y dio un paso atrás. Racklae se dio la vuelta.

—Quiero este maldito aparato en el aire, ahora —gritó Racklae a sus ayudantes.

Los Hell Razors y Locusts se echaron sobre los Thunderbolts, tratando de forzarlos a alejarse de la monstruosa formación de bombardero. Kaminsky decidió que no se lo permitiría. Y se dirigió hacia murciélagos.

—Umbra Cinco, ¿a dónde demonios vas? —gritó Blansher por el comunicador.

Kaminsky no dijo nada, excepto: ¡Fuego, Fuego. Fuego. Fuego!

Blansher lo siguió para ayudarlo. Vio un Hell Razor en barrena caer en el mar. Vio a un Locust explotando. Kaminsky estaba provocando el caos entre los murciélagos.

Blansher se colocó en un lateral de Kaminsky, y disparó contra un Locust, que acabó destrozado con la certera ráfaga, vio un Hell Razor carmesí virando cerca de ellos. El Hell Razor intentaba alinearse con Kaminsky. Blansher disparó sus últimas tres descargas del cañón láser, destruyendo al Hell Razor. Kaminsky se había alineado en un Locust y lo estaba acribillando con los cañones automáticos. Cordiale y Del Ruth se colocaron cerca de ellos y comenzaron a disparar a tres Locust que se había apartado de la formación.

Kaminsky Vio un Hell Razor pasar por delante del centro de su mira y calculó el ángulo de deflexión, y apuntó unos grados hacia abajo, y seleccionó el cañón láser, y gritó *fuego* y no sucedió nada, la batería del cañón láser se había agotado.

—¡Cambiar! ¡Cañón automático! ¡Fuego! ¡Fuego!

Esta vez si sus cañones automáticos disparando dos ráfagas seguidas, que destruyeron al Hell Razor. Ráfagas de trazadoras comenzaron a llover a su alrededor, con una rápida mirada encontró un Tormentor a la derecha. En segundos ya lo tenía en su mira, y gritando *¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!*

El Tormentor se inclinó y comenzó a incendiarse.

—¡Fuego! ¡Fuego! —dijo Kaminsky.

El murciélago no tuvo ninguna oportunidad de repente explotó esparciendo restos por todas partes.

Jagdea había recibido un duro impacto en su timón y el cero-uno no respondía bien al mando de control, pero aun así se evadió de las ráfagas de tres Locust, se inclinó a la derecha y disparó una ráfaga sobre un Tormentor.

Su carga de combustible se estaba agotando. El resto de Umbra estaría en las mismas condiciones.

—¡Ala Umbra! Prepárense para abandonar el combate y dirigirse a la base. Necesitamos combustible y municiones.

Del Ruth, Cordiale y Zemic respondieron afirmativamente rápidamente. Entonces Darrow, Scalter y Van Tull también respondieron afirmativamente.

La respuesta afirmativa de Viltry llegó en un momento posterior.

—¿Umbra Dos? —dijo Jagdea.

—¡Recibido! —respondió Blansher.

—Umbra Cinco, ¿Kaminsky?

—Entendido, señor. Combustible bajo. Rompiendo —respondió Kaminsky.

—Umbra Doce, Ranfre ¿Me recibes?

Miró a su alrededor, escudriñando el cielo esperando encontrar alguna señal de Ranfre.

Mucho más abajo, sin ser visto por Jagdea, un Thunderbolt descendía.

EL aparato de Ranfre había pasado a través de una formación de bombarderos. Había esquivado todas las ráfagas de las torretas, excepto la que había destrozado su mamparo y había destrozado el cráneo de Ranfre.

Su Thunderbolt, sin control, poco a poco descendió y cayó al mar.

Umbral llegó a través de la entrada sur del hangar. El aparato de Del Ruth estaba dejando una estela de humo y el timón Jagdea estaba aleteando como una veleta.

—¡Rápido, rearmar y repostar! —gritó Jagdea a los equipos de tierra, que se estaban acercando con las carretillas y camiones cisterna.

—¿Dónde está Marquall? —gritó Jagdea a Racklae por encima del ruido.

—Estaba aquí, señora, en cuando le arreglamos el motor despegó de nuevo —contestó Racklae mientras conectaba una manguera en el depósito del aparato de Cordiale.

Jagdea levantó la vista hacia la boca hangar.

Marquall estaba solo en el aire.

El cielo estaba iluminado por el combate. Marquall respiró hondo. Era increíble. Nunca había visto tantos aparatos en el de aire combatiendo antes.

Coloco el Nueve-Nueve en descenso y se dirigió hacia una formación de Locust de treinta aparatos o más. No le importaba.

Sin esfuerzo, irrumpió en la formación y disparó en el momento en tuvo un aparato en la mira.

Uno de los murciélagos se sacudió, y luego explotó en una bola de fuego.

—¡Tres! —gritó Marquall para sí mismo—. ¡Tres putos derribos!

La formación de Locust se rompió, y, de pronto, todos los aparato estaban sobre él. Marquall recibió tres impactos en el ala de babor, dos en la de estribor y cuatro en la cola.

Jadeando, Marquall trato de evadirse. Los Locust lo persiguieron. Vio un destello. Una explosión. Y ocho Thunderbolts, color crema, irrumpieron en la nube de Locusts. Los Apóstoles, reconoció Marquall.

—¡Por el Trono de Terra, los Apóstoles! ¿Larice? —susurró Marquall.

Los Apóstoles estaban castigando duramente a los Locusts. En una perfecta formación, derribaron a la mayoría en una sola pasada.

Tan rápido, que Marquall se sentía lento, a pesar de que el indicador de velocidad, estaba al máximo.

—¿Larice? ¿Larice Asche? —gritó Marquall.

—¿Quién es? —Espetó una voz.

—¡Umbra Ocho! —dijo Marquall.

—¡Por el dios Emperador! Este no es momento para reuniones. ¡Saca tu culo de aquí!

—Entendido, Larice. Ya me voy.

—Entendido, y no me llames así. Soy el Apóstol Cinco.

Blansher se llevó los primeros cuatro aparatos en estar listos: Van Tull, Cordiale, Scalter y Zemmic. Los otros seguirían bajo el mando de Jagdea en el momento en que se fijara su timón.

Operaciones los dirigió hacia al sur-oeste, en dirección a Theda. Otra ala de ocho Thunderbolts que se habían vuelto a Lucerna para repostar y armarse, se unió a ellos.

Por delante, parecía que una gran tormenta se había deslizado en el horizonte. Había un color marrón de humo a lo largo de la costa, que se extendía hasta donde Blansher podía ver, lleno de chispas y destellos como de rayos.

A medida que se acercaban, empezó resolverse lo que él había estado viendo era el resplandor de la distorsión de miles de estelas de humo, los incendios de motores, explosiones adornaban en una red a través del cielo, tan densa que desde la lejanía que parecía algo sólido.

Pasaron varias máquinas imperiales dañadas regresando a la base. Blansher insistió en preguntarles por Marquall.

El comunicador estaba saturado con cientos de transmisiones de peticiones de ayuda, informando de la presencia de enormes formaciones de bombarderos enemigos. De acuerdo con Operaciones, La gran batalla que se estaba desarrollando delante suyo, no era la única, se estaba desarrollando otra gran batalla sobre el Mar de Esdras y otra cerca de la costa al este en dirección a la colmena de Ingeburg. Otros informes dicen que formaciones de bombarderos había conseguido atravesar las líneas imperiales, y estaban bombardeando Zophos e incluso la costa norte. Cada aparato Imperial disponible estaba realizando al menos su segunda salida del día.

El auspex indicaba una gran formación posiblemente de Hell Razors en dirección norte.

—¡Vuelo Umbra! —ordenó Blansher—. ¡Apuntar y dispar!

Había tardado una eternidad los mecánicos en arreglar el timón de Jagdea. Incluso ahora terminada, Hemmen había advertido, de que no era una reparación sólida. Jagdea despegó a la máxima velocidad, seguida por Del Ruth, Kaminsky, Viltry y Darrow. Ya no era necesario esperar ordenes de Operaciones, la orden era simple todo aparato imperial tenía que estar en el aire. El cielo sobre el archipiélago estaba lleno de aparatos en todas partes.

Encontraron rápidamente cuatro Marauders dañados, que estaban siendo acosados por una formación de nueve Locust azules. Los murciélagos parecían expertos y disciplinados, como si estuvieran de algún al mando de un oficial competente.

Jagdea ordenó que se preparen para entrar en la refriega.

Uno de los Marauders abrumado descendió hacia los atolones. Era difícil realizar una mínima estrategia. Ya que la coordinación con los dañados Marauders no era posible. Umbra se echó sobre los Locusts azules en cuando entraron en su zona de influencia, pero antes que pudiera hacer algo, cayeron sobre los Thunderbolts una docena de Hell Razors. Cualquiera aspecto de una estrategia en Umbra desaparecido. Darrow volvió con fuerza sobre uno de los Marauders dañados perseguido por un Hell Razor amarillo, parecía que el Hell Razor estaba confuso o que tenía un motor dañado. Centro su mira, esperando que rompiera hacia a la izquierda, pero no fue así, o no pudo. Como resultado, la primera ráfaga de Darrow se perdió. Se inclinó hacia la derecha, y volvió a disparar, destruyéndolo al instante.

Kaminsky y Viltry se había visto obligado a situarse en la parte oriental de la escaramuza, separados por los otros cuando los Hell Razors entraron en combate. Se vieron asaltados por nueve de los Locust azules. Ambos comenzaron a virar y a disparar, y los murciélagos azules bailaron como un banco de pescado, como si recibieran ordenes. Kaminsky rompió bruscamente y Viltry ejecuto un viraje hacia el otro lado, y consiguió una buena posición y disparó sus cañones automáticos, dejando el pulgar en el gatillo, los proyectiles salieron de su morro sin parar. El primer Locust explotó, Viltry dejó el pulgar en el gatillo y se inclinó y su lluvia de proyectiles impacto en un segundo Locust que también se desintegró.

Entonces Viltry hizo un abrupto viraje evitar colisionar con los otros Locust. Kaminsky vio que los Locust perdían la cohesión por primera vez.

Kaminsky volvió a disparar sin dejar de gritar ¡Fuego!, un Locust explotó, y luego dañó a un segundo, y un tercer Locust azul estaba tan ansioso por evitar la mortal ráfaga del Thunderbolt que se movía a ciegas a través de la línea de fuego de Viltry, que acabó destruido como sus compañeros.

Kaminsky y Viltry habían reducido a la mitad la formación de Locust en un minuto aproximadamente, los Locusts restantes se retiraron.

La formación de Blansher voló fuera de la principal zona de combate y disfrutó de un breve respiro de aire tranquilo antes de entrar en el vasto remolino de la batalla que los envolvía desde arriba. Se vieron obligados a descender, piezas del motor, fragmentos de alas y trozos de fuselaje caían del cielo de aparatos destruidos en los niveles superiores de la batalla. Un gran fragmento rebotó en el morro de Scalter, desprendiendo placas de fuselaje. Lanzó un grito de alarma y luchó con los controles para estabilizar el avión. Mirando hacia adelante, podía ver las chispas que salían de cables cortados de la batería del cañón láser en su morro abollado.

—Umbral Siete, ¡no pierda la concentración! —gritó Blansher.

Scalter había estado tan concentrado en sus daños que había estado volando en línea recta durante demasiado tiempo. Y una formación de Hell Tallons llegó descendiendo desde arriba y empezaron a disparar.

Scalter notó como su blindaje se estremecía por los impactos. Parecía que se había congelado.

Blansher se desprendió de un par de Hell Tallons para ayudarlo.

Cordiale rompió hacia la derecha, disparando fuertemente. El Hell Tallon recibió dos proyectiles en su blindaje trasero y se tuvo que olvidar de Scalter. Descendió, hacia el mar, corriendo para evadir a sus perseguidores. Cordiale interrumpió su descenso cuando estaba a diez metros sobre el nivel del mar, levantando una estela de agua que rociaba su fuselaje. El Hell Tallon se colocó en su cola, y la persiguió alrededor de los atolones y acantilados, decidido a no subir y a menos que consiguiera el derribo. Cordiale se pegó a alrededor de los islotes y las superficies rocosas. Llegando a un acantilado escarpado, el ruido de sus motores se reflejó extrañamente en la pared del acantilado, y de inmediato tuvo que elevarse para no estrellarse con dos barcas ancladas en la ensenada.

Cordiale no impactó con los mástiles de comunicación de las grandes barcas por unos centímetros. El Hell Tallon se precipitó a través de la ensenada cuando las baterías Hydra a lo largo de la playa comenzaron a dispararle, haciendo que tuviera que dejar su persecución y que regresara al acantilado.

Cordiale viró e intentó colocarse en la cola del Hell Tallon, pasando a pocos metros del acantilado. Se echó a reír al ver que a su paso, las aves marinas que habían anidado en el acantilado, despegan a causa del pánico, y así continuó deslizándose sobre los semi-sumergidos islotes. A continuación, Cordiale consiguió centrar la mira en el Hell Tallon y disparó.

El murciélago se tambaleó y se estrelló contra las rocas, detonando con enorme fuerza. Cordiale pasó junto a él, mirando hacia atrás a la bola de fuego alegremente.

Viajando a setecientos kilómetros por hora, el aparato colisionó contra una multitud de sobresaltadas aves marinas que huían asustadas por la explosión desde las

rocas. Cada una pesaba un kilo o más y que impactaron en el fuselaje del morro como martillazos. Dos fueron engullidas por su motor derecho, y otro rompió el mamparo y le golpeó en plena cara, incrustándole sus gafas en el cráneo y rompiéndole el cuello al instante.

Umbral once se estrelló en la línea exterior de las rocas y se desintegró en una ventisca de trozos de fuselaje, cables y restos de aves marinas.

Jagdea y su ala habían entrado en combate contra una formación de Tormentors que se habían alejado de los combates y se dirigía hacia el Mar de Esdras. Los acosaron hasta que sus tanques estuvieron demasiado bajos.

De regreso a de Lucerna, avistaron a Marquall.

—¿Umbra Ocho? —dijo Jagdea—. ¿Dónde demonios has estado?

—No estoy muy seguro —respondió Marquall—. Pero donde quisiera que estuviese, había una gran cantidad de murciélagos.

—Ten listos a los aparatos tan rápido como puedas —dijo Jagdea mientras saltaba hacia abajo. Los cuatro habían traído a Marquall de nuevo con ellos. De acuerdo con la información proporcionada por operaciones, la unidad de Blansher estaba a cinco minutos de distancia.

—Sí, señor —contestó Racklae.

—Controla el humo que sale del aparato de Kaminsky —gritó Racklae a uno de sus ayudantes. Volviéndose hacia a Jagdea, e indicándole los carros vacíos de municiones en el lado del hangar en espera de ser cargados.

—Aun no ha llegado el último pedido, comandante —dijo— He llamado al almacén de municiones del Munitorum, y me han dicho que están agotando las reservas. Esta mañana, hemos usado tanta munición, como en los últimos ocho días.

—Tendrán que trabajar más duro —dijo Jagdea.

—No es eso, señor. Las reservas se han agotado. Se está dando prioridad a las embarcaciones con suministros de municiones, que no se habían descargado aun, y esperan poder abastecernos pronto.

—Voy a confiar en el Munitorum —dijo Jagdea, en dirección a la sala de reuniones.

Mientras caminaba, Jagdea se dio la vuelta y gritó:

—¡Pilotos! Asegúrese de que todos, repito todos, de hidratarse, no queremos desmayos, y un poco de comida también, pero no demasiada. No sabemos cuándo volveremos a despegar, y con el estómago lleno no es buena idea estar en el aire.

Marquall salió de la cabina y cogió una botella de agua que uno de los mecánicos le ofrecía. Escupió el primer trago, tratando de quitarse el sabor que la máscara de goma le había dejado en la boca.

—¿Algún problema? —preguntó Racklae.

Marquall asintió.

—Mira, quiero disculparme...

Racklae negó con la cabeza.

—No es necesario —dijo—. Olvide lo que dije.

—Ya tengo mi tercer derribo —dijo Marquall.

El mecánico jefe sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—¿Se acabó la mala suerte?

En la sala de reuniones, Jagdea se pudo en contacto con el almacén de municiones y tuvo que escuchar la misma historia que le habían dicho a Racklae. Y colgó enfadada.

Mientras ella había estado haciendo la llamada, Jagdea había estado contemplando el monitor del auspex principal. Parecía más una tormenta tropical que

una batalla aérea.

Viltry entró, dejó el casco y se acercó a mirar al monitor también.

—Operaciones dicen que se están retirando —dijo Viltry.

—Operaciones pueden besarse el culo, no es lo que vi allá arriba.

—No —señalando Viltry a la sección meridionales de la pantalla—. Puedo interpretar los movimientos de formaciones. En general. Creo que se están retirando. El cielo puede estar lleno de aparatos y hay muchos combates, pero muchos de los hostiles que están regresando a sus bases, posiblemente a por combustible, y los bombarderos estarán regresando después de descargar su carga. Observa toda esta área aquí, ¿ves?

Indicaba una sección al este de Zophos.

—Esto son bombarderos medios, todos van hacia el sur. La oleada se esta retirando.

—La primera oleada —dijo Jagdea—. Un ataque masivo como este no es un simple todo o nada. Vendrán de nuevo tan pronto cuando se hayan rearmado y llenado los depósitos.

Viltry asintió.

—Por supuesto. Tengo la sensación de que van a seguir con esto hasta que nos haya aplastado. El archienemigo es muchas cosas. Pero sutil no está en la lista.

—¡Cierto! —dijo Jagdea—. Subimos tan pronto como nos sea posible, y podremos cazar a los rezagados, y antes de la segunda oleada entre en juego.

—Voy a ver si Racklae puede conseguirnos algunos cohetes —dijo Viltry.

—¡Que tengas suerte! —se rió Jagdea.

—Pero con cohetes, podríamos intentar destruir un portaviones, estará lleno de murciélagos repostando y armándose, si lo consiguiéramos muchos murciélagos no podrían repostar sin una base.

—Sí —dijo Jagdea. Y levantó la mirada hacia el tablero de registro que el personal de tierra anotaba el tiempo de vuelo, los daños, las reparaciones realizadas. La línea de Ranfre estaba en blanco.

—¿Ranfre? —le preguntó Viltry, adivinando en lo que estaba pensando.

Ella asintió con la cabeza.

—No ha vuelto a ver desde las seis y media. Incluso volando ahorrando combustible, es imposible que todavía está en el aire.

—Tal vez aterrizo en otra base —dijo Viltry—. O... salió a tiempo del aparato, y este en el mar esperando que alguien lo rescate.

Agradeció lo que Viltry estaba intentando. Cogió un lápiz y escribió *desaparecido* En la línea de Ranfre.

—Es algo que he estado pensando mucho en los últimos días —dijo en voz baja Viltry—. ¿Piensas en... la muerte?

—Tú y todos los demás —dijo Jagdea.

Él negó con la cabeza.

—No, en mi caso particular. Para el imperio, Oskar Viltry está muerto. Sólo soy un... un trozo de papel, un número pendiente de asignar.

—¿Y?

—¿Me prometes algo, Bree?

—Sí —dijo Jagdea de inmediato.

—No has oído lo que te pediré. Estoy aquí, a tu lado, orgulloso de ser un miembro de Umbra. Y será así hasta el final.

—Lo sé —dijo. Pocos hombres son tan leales y comprometidos como Oskar Viltry.

—Cuando ganemos esta batalla. No me refiero a hoy, quiero decir todo el tiempo necesario para expulsar al archienemigo... Quiero que me olvides.

—¿De qué estás hablando? —se rió Jagdea. Entonces vio en sus ojos que estaba hablando totalmente en serio.

Viltry cogió el expediente de registro el documento de la Munitorum le había dado y se lo enseñó.

—Olvídate de que Oskar Viltry regresó del desierto y que luche en tu ala. Y registra este número en la de desaparecidos en acción. Permíteme desaparecer aquí, en Enothis, cuando la lucha ha terminado.

Ella parpadeó.

—¿Es eso lo que quieres, Viltry?

—Sí. No es por mí. Hay alguien... —hizo una pausa—. Tendré una nueva vida aquí, después de la guerra.

Jagdea se lo pensó por un momento y luego cogió el papel.

—Te lo prometo —dijo.

Afuera, en el hangar, el personal de tierra estaba trabajando febrilmente, Darrow se sentó en silencio, con la espalda contra la pared. Sus manos ya no temblaban. Estaban completamente estables. Pero estaba temblando en su interior, una parte de sí, había sido golpeada profundamente y sacudida. En una mañana. No tenía una ninguna imagen clara de los combates del día. Sólo imágenes difusas. El olor de combustible, y el sonido de los motores.

Cerca de allí, oía al personal de tierra animando cuando añadieron una raya en la cuenta de Marquall.

Marquall la miró triunfante. Incluso en el poco tiempo que lo había conocido, Darrow había visto que Marquall por decirlo de alguna manera estaba desesperado de gloria.

Darrow se lo pensó por un momento y se dio cuenta, para su vergüenza, que no

podía recordar con precisión, cuántos derribos había conseguido. Trató de imaginárselos todos. En la salida de entrenamiento, a continuación, la formación de bombarderos... y se dio cuenta de que su cuenta estaba en cinco. Era un as.

Darrow decidió no decírselo a Marquall.

Las alarmas sonaron. Y la unidad de Blansher entro en el hangar a través de la entrada norte.

Darrow dio un salto, vio inmediatamente el dañado morro del aparato de Scalter.

Scalter mismo parecía estar bien, pero aturdido. Jagdea corrió a comprobar los daños en los aparatos.

—La batería del cañón está muerta —dijo el mecánico—. Voy a necesitar horas para montarle una nueva.

—Podemos reemplazar el fuselaje rápidamente, si quieres una reparación rápida tendrá que conformarse con los cañones automáticos.

—Es mejor esto que nada —dijo Jagdea.

Ella miró a su alrededor como Blansher, Van Tull y Zemic descendían pesadamente de sus aparatos.

Y se quedó helada. En su preocupación por Scalter y su aparato no se había dado cuenta de lo obvio.

—¿Dónde está Cordiale? —les preguntó.

Milán Blansher negó con la cabeza.

Aunque el día era brillante, la contaminación del combate de la mañana había manchado ahora el cielo con una opacidad extraña, de color amarillento. Y el viento trajo el humo del Theda, Ezrville y Limbus, visible a cientos de kilómetros.

Umbra ya estaba volando. Así como las otras alas de Lucerna, Atolón Viper y las otras bases de las islas Midwinter. Los sacerdotes del dios maquina los habían bendecido.

Umbra se elevó alto, a unos quince mil, y dividiéndose en dos formaciones. Jagdea, con Viltry, Darrow, Del Ruth y Marquall y Blansher liderando a Scalter, Kaminsky, Zemic y Van Tull.

Una vez más, el retorno siniestro en el auspex mostraba el poder aéreo del archienemigo rodando hacia el norte.

Jagdea había oído una estimación de un controlador de operaciones que esta mañana los pilotos imperiales habían sido superados en número once-uno. Se preguntó cómo los derribos habían afectado las proporciones. Las reservas de la armada se habían movilizadas. Y las unidades de la coalición se habían movilizadas, hacia el mediodía por sorpresa, y con la mayoría de pilotos pilotando aparatos obsoletos a lo largo de las bases de la costa norte, una defensa desesperada. No tendría ninguna posibilidad contra los aviones equipados con vectores del archienemigo, Jagdea sabía que si las oleadas del archienemigo llegaban en gran número, nada podrían hacer.

Esa mañana, a pesar de las terribles pérdidas, las alas de la armada habían impedido que llegaran en gran número sobre la costa norte.

La costa norte había sido golpeada, pero no con toda la furia que pretendía el archienemigo.

Ahora era el turno de la segunda oleada.

Las tácticas habían cambiado. Ahora, los grupos de cazas eran la punta de asalto para evitar que los interceptores de la Armada llegaran a las formaciones de bombarderos.

Jagdea vio las estelas de condensación que dejaban. Los murciélagos se estaban moviendo a altas velocidades dirigiéndose al encuentro de las líneas imperial.

Fogonazos iluminaron al este y al oeste. Los primeros contactos se estaban produciendo. Las llamadas de operaciones de repente se convirtieron en frenéticas.

Los auspex de Umbra mostraban una formación de combate, de treinta aparatos o más, a la altitud a doce mil.

—¡Se están moviendo rápido! —murmuró Zemic.

—¡Vamos a frenarles! —dijo Jagdea.

En formación de a dos, Umbra descendió y comenzó a disparar tan pronto como los murciélagos entraron en el rango de fuego.

Eran un escuadrón de Locust, algunos granates, con un poco de amarillo, y rompieron elevándose con el ataque de Umbra.

Viltry derribo a un murciélago, pero Jagdea recogió dos que se negaban a dejarla ir. Darrow y Del Ruth uno al lado del otro, y lograron derribar ambos un Locusts cada uno. Marquall después de disparar en la primera pasada sin éxito, ascendió de nuevo rápidamente para ayudar a Jagdea.

Los dos Locusts marrones estaban pegados en la cola de Jagdea a pesar de sus maniobras evasivas.

—¡No me los puede sacudir! —gruñó Jagdea.

—¡Líder Umbra, estoy en camino! —gritó Marquall mientras se acercaba.

Jagdea activó los frenos y se hundió violentamente contra el asiento, cuando los Locust la sobrepasaron. Inmediatamente, comenzó a acelerar. Marquall se colocó a su lado poco después y los Locust siguieron su ruta con cierta prisa. Uno aceleró hasta perderse de vista, pero el otro descendió y Marquall descendió también tras el murciélago.

Los pilotos de la formación Blansher, habían derribado al menos uno cada uno, aunque Van Tull recibió un impacto en un ala.

—¿Estas bien? —preguntó Blansher.

—¡Estoy bien! —respondió Van Tull.

Blansher podía oír claramente a Kaminsky por el comunicador.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Blansher levantó la vista y vio al aparato de Kaminsky, derribando a su segundo murciélago en la salida.

Los murciélagos restantes se retiraron. Marquall volvió a ascender de su persecución con las manos vacías. Inmediatamente avistó la avanzadilla de la oleada de bombarderos, hacia abajo al sur de ellos. Con una nutrida cubierta de escoltas de combate. Comenzaron su ataque de todos modos.

Las torretas de la formación de bombarderos abrieron fuego sobre los Thunderbolts que descendían hacia ellos. Cuatro alas de Thunderbolt estaban atacando a la gigantesca formación de bombarderos, y dos más se trabaron con la cobertura de Hell Razors. La experiencia de Viltry le valió dos derribos durante el descenso y Jagdea siguió a su ejemplo, Del Ruth derribo a uno de los súper-bombarderos, a los cuales aun no habían puesto nombre. Darrow disparó a un Tormentor y le destrozó un motor. Continuo en el aire durante un segundo, para desplomarse fuera de la formación, para entrar en barrena.

Del Ruth se abalanzó sobre un súper-bombardero con el fuselaje de color rojo oscuro, del que colgaban cadenas y cuerdas. Del Ruth se dio cuenta de que de las cadenas estaban adornadas con cráneos humanos.

Asqueado por la visión disparó con el cañón láser una y otra vez hasta que el súper-bombardero, estalló con una serie de explosiones internas, a pesar de que estar destruido, sus torretas siguieron disparando. Del Ruth sintió como se estremecía su aparato cuando algo golpeó la parte inferior de su morro con gran fuerza, haciendo que soltara las manos del mando de control, sorprendido por el impacto, por suerte no tardo en recuperar el control.

—Seis, ¿estás bien? —preguntó Blansher.

—¡Sí, señor! —respondió Del Ruth. Mientras revisaba el panel de control y vio dos luces de aviso encendidas, lo que indica daños en los autocargadores de estribor. Había perdido a la mitad de sus cañones automáticos.

Kaminsky y Zemic ambos habían derribado a dos Tormentors en la primera pasada, pero Blansher, Scalter y Van Tull fueron interceptados por la cobertura de Hell Razors, antes de que pudieran hacer ningún daño. Van Tull tuvo que ascender para quitarse de encima a un Hell Razor con el fuselaje de color púrpura, y descendió inmediatamente para caer sobre un murciélago que se había alineado con Scalter. Disparo con el cañón láser por miedo de dañar a su compañero, y con una certera descarga el murciélago quedo vaporizado, Scalter aprovecho el respiro para ponerse a la cola de un Súper-bombardero.

El Hell Razor púrpura que Van Tull se había sacudido reapareció, descendiendo sobre el aparato de Scalter y disparó una ráfaga con el cañón automático. Los impactos sacudieron al aparato de Scalter. Un impacto destruyó una parte del panel de control, y otro parecía haber dañado el sistema de refrigeración.

—¡Umbra Siete! ¡Umbra siete! —gritó Van Tull.

Aturdido, Scalter oyó como gritaba Van Tull y miró a su alrededor. El aire de la cabina se estaba llenando de humo. Miró fijamente al panel de control. Los pocos indicadores que aún funcionaban estaban en rojo. Sobrecalentamiento, fugas de líquido de refrigeración, pérdida de presión, cortes de energía...

—¿Scalter, me oyes?

Scalter bajó la mirada y dejó escapar un sollozo. Al menos una de los proyectiles había entrado limpiamente en la parte inferior del torso. No podía creer que la sangre que había pudiera ser suya. No podía sentir sus piernas. No podía sentir nada en absoluto.

—¿Scalter?

—¡Estoy bien! —susurró—. No he recibido daños serios.

—Siete, si no eres capaz de pilotar, usa la palanca de expulsión.

Con esfuerzo, Scalter cogió el mando de control. Estaba muerto, sin control y su aparato dañado. Estaba volando en línea recta. Miró hacia abajo de nuevo. No había manera de que pudiera expulsarse. Tampoco tendría sentido, estaba demasiado herido para sobrevivir a la eyección. Levantó la vista. El súper-bombardero al que había estado apuntando todavía estaba en su ruta.

Scalter colocó el pulgar en el acelerador.

—¡Por Enothis y el Emperador! —gritó Scalter a través del comunicador y oprimió el acelerador. Umbra Siete aceleró en una línea recta, firmemente hacia el superbombardero impactando en un lateral. Una explosión enorme de llamas envolvieron a los dos aparatos.

—¡Siete ha caído! ¡Scalter ha muerto!

Marquall podía oír gritar a Van Tull. Pero la gravedad negativa le impedía responder. Estaba en un descenso en picado para escapar de un Hell Razor con el fuselaje de color malva pegado a su cola. Sintió impactos en su fuselaje. Se ladeó hacia la derecha y logró forzar al Hell Razor a que lo sobrepasa. Marquall sabía que era cuestión de segundo de que el murciélago rompiera hacia un lado. ¿Pero hacia qué lado?, Y recordó lo que le había dicho Jagdea para estas situaciones, tenía que pensar como si fuera el murciélago. Marquall se colocó para interceptar al murciélago por si iba hacia la derecha, y el Hell Razor rompió hacia la derecha. Marquall gritó mientras disparaba. Sabía que era un derribo antes de que el Doble Águila empezara a disparar.

El Razor Hell malva empezó a dar vueltas, para entrar en barrena unos segundos después.

Marquall esperaba que alguien lo hubiera visto.

—¿Umbra seis, Umbra seis, estado? —empezó a gritar Jagdea por el comunicador. No había hostilidad evidente en ella, pero el Thunderbolt de Del Ruth parecía que estaba recibiendo impactos en el morro. Pero no veía ningún murciélago disparando.

—¡No sé qué ocurre! —contestó Del Ruth asustado.

Hace minutos recibió un impacto en el morro que averió los autocargadores de los cañones automáticos de un lateral. El proyectil sobrecalentado se había metido en

los tambores de municiones y finalmente se había incendiado. Las explosiones eran sus propios proyectiles que estallan en los tambores.

Con horror, Jagdea vio detonar varios proyectiles a través del fuselaje, destruyendo un motor y otro proyectil destrozó en radiador. Dañado de muerte, el Thunderbolt empezó a descender.

—¡Aggie, recupera el control! —gritó Jagdea.

—¡No puedo! Negativo, control muerto —gritó Del Ruth.

—¡Inyéctate, Aggie! Por el amor de Trono, inyecta.

El aparato entro en barrena inmediatamente. Jagdea vio un destello y una figura en el aire. Y unos segundos más tarde se abrió un paracaídas.

Al repostar y recargar, nadie hablaba mucho. La fatiga y los nervios casi los habían agotado mental y físicamente, pero las bajas hicieron que fuera mucho peor. Su corazón les dolía tanto como sus articulaciones. Para la mayoría de los pilotos, la circulación y el equilibrio estaban dañados seriamente. Simplemente caminar alrededor del hangar era difícil.

Poco antes de las 16:00 horas, cuando se disponían a despegar, Operaciones indicó que la segunda ola había roto cerca de Zophos. La batalla terminó después cuatro horas de haber empezado, las formaciones archienemigo se estaban retirando. Pero no les importó la retirada del archienemigo, sabían que aproximadamente en cinco horas que habría una tercera oleada en camino.

—¡La próxima igual hay suerte! —dijo Zemmic.

—¿Para quién? Preguntó Kaminsky.

Volvieron temprano. Como si supieran de alguna manera que tenían a las fuerzas imperiales contra las cuerdas, o desesperadas. Es lo que comentó Jagdea.

La tercera ola llegó a lo largo de la costa en el crepúsculo temprano, aparentemente tan numerosa como las anteriores.

—¿Cómo pueden enviarnos una tercera oleada igual de grande, que las otros dos, después de haber derribado a tantos hijos de puta? —se preguntaron todo los pilotos de Umbra.

Los ocho aparatos de Umbra, estaban en ruta con otros cuatro escuadrones Thunderbolts a la altitud de nueve mil, sobre el archipiélago cuando las formaciones enemigas se acercaron. Las otras bases habían desplegado sus alas también. La línea de batalla esta dibujada.

La batalla comenzó a las 18:45 horas. Otra nueva táctica se reveló de inmediato. Frustrados por la firme resistencia de la Armada, el archienemigo había colocado frontalmente a sus formaciones de bombarderos medios, con la esperanza de aniquilar las bases ocultas en las islas. Una vez destruidas las bases de las islas cruzarían el Estrecho de Jabes y Tamuda para que los bombarderos pesados bombardearan la costa norte. Las ondas de detonaciones furiosas comenzaron a iluminar la parte sur del archipiélago de islas. Los aparatos imperiales se lanzaron sobre los bombarderos.

—¡No veo a la cobertura de cazas! —dijo Marquall.

—¡Habrás cazas! —dijo Blansher.

Darrow acababa de realizar su octavo derribo de la jornada, luego se unió a Viltry para realizar un ataque contra un súper-pesado.

Las ráfagas de trazadoras eran torrenciales y pero Jagdea se mantuvo firme. No podía ver a Zemic o Van Tull en el caos, pero podía oírlos por el comunicador. Blansher y Kaminsky estaban atacando a un trío de Tormentors. Estaba a punto de iniciar una pasada sobre un Tormentor, cuando vio a los murciélagos de la cobertura acercándose a ellos.

—¡Murciélagos! Veinte y más, a las dos en punto —gritó Jagdea.

Eran Hell Razors. Negros y rojos, algunos carmesí brillante. Liderados por el Hell Razor blanco perla.

Sus dos pilotos pudieron reaccionar cuando los atacaron por el flanco, gracias a las advertencias de Jagdea, pero dos aparatos de la armada del 96.º, no reaccionan lo suficientemente rápido y fueron derribados.

—¡El blanco perla está presente! —gritó Jagdea y apretó el acelerador para ir a por el líder blanco perla. Intento ganarle la cola en varias ocasiones, pero el murciélago blanco perla, la evadía. Jagdea desesperada ascendió y cuando creyó oportuno se dejó caer esperando sorprenderlo, pero el murciélago blanco perla viro

bruscamente hacia babor. Saliendo de su zona de tiro.

Jagdea estaba tan sorprendida por la habilidad del piloto enemigo, pero se quedó consternada cuando se dio cuenta que tenía a dos murciélagos rojos pegados su cola, había olvidado la primera regla: *vigila tu espalda*. El cero-dos se estremeció cuando una descarga de cañón láser pasó cerca de un ala. Jagdea trató de descender bruscamente, pero los murciélagos rojos eran tan ágiles como su oficial y continuaban pegados firmemente a su cola.

—¡Por el trono de Terra! —maldijo Jagdea, mientras luchaba por evadirse. Se movía tan rápido, que casi chocó contra un Hell Razor, y tuvo inclinarse hacia abajo para pasar por debajo del Hell Razor. El impacto de un proyectil acertó su aleta caudal. Y dos más destrozaron la antena del auspex. Y la pantalla del auspex de su panel de mando parpadeó y apagó. Esta tan desesperada que pasó entre dos Tormentors, arriesgándose a ser derribada por el fuego cruzado de las torretas de los bombarderos, esperando que los murciélagos no entraran por miedo de ser abatidos por las torretas de los Tormentors, estaban equivocada los murciélagos continuaron pegados a su cola.

Viltry vio la difícil situación de Jagdea. Y se apartó del súper-bombardero que había dañado gravemente, y aceleró a través de la formaciones de bombarderos y las densas estelas humo.

—¡Jagdea vira a la izquierda! —gritó Viltry.

Jagdea intentó virar hacia la izquierda, pero los murciélagos no le dejaron virar. Viltry disparó contra ellos, pero no tenía el ángulo adecuado. No iba a llegar a tiempo.

Blansher y Kaminsky pudieron romper a tiempo gracias a las advertencias de Jagdea, poco después Kaminsky vio al murciélago blanco perla. Parecía un espectro saliendo de las estelas de humo, Umbra Dos se sacudió violentamente cuando los proyectiles perforaron el fuselaje de su cola.

—¡Blansher! —gritó Kaminsky.

Blansher intentó sacudírselo como le había enseñado a Kaminsky. Pero uno de sus vectores estaba dañado. El murciélago blanco perla disparó de nuevo, volviendo a impactar en la cola de Blansher, un incendio se extendió por toda la cola, y los proyectiles habían penetrado en el depósito del cohete del Thunderbolt y los propelentes se habían encendido. Una enorme llamarada de color blanco verdoso con calor intenso. Blansher empezó a caer en barrena.

Ignorando el asesino blanco, Kaminsky inició un descenso detrás de Umbra Dos. El aparato de Blansher estaba envuelto totalmente en llamas, desde la cola al morro.

—¡Usa la palanca de inyección, inyéctate! —gritaba Kaminsky.

—¡No se puede! Yo... no puedo... el mamparo está atascado —respondió

Blansher asustado.

El Thunderbolt ya no se parecía a un avión. Sino una antorcha. Era demasiado deslumbrante para mirarlo. Kaminsky no podía apartar la mirada. Conocía demasiado bien el terror de estar en un aparato en llamas.

Blansher empezó a gritar. El fuego había entrado en la cabina. La voz de voz Blansher no parecía humana.

Kaminsky se sintió extrañamente aliviado cuando Blansher impactó en el mar.

Obarkon observaba con curiosidad como el piloto imperial tomaba la decisión de seguir a su líder hacia abajo. Se extrañó por la reacción. Como si el piloto pudiera hacer algo para salvar a su líder.

Decidió que el Thunderbolt era un objetivo extraordinariamente fácil. Y Obarkon, inicio el descenso. Sintiendo como la armadura se apretaba alrededor de su cuerpo y las centrifugadoras cardiacas palpitaba. Parpadeó con su augmético para poder enfocar la mira naranja en la cola del piloto imperial.

—¡Atención objetivo encontrado! —anunció su sistema de armas.

Sólo un poco más y el piloto imperial se reuniera con su oficial.

Una advertencia sonó. Obarkon levantó la mirada e instintivamente levantó el morro, perdiendo a su objetivo. Inmediatamente una ráfaga de proyectiles pasó a su lado.

—¡Alguien está dispuesto a morir! —murmuró.

Darrow entró velozmente y firme, disparando tan pronto cuando pudo, pero el murciélago blanco-perla salió de la trayectoria de su ráfaga a tiempo.

Darrow viro y lo persiguió. Esto no iba a ser como la última vez. No iba a correr frenético, en un aparato inferior. Era un piloto de Thunderbolt ahora. El bastardo blanco que había destruido a la ala de cadetes al mando Heckel y también, en cierto modo, también era responsable del suicidio de Heckel.

Con los vectores de empuje era igual de veloz y ágil que el murciélago estaban igualados. Darrow estaba cada vez más y más cerca de su presa, a pesar de las excelentes maniobras evasivas del murciélago blanco perla. Darrow logro centrar dos veces la mira en el murciélago brevemente, pero perdió las dos oportunidades.

¡Interesante!, pensó Obarkon para si, su pulso se había elevado. El piloto tenía algún mérito.

Estaba enseñando las garras. Si este encuentro hubiera sido en una hora tranquila, habría jugado un rato con el habilidoso piloto.

Pero este era el día de los días, y todavía había un gran trabajo por hacer. Este duelo tenía que terminar.

El murciélago blanco se dejó caer a una altura de no más de cincuenta metros del nivel del mar y procedió a sobrevolar las ensenadas y bahías a velocidades que Darrow pensó que nunca sería capaz de hacerlo. Cada vez la amenaza de estrellarse

contra un acantilado o contra un afloramiento rocoso, eran más elevadas.

Se pego en la cola del murciélago blanco-perla todo lo que pudo, pero se vio obligado a elevarse para no estrellarse contra una formación rocosa que sobresalía del mar.

Sabía que no tenía otra alternativa. El murciélago blanco estaba en su cola disparando.

Darrow intento virar.

Pero los proyectiles disparados, desde un segundo Thunderbolt, lo salvaron. Era Marquall.

Viltry puso toda su energía en un último intento y volvió a disparar. Ahora, por fin, algunos proyectiles pasaron cerca de los murciélagos rojo, lo suficiente cerca para que tuvieran que abandonar la cola de Jagdea.

—¡Rompe, ahora! —ordeno Jagdea.

Viltry obedeció. Y pudo evadirse de un murciélago que se le había colocado en su cola, Viltry logro colocarse a las seis de un murciélago rojo que intentaba de nuevo colocarse en la cola de Jagdea, abrieron fuego y el murciélago rojo se estremeció y entro en barrena.

Un momento después, Jagdea atrapo al murciélago rojo que quedaba en un ataque frontal y lo derribo del cielo.

El ataque de Marquall dio tiempo a Darrow para quitárselo de la cola. El murciélago blanco volvía a encontrarse con Umbra Ocho.

—¡Lo tengo! —exclamó Marquall—. ¡Tengo una cuenta pendiente!

—*Yo también tengo una deuda pendiente* —pensó Darrow. Y yo no estaría tan seguro de que Darrow lo tuviera tan bien.

Marquall disparó de nuevo, pero el Hell Razor rodó sobre su eje y se deslizó bajo su línea de fuego. Marquall le había disparado de la manera correcta, pero el murciélago blanco perla había virado en un complicado rizo, y se dirigió hacia Marquall frontalmente con sus cañones automáticos disparando.

Darrow observó con horror como la ráfaga impactaba en la sección media del fuselaje del aparato de Marquall.

Marquall tuvo que dejar el mando cuando un motor fue perforado y se apago, y se sintió temblar el fuselaje del avión. Dos impactos perforaron el radiador. Y uno destruyo el filtro del aire, averiando del sistema de mezcla, y dos más destrozaron su eyector, causando que pedazos de metal del eyector traspasaran la estructura del asiento. Un trozo de metal penetro en la pierna izquierda de Marquall y otros trozos de metal perforaron el propio asiento y noto como perforaban la carne de su muslo izquierdo.

Gritando de dolor y su pájaro descendió bruscamente, pero tiró del mando y recuperó el control de nuevo. Había manchas de sangre pegadas en el panel de

control.

Darrow supuso que estaba herido, Marquall era carne muerta. Darrow oprimió el acelerador y le disparó al murciélago blanco perla, con el objetivo de que rompiera y no volviera a disparar contra Marquall. El Hell Razor rompió sabía que el aparato dañado no iría a ninguna parte. Obarkon sabía que el joven piloto había cometido un error muy básico y se alineo con Darrow, vulnerable a las armas del líder de Echelon.

Los augméticos visuales conectados al sistema de armas estaban colocando la mirar naranja sobre el aparato de Darrow.

Darrow volaba a poca altura entre los atolones. Había hecho de sí mismo un objetivo por el bien de Marquall. Y funcionó, pero la pérdida de su vida no parecía la mejor manera de luchar contra el murciélago blanco perla.

Pero recordó lo que Eads le había dicho. La retirada es la decisión más difícil, pero vas a ser un mejor soldado, si te das cuenta de que a veces es la única manera de ganar.

—¡Vamos, eso es! —gritó Darrow—. ¡Si no me derribaste antes, no lo harás ahora!

Darrow corrió entre los islotes y los atolones que sobresalían, levantando una enorme estela de agua, pilotando con puro nervio y instinto. No tenía tiempo, para pensar cómo evitar algunos obstáculos. Así que pilotaba con el instinto y sus reflejos. El murciélago blanco perla lo tenía difícil para continuar pegado a la cola de Darrow. Disparó tres veces, para pulverizar trozos de rocas de las islas.

Estaba enseñando las garras. Tal habilidad. Le recordó a Obarkon de una persecución que una vez había disfrutado en el en las Makanites. Al joven cachorro le habían asignado un Thunderbolt acorde con sus habilidades, así que al final no era suerte, sino una gran habilidad.

Pero el juego tenía que terminar.

—Atención objetivo encontrado —informó su sistema de armas.

—Buenas noches —dijo Obarkon, mientras sus pulgares cableados oprimían el gatillo.

Darrow escuchó la advertencia de bloqueo.

—¡Por el Trono dorado! ¿Cuánto tiempo voy a durar pegado a mi cola?

El murciélago blanco perla abrió fuego.

Dos proyectiles destrozaron la aleta caudal de Darrow.

En una milésima de segundo, el fuselaje del Hell Razor blanco perla se deforma por decenas de proyectiles de cañón automático. Segundos después la munición, y el combustible detonaron en una gran bola de fuego, esparciendo restos del fuselaje por el mar.

—¡Creo, que esto me convierte en un as! —gritó Marquall a través del comunicador.

Darrow volvió a subir al combate con renovada furia.

—¡Pensé que te había perdido, nueve! —dijo Jagdea.

—El aparato de Marquall está dañado. Le dije que regresara a la base —dijo Darrow.

—¡Recibido! —dijo Jagdea.

—Marquall oficialmente ya es un as, al derribar al Hell Razor blanco perla —dijo Darrow.

Jagdea no pudo evitar sonreír. Era la única buena noticia que había oído en todo el día.

El cielo estaba lleno de aviones y fuego, como un gran friso de un templum representando alguna batalla de la herejía de Horus. Con Viltry derrotando a las hordas del caos en solitario como el mismísimo Emperador, vengando la muerte de Blansher.

Ya era casi de noche, y reinaba una tranquilidad extraña. La tercera oleada se había retirado hacia una media hora, y el instinto le dijo a Bree Jagdea que no habría una cuarta oleada. No ese día.

El personal de tierra tuvo que ayudarla a bajar de su maltrecho Thunderbolt. Zemic y Van Tull acababan de aterrizar. Van Tull había perdido una tercera parte de un ala. Viltry y Kaminsky estaban sentados de espaldas en la pared del hangar, vaciados de toda fuerza.

Jagdea se agachó con ellos. Quería decir algo, pero no sabía que decir y al final se sentó también y no dijo nada.

Darrow acababa de aterrizar. Había derribado a quince murciélagos. Un as triple. Se bajó de su avión, dejó caer el casco de sus dedos temblorosos, e hizo la señal del águila. La sagrada doble águila.

—¿Comandante? —gritó Darrow—. ¿Comandante Jagdea?

Ella se levantó.

—¿Qué ocurre, Darrow?

—¿Dónde está Marquall? —Le preguntó.

A través de los Estrechos, 21:01

El Thunderbolt de la serie Nueve-Nueve, apodado el *Doble Águila*, cruzaba el estrecho de Jabes a la altitud de seis mil metros, a la velocidad de crucero, con escasez de combustible en sus tanques. El mar se extendía ante él.

Vander Marquall estaba en su asiento, con la cabeza colgando hacia delante ligeramente.

El comunicador se activó.

—¿Umbra Ocho, Umbra Ocho? Soy operaciones de Lucerna, ¿me escucha?

Marquall no respondió. El dañado filtro de aire le había llenado el habitáculo con dióxido de carbono.

El avión voló, fiel a su naturaleza, hacia el otro lado del océano y en la oscuridad de la noche.

EPÍLOGO

La cuarta oleada nunca llegó. Ni ese día, ni ningún otro. A pesar de que la guerra aérea en Enothis continuó durante tres semanas más, las pérdidas sufridas por las fuerzas aéreas del archienemigo en el día 270 fueron tan graves que la voluntad de volver a intentar otra oleada masiva se había descartado por completo.

La batalla del mar Zophonian, como los textos de historia ahora la llaman, no fue la última batalla de la guerra de liberación de Enothian, pero fue la más decisiva. En las semanas que siguientes, el Señor de la Guerra Humel inició la esperada contraofensiva, con los refuerzos del Grupo de Khan, comenzó la marcha triunfante de la Guardia Imperial de nuevo hacia el sur, contra un enemigo desmoralizado. La colmena Trinity cayó finalmente, tras meses de salvajes batallas, el día 62 de 774.M41. En ese momento, el Magister Sek había huido del planeta. Los registros muestran que la primera unidad en atravesar las puertas de la colmena Trinity era un regimiento blindado al mando del capitán Le Guin Robart.

Durante la Batalla del Mar Zophonian, las pérdidas de pilotos imperiales fueron de novecientos cuarenta y ocho, en comparación con las siete mil ochocientos cuarenta derribos confirmados de aparatos del archienemigo. De las alas de la Armada involucradas, el mayor escrutinio de derribos fue alcanzado por los Apóstoles, el 101.º, pero tres alas de combate, incluyendo el XX de Phantine, se acercaron mucho al número de derribos de los Apóstoles.

Los registros muestran que el capitán Viltry Oskar, un piloto Marauder, fue muerto en acción en el interior del desierto en el día 260 del año imperial 773.M41.